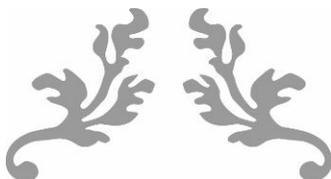


AINA CASTILLO



**BAJO
LLAVE**

4 NOVELAS DE BDSM EN SECRETO



BAJO LLAVE

4 Novelas de BDSM en Secreto



Por Aina Castillo

© Aina Castillo, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [**www.extasiseditorial.com/amazon**](http://www.extasiseditorial.com/amazon) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

[Amor Siniestro](#) — *Romance Oscuro y J*didó*

[Nacida para Servir](#) — *Esclava Encadenada al Alfa Dominante*

[Pájaro Encerrado](#) — *Romance Oscuro con su Secuestrador*

[Esclava Oscura](#) — *Mordida por el Vampiro*

[Bonus](#) — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Amor Siniestro

*Romance Oscuro y J*dido*

I

Sintió el trozo de tela que le cubría los ojos. En efecto, no podía ver nada, todo estaba tan oscuro que seguiría igual aunque le pusieran un sol al frente. Sus manos estaban atadas sobre los apoyabrazos, sus tobillos contra las patas de madera de esa silla de madera maciza.

Respiraba calmadamente porque no era la primera vez que estaba en una situación como esa. Es más, era uno de sus momentos favoritos porque estaba sujeta a la incertidumbre.

La regla era muy sencilla, quedarse allí, quieta y esperar las cosas que estaban por venir. No podía hablar, no podía siquiera respirar agitadamente. A él le gustaban las cosas así, rudas y casi extremas. Pero ella, siendo como era, estaba dispuesta a adaptarse a lo que fuera porque estaba dispuesta a disfrutar del buen sexo, sin importar nada más.

Con las puntas de los pies, sintió el felpudo y el calor del suelo a pesar que estaba cada vez más cerca el invierno. También se dio cuenta por la temperatura del ambiente puesto que estaba completamente desnuda. Lo único que tenía sobre ella, era venda oscura, oscurísima que no le permitía descubrir qué tenía en frente a ella.

Comenzó a morderse los labios porque ya la ansiedad la estaba matando. Deseaba saber lo que iba a pasar continuación. De repente, sus sentidos ya agudizados pudieron detectar la presencia de alguien. Era su aroma, era el calor de su cuerpo.

Sintió entonces sobre sus piernas, las diferentes lenguas de cuero que comenzaron a pasearse por la piel de sus muslos. Se estremeció un poco porque bueno, de alguna manera le tomó por sorpresa, pero luego sonrió porque esa sensación era sólo la antesala a algo más fuerte y contundente.

Siguieron las caricias hasta que él le tomó el rostro con su mano gruesa.

La tomó casi delicadamente, con un toque muy ligero, suave. Se alejó para alzar su brazo y castigarla como debía, así pues, con un movimiento rápido y certero, impactó ese látigo sobre la piel desnuda y lista para el dolor.

No se detuvo, así que continuó. Una tras otra, una y otras vez sin cansarse demasiado puesto que sabía cómo hacer esas cosas y disfrutarlas en cada momento. Ella, por otro lado, estaba sentada, incapaz de moverse y haciendo un tremendo esfuerzo por no gemir o jadear. La condición era esa, mantenerse quieta porque posiblemente le podrían dar un regalo.

Él la miraba con cierta superioridad porque se sentía así, máximo, excelso, poderoso. Podría embriagarse de esa sensación, podría experimentarlo siempre. Simplemente lo adoraba.

Sus muslos y parte de su torso, se volvieron rojos de todos los tonos posibles. Aunque el ardor y el picor insistían, ella lo disfrutaba tremendamente. Él no sabía cuánto.

—Bien, bien. Ya veo que te estás comportando como toda una niña buena. A ver, ¿será que si sigo así, te mantendrás tan quietita como hasta ahora? Espero que sí, porque no puedo evitar decirte lo zorra que te ves ahora.

Él tenía razón. Ella se veía muy bien. Ese rostro empapado de sudor y ese cuerpo brillante por la carne viva que emergía de ciertos espacios. De nuevo, trató de sostener sus dedos sobre esa superficie cómoda y caliente porque no había otra cosa de la que pudiera tomarse, era el último recurso que le quedaba.

Soportó todo lo que pudo, hizo un enorme esfuerzo, recurrió a su experiencia para no sucumbir demasiado rápido. Era una mujer que sabía cómo se hacían estas cosas, no era una novata, era de aquellas que hacía tiempo se había entregado por completo a un círculo lleno de perversiones y vicios. Le daba igual, era su mundo y lo adoraba.

—Bien, como siempre, Megan, no puedo quejarme de ti. Tienes todo lo que me gusta y más, sabes siempre cómo superar mis expectativas. Así que, para dejarte en claro que no soy tan malo después de todo, dejaré que hagas los ruidos que quiera. Deseo saber si mi ramera es capaz de responderme como se debe cuando le hago cosas como esta...

Volvió a alzar el brazo y de nuevo, otro impacto en una de las piernas. Ella, ya con la libertad de poder decir lo que quisiera, no pudo frenar el torrente de gemidos y jadeos que le siguieron. Eso a él lo volvió

prácticamente loco.

Había otro hecho importante, ella estaba más que mojada, estaba demasiado excitada. Casi no podía pensar, pero, ¿acaso eso era necesario? ¿Acaso era necesario reflexionar o explicar lo que estaba sucediendo? Para nada, cuando son asuntos de la carne y de la piel, la propia naturaleza animal es lo que toma por el completo el control, es esa misma fuerza que nos lleva a un plano que nos supera y que incluso nos hace replantear nuestros propios límites. Megan lo sabía muy bien.

Ella sonrió casi con descaro, por supuesto eso le valió una fuerte bofetada. Por un lado porque a él le gustaba darlas, y por otro, porque sintió que aquello había sido una especie de desafío.

—Que no se te olvide quién es el que manda. Soy yo quien decide todo lo que tenga que ver contigo. ¿Entendiste?

—Sí, Señor.

Ella alcanzó a responder apenas. Su excitación era demasiado fuerte como para procesar o elaborar una oración coherente.

Entonces, sintió de nuevo la presencia de él, esa misma que estaba cerca de su cuerpo, rondándolo como para arrastrarla hacia la incertidumbre. Megan, ante esto, respiró profundo porque tuvo el presentimiento de algo.

Las manos de él volvieron a acariciarle, esta vez, el cuello y los pechos. Pero no como solía hacer, no. Esta vez era suave, delicado. El contacto con su piel, le hizo entender que tenía algunas heridas abiertas gracias a los latigazos. Una ola de morbo la invadió por completo, estaba desesperada por sentirlo, por tenerlo adentro lo más pronto posible.

Él siguió descendiendo, poco a poco, hasta que sintió el calor y la humedad con la punta de sus dedos. Sí, su vulva estaba ardiendo, estaba lista para recibirlo.

Así que sonrió, y aunque tuvo que enfrentarse en la disyuntiva de hacerla sufrir más o quitarle los amarres para follarla como un semental. Pero, al final, pudo más su instinto dominante, así que quiso jugar un poco más.

Se alejó de ella raudo porque tenía pensado un plan que sabía iba a funcionar y que la llevaría hacia otro nivel de excitación. Desapareció entonces entre las sombras y se encontró en una situación interesante. Se acercó a un cajón y extrajo un par de pinzas de madera. Un par muy viejo pero también ideal para una velada como aquella que esperaba tener.

Quedó frente a ella y le colocó las pinzas de madera sobre sus dos

pezones. Megan sintió la presión e inmediatamente sonrió ampliamente. Le encantó sentir esa descarga de dolor que la revivió el placer que ya estaba experimentando. Como si tuviera un torrente entre sus piernas, se mojó aún más.

Apretó un poco los labios porque sabía que tenía que calmarse, que debía aguantar lo más que pudiera. Entonces, sintió el calor de él acariciando una de sus orejas.

—Te has portado muy bien, así que no te puedo negar la oportunidad de gemir como la perra que eres. Venga.

Ella hizo un largo suspiro y gimió seguidamente, era como si por fin pudiera ser libre, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Sus dedos se afincaron más en la silla y en el suelo porque sentía que estaba a punto de despegar, su cuerpo estaba a punto de ir hacia el cielo y más allá. Pero él, su Amo de turno, estaba allí para recordarle que no podía hacerlo, que tanto su cuerpo y como su alma eran de él.

Entonces, las pinzas se quedaron allí, sujetas a su piel con el fin de estimularla aún más. Entonces él, en una especie de frenesí alimentado por la euforia del momento, volvió a tomar el látigo para comenzar con los azotes lo más pronto posible. Estaba ansioso, desesperado, con el deseo de romperle la piel con la fuerza necesaria.

Ella, mientras tanto, se retorció más y más en la silla. El dolor de las pinzas, el ardor que le quedaba en la piel después de los latigazos y los insultos que él le decía al oído, la estaban llevando hacia ese límite que le gustaba experimentar, era ese algo que sólo unos pocos podían sentir, entre ellos, Megan. Era adicta, era su droga y quería más.

El Dominante comenzó a sudar debido al esfuerzo que estaba haciendo, así que lo paró por un momento, también porque su pene estaba a punto de reventar. Ya no podía más.

Así que dejó de nuevo el látigo para ir hacia ella. Se mantuvo en silencio mientras seguía escuchando los jadeos y gemidos de su sumisa. Se dispuso a quitarle los amarres lentamente y hasta se aseguró de que todo estuviera bien, en orden.

Las muñecas y tobillos estaban bien, así que la tomó y la dejó sobre la cama. Al ver su cuerpo, se excitó aún más. Esas piernas anchas, la cintura, esas caderas. La piel morena marcada por los latigazos, convirtiéndola en una especie de lienzo de placer. Se veía tan bella, tan vulnerable.

La dejó sobre la cama y la calmó por un momento. Pasó sus manos sobre su cuerpo, tocándola suavemente para relajarla. Cuando por fin se dio cuenta que estaba tranquila, se levantó lentamente y se colocó sobre la cama, de rodillas. De manera que se iba acercando su pelvis hasta que colocó su verga sobre la cara de ella.

Aún con la venda sobre sus ojos, Megan supo exactamente lo que estaba pasando, ¿la razón? Conocía a su Amo perfectamente bien, sabía lo que le gustaba y cómo. Así que sin pensarlo demasiado, abrió la boca y, con su lengua, acarició el glande de él. Acarició lentamente, como sabía hacerlo. Al mismo tiempo, estiró una de sus manos para colocarlas sobre la cabella de ella y tomarla por el cabello como si tuviera una rienda. Se veía tan bella, tan zorra.

Se quedó en ese punto durante un rato. Incluso, de vez en cuando, le sonreía sensualmente para hacerle entender que ella estaba dispuesta a complacerlo las veces que él quisiera. Siguió chupándolo hasta que sintió la presión de esa verga dentro de su boca. Asimismo, su cabeza se movía a un ritmo constante porque tenía claro que tenía que esforzarse al máximo.

Él, en cambio, se acercaba más y más con la intención de follarle la boca por completo, deseaba tanto que ella lo tuviera completamente adentro, así que insistió a pesar de escuchar la tos reprimida y las arcadas que hacía. Se deleitaba al ver los hilos de saliva recorriendo sus labios, cayendo sobre su piel y sobre su verga, adoraba ver ese cabello rizado y rebelde sobre la cama, esos labios gruesos comiéndolo con ese placer casi infinito. Sí, ella era perfecta en todo sentido.

Pudo quedarse más tiempo allí, pero no pudo más, necesitaba poseerla a como diera lugar. Entonces, se lo sacó de golpe y procedió a darle unas cuantas bofetadas.

—Buena chica, buena chica.

Se posicionó rápidamente y con ambas manos, le tomó sus piernas para abrírselas de par en par. Se encontró con ese coño perfecto, de labios anchos, mojados y, sobre todo, caliente, tan caliente que se le hizo agua la boca esa idea de meterlo y de quedarse allí.

Así que no esperó demasiado, colocó la punta de su verga en toda la entrada de ese paraíso perfecto y lo empujó de un solo movimiento. Ella hizo un fuere alarido, seguido de una amplia sonrisa. Estaba feliz y realizada. Adoraba sentir la verga gruesa de él hasta el fondo.

Entonces él ajustó su pelvis y comenzó ese movimiento increíble de ir y salir que sólo producía ese roce perfecto. El calor se hizo más intenso, los jadeos y gemidos también. Ella se sostenía sobre las sábanas mientras era esclava de esas embestidas divinas. Era increíble, era como sentir que se perdía a sí misma para volver a encontrar con él.

Él la miraba y pensaba que era una diosa, no sabía lo mucho que la deseaba. Esperó demasiado tiempo en tenerla así y no quería que aquello se volviera a repetir.

Siguieron follando como unos animales. Cambiaron de posición varias veces. Ella en cuatro, una de sus posturas favoritas porque también podía nalguearla; de pie, de lado, y finalmente sentados, ella sobre él, en un movimiento sensual y lento.

Ella lo sentía mucho más así y de hecho pensaba que estaba a punto de llegar al orgasmo. Así que se sujetó de los hombros anchos de él. Sus piernas se agitaron fuertemente mientras que sus ojos se mantuvieron concentrados en los de su amante. Se miraron largo rato, hasta que Megan no lo soportó más, se corrió con él adentro, por lo que lo empapó por completo.

Con sus fuertes manos, la tomó por la cintura para sacarlo y también correrse. Su pene, tan duro que formaba un ángulo de 90°, comenzó a lanzar chorros de semen por los aires, aunque ella lo tomó por la base para masturbarlo un poco y ayudarlo durante el orgasmo. Le sonrió casi con maldad, mientras que él estaba todavía en ese punto de perdición.

Al final, le dio un beso y se bajó de la cama un poco aturdida. Fue al baño de la habitación, encendió la luz y miró de inmediato su reflejo en el espejo. Tenía el cabello más alborotado que de lo usual pero se veía radiante.

Comenzó a examinarse el cuerpo. Miró las marcas de las cintas de cuero sobre su piel. Unas líneas rojas que le indicaban que la sangre estaba seca. Se giraba y se sintió orgullosa de lo que estaba viendo. Le encantaba el dolor, y le encantaban las marcas. Le gustaban porque decía que eran esos pequeños souvenirs de una buena sesión.

Se miró un rato más y observó sus ojos negros, su nariz ancha y labios gruesos. La piel morena de diferentes tonos, lo cual le daba risa. El peso que había perdido que le había dejado estrías y una dermis con pliegues. A pesar de ello, no se sentía mal al respecto, estaba orgullosa de sí misma y se sentía segura. Era todo lo que necesitaba.

Abrió las llaves de agua y juntó un poco entre sus manos. Se las llevó

hacia el rostro y la temperatura fría fue suficiente como para que terminara de despertarse por completo. Estaba lista para tomar una ducha rápida, antes, se asomó por la puerta y se fijó en el estado de su acompañante. Él dormía plácidamente, como siempre lo hacía en momentos como ese. Nada en el mundo lo podría interrumpir aunque se estuviera cayendo.

Aprovechando la ocasión, entró entonces a la ducha y se bañó con agua caliente. Después de unos minutos, salió de allí y tomó una toalla. Agradeció el ligero calor que estaba haciendo en la habitación. Era algo sumamente agradable.

Dio unos cuantos pasos y tomó sus prendas y su morral. Allí tenía un cambio de ropa que había guardado por las dudas. Se agradeció a sí misma de haber sido tan precavida como para darse cuenta que tenía que tener un plan de rescate.

Buscó unos jeans oscuros, un suéter tejido con el cuello amplio, las zapatillas Adidas, y listo. Sólo bastaba colocarse el abrigo porque, aunque era otoño, el invierno estaba muy cerca y el frío estaba más fuerte.

Volvió al baño para acomodarse el cabello cuando notó que él despertó de pronto. Cerró los ojos con cierto gesto de cansancio, sabía que él le preguntaría algo. Le gustaba más cuando era sádico, controlador y agresivo con ella, le gustaba cómo se comportaba como Dominante, pero detestaba su lado vainilla.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—¿Para dónde? ¿Por qué?

—Porque ya me quiero ir. ¿Hay un problema con eso?

—Es que pensé que te quedarías más tiempo. No sé, que iríamos a comer algo...

—No es necesario, me parece. ¿A ti sí? Lamento eso. Estuvo muy bueno todo, pero creo que es más que suficiente.

El hombre no lo podía creer. Esa indiferencia, ese trato frío que le cayó de la patada. Sólo se quedó impávido en medio de su desnudez. Luego de unos segundos, apenas pudo vociferar algunas palabras.

—Siempre caemos en este punto, Megan. Quiero acercarme a ti pero tú lo haces imposible. No puedo, no me dejas y no entiendo la razón.

Megan hizo un suspiro de resignación y de fastidio. No era la primera

vez que ellos hablaban de eso, y ya para ella era como llover sobre mojado.

Lo cierto es que se conocían desde algún tiempo, se hicieron amigos y luego, amantes. Supieron sobre sus aficiones y de inmediato congeniaron. Ella se sentía libre y capaz de explorar lo que fuera con él. De hecho, así fue. Hicieron tríos, orgías, espectáculos de BDSM y hasta organizaron juntos una puja de esclavos y esclavas.

Estaban juntos y compenetrados. Sin embargo, Megan es una mujer que suele aburrirse rápido de la gente y, como no vio que las cosas fueran a alguna parte, así que dejó que las cosas terminaran por morirse.

Luego de un tiempo, ambos volvieron a reunirse para dejar las cosas sólo por lo carnal. Así que se encontraban en hoteles cuando las ganas eran demasiado fuertes. Aunque ella tenía otros compañeros, él siempre era una buena opción por tratarse de alguien que la conocía bien y que sabía hacer las cosas como le gustaban.

... Pero ya, ya no más que eso. El polvo y luego adiós. Pero esta vez no le funcionó. Algo le dijo que él había regresado a su vida con otras intenciones, pero ella ya estaba en otro plano, en otra vida y él sólo tenía un mínimo espacio en ella.

—Tienes que entender que las cosas han cambiado demasiado. Durante el tiempo que nos alejamos, los dos hemos cambiado mucho. Eso lo tienes que reconocer. Me tengo que ir, hablamos después.

No le dio oportunidad siquiera para responder. Lo dejó con la palabra en la boca. Megan odiaba ese tipo de situaciones emocionales innecesarias.

Él se quedó allí, mirando cómo iba hacia la puerta sin hacer mostrar un ápice de arrepentimiento. Sinceramente, para Megan la noche con él, había terminado.

Después de salir, cerró la puerta tras sí y respiró de alivio. Fue tan rápido como pudo al elevador para evitar más contratiempos. Marcó y esperó a que las puertas cerraran.

Al salir, se encontró el movimiento del lobby. Lo cierto es que estaba en uno de los edificios más elegantes de la ciudad. En el mero corazón de las residencias de ricos, políticos y famosos. Por lo que era de esperarse que se topara con rostros que le resultaran conocidos gracias a la televisión.

Pero para ella era cualquier cosa, incluso, a muchos de ellos los había visto en unas cuantas reuniones de Dominantes y sumisos. Sabía que allí, más de uno tenía un interesante historial de situaciones pervertidas.

Empujó la puerta principal y salió a la calle. La recibió ese aire frío que hizo que se ajustara más el abrigo que tenía puesto.

Cerró los ojos por un momento porque se sintió viva, plena. Adoraba la libertad que tenía y no lo quería cambiar por nada del mundo. Y así había sido desde siempre.

Podría decirse que, al menos en el exterior, había sido una niña normal que había crecido en un entorno familiar estable pero sobreprotegido. Quizás esa fue una de las razones principales por las cuales desarrolló una personalidad independiente.

De cierto modo, era estudiosa pero no demasiado, deportista pero tampoco demasiado, más bien se divertía lo más que pudiera. Le daba igual destacar porque no era algo que particularmente persiguiera, al menos no por sí misma.

Por otro lado, el ambiente social era otra cosa muy diferente. Si bien era indiferente con todo lo demás, era una chica sumamente popular. Había algo en ella que la hacía particularmente tan atrayente como si tuviera alguna especie de magnetismo, algo que le producía un efecto poderoso en los demás.

Con la adolescencia, vino el despertar sexual. Las hormonas estaban en su punto y cualquier roce podría propiciar un encuentro intenso y carnal. Esa es la edad en donde un mundo completamente diferente se abre ante nosotros.

Lo fue así para Megan, la dulce, la intensa, la popular. Como siempre, rodeada de gente, de chicas y chicos, sabía cómo moverse fácilmente entre la gente. La llamaban para fiestas, reuniones o charlas en los estacionamientos de los locales de comida rápida. Sus anécdotas y demás historias eran el gancho para el resto de los mortales que también quedaban embelesados por un físico atractivo y cada vez más hermoso.

Su tez morena, los labios gruesos y ese cabello largo, negro y rizado. Era como si tuviera un vendaval que se llevaba a todo el mundo por delante. Era más intenso gracias a esa actitud segura y confiada.

Como para toda joven como ella, los de su edad eran más bien aburridos y tontos. Los chicos con pretensiones de amor eterno, le resultaban molestos y hasta predecibles. A esa edad ya estaba dando muestras de ser una persona insaciable. Quería más y lo quería rápido, intenso, fuerte. Pero, ¿cómo?

No tenía idea, pero lo seguro era que no sería de manera convencional. Eso lo tenía bastante claro.

—¿Has visto el nuevo cuidador de la biblioteca?

—Ala, que no. ¿Qué tal está?

—Está majísimo. Es mayor, claro, pero es bello, guapísimo. Todas estamos babeadas por él y creo que también quedarás así por él.

—Pero no exageres, eh. Son ideas tuyas.

—No lo son, tía. Tienes que verlo. Cuando lo hagas, me darás la razón.

Con esa expresión de hastío, la acompañaron hasta uno de los últimos rincones de ese gran colegio. Sus amigas estaban emocionadas y ella, para variar, estaba más aburrída de lo normal. No entendía la euforia.

—¡Mira!, allá está.

Siguió con los ojos la punta del dedo de una de su grupo, quien sonreía casi frenéticamente. Lo hizo hasta encontrarse con él y fue allí cuando sintió que un rayo la había partido en dos.

Estaba sentado con un libro en frente y, a pesar de estar en esa posición, sabía que era alto y delgado. Se sintió atraída por los tatuajes que trataba de disimular con la camisa formal que tenía, y por el cabello espeso y negro. Además, el perfil perfecto casi como si fuera esculpido por una mano divina. ¿Acaso era posible que existiera un hombre así?

Tenía las piernas cruzadas, por lo que pudo ver que portaba unos New Balance amarillos que contrastaban con sus jeans oscuros. Estaba concentrado y absorto en su mundo. Parecía la cosa más bella del mundo.

Megan se quedó mirándolo, hundiéndose en los detalles de su cuerpo y de su rostro. Estaba maravillada, encantada, no podía salir de ese estado por más que se lo dijera a su cerebro. Se hizo esclava de él desde ese momento.

—¿Eh, tía? Te has quedado como muda, eh. Te dije, te dije que era majísimo.

—Me encantan sus tatuajes, se ven tan chico malo.

—¿De dónde habrá salido? Nunca lo he visto por el vecindario.

—Tengo ganas de hablarle, pero me da miedo. ¡Ay, qué tonta!

Ella, por otro lado, no podía pronunciar palabra. Estaba impresionada y no sabía qué hacer con ese cúmulo de emociones.

Sonó el timbre para regresar a clases y cuando sus amigas corrieron para no perder la hora, Megan se quedó allí porque sus pies se convirtieron en un par de plomos. En ese instante, el misterioso chico, giró la cabeza y se miraron por unos segundos.

Tenía los ojos azules más hermosos que había visto y el rostro tan perfecto que hubo un momento que todo le pareció irreal. El tiempo se detuvo y los ruidos cesaron. No había nada más, sólo su cuerpo y el de él flotando sobre ese espacio.

Quiso irse, quiso huir pero no pudo, le fue imposible y él lo supo. Fue allí cuando le dirigió una sonrisa y ella, imitó el gesto casi torpemente. En ese momento, no había rastro de la chica segura y magnética de siempre, sólo era un compendio de átomos suspendidos en el aire.

—Vamos, Megan. Que llegarás tarde.

Escuchó la voz de una maestra que le decía suavemente que era hora de estudiar. El chico misterioso de sonrisa aplastante, la siguió con la mirada, hasta que finalmente se volvió a concentrar en el libro que tenía frente a él.

Durante toda la hora, mantuvo la mirada fija en un punto en el pizarrón. El profesor de Aritmética escribía fórmulas sin parar en esa superficie blanca y brillante, mientras ella sólo pensaba en él.

Todos escribían menos ella, todos estaba concentrados menos ella, ¿por qué? Porque un desconocido fue capaz de desconectarla de la realidad con una fuerza sorprendente.

Tuvo esa sensación hasta casi terminar el día. Sus amigas seguían hablando de él y de otros quienes estudiaban con ellas, pero Megan no podía dejar de pensar en esos tatuajes ocultos y esa expresión de maldad que tenía ese chico. Después de estar anonadada, estaba recobrando un poco de consciencia al darse cuenta que tenía que averiguar más de él.

Dio la excusa de que tenía que quedarse más rato para estudiar y así se liberó de sus eternas acompañantes. Cuando por fin lo logró, ella respiró profundamente y tomó impulso. Caminó por los pasillos y volvió a adentrarse a la zona más alejada del colegio, irónicamente era así.

La biblioteca era un gran espacio rodeado de ventanales y frente a un patio interno siempre hermoso y verde. Se asomó con cuidado para que no la descubrieran. Y fue allí cuando lo miró de nuevo, tan alto y espigado que se sintió intimidada por él.

—Pero, joder, ¿qué me pasa?

Era obvio, estaba prendada de él y no sabía cómo actuar porque era la primera vez que le había pasado algo así. Caminó hacia una columna y siguió mirándolo estupefacta. Estaba hablando con alguien y sólo lograba ver que asentía suavemente.

No podía quedarse allí para siempre, así que entró de un golpe y llevada por un instinto desconocido, se acercó hacia él, quien ya estaba desocupado.

—¿Cómo te llamas? —Dijo ella con la voz más segura que pudo.

Él se giró y la miró con esa sonrisa, de nuevo. Le pareció dulce y también valiente.

—Conrad. ¿Y el tuyo?

—Megan.

—Hola, Megan. Veo que eres una chica valiente, pensé que no te atreverías a hablar conmigo.

Ella sintió un repentino rubor en las mejillas y él rió un poco. Se acercó un poco hacia ella pero Megan no se echó para atrás. Se mantuvo plantada, segura.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a buscar un libro?

—No, sólo quise saber tu nombre y... preguntarte algo.

—A ver, dime.

—¿Estás trabajando aquí?

—Sí. Por unos meses o hasta lo decida la directora. Veremos qué sucede.

—¿Así que te veré más seguido?

—Eso depende si eso es lo que quieres.

Nadie le había respondido así, con ese descaro, con esa seguridad. Sintió que los vellos de su piel estaban erizados y un frío poderoso en la espina de su espalda. Estaba impresionada pero también encantada.

—... Claro que quiero.

Esa respuesta ni siquiera supo de dónde salió, sin embargo, lo dijo y esperó ansiosa la respuesta de él. Conrad la miró con cierta complicidad, y sólo sonrió.

—Vale, me gusta eso.

Después de ese día, Megan y Conrad comenzaron a compartir momentos que fueron de charlas pequeñas en la biblioteca, hasta que poco a poco, construyeron una interesante confianza.

—¿Qué harás después de clases?

—Nada, creo. Supongo que ir a casa a estudiar.

—¿Estudias? No me digas que eres de esas chicas que sólo devoran libros.

—Ja, ja, ja. Algo así, es que no lo sé.

—Vale, ¿qué tal si vamos a comer algo? Hay un autocine y están proyectando películas clásicas y me gustaría que fueras conmigo.

Ella le hacía sentir especial que él, una de las personas más interesantes que había conocido, pensara en invitarla.

—Pues, me flipa.

Regresó a casa y se echó sobre la cama y se quedó mirando el techo sintiendo el entusiasmo. La emoción que sentía de verlo en un contexto completamente diferente, la hacía sentir más niña de lo que ya se sentía.

Quedaron para verse al final de la tarde, así que estuvo sobre su cama un buen rato hasta que comenzó a prepararse.

Mientras estaba arreglándose, recordó que había ocultado por un tiempo que hablaba con él hasta que una de sus amigas descubrió que, efectivamente, estaban juntos. Ella trataba de responder con evasivas porque no quería fantasear demasiado —aunque sólo se lo permitía internamente—.

Después de esperar un rato, se levantó de la cama y comenzó a prepararse. No podía dejar de sonreír al imaginarse las cosas que haría con él, lo que compartirían, y de lo que hablarían. Se veía tan interesante, tan único.

Se colocó un vestido de flores blancas, una chupa vaquera y unos Converse blancos. Se dejó el cabello de lado y se miró en el espejo. Sería la primera vez que haría algo así, aunque fuera la chica más popular de su escuela.

Miró por la ventana y vio un Cadillac rojo aparcando. Tomó su bolso y salió corriendo por las escaleras, no quería hacerlo esperar demasiado tiempo. Se despidió de su madre y salió como si fuera un espíritu libre.

Ahí estaba él, parado sobre la puerta del copiloto. Con jeans rotos, una camiseta blanca y unas botas de cuero desgastado. Se veía peligroso e intimidante. Él, apenas la vio, sonrió y la abrazó.

—Te ves guapísima.

—Tú también te ves muy bien.

Se miraron y de nuevo experimentó esa sensación de perderse en los ojos de él. El paraíso era él, su piel y su calor. No había nada más perfecto que eso.

Se subieron al coche y anduvieron por la ciudad con el cabello en el aire y con rock de fondo. Megan se sentía más rebelde y viva que nunca. Luego se

recordaría que jamás olvidaría esa escena por más esfuerzo que hiciera.

Llegaron finalmente a un autocine que había cerrado muchos años atrás, pero que gracias a los hipsters y millenials, había regresado a la vida.

Conrad aparcó en un puesto, más o menos cerca de la pantalla. Al detenerse, echó la cabeza sobre el asiento y la miró con tranquilidad.

—¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Vale, déjame comprar unas hamburguesas. Espérame aquí.

Le hizo un guiño y la dejó en el coche. Ella se sentía como la chica más afortunada del mundo. Al rato, regresó con una bandeja que ajustó en su puesto y se apresuró en sentarse.

—Parece que ya va a comenzar.

La película era lo de menos, la verdad. Sólo importaba tener tiempo para él, para conocerlo y para disfrutar de una cita como esa. Por más segura y autosuficiente que pareciera, estaba nerviosa y le encantaba la sensación que estaba experimentando.

Al final, resultó ser una película de terror de los 50. Casi nadie le estaba prestando atención ya que la gente iba y venía, bromeaba y jugaba entre sí. No pasó demasiado tiempo para que ambos comenzaran a hablar de otras cosas.

—Me mudé de ciudad y conseguí este trabajo. De hecho, debería estar en la universidad pero quiero pasar un año para mí. Aunque esa idea no era la mejor opción para mi mamá. Pero qué más da. La vida es una sola.

Él representaba todo lo que quería en la vida. Apenas era dos años mayor que ella y tenía un destino marcado para su vida. Deseó tanto irse con él, perderse, escaparse.

Disimulaba lo atontada que se sentía por él. Ese aspecto de chico malo le encantaba. Podía ver los tatuajes con mayor nitidez, gracias a las mangas cortas de la camiseta. Detalló sus piernas anchas y su espalda definida. Lucía sencillo y tan provocador. Pensaba que perdería el control con él.

Después de un par de horas, estaban en camino a su casa. Ella pensó que no podría ser más perfecto, hasta que él, luego de aparcar frente a su casa, la miró como si nada más importara. Estiró su brazo y sintió los dedos de él adentrándose en esa enredadera negra. Megan se sintió nerviosa pero algo le dijo que tenía que seguir, que su instinto era quedarse con él, juntarse y

perderse en ese rostro hermoso. El corazón estaba punto de salirse del pecho. Él sonrió de nuevo y juntó su rostro con el de ella.

—Tranquila.

En el momento menos esperado, ambos se besaron en medio del silencio de la noche, con el brillo de las estrellas y de la luna sobre sus cabezas. Fue más que perfecto.

Quedaron para otras citas y otros encuentros. Para Megan, su mundo se transformó por completo, sólo era él y nadie más.

Por supuesto, tuvieron que hablar al respecto, nadie podía saber de esa relación porque ambos podrían meterse en problemas. Pero, ¿acaso importaba? Para ella valía la pena tomar el riesgo y mucho más.

Nunca se sintió tan feliz en su vida. Los besos de Conrad, las caricias, su aliento y su cuerpo, todo era de lo más perfecto. Sin embargo, estaba segura que en cualquier momento perdería la oportunidad de contenerse por más tiempo.

Una noche que estaban juntos, en el Cadillac rojo, estaban besándose en un mirador de la ciudad. Las luces parecían pequeñas estrellas en la tierra y el cielo lucía como un gran manto negro sobre ellos.

La lengua de Conrad se entremezclaba con la de ella, así como sus labios. El aliento caliente de él envolvió el suyo y tuvo esa ligera sensación de que las cosas llegarían a otra situación completamente diferente. Sin embargo, ya estaba lista para ello.

Él se alejó un poco de ella y concentró sus grandes ojos azules en su rostro. Esperó un momento antes de hablarle, porque era obvio que estaba esperando por tener un poco de fuerza antes de hablar.

—¿Quieres?

Ella comprendió perfectamente lo que quiso decir, por lo que asintió ligeramente y él se quedó serio.

—¿Segura?

—Más que nunca.

Apenas terminó, fue hacia ella para besarla con pasión y desenfreno. Megan estaba preparada desde hacía tiempo.

—No será aquí. Esto no es un buen lugar para una chica como tú.

Tomó el volante y la palanca de velocidades, en un santiamén estaban flotando sobre el asfalto, en dirección hacia un lugar en donde pudieran tener

una mayor libertad de tener intimidad.

Dieron con un motel en las lejanías de la ciudad. Uno de aspecto un poco viejo pero para ella ese tema era irrelevante, sentía que era el momento y el lugar adecuado.

Entraron en una habitación y enseguida se acostaron. Fue inevitable no sentir el miedo pero estaba entre sus brazos, así que por momentos se le olvidaba el nerviosismo que parecía que la consumiría de un momento a otro.

Volvieron a besarse y las manos de él fueron hacia sus piernas para acariciarlas. Ella cerró los ojos y dejó que su mente y cuerpo se entregaran por completo. No había miedo ni temor, esa era la decisión que había tomado y sólo seguiría adelante.

Él fue dulce en todo momento, la acarició y la hizo suya con una delicadeza extrema y pura. Al final, se quedaron entrelazados entre el calor del sexo y del deseo que parecía consumirlos por completo.

Megan salió de ese lugar transformada en una persona completamente diferente, con una visión de mundo y con ganas de vivir más y más experiencias.

Aunque hubiese querido estar con él por más tiempo, no pudo ser. Apenas meses después, él decidió irse porque deseaba encontrar un rumbo diferente en la vida. La despedida, sin embargo, se alargó por una semana. Se habían vuelto inseparables.

Pasaron semanas e incluso meses para que ella se diera cuenta que él no sería el único, aunque sabía que había hecho una marca importante en su vida. Pero claro, eso no sería suficiente como para detenerla.

Terminó la escuela con una visión diferente de las cosas e ingresó en la universidad, ávida de todo, pero básicamente de hombres y de fiestas. Quería conocer de todo y no quería sentir nada de límites. Deseaba ir más allá de lo que fuera posible.

Durante esa época, asistió a todo tipo de grupos y de reuniones pero no hubo nada que le llamara la atención. Hasta que la invitaron a una reunión BDSM. No tenía remota idea de lo que era, así que lo tomó como una señal para que hiciera algo diferente y entretenido en medio del aburrimiento que sentía por todo.

Se vistió y se preparó para ir a ese lugar misterioso que de la invitación. Le resultó gracioso todo el misticismo del asunto, hasta que se percató de lo que tenía frente así.

Gente vestida de cuero y látex. Unos usando máscaras y otros no. Unos desnudos, portando cadenas o ropas muy elegantes. La situación era confusa pero no quiso irse de allí, tenía la sensación de que tenía que conocer más al respecto.

Se dio cuenta que había una serie de eventos y de reuniones pequeñas alrededor. Así que se aseguró de visitar algunas para tener una idea un poco más clara de todo. Se sorprendió de descubrir una especie de puja por esclavos, mientras que en el otro lado, alguien hacía el esfuerzo de no exclamar demasiados gritos porque alguien se lo había ordenado.

En medio de todo, estaba confundida pero, por suerte, se le acercó un hombre alto y atractivo que la tomó por el brazo y la llevó junto a la mesa. Comenzaron a hablar, aunque fue más bien ella tratando de saber un poco más sobre el lugar en donde se encontraba.

Salió de allí como si hubiera dado con una información vital, con algo que sabía que haría que su vida diera un giro de 180°... y así fue.

Este mismo hombre la introdujo en el mundo BDSM como sumisa. Al principio, le costó un poco de trabajo entender pero al mismo tiempo tenía la sensación de que todo aquello le resultaba fácil porque se hundía cada vez más en ese ser pervertido y repleto de ganas de probar los límites, así como pasarlos.

Hizo de todo con él, incluso se permitió vivir la tortura de sangre y fuego. Lo que hubiera resultado ser demasiado para cualquier persona, para ella era una decisión más que obvia que tomó sin pensarlo dos veces.

Descubrió ese gusto por el dolor y la obediencia, siempre y claro se respetara sus principios de libertad, ya que no estaba dispuesta de dejar aquello que tanto quería y que tanto le había costado.

Se acostumbró a llevar las cosas a su propio ritmo, así que cuando sentía que estaban a punto de quitarle su seguridad, se iba y dejaba la relación. Así de sencillo.

Práctica, sexy, loca de atar y hasta un poco psicópata, Megan era esa mezcla explosiva que los hombres querían experimentar... Y ella lo sabía.

Caminó entonces por la calle concentrada y agradecida por los dolores que le habían provocado horas antes. El frío de la calle hizo que se sujetara más el abrigo y caminara un poco más de prisa. Deseaba resguardarse en la estación del subterráneo y así ir a casa. Deseaba acostarse en su cama y olvidar a todo lo demás.

Bajó las escaleras rápidamente y se detuvo a esperar el tren. Pensó en lo delicioso que había sido la sesión pero, para ser sincera con ella misma, pensó que podría hacer algo más, algo que terminara de satisfacer esos deseos y esa lujuria que siempre estaban en ella.

Se subió en el tren apenas este se detuvo. A pesar de todo, se dio cuenta que estaba más o menos solo, por lo que tendría un paseo rápido y sin tanta gente. Se quedó de pie porque se sentía más cómoda de esa manera.

Entonces, se dispuso a observar a la gente que se encontraba alrededor de ella. Entre todos, vio a una pareja besándose y a abrazándose. Eran más chicos que ella pero no unos adolescentes.

El hecho es que los miro por todo el rato, haciendo el esfuerzo de que no se dieran cuenta que había una completa desconocida que los miraba con un deleite interno, plácida por contar con un estímulo visual tan delicioso como ese.

Ella estaba quieta, en silencio, mientras los miraba uno sobre el otro, en esos asientos incómodos y necios que estaban en el tren. Ella tenía sus piernas sobre las rodillas de él, en tanto que él, con sus manos, acariciaba esos muslos blancos y de apariencia suave.

En medio de sus toqueteos, sus lenguas iban y venían, al igual que sus bocas. Parecían estar desesperados por follar, sin embargo, no podían sólo por el hecho de encontrarse en un lugar rodeado de gente. De lo contrario, no se lo hubieran pensado demasiado.

Megan, por otro lado, estaba excitándose cada vez más. De hecho, disfrutaba de mirar a otros y más cuando estos parecían no darse cuenta de que era así. Le encantaba ver la forma en que la gente se tocaba y se daba placer, absortos en su mundo. Así de fuerte era el deseo y así debía celebrarse.

Se bajó entonces de la estación y subió las escaleras para salir de esta. Miró hacia los lados de la acera y camino hacia el norte en donde estaba el edificio en donde vivía. Mientras lo hacía, el calor de su vulva se hacía cada vez más intenso, por ello sonría sola en la calle, consciente que estaba cerca de llegar y que pronto pondría fin a la desesperación que estaba sintiendo por masturbarse.

Entonces, después de unos minutos, entró al edificio, saludó el portero amablemente y tomó el elevador. Miró hacia los pisos hasta que divisó el número seis. Se abrieron las puertas y salió con calma.

Se dirigió a su derecha y sacó unas llaves, introdujo una y abrió la puerta para encontrarse el departamento completamente oscuro y solo.

Luego de cerrar tras sí, y de dejar sus cosas en una silla de madera que tenía cerca, comenzó a desvestirse poco a poco, como si tuviera la intención de no hacerse daño con las manos.

Lo cierto es que lo hizo de esa manera porque había partes de su cuerpo que estaban aún marcadas y heridas, así que debía tratarse a sí misma con cierta delicadeza. Así pues, luego de quedar desnuda completamente, se preparó para ir a su habitación.

Entró y se dejó caer sobre la cama, extendiéndose por completo. Sintió la suavidad de las sábanas y de la cama la cual, estaba caliente.

Cerró los ojos y se de inmediato colocó sus dedos sobre su vulva. El clítoris ya estaba hinchado, así que no hizo demasiada falta en prenderse con un par de toques. Se mordió la boca y comenzó a masturbarse tan dulce y exquisitamente que olvidó por completo que sentía aún el dolor de los latigazos y del ardor que habían quedado en sus pezones después de haberle colocado pinzas de madera.

Pero el deseo era mucho más grande que ella, la hacía elevarse e flotar por lugares insospechados. Le encantaba sentirse así, por ello no perdía oportunidad de experimentar cada vez más, tanto como fuera posible.

De lento fue a rápido, y de suave a duro. Tenía dos dedos dentro de ella y uno estaba colocado sobre el clítoris, haciendo la presión necesaria para que se mojara cada vez más. Cada vez que lo hacía, sentía una especie de corriente que le recorría parte de la espalda y de las piernas.

Siguió imaginándose siendo devorada por esos labios tan efusivos y ardientes, pensó en colocarse en medio y seducir a los dos, tentarlos hasta que ninguno pudiera ofrecer resistencia a lo que estaba pasando.

Poco a poco, se percató que la sensación se volvió mucho más intensa, por lo que continuó tocándose persistentemente. Al final, un gran alarido salió de sus entrañas para terminar con un gran orgasmo que acabó por manifestarse en un potente chorro de sus fluidos.

Continuó tocándose hasta terminó de hundirse en la lujuria y sus manos dejaron de moverse. Extendió sus brazos sobre la cama al mismo tiempo que su respiración aún estaba agitada.

Poco a poco recobró la calma y cuando por fin lo logró, se quedó tendida, cansada pero feliz. Con una amplia sonrisa que le confirmaba que el sexo, al

menos para ella, era lo mejor que le había pasado en la vida.



II

—**E**xcelente, Karl. Este informe está impecable, la verdad es que no me esperaba menos de ti.

—Muchas gracias. Igual hice un respaldo que se encuentra subido en la nube de la empresa. Podrá consultarlo allí las veces que quiera.

—Karl... —Dijo la mujer— Sabes que puedes tratarme de tú. No hay ningún problema.

—No se preocupe, así me siento mejor. Gracias.

Mantuvo fija la mirada hacia la mujer que lo interrogaba. Ella, al darse cuenta que no obtuvo la respuesta que quería, hizo un suspiro de resignación y lo despachó de su oficina.

—Bien, Karl. Excelente trabajo como siempre.

—Gracias, señora.

Se levantó de la silla y dejó en evidencia la altura de su cuerpo imponente, además de una figura tallada gracias al ejercicio y el entrenamiento constante. Se ajustó los lentes y salió de la oficina con paso seguro y confiado.

Lo cierto es que aquella mujer y él tuvieron varios encuentros sexuales intensos. Primero, gracias a la obsesión de él por esas piernas largas y firmes que lograba ver las veces que ella usaba vestidos o faldas. Las conversaciones cordiales de trabajo, se volvieron más frecuentes hasta que, eventualmente, la tensión se resolvió con una serie de besos y toqueteos intensos en su oficina... prácticamente a la vista de los demás.

Pero Karl era así. De hecho, debajo de su aspecto tranquilo y comedido, era un tío bastante pervertido y morboso, al punto que a veces dudaba de su propia capacidad de autocontrol y dominio. Era como si algo tomara control de él.

Las cosas parecieron funcionar por un tiempo. Hicieron el esfuerzo de mantener la seriedad y de separar el deseo de los asuntos laborales. Él se encontró feliz de hallar el equilibrio perfecto, por lo que estuvo bastante conforme de la situación.

Sin embargo, los planes se fueron a la borda porque ella comenzó a experimentar la necesidad de controlarlo y de pasar más tiempo con él, no

sólo por sexo sino también por compañía.

—Lo que estás buscando ya es otra cosa, algo que no te puedo ni quiero ofrecer.

Su honestidad brutal la golpeó de frente. Ella se pensó que era especial por la forma en cómo él la trataba, pero lo cierto era que sólo una cifra más entre esa larga lista de mujeres que habían formado parte de su vida.

Ella cedió pensando que sería una cuestión sin importancia y que se le pasaría con el paso del tiempo. Pero no, no contaba con que Karl fuera tan tajante y estricto con sus decisiones. La decepción de no haberlo podido atrapar, la hizo sentir mal consigo misma.

Así pues, que luego de esa ruptura, ella lo invitaba a hablar a solar en la oficina con la excusa de discutir informes y trabajos, pero el resultado siempre era el mismo. Karl no se doblegaría ni por un momento, su voluntad era de hierro y así serían las cosas. Por su tranquilidad y porque realmente le gustaba su trabajo.

Comenzó a caminar por el pasillo con calma y pensando en las cosas que debía hacer. Entre ellas, comprar algunas cuerdas para una muestra de suspensiones que tendría para esa semana.

Bien, Karl no sólo era un contador muy eficiente, sino también un Dominante dedicado y comprometido. Eso se debía principalmente, a ese carácter serio y metódico.

Iba caminando con el itinerario en mente sobre las cosas que tenía que hacer. Durante el tramo, se percató que había gente que lo miraba, sobre todo las mujeres, esas mismas que lo deseaban en secreto a pesar que no lo era tanto para él.

Llegó a su oficina y se sentó en la silla. Se quitó los lentes y presionó el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar. Se quedó callado, respiró profundo y se sintió un poco más relajado. Tenía la necesidad de tomar un espacio para sí mismo, sobre todo por esa absurda cantidad de informes que tenía que hacer por complacer caprichos.

Volvió a la pantalla de su computadora y comenzó a teclear rápidamente. Tenía un trabajo pendiente por hacer y necesitaba salir temprano. Ansiaba el momento de encontrarse con esa mujer que le había prácticamente rogado que le hiciera lo que le placiera.

Lo cierto es que Karl no era como el común de los hombres. Era atento, respetuoso, caballeroso y le gustaba escuchar a las mujeres. Además, no

podía dejarse de lado el hecho de que era tremendamente apuesto, así que cualquier mujer podría sentirse inmediatamente atraída hacia él.

Fue criado por su madre y su hermana mayor, de allí su comprensión y entendimiento hacia las mujeres. De hecho, gracias a su capacidad de observación y de detalle, sabía qué decir y que no decir. Una actitud que lo dejaría como un completo ganador.

A pesar de tener un carácter callado y silencioso, no se hizo esperar que tuviera un comportamiento inclinado hacia los deportes y la competitividad. De hecho, despertaba de cierta manera, ese aspecto casi primitivo que todo ser humano tiene por dentro.

Se hizo capitán del equipo de fútbol americano y de ajedrez. Dos cosas que parecían antagónicas pero que para él representaba la unión perfecta.

Por un lado, el ejercicio y las hormonas, influyeron en su altura y contextura. Se convirtió en un muchacho alto, espigado y con un físico atractivo. En cuanto a los estudios, la lectura constante y la atracción al conocimiento también afinaron su mente. Incluso influyó en la futura percepción de las cosas que le rodeaban y en cuanto a la perspectiva de la vida.

A veces le resultaba molesto los comentarios de sus amigos y compañeros, esos mismos teñidos de palabras inmaduras y faltas de experiencia. Él no se quedaba atrás pero le parecía que a veces los chicos, sólo por el hecho de querer figurar, hacían lo posible para hacerse ver como más interesantes o varoniles.

Apartando ese hecho, por dentro también desarrolló un gusto por las mujeres. Tenía un prototipo favorito, prefería aquellas de aspecto diferente y hasta exótico, atípico, aquellas que se salían del molde porque tenían la valentía de enfrentarse a los cánones sociales. En la noche soñaba con alguna que hubiera visto en la televisión o en la prensa, cerraba los ojos y se imaginaba que tenía flotaba en un mundo de fantasías increíbles y geniales.

Aunque siempre sintió la curiosidad de estar con alguna, pensaba que no era un asunto demasiado importante. Así permaneció por varios años, como el chico objeto del deseo, hasta que justo en el año de su graduación, la conoció a ella. A la persona que cambiaría por completo su percepción sobre la vida, el sexo e incluso del amor.

Llegó a su escuela como sustituta del profesor de Química. La miró entrar al salón con ese cabello largo y negro casi ondeando por el aire. Su

sonrisa cálida que resaltaban sus pómulos pronunciados, el brillo de su piel morena y el negro intenso de sus ojos rasgados. El paso seguro, la falda por las rodillas y los tacones que le daban cierto aire autoritario. Todos parecieron quedar hipnotizados por su presencia y ella ya lo sabía.

—Hola, chicos. Me llamo Elisa. Estaré este semestre con ustedes porque el profesor se encuentra envuelto en un proyecto muy importante. Así que espero que nos las llevemos muy bien.

Tenía la voz agradable, un timbre armonioso, tanto que le sonó como el canto de los ángeles. ¿Acaso ella era alguno de ellos? Tuvo la sensación de que así era.

Nunca había sido torpe o descuidado, pero comenzó a serlo sobre todo cuando ella estaba cerca de él. Para Elisa, la dulce Elisa, él era un chico más pero para él, ella era el centro de su universo.

De repente cambió todos sus hábitos, incluso casi se sintió obsesivo con ella. De vez en cuando se reprochaba constantemente lo que hacía era decirse a sí mismo que era un tonto y que estaba cayendo en la misma conducta odiosa de sus amigos. Nada más detestable que eso.

Pero era un chico, era un ser humano con sentimientos y deseos, y su máximo deseo era estar con ella. Era lo que más quería en este mundo.

Así que por varios días trató de llamar su atención pero no lo lograba. Se sentía frustrado y no sabía qué hacer. Del desespero, un día esperó que terminaran las clases para hablar con ella. No podía más.

La encontró borrando el pizarrón. Estaba absorta en lo que estaba haciendo, pero él detallaba ese vestido rojo que parecía ir perfecto con su tono de piel. Ella presintió la presencia de él y lo miró un poco asustada. Sin embargo, antes de pronunciar palabra, se dio cuenta que Karl parecía urgido de decir algo muy importante.

—He hecho un esfuerzo de contenerme pero no puedo más. Usted sabe que me gusta pero me ha evadido de todas las maneras, así que se lo digo de frente para que lo tenga presente y sepa lo que sucede con mis sentimientos.

Karl lanzó ese cúmulo de palabras en el aire y sintió que estaba más aliviado que nunca. Ya no le dolía la cabeza, ni el cuerpo, expulsó todo eso sin importarle demasiado las consecuencias. Por primera vez supo aquello que decía sus compañeros y lo que veía en las películas. De repente todo tenía un increíble sentido.

Era el último día de clases, quizás por eso no se sintió especialmente

preocupado por el después. El hecho es que se quedó allí, mirando cómo la luz del atardecer resaltaba su figura. Parecía un ángel. Hermosa y sublime.

Su pecho aún latía con fuerza cuando la miró acercarse a él. Tímida, diferente a esa mujer segura que entraba al salón. Le sonrió y miró la curvatura perfecta de sus labios. Estiró la mano y le acarició el rostro. Karl, mientras, estaba hecho de hielo, no podía moverse ante eso que estaba sucediendo. No podía creer que pudiera ser verdad.

No hubo palabras aunque quisiera, no hizo falta. El lenguaje del cuerpo y de la pasión no hace falta eso. Así que él sólo se dedicó a recibirla entre sus brazos con la mirada sostenida en sus ojos. Se acercaron mutuamente hasta que la tensión se rompió y se besaron en la soledad del salón y de la escuela.

Estaba rompiendo todas las reglas, quizás más de uno se hubiera escandalizado ante semejante imagen. Pero no tenía importancia para ellos, obviamente.

Las manos de él fueron hacia su cintura, colocándose allí como si fuera el lugar más perfecto sobre la tierra. Al menos lo era así para él.

Prácticamente quedó embriagado por el aliento y por el calor que emanaba del cuerpo de Elisa. Inmediatamente escuchó los suaves gemidos que salían de su boca, esa respiración cortada y la agitación de su pecho glorioso. El controlado y paciente Karl, el buen chico, el bien portado y ejemplo de lo que debía ser un adolescente, poco a poco se estaba convirtiendo en una imagen que se diluía.

Ese beso se volvió más intenso, a tal punto que él experimentó la sensación de que todo había desaparecido de repente, como por acto de magia. Pero eso sólo fue el comienzo, porque también sintió que algo crecía dentro de él, como una especie de fuerza, de calor, un ímpetu que se volvía más grande y que casi parecía tomar el control de la situación. Fue extraño pero aun así no le importó seguir porque, dentro de todo, estaba harto de seguir los convencionalismos que lo volvían una imagen de una persona que realmente no era.

—No podemos hacerlo aquí. Es peligroso.

Ella se apartó repentinamente, cortándole todo lo que se había construido entre los dos. Era lógico, estaban en el lugar menos indicado para ello. No obstante, el daño se había hecho, Karl ya no fue el mismo después de ese instante, y no tenía intenciones de volver a serlo.

Quedaron para verse después, no pusieron una fecha porque entre los dos

parecía que había quedado la sensación de que no pasaría demasiado tiempo para que ese encuentro se diera.

Entonces salió del lugar con paso firme y se adentró en sus pensamientos. Estaba decidido en hacer que el cuerpo de esa mujer fuera suyo, de una vez por todas.

Lo cierto que pasaron un par de días para que se encontraran de nuevo. Como la primera vez, fue por cuestión de la casualidad. Él tuvo que regresar a la secundaria por una reunión de futuros egresados y ella estaba allí para ayudar a los preparativos de la fiesta.

Externamente, lucía como siempre, tranquilo, sereno, como si no existiera nada capaz de quitarle su tranquilidad. Pero la realidad era muy diferente, por dentro parecía un volcán a punto de estallar, estaba desesperado por descubrir las maravillas que se escondían entre esas hermosas piernas.

La asamblea de estudiantes se celebró en la cancha de básquet. Todos parecían muy concentrados y hasta emocionados por lo que estaban escuchando, todo menos Karl. Él estaba agudizando la mirada hacia los lados para ver dónde se encontraba ella. Justo miró que se había escabullido y él lo tomó como la oportunidad perfecta para verse con ella.

Se levantó decididamente y se dirigió a esa misma puerta que ella usó para salir. Se encontró con el pasillo oscuro y decidió tomar el camino que le pareció obvio. La buscó y la halló en la pequeña oficina de copiado. Tenía la expresión de sorpresa pero también de placer. Le daba gusto verlo.

Se quedaron por unos momentos como suspendidos en la situación, pero él fue hacia ella, para abrazarla y tomarla contra su cuerpo. Ella casi por completo, ya que el último vestigio de autocontrol lo dejó cuando cerró la puerta para que pudieran comerse como querían.

El cuerpo de Karl parecía estar rodeado de llamas, y deseaba que ella también se quemara junto con él. La tomó con ambas manos y la colocó sobre una mesa de madera que estaba allí, antes, barrió todo lo que estaba en la superficie para dejarla allí.

Él se había privado tanto de sus instintos que por momentos se sentía un poco torpe, sobre todo, porque no sabía muy bien por dónde comenzar. ¿Debía quitarle la falda? ¿Debía decir algo?

Sintió las manos de ella sobre su rostro y se encontró con el negro de sus ojos, los cuales se veían más brillantes que nunca.

—Relájate, sabes muy bien lo que tienes que hacer. ¿Vale?

Comprendió de inmediato lo que le quiso decir. Se relajó e hizo que su cerebro dejara de procesar esos pensamientos inconvenientes y molestos. Por ello, fue hacia ella para besarla, para sentir su calor y entregarse a la intensidad del momento por completo. Sintió que flotaba por los aires, que era capaz de lograr cualquier cosa.

Sus manos fueron debajo de su falda. Ella gimió de inmediato y uno de sus dedos fue a parar a su clítoris. Apenas lo tocó, Elisa gimió un poco más fuerte pero sabiendo que no podía hacer demasiado ruido por el lugar en donde estaban. Karl, no obstante, comenzó a masturbarla poco a poco, suavemente para sentir la humedad de ella, ese calor abrasador que tanto le gustaba experimentar.

Él también comenzó a jadear un poco porque la excitación era mucho más intensa de lo que había previsto. Sin embargo, a pesar de que estaba en un punto ardiente, no pudo controlarse más y se bajó el cierre del pantalón. Dejó salir su verga que ya estaba dura como una piedra. Nadie lo había excitado tanto como ella, nadie le había despertado ese instinto salvaje que tenía dentro de su cuerpo.

Separó sus piernas con ambas manos y antes de follarla, la miró por un instante. Estaba sonrojada y tenía la boca entreabierta. Se veía tan dulce y excitada que no pudo evitar sonreír con un dejo de malicia. Esa misma que le quedaría en los años venideros.

Preparó su pene y respiró profundo, hubo un instante en que se sintió medianamente asustado y preocupado, pero volvió a recordar que debía dejar que las cosas siguieran su propio rumbo, y que naturaleza era lo suficientemente sabia como para decirle lo que debía hacer en el momento justo.

Llevó su glande al coño húmedo y caliente de Elisa, ella no tardó demasiado en acomodarse un poco más porque realmente lo quería adentro, así que se preparó para recibirlo y colocar sus piernas alrededor de él. Los dos quedaron entrelazados en un solo abrazo y Karl de inmediato comenzó a moverse casi frenéticamente.

Sabía que las cosas no podían salirse de control y que era mejor tranquilizarse para disfrutar bien las cosas, por ello, menguó la intensidad de los movimientos y procuró hacerlo lento y suave, follarla hasta el fondo, sentir lo caliente de su carne y hacerla gemir aunque no pudiera.

El vaivén fue delicioso, único, intenso. Ella se aferraba a sus hombros

anchos y de vez en cuando se miraban mutuamente como si estuvieran compartiendo un poco de complicidad. Esa misma que los hacía sentir casi que eran un par de niños traviesos.

Siguió follándola como si fuera todo un semental. Se apoyaba de la mesa y empujaba cada vez más. Elisa buscaba la manera de taparse la boca, de ahogar los gritos y gemidos que él le producía con esa fiereza. Nunca pensó que él sería de esa manera.

Estuvieron así por un rato hasta que se percataron que si tardaban más, resultaría sospechoso. Así que se vistieron rápidamente y dejaron el encuentro hasta la mitad. Karl se prometió a sí mismo que luego retomaría lo que había quedado pendiente.

Él regresó al conversatorio con la misma expresión de siempre pero sabiendo que debía hacer el máximo esfuerzo por no descubrirse. Continuó escuchando todo el palabrerío aunque prefería concentrarse en lo verdaderamente importante, en Elisa.

Karl mostró el mínimo interés en la graduación, incluso en el acto. Más bien se sintió desesperado por encontrarla con la mirada, de saber en dónde estaba para sentir al menos que podría calmar sus ansias, las cuales había controlado con unas largas sesiones masturbatorias con solo recordar el perfume de su piel o la suavidad de su cabello.

Después de unos días, cuando todo el alboroto había pasado, pasó lo inesperado. Ella lo contactó y quedaron en verse en su casa. Estaba tan nervioso que no podía siquiera pensar con claridad.

Se vistió apresuradamente y salió como llevado por el diablo. Para ese momento, tenía un coche viejo que había comprado con sus ahorros. Así que se subió y se dirigió a ese lugar para buscarla, verse con ella, decirle y hacerle todo lo que tenía en su mente.

Llegó a una zona residencial de varias casas en un lugar tranquilo. Detuvo el coche al dar con la de ella. Al bajarse, se dio cuenta que ella estaba allí, en la puerta entre las sombras. Lo miró con ese rostro asustado y luego desapareció. Karl fue tras ella.

Subió los escalones de cemento y cerró la puerta tras sí. El interior estaba completamente oscuro salvo por unos rayos de luz que entraban desde algunas ventanas. Alzó la mirada y ahí estaba ella. Lucía una especie de vestido ligero. Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ven. —Le dijo suavemente.

Él subió las escaleras con lentitud, como si quisiera atesorar ese momento, como si quisiera guardarlo por siempre en su mente. Subió finalmente y comenzó a dar algunos pasos hasta que se acercó hacia una de las habitaciones, la de ella específicamente.

La encontró desnuda, de pie y esperándolo. Esa imagen se convirtió en la referencia más hermosa que había visto jamás. Se veía tan bella, tan sublime que no podía creer que ella fuera de verdad.

Sin embargo, el cuerpo le recordó que el deseo era la suficientemente fuerte como para no resistir ni un minuto más. Estaba ansioso, desesperado, así que él también se quitó la ropa, dejando ver ese cuerpo joven, inocente y ardiente.

Luego, ambos se fundieron en un solo abrazo, en uno que provocó el contacto intenso de piel a piel. Los besos, las caricias, la necesidad de buscarse, de comerse, de pertenecerse era tan grande que sobrepasaban sus cuerpos.

Así que sin pensarlo demasiado, terminaron sobre la cama, en ese mismo proceder intenso que tenían. El cabello de ella se movía de un lado para el otro, así como sus hermosos pechos, tan suaves y firmes.

El primer instinto fue besarlos, así que lo hizo. Luego, los mordió desesperado, como si no hubiera un mañana. Sus manos, por otro lado, iban de un lado para el otro, consumiéndose y hundiéndose en la extensión de esa piel que estaba frente a él.

Ella no paraba de sonreír y de guiarlo en ciertas partes. Él no sintió vergüenza o pena, más bien se sentía afortunado por la paciencia que tenían con él. Finalmente se echaron sobre la cama, en medio de la noche y de ese silencio que era interrumpido por los gemidos de ella y los jadeos de él.

Separó sus piernas para recibirlo debidamente pero Karl no quería follarla tan rápido, como aprendió la primera vez que estuvo con ella, comprendió que podía hacer diferentes las cosas si se relajaba por completo, así que en vez de acomodar su cuerpo, lo que hizo fue descender su cabeza hasta la zona de su sexo perfecto.

La cercanía le hizo sentir de inmediato el calor y la humedad de ese coño, así que se apresuró aún más en llevar su lengua hacia ese delicioso destino, a uno que lo llamaba sin parar.

Sacó la lengua lentamente, con la finalidad de acariciar el clítoris. Ella gimió de inmediato y claro, no se hizo esperar el torrente de fluido que cayó

en su boca. Tenía un sabor exquisito, una sensación agradable sobre la lengua y sobre los labios, no sabía lo que le gustaba más.

Hundió aún más su cabeza para adentrarse en ese maravilloso mundo. Su lengua se convirtió en el motor principal de placer al acariciar los labios y cada parte de esa vulva. Quería más, quería volverla loca.

Siguió comiéndola hasta que sintió pequeño malestar en su cuerpo. Además, a pesar que quiso seguir, pensó que podría masturbarla un poco. Algo en su interior quiso hacerle llegar a un punto en donde podría arrastrarla a un límite que no había explorado por sí misma.

Así que levantó un poco y comenzó a tocarla, a introducir un par de dedos y de frotar su clítoris con ritmos intercalados. Primero fuerte y después suave, y así.

Desde hacía rato ella tenía los ojos cerrados, apretándolos con fuerza y uno de sus labios entre los dientes, sus manos sobre las sábanas, la desesperación a flor de piel. Él la comía con desesperación y ella sólo se dejó vencer sobre esa cama porque ya no quería luchar más con un sentimiento que había tomado el control de su cuerpo.

Finalmente, Karl se detuvo para incorporarse de nuevo pero con la finalidad de follarla como quería. Por fin estaba contento de darse el debido tiempo para disfrutarlo y para hacerlo como deseó por tanto tiempo.

Apoyó sus brazos y manos sobre la cama y ajustó su cuerpo entre esas piernas que estaban ansiosas por él. Antes, una última mirada para luego meterlo con una increíble determinación.

Ella exclamó un fuerte jadeo, mezclado con un gemido intenso que pareció emerger del centro de cuerpo. Por su parte, Karl, estaba concentrado en empujar más y más esa verga gruesa y venosa. Le gustaba la sensación que estaba comenzando en experimentar, esa misma que le hacía sentir poderoso... dominante.

Así pues, estiró una de sus manos y la colocó instintivamente sobre el cuello de ella. Poco a poco cerró sus manos y apretó un poco, sólo un poco. Lo suficiente como para experimentar la intensidad del dominio que había en él. Se hizo más presente, más fuerte pero no era algo que le resultase particularmente extraño, más bien era natural y lógico.

Siguieron follando con fuerza y casi violencia cuando al poco tiempo ella quedó muda, privada de la excitación. Se aferró más a las sábanas, hasta que finalmente sus muslos comenzaron a temblar violentamente.

Karl comprendió que ella estaba cerca, muy cerca del orgasmo. Así que siguió follándola con ese mismo fulgor hasta que por fin explotó todo su poder sobre ese cuerpo. Minutos después, ella hizo un largo grito y él sintió cómo los fluidos calientes de ella terminaron por bañar su pene. Fue la sensación más extraordinaria del mundo.

Ella se quedó temblando, con ese aspecto frágil pero también feliz, él adoró cada momento en que la observó de esa manera. Se acercó a ella y le dio un beso, le tocó el rostro como si fuera el objeto más delicado y hermoso del mundo, para luego colocarse junto a ella. A pesar que en apariencia parecía que estaban descansando, la mente de Karl iba a mil por hora.

Después de esa noche, los encuentros se hicieron más frecuentes y más intensos entre ellos. Fue esa época en donde Karl se hizo mayor de edad y más consciente de sus emociones y sensaciones durante el sexo. Incluso, pensó que ese cosquilleo que se despertaba por el control, se hacía más intenso y poderoso cuando tenía el dominio durante la intimidad.

Las cosas entre ambos iban bien pero había llegado el momento de separar sus caminos. Ella estaba a punto de comprometerse con un hombre de buena posición y él, pues, tenía que empezar su vida. Aunque la situación no fue de su total agrado porque, a pesar de no admitirlo completamente, había establecido una relación que iba más allá del sexo.

Por supuesto, tuvieron un último encuentro para despedirse. Uno que estuvo caracterizado por algo particular, por la experimentación de algo que no habían probado hasta ese momento. Él leyó sobre amarres y sintió que sería digno de probar, así que estando solas, en el mismo lugar de siempre, Elisa estaba sobre la cama con sus extremidades atadas y dispuestas a los deseos de Karl.

Ella estaba dispuesta y él también. Ambos se encontraban en un estado mental en donde se sentían aventureros y preparados para algo más intenso. Karl se había preparado con tiempo. Había leído al respecto y se informado lo suficiente como para no cometer la torpeza de no hacer las cosas con cuidado. Así era su personalidad.

Al terminar, se aseguró que todo estaba en orden. Sin embargo, ella tenía un dejo de tristeza en la mirada. Él sabía muy bien qué significaba, así que le acarició lentamente el rostro y le dio un beso. Había sido la aventura más alocada y extrema que se permitió y quería despedirse a lo grande.

Se acomodó entre sus piernas y utilizó su boca para lamerla, comerla y

chuparla. Sus manos se aferraron a sus muslos firmes y el mundo desapareció en un chasquido. Sólo era él, ella y sus gemidos. La combinación más sublime que existía.

Durante ese tiempo, Karl comprendió que ese era el camino que debía seguir, así que se propuso a saber más de sus inclinaciones, de sus gustos y buscar una manera de consolidar todo aquello. Tenía la sensación de que iba por buen camino.

Por suerte, la despedida fue mucho menos amarga de lo que había pensado. Ambos sabían que había sido un completo riesgo pero que lo valía, dentro de todo. Él sonrió a una etapa que terminó para asumir otra mucho más importante.

La universidad representó una especie de redescubrimiento personal. El ambiente era mucho más libre, por lo que comenzó a sentirse como un adulto rápidamente. Las fiestas, las clases, las reuniones. Todo formaba parte de un nuevo universo que lo hacía sentir diferente.

Por supuesto, esta etapa estuvo acompañada por la iluminación sobre sus gustos sobre el sexo. Eventualmente, descubrió que era Dominante y que en efecto le gustaba tener el control de todo, de cada cosa, incluso de cada reacción.

Dio con el BDSM por mera casualidad, logró escuchar esa palabra en una especie de fiesta de la facultad. Le llamó la atención y quiso averiguar más. Resulta que tenía mucho que ver con ese episodio en donde había usado cuerdas para amarrar a su antigua amante. Todo pareció encajar a la perfección.

Como solía hacer, leyó y se informó lo necesario para tener el suficiente conocimiento de ese mundo que le resultaba tan atractivo.

Hizo un enorme esfuerzo y logró que lo invitaran en una fiesta de látex y cuero. Así era la temática. Sin embargo, no quiso ser demasiado literal porque no le importaba eso, sino otra cosa. Quería saber si realmente estaba en el punto que necesitaba estar, deseaba confirmar si esa sensación que tenía internamente tenía sentido.

Se topó con un ambiente completamente diferente a lo que se había esperado. Piel desnuda y rota, sudor, jadeos y miradas intensas. La perversión flotando en las cabezas de las personas como si fuera un aura poderosa. Él se colaba entre la gente y sólo deseaba contagiarse de lo que estaba experimentando. Sus sentidos estaban saturados, inmensos.

La luz roja que iluminaba todo, reforzaba esa sensación y poco a poco, Karl se sintió que finalmente estaba en el lugar correcto. No se había equivocado.

Durante esa noche, miró a Dominantes y Dominatrix amarrar a sus pobres sumisos y esclavos, escuchó los insultos y el sonido reprimido de los gemidos de aquellos que eran torturados. Él, desde la perspectiva de un espectador, sentía esa corriente de poder y control que tanto le gustaba. Sonrió convencido que tenía que poner en práctica todo lo que había visto lo más pronto posible.

Para un tío como él, guapo, misterioso e inteligente, no fue difícil encontrar a una persona que se sintiera atraída a él. Claro, uno de sus mayores temores era darse cuenta que aún era un novato, pero al menos haría el esfuerzo por encubrir su falta de experiencia, al leer todo lo que pudiera para no perderse en la ignorancia. No se lo permitiría.

Conoció a una Dominatrix que le enseñó cómo debía comportarse y cómo debía llevar la situación de la mejor manera.

—La paciencia es la clave. Todo es mental, por lo que tienes que actuar como una persona inteligente, precavida y capaz. No te dejes llevar por los impulsos, recuerda que tú tienes el control de todo.

Gracias a sus consejos, Karl comprendió que no todo era controlar y dominar, también debía ser detallista, atento y observador. Cualidades que ya tenía pero que no estaba de más recordar porque formarían parte importante de lo venidero.

Con ella aprendió a amarrar, a torturar y a llevar a los límites a quien quisiera, siempre al borde de todo, pero haciendo el esfuerzo de no irse demasiado. La cuestión era mantener el equilibrio de todo, de respetar los espacios pero con la posibilidad de provocar esa necesidad de repetir.

Comenzó su relación oficialmente como Dominante, con una chica de primer año de universidad. En ese punto, él ya se encontraba más avanzado, de manera que le despertaba el morbo porque era un sutil recordatorio que tenía cierto grado de superioridad.

Durante el día, ambos se ignoraban de manera campal. Sobre todo él hacia ella. Ni la miraba, sin embargo, eso correspondía a una estrategia muy clara. El objetivo era que ella debía entender que sólo sería digna de su atención cuando Karl quisiera. Fue una manera de traer una especie de juego divertido al mundo vainilla.

Las cosas, por supuesto, eran muy diferentes de las puertas hacia adentro. Gracias a todos sus conocimientos, Karl se hizo una persona hábil y un Dominante poderoso pero también muy sensual.

En el tiempo que estuvo con ella, aprendió que podía insultar y quebrar la voluntad de otra persona con las palabras correctas, con solo decir lo suficiente para que sus deseos se cumplieran como debía. Lo logró al darse cuenta el poder que escondía las palabras pronunciadas lentamente y con suavidad, cada vez estaba perfeccionándose. Resultó ser entonces todo un manipulador. Y era sólo el principio.

Luego de ella, se produjeron otros encuentros y relaciones con más sumisas –de todos los estilos—. Experimentó relaciones tipo Daddy/brat/little girl, se convirtió en Amo de una esclava y hasta se permitió tener a dos sumisas que le gustaban servirle juntas. A veces pensaba que estaba en el paraíso.

Podía estar con cualquiera y en cualquier momento. ¿Lo mejor? Nadie tenía la mínima idea del tipo de persona que nadie tendría sospecha. Era imposible que la gente se imaginara que él, un hombre tan serio y bien portado, más bien resultara ser un tío loco, psicópata que adoraba el sexo y que le encantaba experimentar con los límites de la gente.

Adoraba romper la piel con los latigazos, adoraba escuchar gritos y gemidos, súplicas y ruegos, las cuales por supuesto, no les prestaba atención. Encontraba placentero la mirada previa antes de una sesión, esa misma que lo preparaba para un encuentro intenso. Le disparaba el morbo de una manera impresionante.

Gracias a sus encuentros y a su participación en el mundillo BDSM, Karl se valió de una importante reputación. Era un Dominante respetado por sus pares y deseado por sumisos y esclavos. Muchos quería estar con él, pero él se reservaba el espacio para personas que realmente le resultaba interesantes. Comprendió que su tiempo valía oro y como tal, tenía que tener cuidado de él.

Eso no quitaba el hecho de que podría perder el autocontrol con pequeñas cosas. De hecho, la química que llegó a sentir por una de las gerentes de su trabajo, sucedió porque fue incapaz de controlarse lo suficiente. Su instinto animal era capaz de tomar el control de todo, para dejar de lado el raciocinio.

Pero era propenso a aburrirse de la gente con rapidez. Lo que pudo comenzar como algo intenso y chispeante, podía terminar en un dos por tres,

sin mayor problema. Al menos era así en su caso. Pasó con la gerente, podría pasar con cualquier persona.

Aunque estaba sentado en la silla de su oficina, haciendo informes y pensando en las cuerdas que debía comprar. De vez en cuando se preguntaba si su vida seguiría siendo así, con cierto tinte monótono, entre la rutina del trabajo y de los encuentros casuales que si bien eran divertidos, también le provocaban cierto hastío.

Internamente deseaba experimentar una situación emocionante, única, que fuera capaz de atraparlo. Pero luego se recordaba a sí mismo que su vida no era tan mala después de todo y que procuraba divertirse lo más que podía.

Siguió tecleando como siempre, pero aun pensando que sin duda sería divertido hacer algo diferente y fuera de serie.



III

—¿Cómo va el deadline?

—Bien, bien. Ya tengo adelantado gran parte del trabajo. Sólo resta traducir unos cuantos párrafos y hacer la curación del texto. Creo que no tomará demasiado tiempo.

—Yo tengo un par de encargos pero están retrasados. ¿Me ayudas?

—Uhm. Déjame revisar mi itinerario... a ver... vale, no hay problema. Envíamelos lo antes posible para ir trabajo sobre la marcha.

—El pago quedará como siempre.

—Excelente.

—Vale, hablamos después.

Megan colgó el teléfono y volvió a concentrarse en la pantalla de su computadora. Estaba tecleando velozmente. Necesitaba terminar y hacer el envío que le tocaba para poder despejarse un poco de tiempo.

Revisó el texto varias veces y lo cerró. Luego fue hacia el correo y le respondió al cliente para avisarle que ya estaba listo.

Se reclinó hacia atrás, esperando lo que tenía que decir, hasta que recibió una respuesta tras 30 minutos.

—Vale, ya te hice la transferencia con el resto del dinero. Pronto te enviaré más, así que está atenta. Gracias por el buen trabajo, Megan.

Ella sonrió ampliamente y pensó que lo mejor que podía hacer para celebrar, era ir hacia la cocina y buscar una cerveza. Fue campante y resuelta para darse cuenta al final que no había nada. Apenas abrió la puerta del refrigerador, sólo encontró unos vegetales ya marchitos y un envase de arroz chino que estaba próximo a mutar en otra cosa.

Suspiró y pensó que quizás no era tan mala idea el salir a tomar a un bar que estaba cerca. No tendría que caminar demasiado y así aprovecharía para salir un rato antes de volver a trabajar.

Gracias a su trabajo como traductora independiente, ella logró una serie de retos que se había autoimpuesto. Pero claro, fue mucho más difícil de lo que hubiera pensado. Le costó encontrar algo que realmente le gustara y, de paso, resultara ser lucrativo de alguna forma.

Poco tiempo después descubrió que era buena con los idiomas y quiso

probar con la traducción. Hizo cursos de escritura y redacción para tener una mejor noción de lo que tenía por hacer y pulir sus habilidades. A la par, se dedicaba a trabajar arduamente y las cosas parecieron funcionar mejor de lo que pudo haber pensado alguna vez.

Ahora contaba con una cartera de clientes y de colegas que se ayudaban entre sí. Siempre tenía trabajo cosa que realmente le gustaba.

Sin embargo, había veces que tenía que recordarse a sí misma que debía salir del encierro impuesto por el trabajo ya que a veces podía perder la noción de las cosas.

Fue entonces a su habitación, se colocó un par de jeans oscuros, una camiseta de Foals, unos Adidas y, encima, un abrigo porque el frío estaba agudo particularmente en las noches. Se soltó el cabello y se maquilló un poco, lo suficiente como para que no pareciera que se acababa de levantar de la cama.

Se encontró conforme, buscó unos cuantos billetes y las llaves y más nada. Salió entusiasmada porque bebería unas pintas de cervezas.

—Venga, hombre. Siempre te invitamos y siempre nos dices que no. Además, es un bar de aquí cerca, sólo unos tragos y ya. Nada del otro mundo.

El compañero de trabajo estaba tan insistente que Karl por más cara de desaprobación que pusiera, era completamente inútil. Lo cierto, es que no era muy inclinado a salir con los compañeros de trabajo, tenía la política de mantener cierta distancia, especialmente porque era una persona reservada que procuraba cuidar su espacio.

No obstante, pensó que quizás no era demasiado malo al menos despejarse un poco del trabajo. No tenía nada que perder.

—Vale, vale. Apago esto y nos vamos.

—¡Al fin! Voy a por ti en 10.

—Vale.

Unos cinco compañeros y él estaban en camino hacia un bar que no estaba demasiado lejos de la oficina. Karl se sorprendió de ver la vida nocturna que había alrededor. Nunca le prestó demasiada atención porque pensaba que era una pérdida de tiempo.

Había gente en trajes y con indumentarias más informales que andaban por allí conversando y riendo. Él de inmediato se colocó en una posición un poco más abierta para disfrutar la noche. Al menos era un indicio de que

estaba cambiando de rutina, algo que no estaba tan mal después de todo.

Entraron a un bar irlandés y escogieron sentarse en una mesa en una esquina. De inmediato comenzaron a pedir pintas y tapas.

La noche estaba animada y Megan se dio cuenta de ello, la calle estaba repleta de personas y de repente se sintió tan animada que olvidó por un momento que tenía trabajo por hacer. Entró entonces al bar, era uno de tipo irlandés que tenía su marca favorita de cerveza. Sólo podía pensar en un vaso con ese líquido que la refrescaría. La sola imagen la hacía sonreír.

Saludó con una mano a quien atendía la barra y se sentó a esperar su trago. El lugar estaba particularmente lleno pero de repente sintió que alguien la estaba observando. Parecía ser insistente y aunque imaginó que serían cosas suyas, pensó que lo mejor que podía hacer era tratar de conseguir la fuente de aquello.

Se quitó el abrigo lentamente con la intención de poder mirar bien a la gente que se encontraba a su alrededor. Cuando estuvo a punto de desechar esa idea, se topó con un par de ojos negros que la miraban desde el otro lado del bar.

El tío estaba sentado en una esquina, quizás en el punto más alejado del lugar. Sin embargo, ahí estaba él, mirándola, concentrado en ella, como adorándola. Ella fingió que no lo vio con claridad pero sí lo hizo. Pero eso le gustaba a ella, ese juego de saber y no saber.

—Hola, Megan. Tenía tiempo sin verte por aquí. ¿Lo mismo de siempre?

—Lo mismo de siempre. Sabes cómo soy. —Hizo un guiño y tamborileó las manos sobre la barra.

Se giró lentamente para volver a encontrarse con ese hombre guapo y verlo como quería. Se dio cuenta que ya no estaba en el mismo sitio de siempre y pensó que se había ido. Sintió un poco de pena porque de verdad que le llamó la atención. Pero en fin, la pinta de cerveza negra y espumante que tenía en frente tampoco se veía tan mal.

Bebió un sorbo y justo allí se sentó alguien a su derecha. Como estaba en su mundo, no le importó demasiado de quién se tratara. Siguió saboreando la cerveza hasta que sintió una voz grave que pareció estremecerla hasta los huesos.

—¿Está buena?

Giró la cabeza y se dio cuenta que era este mismo tío. Le sonrió y miró el brillo de sus ojos detrás de los cristales de sus lentes. Ella se concentró de

nuevo en la sonrisa amplia y blanca que tenía él. Detalló también la piel morena de su rostro y esa estructura ósea fuerte y masculina. Estaba conmovida y también estaba impresionada porque la noche parecía que iba mejorando cada vez más.

—Pues sí, está helada y está refrescante. También deberías pedir una.

—Seguiré tu consejo.

Hizo un gesto y le dejaron una pinta de la misma cerveza que ella. Chocaron los vasos y se miraron, concentrándose mutuamente, como si ambos estuvieran en un duelo.

Desde hacía rato, Karl estaba ansioso de irse y estaba buscando cualquier oportunidad para hacerlo. Justo en el momento que estaba preparándose para irse, la vio entrar. La mujer más interesante del lugar.

Ese cabello rizado, negro, salvaje, ese paso resuelto y decidido, esa sonrisa pícaro y la forma en cómo se había parado en la barra. Las maneras de quitarse el abrigo y cuando esperaba la pinta. Gracias a que era una persona observadora, cada detalle de ella lo iba guardando de a poco en su memoria.

—¿Qué te parece?

—Está estupenda.

—¿Ves? Siempre tengo razón. Es difícil que me equivoque en algo. — Tomó la jarra de vidrio y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Ah sí? ¿Eres así con todo?

—En gran parte. Digamos que es una especie de súperpoder, eh.

—¿Tienes otros?

Ella rió suavemente y bajó la mirada hacia la madera de la barra. Le gustaba la honestidad pero él lo era en un grado superlativo. No perdía el tiempo y lo demostraba en la forma en cómo le hablaba y en la manera en cómo se movía. Su lenguaje corporal era demasiado obvio.

Por otro lado, Karl estaba decidido a hacer algo divertido con esa chica. Tenía esa ligera sensación de que ella era una mujer diferente a las otras.

—Sí, claro. Es posible que los conozcas si te portas bien.

—Vaya, parece interesante eso.

Pidieron otra ronda de cervezas y la charla se extendió más. A tal punto, que los propios compañeros de Karl tuvieron que buscarlo para despedirse de él. Al final, ambos se quedaron rodeados de gente pero con la particularidad de que no les importaba eso. Formaron una especie de complicidad que les

hacía sentir que estaban en otro mundo.

Lo cierto es que el alcohol ya estaba haciendo efecto. Megan se sentía un poco más suelta y se dio cuenta que él también. Sus manos estaban sobre la barra y cada tanto ambos rozaban sus dedos de manera sensual.

Hubo un punto en el que Megan lo miraba sin escucharlo. Estaba más bien atenta ante sus gestos y en la forma en cómo se expresaba. Lo veía serio, seguro y muy inteligente. Pero también tenía la sensación de que había algo más allá de todo eso, una especie de ser que estaba ocultándose detrás de esa piel de hombre bien educado.

—No sé tú pero me parece que este lugar está muy ruidoso y la verdad es que estoy muy interesada en escuchar lo que dices pero fijate, esto está terrible.

—Bien, opino lo mismo que tú. ¿Qué propones?

—Mi casa está cerca y creo que podríamos tomarnos algo estando allá y hablar mejor. ¿Qué dices?

—Estupendo.

Él propuso pagar la cuenta de ambos y ella estuvo de acuerdo. En ese instante recordó que no tenía nada que ofrecerle y que más bien su refrigerador era un escenario frío y estéril. Pero pensó que no sería tan malo en continuar con la mentira porque tuvo la sensación de que ese detalle no representaría problema alguno.

Los dos se encaminaron y se salieron del lugar, abriéndose paso entre el grupo de gente que estaban allí. El frío de la calle pareció estar más intenso pero ambos estaban calientes por otras razones.

Él la siguió lentamente, admiró sus formas y sintió que estaba excitándose cada vez más. Desde hacía tiempo quería estar con una mujer pero no tenía demasiadas opciones pero ella surgió como una alternativa interesante.

Caminaron unas cuantas calles y se dirigieron a un edificio con una arquitectura moderna y limpia. Ella giraba de vez en cuando para verlo. Casi podía palpar la tensión que había entre los dos.

Pasaron al lobby y se adentraron en uno de los elevadores que estaban allí. Luego de cerrarse las puertas, hubo una especie de silencio incómodo que se rompió con el movimiento rápido de él hacia ella. Sus manos fueron a parar a su cintura y su rostro junto al de ella. Megan lo abordó con sus manos sobre esos hombros fuertes y firmes que tenía él.

Él se maravilló con el rostro y con el aspecto salvaje del cabello de ella. Esos segundos previos los aprovechó para luego acercarse a ella y besarla con una pasión impresionante. El primer contacto con sus labios se sintió como magia.

Ese calor, sus labios juntándose, esos mismos que más tarde darían paso a sus lenguas, fue lo que se necesitó para que la chispa de atracción se intensificara. Megan casi de inmediato comenzó a gemir, a hacer ruidos y a querer fundirse con él.

Pudieron continuar con la situación de no haber sido por el sonido del elevador anunciando la llegada del piso. Ella hizo un gesto de risa y luego tomó la mano a su amante desconocido para llevárselo consigo.

Caminaron unos cuantos pasos hasta que se detuvieron frente a una puerta de color oscuro. Ella sacó rápidamente las llaves y de inmediato sintió los labios de ese hombre de nuevo sobre su cuello, incluso experimentó una ligera mordida... Unas, más bien.

Cuando por fin abrió, fue como si las cosas se hubiesen elevado en un chasquido. Ella cerró la puerta y se quitó el abrigo casi con violencia, él hizo lo mismo con el suyo. Poco a poco iban quitándose la ropa para entregarse a ese deseo que parecía ir a una velocidad increíble.

Karl no tardó demasiado tiempo en demostrar sus dotes de Dominante, sobre todo porque comenzó a tomar acciones rápidas y contundentes para dar a entender ese afán de controlarlo todo.

Esto bastó para que ella se diera cuenta del tipo de hombre que era él, así que se sintió mucho más cómoda para ser ella misma, para demostrar que era una sumisa y que le gustaba cuando un macho como ese tomaba el control.

Aun estando medio desnudos, Karl fue hacia ella, alzándola con sus fuertes brazos para llevarla hacia la habitación. Por jadeos y gemidos, ella le decía por dónde ir.

Finalmente llegaron a la habitación principal y él la lanzó sobre la cama con el fin de quitarle el resto de lo tenía encima. Vale decir que estaba desesperado, ansioso por tenerla desnuda sólo para él.

A medida que lo hacía, se quedaba encantado con ese cuerpo que tenía frente así. Esas piernas anchas, esas caderas, esa cintura pequeña, los pechos duros con los pezones oscuros y erectos, como si estuvieran listos sólo para su boca. Además, parecía una diosa con ese pelo sobre la cama, desparramado con una belleza impresionante. Por unos momentos, se sintió

intimidado con ese aspecto tan dulce pero también poderoso.

Ella también se dedicó a mirarlo con detenimiento. El cuerpo de él parecía tallado y la verdad era que le parecía impactante un hombre así. Esos brazos de acero, y esa espalda, esos hombros anchos de muerte. Sus piernas, así como el torso definido. Internamente se quedaba corta con lo que le producía y con las palabras para definir todo aquello que admiraban sus ojos.

Pero claro, hubo un detalle que la dejó particularmente interesada fue el aspecto de esa verga venosa y gruesa que tenía él. El glande de un tamaño pronunciado, el cuerpo grueso y los testículos también un aspecto imponente, la habían dejado con la boca agua. Estaba desesperada por probarlo.

Así que apenas él estuvo listo para hacerla suya, ello lo detuvo por un momento. Le tomó el rostro con ambas manos y lo miró fijamente.

—Déjame chupártelo. Por favor.

Tenía esos ojos negros y brillantes, llenos de lujuria. Aunque Karl tenía otros planes, tuvo que admitir que no podía negarse ante tal petición, así que la tomó del cuello con fuerza y le sonrió. Con eso, le hizo a entender que sí lo haría pero arrodillada.

Ella saltó rápidamente de la cama para acomodarse finalmente en el suelo. Mientras lo hacía, no podía dejar de tocárselo. Se sentía tan duro y tan caliente que estaba ansiosa por probarlo.

Así que terminó por colocarse por sobre el suelo y le dedicó una larga mirada hacia él. Seguía masturbándolo por un rato, hasta que mojó sus labios para chuparlo. Antes, le dijo:

—No me presenté, me llamó Megan. Mucho gusto.

No le dio oportunidad para él siquiera dijera algo, ya que miró cómo se lo metía por completo en su boca. De inmediato experimentó el calor y la humedad, su aliento y la suavidad de esa lengua que acariciaba su verga sin parar. Plantó bien sus pies porque hubo momentos en que sentía que perdería el control.

Ella se lo introdujo lentamente todo adentro y se quedó en esa misma posición por un rato. Incluso, sintió la mano de él sobre su cabello, había logrado lo que esperaba...logró que él lo interpretara como la toma definitiva de la situación.

Karl estaba en el máximo punto de ese trance producto de la excitación, así que no pudo evitar colocar su mano sobre ese cabello salvaje y hermoso, al mismo tiempo que sentía que se encontraba fuera de sí mismo en esa

situación.

De verdad que la lengua de esa mujer era increíblemente deliciosa. Se tomaba el tiempo para chupar cada parte de él, lamía sus testículos, lo masturbaba con suavidad o con rapidez, dependiendo de lo que se antojara. Él estaba a punto de explotar.

Si bien había comenzado a moverse lentamente, poco a poco aumentó la rapidez de los movimientos. Iba adelante y hacia atrás con una velocidad impresionante. Ni el mismo se esperó que eso pudiera suceder. Sin duda, se trataba de una mujer experimentada.

Con su mano también lo masturbaba, paralelamente él veía caer esos hilos de saliva que aterrizaban sobre los pechos de ella, incluso sobre sus brazos. Karl no podía ocultar el hecho de que estaba sintiéndose cada vez más excitado y loco por poseerla. Así que la tomó con fuerza por el cabello y después le sujetó el cuello con determinación. Encerró sus dedos sobre su cuello e hizo que alzara la mirada.

—Así que crees que puedes salirte con la tuya. Eso ya lo veremos.

Ella sintió que había triunfado internamente. Él había caído por completo en su juego. De esa manera, también confirmó lo que ya sospechaba. Era Dominante y estaba a punto de experimentar la fuerza de su cuerpo y de su intensidad.

La alzó y la lanzó sobre la cama. Ella miró los músculos de sus brazos marcándose en la piel. A ella le gustaban esas muestras de fuerza y dominio, así que no pasó demasiado tiempo en mostrarle esa amplia sonrisa de entera satisfacción.

Karl se acercó a ella como si fuera un felino. Colocó sus rodillas sobre la cama, así como sus brazos. Fue avanzando de a poco porque sabía que era su turno de hacerlo, de tomar el control de la situación.

Miró las piernas abiertas de ella, observó el color y las formas de su coño, la respiración agitada, esos pezones erectos como si estuvieran esperando por él. Megan tenía esa expresión de que todo lo que estaba pasando parecía producto de una tensa calma, y así era.

Karl, por otro lado, se detuvo porque la duda lo embargó. Imaginó su cabeza entre ese par de piernas, comiéndola, devorándola. Sin embargo, también deseaba tenerla, penetrarla.

Al final, le echó un último vistazo y sonrió. Se acomodó hasta la altura de la cabeza de ella y colocó una de sus manos sobre su cabello. Lo acarició

suavemente, como alimentando esa tensión que cada vez se hacía más y más fuerte. Ella lo miraba con esos ojos grandes y oscuros.

De repente, él tomó una parte de cabello con fuerza y la miró concentrado.

—Me llamo Karl. Y más vale que te aprendas ese nombre.

No le dio la más mínima oportunidad para que pudiera expresarse o siquiera arrojar respuesta. Separó aún más las piernas y colocó su verga en la entrada de todo su coño. Sintió de inmediato el calor y la humedad.

Se relamió la boca y lo empujó todo, completo, casi hasta el final. Por supuesto, eso fue suficiente para que ella emitiera un poderoso grito que casi retumbó su habitación. Sí, era gruesa, venosa y deliciosa, mucho más de lo que esperaba sentir.

Instintivamente, abrió más las piernas para sentir el calor de ese pene que la penetraba con rapidez y decisión. Así pues, él se fue dentro de ella, haciéndola suya una y otra vez, en medio de los jadeos y de los gritos.

Karl empujaba cada vez más a medida que era estimulado por los ruidos de esa mujer tan sensual. La suavidad de su piel, la manera en cómo su cuerpo se movía y la belleza de todo su ser, sólo removía la intensidad de su ser. Tenía la sensación que estaba despertando algo importante dentro de él.

Intentó reprimirlo pero tuvo la sensación de que no sería rechazado porque ella daba muestras que también era capaz de hablar en el mismo idioma.

En vez de dejarse desbocar por completo, pensó que podía arriesgarse al estirar uno de sus brazos y colocó su mano sobre el cuello de ella. Luego, concentró su mirada a la de ella y esperó un rato y sólo notó algo que le llamó poderosamente la atención. Megan se excitó aún más, mucho más.

Se dio cuenta por las expresiones que tenía en el rostro y por la repentina humedad que sintió en la verga. Él sonrió, se sintió victorioso y celebró porque se dio cuenta que el encuentro se puso de verdad interesante.

Después de follarla así, la sostuvo con más fuerza e hizo que se levantara de un solo movimiento. De esta manera, la colocó de espaldas, con las manos sobre la pared y con las piernas separadas.

Le soltó el cuello y llevó su mano hacia la curvatura de su espalda. Tan suave y perfecta, que se le hizo casi imposible no acariciarla por un rato. Después, se quedó en la parte baja y terminó en las nalgas de ella. Las apretó con una fuerza impresionante, como queriéndole dar a entender que él era el

dueño de su cuerpo y que haría lo que le diera la gana.

Sostuvo ambos glúteos por un buen rato y luego comenzó a darle nalgadas con una fuerza impresionante. Megan, por otro lado, trataba de sostenerse de lo que tenía frente a ella, al mismo tiempo que adoraba estar allí, sostenida porque había algo tangible, porque de lo contrario se desplomaría en cuestión de segundos.

Él siguió demostrándole el poder de su fuerza y de su intensidad, hasta que deseó marcarla aún más. Pensó que las nalgadas no eran demasiado fuertes por lo que supuso que unos rasguños no le quedarían mal esa piel tan deliciosa y suave.

Dejó una de sus manos sosteniendo uno de sus nalgas, apretándolo con fuerza, mientras que la otra se ubicó cerca de los hombros. Acarició de nuevo hasta que enterró sus uñas y comenzó a hacer la presión para dejar hilos de rojo intenso.

Megan se retorció un poco, se quejó y también jadeó, pero lo cierto es que adoraba la sensación de dolor y de poder que él ejercía sobre ella.

Karl la marcó como le dio la gana, literalmente. Sus nalgas y espalda eran como una especie de lienzo para él, no había nada más agradable y sensual que eso, el saber que el cuerpo que estaba junto al suyo le pertenecía.

Después de haberla marcado lo suficiente, se encontró satisfecho y volvió a tomarla. Colocó sus manos sobre la cintura de ella, la apretó con fuerza y se acomodó detrás para penetrarla desde esa posición.

A pesar de su extrema concentración, se dio cuenta de los sonidos y ruidos que ella hacía sin parar. Le pareció delicioso y excitante que lo hiciera así, sin ni siquiera reprimirlos. Le encantó que ella diera rienda suelta a su verdadero ser con él, a pesar de ser unos completos extraños.

Siguió follándola con intensidad. Incluso, acercó su boca a uno de los oídos de ella y le dijo suavemente:

—Eres mía. Sólo mía. Y sé que me recordarás, una y otra vez.

Ella sólo alcanzó a responder con un largo gemido. Esa expresión, acompañada de esa voz profunda y contundente, la hizo estremecer lo suficiente como sólo pudiera dar esa respuesta prácticamente a rastras.

Se mantuvo allí, recibéndolo constantemente hasta que se encontró en ese punto en donde supo que no podría aguantar por más tiempo. La verga de ese hombre era tan gruesa y rica, cada vez que estaba entre sus carnes estaba cerca de perder el control.

Karl se percató de los temblores de sus piernas, por lo que asumió que ella estaba cerca de terminar. Así que siguió empujándose hasta que sintió un jadeo más intenso. Entonces, la tomó por el cuello y le volvió a decir con ese tono descarado.

—Córrete para mí. Sé que lo quieres.

Ella se doblegó aún más. Inesperadamente, recibió una orden, algo que simplemente le gustaba. Fue como sentir un hilo frío sobre la espalda, esa sensación gloriosa que exaltaba su sumisión, fue suficiente para que un torrente de fluidos se manifestara entre sus piernas y terminara por empaparle la verga de Karl. En ese momento, tan corto y preciso, fue suficiente como para que terminara de desprenderse de sí misma, que dejara por sin dejar libre esa energía fuerte, natural que habitaba en su cuerpo y que estaba calada hasta en los huesos.

Colocó las palmas de las manos amplias y extendidas y respiró profundo. Preparó su cuerpo porque estaba muy cerca, tan cerca que no lo podía evitar. Tampoco quería. El temblor del resto de su cuerpo se hizo muy intenso y sintió ese calor fuerte, poderoso que la invadía por dentro, que llegaba a todos los rincones de su ser.

Finalmente, todo pasó con una rapidez increíble. Hizo un largo grito, uno desgarrador, proveniente de las entrañas. El pene de Karl aún estaba dentro de ella cuando se corrió, a pesar que estaba en esa delgada línea del delirio, pudo sentir que lo había mojado todo. Después de allí, de ese instante, su vista prácticamente nublada y fue cuando perdió toda noción de la realidad.

En ese momento, Karl reaccionó rápidamente como para tomarla entre sus brazos y dejarla sobre la cama. Aún estaba temblando cuando acabó por hacerlo. Pero, dentro de todo, a pesar que se había quedado embelesado por esa imagen, estaba el detalle particular de que él aún tenía que expulsar toda la excitación que tenía en su cuerpo.

Así que se acomodó sobre la cama y comenzó a masturbarse. Segundos después, ella abrió los ojos y lo miró cómplice de lo que estaba pasando. A pesar que se sentía un poco débil y cansada, abrió la boca y sacó la lengua como un gesto para darle a entender que estaba lista para él.

Karl se le ocurrió la idea de ir hacia sus labios para colocárselos lo más cerca posible. Lo cierto es que había quedado embelesado con la manera en cómo se lo había chupado, así que estaba ansioso por sentir de nuevo la forma de su lengua sobre su verga y esa mirada de puta en celo.

Ella colocó sus manos sobre los muslos y comenzó a chupárselo con esmero y dedicación. Primero el glande y después el resto del cuerpo a medida que él se lo metía todo.

Karl emitió un primer sonido, una especie de jadeo lento pero delicioso. Era claro que adoraba los labios de esa mujer, y más aún la forma en cómo se lo chupaba. Incluso llegó a pensar que podría quedarse allí por largo rato, casi de manera indefinida.

Sin embargo, el ritmo de ella, esa rapidez, esa destreza lo hizo sentir que cada vez estaba más cerca del orgasmo. Así pues tomó parte del cabello de ella y lo sujetó con fuerza, era su rienda favorita.

Megan siguió en ese vaivén delicioso hasta que por fin, se lo introdujo por completo hasta la garganta. El calor de la lengua, de los labios y de ese lugar, fue lo suficientemente perfecto para que él perdiera cualquier rastro de autocontrol. Se acomodó aún más y dejó salir un chorro de semen caliente y espeso en la garganta de Megan.

Fue tan fuerte que ella hizo una ligera arcada por la cantidad que había recibido de repente, sin embargo, continuó allí porque, como buena sumisa, tenía y quería complacer a su amante y dueño como le correspondía a su rol. Además, era algo que le encantaba hacer.

Entonces terminó por comerlo todo, todo entero. Incluso se concentró un poco más en la punta con el fin de limpiársela por completo. Al terminar, él soltó el cabello de ella lentamente porque sintió que ya no pudo más. Se desplomó al lado de ella, con ese pecho agitado y con un brazo sobre su torso. Megan pudo sentir que él sonreía... Ella también lo hizo.



IV

Un rayo de sol calentó la mano de Megan lo suficiente como para hacerla despertar de golpe. Agitada, se levantó de repente y notó enseguida el dolor en la cintura y el ardor en la espalda. Trató de hacer memoria y se dio cuenta que todo había sido producto de un encuentro intenso y delicioso. Su noche, aburrida y llena de trabajo, quedó en un segundo plano gracias a un tío desconocido.

Se levantó poco a poco y se percató que él ya no estaba allí. Sintió un poco de lástima porque le hubiera gustado estar allí para seguir follando pero en fin, este tipo de cosas son así, funcionan así.

Se estiró un poco y luego fue directo al baño. No hizo falta encender la luz puesto que todo estaba muy claro. Entonces se miró al espejo y se giró un par de veces para verse las marcas en la espalda. También notó las huellas de las manos que él dejó sobre su cintura, caderas y hasta nalgas. Sonrió con picardía porque de verdad había disfrutado de ese encuentro.

Abrió las llaves de agua y enseguida se metió. Mientras su cuerpo recibía las caricias de esa agua tibia, comenzó a pensar en todas las cosas que tenía por hacer, las traducciones y las entregas... Sin embargo, la imagen de él, de ese moreno alto y sensual, esas manos y esa verga que terminaron por poseerla por completo. Suspiró porque pasó tiempo antes de tener un encuentro como ese, le encantaba. Lo adoró.

Salió de la ducha pensando aún en él, y mientras se acomodaba el cabello miró hacia una de sus mesas de noche. Había algo allí que no se había fijado.

Fue hacia allí y se dio cuenta de que era un papel, al desplegarlo, se percató que se trataba de un número de teléfono.

“Por si quieres que nos veamos otra vez. K”.

Al principio no pudo creer lo que tenía frente a sus ojos pero resultó que había sido verdad. Acarició la hoja y se concentró en los números que estaban escritos con letra pulcra y legible. Sonrió y sin duda pensó que sería buena idea guardar ese número.

Karl iba por la calle, recordando la piel, los gemidos y el sabor de esa mujer con la que había pasado la noche. En ese punto, tuvo que sincerarse a sí mismo. Desde que la miró, se sintió impresionado por ella. Esa actitud desenfadada, libre, segura. Parecía ser una especie de espíritu libre y eso casi

lo leyó por completo apenas cuando se sentaron hablar... Eso se afianzó al momento de besarse y de tocar su cuerpo casi como un frenético.

Recordó la curva de su espalda y la de su cintura, la firmeza de sus muslos anchos y el calor de su aliento cada vez que lograba besarse. Se mordió los labios pensando en ella, una y otra vez.

Como era un hombre descarado, dejó su número para que ella se comunicara con él después. Lo hizo porque no era de esos tíos que iban detrás de las tías, no, no era su estilo. Prefería incitar el juego y llevarlo al punto del descontrol.

Cada paso era recordarla cada vez más. Si bien podía averiguar sobre ella y volverla a hacer suya, tenía que jugar con su ansiedad y desesperación. Porque sí, ella tenía esa cara de mujer perversa que estaría dispuesta a entregarse a él las veces posibles.

Megan terminó de teclear y se echó un poco para atrás con el fin de descansar la vista. Iba tan rápido y no se percató que el hambre casi no la hizo continuar. Así que se tomó un respiro y se levantó para buscar algo que comer.

En ese ínterin, miró de nuevo el papel blanco doblado con el número de él. Pensó en lo descarado y confiado que era, en la manera en que suponía todo estaba bajo su control. Aunque de cierta manera era así.

Le dio vueltas al asunto por unos minutos hasta que no pudo más. Tomó el papel y su móvil y comenzó a escribirle. Las ganas que tenía de estar con él eran más grandes de lo que había pensado, deseaba ser suya de nuevo.

Esperó y notó que no recibía respuesta alguna. Estaba nerviosa por lo que el cerebro comenzó a darle vueltas sobre el verdadero asunto. Finalmente, escuchó un ligero sonido. Había recibido una respuesta.

—Creo que esperaste demasiado tiempo para escribirme. Pero lo hiciste, buena chica. Ahora, ¿qué te provoca a hacer?

Ella miró la pantalla incrédula por esas palabras. Era un tío muy seguro, sin duda. Pero, a pesar de verlo como un poco engreído, se dio cuenta que era exactamente lo que estaba sintiendo.

—Eso me hace pensar que estabas esperando a que te hablara, ¿cierto?

—Sí, eso lo tengo que reconocer. Pero aún no me has respondido. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero que nos veamos.

—Veámonos en la noche. ¿Qué dices?

—¿En dónde?

—Te pasaré la dirección. Conozco un buen lugar.

Ella sonrió y se preparó para el encuentro. Estaba ansiosa por verlo, así que procuró volverse a sentar para seguir con el trabajo que tenía pendiente. Mientras más se ocupara en ello, más tranquila y concentrada se sentiría por él. Era todo lo que deseaba.

Karl dejó el teléfono en otra parte de su abrigo y volvió a concentrarse en la calle. Todo le parecía increíble, agradable y más porque tendría más sexo con esa mujer. Sólo podía pensar en las veces en que la embistió como si fuera un animal salvaje. Claro que estaba dispuesto a volver a verla, de hecho, moría por hacerlo, así que luego de concretar el momento del encuentro, todo lo demás vendría mucho más rápido y fácil.

Pasaron las horas y los dos estaban ansiosos por verse. Karl tuvo la sensación de que Megan era una mujer extrema, así que le gustó la idea de llevar consigo algunos juguetes para pasarla bien.

Pensó en unas cuerdas y hasta cadenas. Sin embargo se fue por lo seguro. Unas cuerdas parecían el elemento perfecto, al menos para un segundo encuentro. Entonces, se preparó todo lo que pudo.

Luego de terminar todas las entregas y de revisar que estaba a tiempo con los trabajos, Megan se levantó de la silla para ir a tomarse una ducha. Estaba en silencio, incapaz de romper ese silencio porque estaba concentrada en encontrarse con él.

Deseaba tanto ser suya que era una sensación que incluso sintió que la sobrepasaba. Era absurdo pero a la vez no. Dejó entonces de racionalizar las cosas y se preparó para vestirse. Se colocó unas medias y unos shorts vaqueros rasgados, una camiseta negra, un suéter y una chupa vaquera oscura. Tomó unas botas militares porque el frío estaba apretando y se miró en el espejo. Estaba ansiosa por verlo, por encontrarse con él.

—Te espero.

Llegó a leer y sintió que esa noche sería una de las más intensas de su vida. Así lo quería, así lo ansiaba.

Apagó las luces y salió del piso en dirección a lo que parecía ser un hotel. Se dio cuenta que era fácil llegar, así que no se preocupó demasiado. Sin embargo, la situación se volvió mucho más interesante porque él comenzó a provocarla poco a poco.

Dejó de escribirle para mandarle notas de voz:

—Vas a ser mía. No tienes idea de las ganas que tengo de romperte la piel, de reventarte entera. Estoy ansioso por verte... Apresúrate.

El corazón de Megan parecía ir a mil por hora y más porque él la bombardeó con imágenes de su pene de todos los ángulos posibles. De inmediato casi pudo sentir el grosor entre sus piernas y las muchas formas que la hizo sentir tan bien.

Estaba de pie porque si se sentaba, tenía la sensación de que sucumbiría a la desesperación de tocarse. Estaba tan mojada, tan deseosa por él que trataba de calmarse para no desfallecer dentro del vagón. Ese tío sabía muy bien cómo jugar y eso le gustaba, le gustaba un montón.

Escuchó ese sonido glorioso de que por fin habían llegado a la estación. Al salir, sólo debía caminar un par de calles para llegar. Cuando estuvo cerca, se dio cuenta de una figura alta y esbelta, era él que la estaba esperando.

No pudo evitar sonreír, sobre todo porque gracias a él había experimentado una noche increíble. Así que fueron acercándose cada vez más y se encontraron de frente con esa sonrisa llena de complicidad.

Ambos no dijeron nada y sólo se sonrieron. Después, Karl se acercó mucho más y fue hacia ella con la intención de rodearla con los brazos. Megan se levantó en puntillas para tratar de alcanzarlo y luego lo miró fijamente. De inmediato, sintió sus manos calientes y la fuerza de su cuerpo sobre el de ella.

Megan pudo haber mandado todo el diablo y dejarse tomar por él en medio de la calle. Le resultó impresionante sentir esa atracción tan fuerte hacia él, a tal punto, que le diera igual el qué dirán. No obstante, Karl pareció entender las intenciones de ella, por lo que se acercó lentamente hacia su rostro.

—Aquí no. Mejor entremos.

La tomó de la mano y juntos caminaron hacia la entrada del hotel. Ella se sorprendió cuando lo vio, ya que se trataba de un sitio amplio y elegante. Había un montón de gente que iba y venía constantemente, por lo que le dio la sensación de que no era cualquier lugar.

Fueron directamente a los elevadores y permanecieron tranquilos porque había gente con ellos. Sin embargo, por dentro parecían que ardían en llamas.

Después de bajar un par de huéspedes, la mano de Karl fue directamente hacia la cintura de ella, la tomó con fuerza, obligándola a colocarse junto a él

y así besarla con desesperación. La sostuvo mientras se besaban, las lenguas de ambos se entrelazaban una y otra vez en lo que parecía una danza deliciosa y atrevida.

Megan no lo pudo evitar, enseguida comenzó a gemir con fuerza porque le encantaba sentir las manos y el cuerpo de ese hombre sobre ella. En ese punto, también se dio cuenta que con él perdía la noción de tiempo y espacio, era casi como si quedara absorbida por una especie de fuerza mayor que la arrastraba por todas partes.

Llegaron finalmente al piso y él la tomó con decisión hacia la habitación. El pasillo estaba desierto, por lo que también Karl aprovechó para besarla y manosearla más. Entre los jadeos, sacó la tarjeta de su abrigo y la usó para abrir la puerta. Escuchó un ligero clic y ambos entraron.

El lugar estaba completamente a oscuras y permaneció allí sólo por diversión de Karl. Megan se adentró poco a poco y se dio cuenta que se encontraba en una especie de juego propiciado por él. De nuevo, era ese instinto dominante que salió a flote. Ya no era necesario pretender lo contrario.

Sintió el calor de su aliento sobre su oreja, los labios casi rozando a su piel, por lo que su interior estaba a punto de estallar.

—Sé lo que eres. Lo sé desde el primer momento en que te vi. Y sé también que conoces mi naturaleza. Sabes muy bien de lo que hablo.

—Sí, lo sé. Desde el principio.

—Bien, eres una chica inteligente, de eso no me cabe duda. Entonces, vamos a divertirnos como es, como nosotros merecemos. ¿Vale?

—Sí, señor.

Esa respuesta fue suficiente para él. Fue como activar una parte de sí mismo. La sesión había comenzado. Entonces se acomodó detrás de ella y la tomó con fuerza desde la cintura. Luego de tantearla, se decidió por quitarle la ropa casi con salvajismo, estaba ansioso por tenerla.

Las prendas cayeron a suelo poco a poco hasta que ella quedó sólo en medias. Él aprovechó para girarla y verla de frente. Tenía las mejillas encendidas, estaba excitada y no lo podía ocultar.

Sonrió y la miró, estaba decidido a destruirla, a romperle la piel y en dejar sólo las huellas de una sesión intensa y excitante. Fue entonces cuando la tomó entre sus brazos y la cargó, las piernas de ellas rodearon su cuerpo y él la sostuvo con fuerza al mismo tiempo que la besaba con una intensidad

impresionante. Le encantaba tenerla así, lo adoraba.

La dejó sobre la cama y le quitó esa última prenda como señal de que estaba listo para devorarla por completo, lo ansiaba. Sin embargo, tenía preparado las cuerdas, esas mismas que usaría para atarle las muñecas y los tobillos. Estaba ansioso por jugar.

Megan estaba entregada al placer y a la locura. Cuando se movía un poco, aún podía sentir el ardor en la espalda o el dolor en las caderas por el sexo de la noche anterior, le causó risa encontrarse en esa misma situación.

Él comenzó a atarla con fuerza. Poco a poco, sus muñecas y tobillos quedaron atadas a unos postes de madera que estaban allí, cerca de la cama. Ella cerró los ojos y experimentó la textura de las cuerdas sobre su piel, fue casi como sentir una descarga de adrenalina. Una muy intensa.

Las manos de él rozaban su cuerpo en varias partes, mientras tenía esa expresión de completa concentración. Quería hacerlo bien y quería que ella se diera cuenta de que jugaba en serio. Lo demostraría cada vez que fuera posible.

Al terminar, se echó para atrás y se encontró satisfecho, sin embargo pensó que faltaba algo más, un toque especial. Así que se retiró por un momento y trajo consigo una mordaza de cuero. Ella lo reconoció de inmediato y celebró la oportunidad de jugar con algo como eso.

—¿Te gusta? Sé que sí, apuesto que sí. Además, creo que esto será necesario. Ya te darás cuenta de por qué.

Ella sólo logró asentir justo cuando él le colocó ese trozo de cuero rígido sobre sus labios. Karl le acarició el rostro.

—Ojalá pudieras verte. Luces tan bella. Lista y perfecta para mí.

Luego, sus dedos recorrieron el cuerpo desnudo de ella, con ese afán de reconocer hasta cada rincón. Al hacerlo, se daba cuenta que ella se agitaba cada vez más.

—Apenas es el comienzo, querida. —Le dijo con ese descaro propio de él.

Él se acomodó sobre la cama para quitarse la ropa con calma, puesto que le gustaba la idea de desvestirse y mostrarse lentamente. Ese torso perfecto, tonificado, sus hombros, pierna, su verga que ya estaba dura y venosa. Ese momento, Megan se dio cuenta de lo mucho que lo deseaba, de las ganas que él le hacía sentir, de esas sensaciones tan ricas y deliciosas. No podía más, quería ser de él de una vez por todas.

Al quedar completamente desnudo, Karl fue hacia su entrepierna y apoyó sus manos sobre sus muslos con fuerza. Los contempló con cuidado y luego alzó la mirada para encontrarse con la de ella para volver a decirle:

—Apenas estoy comenzando, nena. Prepárate.

Ella no tuvo tiempo para reaccionar porque le fue imposible, experimentó la lengua de él, acariciándole el clítoris con una delicia increíble. Lamía, mordía, chupaba de una manera que la hacía pensar que estaba cada vez más cerca de perder el control. No pensaba que podía suceder algo así pero sí, claro que sí. Por dentro, era como sentir que algo se intensificaba y la dejaba al borde la locura. En sus momentos de consciencia, en esos muy fugaces, pensaba que era imposible sentirse así con alguien pero luego experimentaba que su mundo se desplomaba con él, en la boca de él. Lo demás no tenía sentido, era absurdo y le daba igual.

Karl seguía chupándola con más ahínco, con fuerza. Le encantaba experimentar esos jugos tan deliciosos, la textura de su coño, los pliegues de sus labios y más aún, el hacerla gritar a pesar que la mordaza reprimía los sonidos. Eso también le excitaba.

Siguió comiéndosela hasta que por fin se levantó. Tuvo suficiente, debía ir hacia el próximo paso. Se perdió por un momento entre las sombras de la habitación. La jadeante Megan estaba a la espera del próximo acto.

Luego él se apareció con lo que lucía un cinto de cuero. Ella lo supo porque lo vio brillar un poco con la luz que entraba en la habitación. Él, mientras, jugaba un poco con él, en un vaivén seductor e hipnótico.

Karl alzó el cinto para comenzar a acariciarla con él. Poco a poco, lentamente. Luego, hizo un rápido movimiento y le atestó un impacto que fue directo a sus muslos. El grito que ella exclamó fue fuerte pero la mordaza era lo suficientemente fuerte como para reprimir ese ruido. Él sonrió de satisfacción a medida que las marcas aparecían sobre su piel.

Era claro que él estaba cumpliendo con su palabra. Le había dicho que le rompería y eso mismo estaba haciendo. Ella podía sentir el ardor de los impactos, el dolor exquisito que la hacía desear más y más. De vez en cuando, cuando podía salir de ese trance, se daba cuenta de los pequeños hilos de sangre que aparecían sobre sus piernas y también en algunas partes de su torso. Por dentro quería más. Lo ansiaba.

En esa habitación, Karl y Megan estaban explayados en sus roles. Él estaba ejerciendo su poder como Dominante y ella estaba entregada como

buena sumisa que era. Era la combinación perfecta lo que estaba allí y ambos lo sabían.

Dejó de azotarla cuando experimentó el dolor en su brazo y al percatarse que estaba listo para follarla como le diera la gana. Así que dejó el cinto caer sobre el suelo y se subió sobre la cama, apoyando sus rodillas y también sus brazos.

—Mírame. —Le ordenó con una voz poderosa y contundente.

Ella le hizo caso apenas, sobre todo, porque estaba tan concentrada, tan en éxtasis que a veces ni siquiera podía creerlo. Él procedió a acariciarle el cabello y también el rostro, luego se preparó para penetrarla. No podía esperar.

Así que le abrió un poco las piernas y colocó su pene en todo el coño y sintió de nuevo ese calor delicioso y esa humedad que deseaba volver a experimentar sobre su verga. Lo dejó un rato allí para desesperarla hasta que lo metió de golpe de nuevo. Megan sintió que su cuerpo y espíritu se partieron en dos.

La pelvis de Karl se movía una y otra vez, en un movimiento rudo e intenso. Las venas de sus brazos indicaban el nivel de fuerza e intensidad que ejercía, algo que para ella era la cosa más gloriosa del mundo.

Las embestidas eran deliciosas, fuertes, contundentes. Mientras que los gemidos de Megan, ahogados en la mordaza, parecían que querían salir libremente. Fue por ello que él decidió quitarle la mordaza para escucharla mejor. Deseaba percibir todo lo que ella tenía por dentro.

Después de liberarla rápidamente, casi de inmediato, la habitación retumbo gracias a todos los sonidos que ella pudo finalmente exclamar. Desde gemidos suaves hasta gritos cada vez más intensos. Era tan delicioso que Karl no podía evitar metérselo con mayor fuerza.

A ella entonces sólo le quedaba convertirse en una perfecta esclava entre las cuerdas y entre el cuerpo de él. No paraba de chillar, simplemente porque tener a ese hombre entre sus piernas era lo más delicioso que había experimentado en mucho tiempo. Simplemente le encantaba.

Él siguió empujándose hasta que deseó correrse en ella pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Hasta que se le ocurrió una idea. Entonces, se lo sacó de golpe aún con la mirada de ella de desconcierto y se levantó por completo. Megan lo miró como si se tratara de una especie de dios griego, de alguien con una figura hermosa e imponente.

Karl llevó su mano hacia el rostro de ella para darle unas cuantas bofetadas. Estaba decidido a hacerla sentir como su objeto sexual y aprovecharía cada momento para hacérselo saber. Megan estaba a punto de estallar.

Le introdujo después un par de dedos con la intención de sentir el calor y humedad de su boca... También para prepararla para lo siguiente.

Karl esperó un poco más hasta que estuviera bien duro, entonces, sacó sus dedos y llevó su pelvis a la de ella para metérselo por completo en la boca.

Apoyó su mano sobre la mejilla de ella y la acarició suavemente. Megan comprendió lo que le tocaba a hacer a continuación, por lo que mojó sus labios ya abrió la boca para recibirlo por completo.

Poco a poco, comenzó a sentir las venas y ese delicioso grosor. Tan rico, tan increíble, ella preparó su garganta lo más que pudo para recibirlo como debía, con un placer indescriptible.

Él iba cada vez más hacia adentro, más y más porque adoraba experimentar la maestría que tenía ella al chuparle la verga. Cerraba los ojos y respiraba agitadamente, se sintió mucho mejor que la primera vez y no pensó que aquello fuera posible.

Siguió chupándolo y ahogándose con ese miembro. Enseguida salieron los hilos de saliva que se dispersaban un poco hacia las comisuras de sus labios. Al mismo tiempo, también la escuchaba gemir casi de manera descontrolada. Pero eso no era todo, más allá del placer que Megan le proporcionaba con su lengua y con su boca, también era la forma en cómo lo miraba mientras lo hacía.

Tenía los ojos cargados con una intensidad sorprendente, con una forma poderosa que no había visto antes. Ella lo hacía sentir vivo, pleno y quería más y más de eso. Se estaba volviendo un adicto a ella y eso le gustaba.

A pesar que deseaba sentir cada parte de ella, su excitación estaba en un punto máximo, ya no podía más, por lo que la tomó del cabello con fuerza e hizo que se moviera más porque quería correrse en su boca. Esa boca gruesa, linda, carnosa que lo hacía delirar.

Ella fue tan rápido como pudo porque buscó complacerlo tanto como pudiera. Así que cada vez más, se dio cuenta que él estaba cerca del orgasmo. Se prometió a sí misma que lo llevaría a ese punto y lo volvería como loco.

Karl comenzó a jadear con más fuerza. Su respiración se aceleró aún más

y sus ruidos se hicieron más intensos. Estaba listo.

Afincó su pelvis mucho más contra la boca de ella y, finalmente, expulsó un chorro de semen caliente en la garganta de Megan. Ella estuvo a punto de hacer una arcada pero como la buena sumisa que era, pudo controlar el impulso y así beber de él casi que por completo.

Se quedó un rato allí puesto que le encantaba esa sensación que ella le proporcionaba. Ella, mientras, succionaba cada parte de él para dejarlo completamente seco. Todo, además, mientras lo miraba con esa cara de lujuria y de extremo placer.

Luego, se echó para atrás poco a poco para sacar su verga de la boca de ella. Al terminar, se inclinó hacia su rostro para besarla intensamente.

Pero era claro que había un asunto que resolver, estaba el hecho de que ella todavía estaba sin correrse y Karl, como el buen Dominante que era, no podía permitirse que eso se quedara así. Le gustaba cumplir con sus pendientes y ese era uno muy importante.

Un par de bofetadas más para luego concentrarse en ese coño húmedo y caliente que tenía frente así. Colocó sus dedos para masturbarla como era debido. Primero el pulgar, el cual fue directamente hacia el clítoris. Se percató que estaba rojo, hinchado, así que procuró que tocarlo con un ritmo constante. De esta manera, hizo que sus ojos se entornaran y se perdieran en la nada. Sonrió porque su plan estaba cumpliéndose cabalmente.

Ella no paraba de gritar ni de retorcerse. Era esclava de ese cúmulo de sensaciones que era incapaz de escapar. Deseaba tanto que ese instante durara cada vez más porque le encantaba sentir esas manos gruesas, fuertes y suaves sobre su cuerpo. No se cansaba de él y sabía que no pasaría eso.

Luego de estimularla debidamente, introdujo un par de dedos dentro de su coño. De inmediato volvió a escuchar cómo su voz se quebraba gracias a la intensidad que estaba experimentando. Él se encargaría de llevarla hacia lugares que nunca pensó sería capaz de explorar.

Siguió estimulándola en ambos puntos hasta que observó el temblor de sus piernas. Esos mismos que se estremecían violentamente. Megan cerró los ojos con fuerza y sintió como si su alma estuviera a punto de caer a un abismo. No quería evitarlo, no quería escapar de él. Por último, por unos instantes, lo miró suplicante y él le dio a entender que podía hacerlo.

Una especie de corriente caliente envolvió su cuerpo justo antes que sus ojos quedaran envueltos completamente por una especie de oscuridad. Cada

parte de sí misma, quedó ahogada en una sensación intensa, fuerte que no supo describir. Sólo tuvo oportunidad de sentir cómo salían de su cuerpo unos cuantos chorros de sus fluidos y luego, dejó la realidad por unos segundos... Al menos eso creyó.

Karl sintió ese delicioso torrente de sus jugos calientes que terminaron en sus dedos. Apenas tuvo tiempo para inclinarse rápidamente para beber de ella y comerla así por completo. Esos labios gruesos estaban empapados y se encargó de lamerlos suavemente para devorarlos por completo. No podía negar que le gustaba sentir esa textura en su boca, se hacía cada vez más adicto a ella.

Después de dejarla seca, se incorporó sobre la cama y se dio cuenta que aún estaba sobre la cama, como entre consciente e inconsciente. Entonces, se acomodó junto a ella y la miró flotar en esa especie de aura especial.

El cabello lo tenía desordenado, salvaje y desparramado sobre la cama. Sus párpados estaban cerrados y su boca se encontraba entreabierta. El pecho se inflaba suavemente, a un ritmo delicado y dulce. Parecía una persona completamente diferente.

Él luego se acomodó mejor y luego se quedó mirando hacia el techo, pensativo. No sabía muy bien qué sentir, sobre todo porque sólo se habían visto un par de veces. Las cuales, además, habían sido encuentros intensos y fogosos. Muy fogosos.

Respiró profundo y volvió a mirarla por un rato. Le acarició el rostro y sonrió:

—Vas a ver que nos divertiremos mucho. Oh sí.



V

A veces nos encontramos en ciertas situaciones en donde sentimos que todo va a una velocidad increíble, a un ritmo que hace que todo vaya más rápido y nos haga preguntarnos si realmente vale la pena todo aquello o si sólo debemos hacer un freno ante todo que luce vertiginoso y violento. Sin embargo, hay situaciones que deben vivirse de esa manera, ya que son la prueba de que hay experiencias que no podemos controlar y que lo mejor que podemos hacer es dejarnos llevar.

Así era la relación entre Karl y Megan. La situación se volvía cada vez más intensa, más poderosa. Los dos habían desarrollado una especie de extraña dependencia el uno con el otro.

Fue a tal punto, que incluso no había respeto por los trabajos o por otros espacios. Cuando había ganas, ese era el único lenguaje aceptado. De hecho, una vez, Karl se encontraba en la oficina atestado de trabajo y con un notable mal humor.

Estaba hundido en la pantalla de la computadora, con la vena de estrés a punto de salirse de la frente, cuando escuchó el teléfono de su oficina.

—¿Sí?

—Tiene una visita. Dice que es un familiar suyo y que necesita verlo urgente.

—¿Pero de qué habla?

—Es una mujer, señor. Dice que es urgente.

—Vale.

Entornó los ojos con el fastidio que tenía en su punto máximo. Salió de su oficina como mandado por el diablo y fue hacia la entrada para saber de qué se trataba todo el asunto. De repente, sintió una especie de golpe frío en el estómago. Era ella.

Tenía una cara descarada y juguetona. Y, aunque estaba ocupado y con mal genio, sintió que sólo verla bastó para sentirse mejor.

Convenció a la recepcionista de que ciertamente eran familia y que acaba de recordar ese problema que debía atender con ella. La trató con toda la naturalidad del mundo y la llevó hacia su apartada oficina, cerró la puerta y la miró con una desesperación infinita.

—Pensé que sería lindo visitarte, pero tuve que inventar la peor excusa para hacerlo. Disculpa mi falta de creatividad.

Apenas terminó de hablar y la rodeó con sus fuertes brazos, la miró hacia los ojos y se dio cuenta de lo bella que era. Acercó a su rostro al suyo y se besaron apasionadamente. Ella se quitó algunas de las cosas que tenía encima para estar más cómoda con él.

Le encantaba sentir su cuerpo y su calor, no se cansaba de ellos ya que sólo quería más y más. Delicadamente lo sentó en la silla para arrodillarse en frente de él.

—Sé que debes estar estresado, lo puedo ver en tus ojos, así que me parece que te puedo ayudar con eso.

Karl trató de hacer un gesto para detenerla pero no pudo, no quiso. De hecho, sólo ofreció una mínima resistencia por mero impulso pero lo cierto es que estaba ansioso por sentir esos labios gruesos bordeando su verga.

Se acomodó en la silla lo mejor posible mientras ella bajaba el cierre del pantalón y tomaba su pene con una de sus manos. No pudo evitar exclamar un ligero jadeo. Luego recordó que debía controlarse porque había gente más o menos alrededor de él.

Megan despojaba poco a poco cada parte, asombrada de su pene y del hambre que sentía por él. Era algo que no podía esconder, así que tenía una expresión como si fuera una niña emocionada... Lo deseaba tanto que ni siquiera lo podía entender.

Apenas lo masturbó un poco. ¿La razón? Estaba demasiado ansiosa por tenerlo en la boca, por saborearlo y por hacerlo suyo. Así que cuando apenas estuvo afuera, aprovechó todo el rato para chuparle el glande y hacerlo vibrar. Enseguida sintió su mano sobre su cabello con esa intención dominante que tanto le gustaba sentir.

Adoraba lamer sus venas y hacerle perder el autocontrol en pequeños ratos. Era un juego que los dos habían construido. Una especie de dinámica que hacía que el otro rozara los límites y se quedara allí por un buen rato. Él también lo hacía con ella y a Megan le encantaba.

Le chupó entonces con una fuerza increíble. Fue directamente al grano para hacerla sentir como si no hubiera posibilidad de nada más. Él se apoyó de su cabeza con ambas manos sobre su cabello y comenzó a follarle la boca con brusquedad.

El movimiento era rápido, intenso, fuerte. La cabeza de Megan dibuja un

vaivén delicioso mientras que los hilos de saliva se desparramaban por la comisura de sus labios y hasta parte de su pecho parcialmente desnudo. Sus manos estaban en el suelo, como un gesto importante de sumisión. Quería darle todo a él.

Siguieron así hasta que Karl comenzó a sentirse cada vez más cerca del orgasmo, gracias a la lengua inquieta de Megan. Se agitó mucho más hasta que por fin eyaculó dentro de la boca de ella una vez más. La delicia que sintió casi le hizo perder el equilibrio pero Megan lo sostuvo con fuerza, mientras lo miraba entre embelesada y divertida.

Él se acercó a ella para darle un fuerte beso y se quedaron juntos por un rato.

—Debes estar consciente que haré lo posible para castigarte.

—Asumiré todas las consecuencias.

Después de un par de fuertes agarrones, Megan salió sonriente y él cavilando en la próxima tortura que le dedicaría a ella. Estaba ansioso.

No pasó demasiado tiempo para ello. De hecho, justo cuando ella estaba en una entrevista con un cliente, Karl le ordenó que se masturbara, colocándose un vibrador que él controlaría remotamente.

Ella aceptó el reto y se dispuso a jugar. Lo cierto es que no se esperó todas las sensaciones que experimentaría. El vibrador quedó justo sobre el clítoris y de inmediato sintió las vibraciones que la hacían sentir violentos espasmos. Estaba tan excitada que tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlarse.

—Más te vale que no lo apagues y que sigas así porque, de lo contrario, créeme que me las cobraré como no tienes idea. Esto es para que aprendes quién realmente tiene el control de todo esto.

Ella trataba de responder las preguntas del cliente, de atender las dudas y de ser agradable pero lo cierto era que no podía. Deseaba terminar cuando antes y masturbarse con violencia. O ir hacia él...

Dejó la conversación con una respuesta positiva, pero su coño era otra historia. Estaba tan mojada que apenas podía mantenerse en pie.

—Te lo quitarás cuando te diga.

—Por favor... Por favor...

—No hay ruego que valga, Megan. Tienes que entender el verdadero significado de ser una esclava y eso eres para mí. Eres mía.

Estaba a punto de desfallecer cuando escuchó la puerta. Su instinto le dijo que se trataba de él y así fue. Abrió la puerta y lo encontró con las manos apoyadas en el umbral de la puerta. Ella estaba jadeante y desesperada.

Lo dejó pasar y él caminó lentamente por la sala, en completo silencio porque no había razón para decir algo más. Sólo estaban las sensaciones en el aire, a un nivel que casi se podía palpar en el ambiente.

—Arrodíllate.

Así lo hizo y llevó la mirada hacia el suelo. De entre las cosas que él tenía, sacó un collar con una cadena que tenía pegada. Se la colocó en el cuello y la miró por un rato.

—Ojalá supieras lo bien así, sumisa ante mí. Como debe ser.

—Sí, Amo.

Ella siguió con la cabeza gacha hasta que sintió que él haló la cadena para llevarla hacia su habitación. Él había tomado el control de ella y de su espacio, con un descaro impresionante.

Mientras gateaba detrás de él, estaba sintiéndose cada vez entregada a él, dispuesta a mandar todo al demonio, a sacrificar lo que fuera necesario para complacerlo, para darle las mejores sensaciones que podía darle por los minutos o el tiempo que fuera.

Llegaron a la habitación y él luego se sentó sobre la cama, la colocó frente a ella y le ordeno que le bajara el cierre del pantalón.

—Ahora vas a comer mi polla como se debe. ¿Vale?

—Sí, Señor.

Ella hizo exactamente lo que él le pidió y se encontró de nuevo con ese pene que parecía estar esperándola ansiosamente. Primero lo acarició por un momento y luego se lo metió todo en la boca.

A diferencia de otras ocasiones, ella no tendría el control, ni remotamente cerca. Fue Karl el que se encargó de hacerle entender que era él quien tendría el dominio de toda la situación. Así que le tomó el cabello e hizo que lo chupara al ritmo que él deseó. Estaba tan en éxtasis que estuvo a punto de correrse como un loco.

Pero no quiso porque deseaba seguir mirando cómo su carne llenaba la boca de ella por completo. Admiraba esa destreza, los ojos llorosos y la saliva que salía de su boca prácticamente sin parar. De alguna manera, pudo controlar sus impulsos para seguir disfrutando esa deliciosa humedad y calor

que le brindaban sus labios. Eran tan exquisito como glorioso.

Ella trató de controlar las arcadas y trató de no apoyar sus manos sobre él ni sobre ella misma, así que las colocó detrás de su espalda. De esta manera continuó con ese vaivén delicioso e hipnótico.

En las ocasiones que él sentía que estaba muy al borde, sacaba su polla para restregárselo en la cara de ella. Aprovechaba para darle golpes en las mejillas y en los labios, lo paseaba sobre su piel y en cada parte con la intención de marcarle el territorio, además de hacerle entender que, como era su propiedad, tenía que aceptar todo lo que él tenía que darle a ella.

Se acomodó aún más cuando experimentó esa especie de corriente eléctrica sobre su cuerpo, esa misma que le recorrió la espina y fue a parar a todas sus extremidades. Manifestó unos cuantos jadeos y finalmente sintió salir el semen que fue a parar a esos deliciosos labios de ella.

Quedaron empapados de él, mojados, manchados por esa lujuria que parecía consumirlos cada vez más. Cuando dejó salir toda clase de jadeos y gemidos, se levantó rápidamente y la dejó allí, sola, con su coño húmedo y caliente, que pedía un buen revolcón. Ese era su castigo y, aun así, se sintió muy bien.



VI

La relación de Karl y Megan se volvió más pervertida, oscura y hasta obsesiva. Con el paso del tiempo, ambos parecieron desarrollar una especie de extraña dependencia que los hacía rogar por la presencia del otro. Era un magnetismo demasiado intenso y que no muchos podían tolerar.

Por si fuera poco, no todo era cuestión de la carne. Por alguna extraña razón, ambos comenzaron a experimentar una serie de sentimientos fuertes e intensos que parecía no tener control.

Aunque se trataba de una situación normal, ellos simplemente no lo eran. Se trataban de un par de individuos extremos, adictos al vicio del sexo intenso y al descontrol. Ella era extrema tanto como lo era él.

Para Megan esto se trataba de una situación completamente diferente a lo que alguna vez fue capaz de enfrentarse. Por lo general, se consideraba a sí misma como una especie de espíritu libre que le gustaba andar sin ataduras por ahí. Pero con él le pasó todo lo contrario, él le hacía sentir esa necesidad de pertenecer a alguien, de ser de alguien y supo desde el primer momento que eso sólo podía significar problemas.

Una situación más o menos similar sucedía con Karl. Era el Dominante perfecto, tenía encuentros ocasionales y estaba seguro que el mejor estilo de vida que podía tener era el de ser soltero. ¿La razón? Nadie le resultó ser demasiado interesante como para cambiar de opinión al respecto, así pues que no se complicó y estaba bien así.

Pero es cierto que hay ciertas cosas del destino que suceden de la manera más inesperada. El encontrarse con ella en ese bar, justo ese día donde se había animado por fin a salir con sus compañeros de trabajo, lo tomó como si fuera una señal.

Lo cierto es que hizo todo lo posible por huir de esa sensación. Trató de no anclarse en ella, de no verla como si fuera algo demasiado importante, pero cada vez que la veía, cada vez que compartía tiempo con ella, era la confirmación de que le gustaba cada vez más. Lo sintió entonces como un peso necio y fastidioso.

En vista de ello, comenzó a tomar distancia de Megan. Para llegar a esa decisión, tuvo que pensárselo bastante bien porque sólo con tener esa idea, ya le pesaba en el espíritu.

Ambos entonces pensaron que lo mejor que podían hacer era darse una distancia para pensar las cosas con más calma. Ya no se darían esos encuentros espontáneos y alocados, ya no se entregarían de lleno a la lujuria, al cuero y al látex, ya no habrían sorpresas inesperadas. Esta vez actuarían un poco más conscientes de sus sentimientos y de lo que querían para los dos.

Megan experimentó ese síndrome de abstinencia que tanto le preocupó en un principio. Hubo noches que no podía dormir y el apetito se le había ido casi por completo. El desgano casi la consumió de no haber sido por las responsabilidades que tenía que cumplir en el trabajo. Gracias a una montaña de deberes y entregas por hacer, Megan casi mantuvo su mente distraída de toda la situación... Pero no fue suficiente.

Karl se aparecía en su mente como si la invadiera. Por más esfuerzo que hiciera, era un trabajo que le costaba cada vez más. Era odioso y era doloroso, pero las cosas tenían que ser así, al menos eso era lo que trataba de decirse a sí misma.

Los días y las semanas transcurrieron sin que compartieran una mínima palabra. La situación parecía que iba a estallar en cualquier momento. La necesidad de verse se intensificaba cada vez más.

Megan se encontraba en el escritorio de su piso, concentrada —o al menos haciendo el intento de ello—, cuando escuchó el timbre. Estuvo casi segura que se trataba de la pizza que había ordenado. ¿La razón? Se dio cuenta que él no la buscaría más y que ya no tenía sentido insistir en un tema que estaba más que muerto.

Entonces, guardó el documento en el que estaba trabajando, se levantó de la silla y fue hacia la puerta. Antes de hacerlo, miró su reflejo en un pequeño espejo que tenía en la entrada. Tenía la expresión triste, así que hizo un esfuerzo por no parecer demasiado patética.

Se acomodó el cabello y abrió la puerta. El rostro le cambió por completo al verlo allí, tan alto y guapo como siempre. Incluso, tuvo la sensación de que él también la había extrañado. Bueno, tenía sentido porque había llegado a su casa repentinamente.

Él entró poco a poco, mientras que ella se echó para atrás aún sorprendida. Sus piernas estuvieron a punto de fallarla pero hizo un esfuerzo por mantenerse de pie.

—No puedo más...

Quiso continuar pero no lo hizo, tomó su rostro entre sus manos y fue

directo hacia ella. Le estampó un beso profundo y largo, de manera que sus lenguas se entrelazaron y se abrazaron en una especie de sincronía perfecta y llena de lujuria.

Megan le acarició el rostro y sintió como si la vida le hubiera regresado al cuerpo. Estaba tan feliz de verlo que casi no lo podía creer. Los dos se miraron por un largo rato y se dieron cuenta que ese fulano tiempo que se habían dado no fue más que un mero absurdo, una actitud tonta producto del miedo a lo que pudiera pasar. Pero ahora estaban allí, juntos, en un abrazo y perdidos en los ojos del otro.

La pasión terminó entonces de consumirlos, a ese punto ya no había marcha atrás. La mano de Karl fue hacia el cuello de ella, apretándolo con firmeza.

—Vas a ser mía.

—Soy tuya.

—¿Segura?

—Siempre lo fui.

Volvieron entonces a besarse al darse cuenta que esa unión loca, extrema y casi hasta psicópata continuaría hasta donde debiera continuar.



Nacida para Servir

Esclava Encadenada al Alfa Dominante

I

—Señor, según nuestros registros, si hacemos la obra, es probable que las personas que se encuentren allí perderán sus casas. Es una construcción de alto riesgo.

—¿Y?

—Pues, creemos que lo más prudente es que al menos hagamos una notificación que avise que se realizará una construcción importante. Le daremos un poco de tiempo para que puedan desalojar.

—Esto tomaría demasiado tiempo. Que empiecen ya.

—Pero, señor...

—¿Pero? ¿Acaso estás cuestionando una orden?

—No, señor. Nunca lo haría.

—Qué bueno que haya sido así. Pensé que escuché mal. Bien, entonces que empiecen los trabajos desde ya. No hay tiempo que perder.

—Como ordene, señor.

El hombre bajito y flaco salió de la amplia oficina para dejarlo solo como al inicio. Cuando dejó de escuchar los pasos, se levantó de la silla de cuero y empezó a caminar lentamente por la oficina. Era otro día más como los otros.

Llegó hasta su ventanal y observó todo el brillo y el caos de las calles. Estando allí, en completo silencio, casi podía escuchar el sonido de las cornetas, el de los gritos, en de la gente hablando fuerte. Era el ruido que se le había calado en la piel y que no podía quitarse de encima por más que lo intentara.

Se quedó mirando un rato más porque le gustaba admirar aquello que consideraba suyo. Y era así, todo eso era suyo.

Dio un largo suspiro y caminó de nuevo hasta su puesto para volver a

sentarse. Al hacerlo, pensó que quería algo para beber o mejor aún, una mujer para follar como le diera la gana. Sí, eso era mejor plan.

Tomó el auricular y marcó el número 1. Esperó unos segundos antes de hablar.

—Sí. Lo mismo de siempre, pero esta vez quiero que sea morena. Hoy tengo ganas de que sea una morena. Mmm. Para las 9. Sí. En el mismo lugar. Adiós.

Colgó la llamada y se encontró pensando en que su vida era casi perfecta. Decía y hacía lo que quería. La gente sólo se limitaba a obedecerle porque las cosas eran así. Era el nuevo orden.

Lo cierto es que, a pesar de los esfuerzos, la Tercera Guerra Mundial sí sucedió. Sin importar el paro de la producción de uranio y plutonio, las tensiones entre los países de Occidente y Oriente, creció cada vez más.

La tensión era tal que era una especie de Guerra Fría del nuevo milenio. En el medio, estaban los pobres inocentes que no les quedó más remedio que quedarse allí, con la esperanza que las cosas cambiaran... Pero no fue así.

Se usó toda clase de armas químicas y nucleares de menor capacidad. Europa y Asia quedaron prácticamente borradas del mapa. América, por otro lado, no quedó muy bien librada, sobre todo en el norte.

Las noticias sólo mostraban la desolación y muerte de un conflicto que acabó con casi todo, para que, al final, se descubriera que había sido un error producto de una comunicación mal entendida. Ya no hubo vuelta atrás.

Esto produjo la escasez del combustible fósil y del agua. Si ya en algunas partes del mundo el vital líquido ya era cotizado como el oro, después de la guerra, fue casi un recurso de unos pocos.

Las ciudades más importantes perdieron su esplendor, miles de construcciones de valor cultural y arquitectónico se perdieron con el tiempo. El brillo de una humanidad pujante e intelectual quedó enterrado en la arena y la basura.

Sin embargo, un grupo de hombres poderosos, quienes más tarde se llamarían a sí mismos “Alfa”, con la suficiente cantidad de dinero y poder, decidieron reconstruir aquello que había sido olvidado en el pasado. Y fue allí cómo las cosas cambiaron en serio.

Mientras el resto de la humanidad peleaba por sobrevivir, los Alfa se dividían los territorios que habían quedado sobre la Tierra. Al final, el mundo volvió a esa estructura medieval pero combinado con el caos apocalíptico que

quedó después. Estas fracciones se conocen como ciudades—reino.

El líder máximo era el Alfa y la familia de este, el poder era de carácter hereditario, independientemente si se trataba de hombre o mujer. Lo importante era conservar el poder y control lo más posible para no dejárselo a los Beta y menos a los Omega.

Los Beta se convirtieron en el punto intermedio de la sociedad ahora naciente. Intelectuales, políticos, pensadores e incluso algunos comerciantes poderosos que soñaban con pertenecer a la élite de los Alfa. Esas fantasías, sin embargo, la alimentaban cuando podían estar entre ellos, mirando cómo vivían, conociendo los placeres que podían alcanzar.

Finalmente, los Omega era el resto de personas que no disfrutaban ningún tipo de beneficios. Prostitutas, esclavos modernos de las corporaciones gigantes, pobres, comerciantes menores y mendigos. Por encontrarse en el nivel inferior, no tenían posibilidad de derechos de ningún tipo. Debían limitarse a asentir y obedecer órdenes, sin chistar.

Eran manejados como simples sirvientes. De contrariar una orden, estarían condenados a una muerte segura.

Así pues, el mundo se organizó de tal manera que no había oportunidad de nada más. Sólo se podía soñar con la idea de regresar a aquel tiempo donde existía cierta libertad de poder y decisión. Pero ahora, sólo quedaba acomodarse a lo que estaba pasando y tratar de tener una actitud que no fuera a provocar la ira de nadie.

El hombre que estaba sentado en la silla, sonrió de nuevo al recordarse a sí mismo el tipo de poder que tenía entre sus manos. Un poder que podía volverlo loco, que podía transformar su personalidad en cualquier momento. No obstante, era algo que le era familiar desde la niñez. Sabía muy bien qué era todo aquello y lo importancia que tenía el control.

Noah era el actual Alfa de una ciudad—reino que su padre y su abuelo forjaron con otros más para devolverle cierto orden a la humanidad. Gracias al dinero y las riquezas que tenían en sus arcas, todo eso fue suficiente para que se les considerara como una de las familias más importantes.

Por lo tanto, tanto él como los suyos crecieron en la inmensa prosperidad. De niño, sólo jugaba con otros de su misma condición. Estaba resguardado entre guardaespaldas y demás sirvientes porque él representaba el futuro y la continuidad de su familia.

El niño creció sabiendo que con un solo movimiento de sus labios, era

suficiente para dar las órdenes que quería y cuándo quería.

—Tienes que tener responsabilidad en lo que dices. Tus palabras pueden tener acciones contundentes sobre los demás. Ten cuidado.

Su padre le repetía una y otra vez con la esperanza de que entendiera que era importante que, a pesar de tener el control que tenía, la prudencia era una virtud que debía acompañarlo siempre.

Como era de supones, los Alfas eran prácticamente los únicos que podían tener acceso a la educación de alto nivel. Así que Noah pasó su infancia y adolescencia entre los mejores colegios.

Aprendió varios idiomas y comenzó a interesarse genuinamente en los negocios de la familia. De hecho, cuando cumplió 15 años, deseó comenzar a trabajar en la corporación desde el nivel más bajo para entender bien el funcionamiento de las empresas.

Ante la vista escandalizada de su madre, el padre de Noah accedió contento porque quería decir que su hijo estaba dando muestras de un verdadero interés en algo, por lo que su deber era incentivarlo lo más posible.

Buscó un horario que fuera compatible con sus clases y que no impidiera que estudiara con regularidad. De esta manera, Noah comprendió cómo era el sistema y lo importante de tener una rutina diaria que garantizara la productividad.

Además, el estar allí, desde la posición más baja que podía tener un Alfa, comprendió que el mundo iba más allá de las paredes de la mansión en donde vivía.

Cuando salió a las calles de la ciudad—reino, comprendió el caos y el desorden con el que tenían que vivir los Omegas y ciertos Betas el resto de sus vidas. Esa lucha de supervivencia diaria que sólo hace que hasta el más fuerte se desgaste lentamente. Para él era absurdo todo aquello pero así eran las cosas.

Trató de mantenerse enfocado en lo suyo, en sus cosas, para no tener que mezclarse de nuevo con la miseria ajena. Así pues, escaló poco a poco en la organización hasta que ocupó los cargos gerenciales cuando ya se encontraba en la universidad.

Noah no sólo era brillante y altamente productivo, también era un líder y sabía cuándo y cómo tomar decisiones difíciles, lo que le había dado un puesto importante entre los Alfas y demás Betas. De hecho, su padre recibía constantemente halagos que afirmaban que su hijo era un digno representante

de su familia.

Sin embargo, había algo que él tenía que mantener oculto. Gracias a que ocupaba cargos importantes, Noah descubrió que era casi un adicto al control. Le gustaba que sus órdenes se cumplieran, le gustaba que la gente sintiera miedo y respeto hacia él. Era casi como si le inyectaran grandes dosis de adrenalina. Lo elevaba simplemente.

Pudo entonces, hacer un despliegue de sus habilidades. Incluso, con el paso del tiempo, comenzó a mostrarse frío y distante con los demás. Los recuerdos de las veces que vio el sufrimiento y la desigualdad de clases, era algo que quería mantener muy lejos de él.

El control lo mantenía vivo y activo. Iba y venía, dividía su tiempo entre los estudios y el trabajo. Tenía una vida ajetreada.

Hubo, además, un hecho que no pasó desapercibido. Noah se volvía cada vez más en un hombre atractivo y muy apuesto. Alto, moreno, cabello oscuro y espeso, el mentón cuadrado, ojos grandes negros, nariz recta y una textura física fuerte y maciza gracias a los ejercicios que practicaba, sobre todo natación.

De inmediato, se convirtió en el centro de atención de otras chicas de su posición. Hijas de empresarios y magnates se presentaban ante él para poder decir que tenían la suerte de emparejarse con el Alfa más cotizado del grupo.

Sin embargo, Noah no tenía demasiado interés en tener una relación formal ya que eso significaba de inmediato el matrimonio por alianzas y un sinfín de compromisos que sinceramente se quería evitar. Odiaba actuar en contra de sus propios deseos así que procuró concentrarse más en los negocios.

Cuando estuvo en el tercer año de carrera, conoció a una mujer muy diferente a las que había conocido. Alguien cuya procedencia no tenía idea pero que siempre estaba allí, como si fuera una sombra.

Estudiaba también en la universidad pero en otra carrera. Era alta, delgada, con pechos prominentes y con el cabello corto y rojo. Tenía un andar sensual y un aura de misterio que atraía a más que cualquiera.

Noah la llegó a ver un día cuando coincidieron en una clase de Contabilidad. Ella le preguntó indiferente si ese era el salón y él le respondió con la quijada casi en el suelo. No había visto a alguien así y menos que le causara ese efecto.

Se había acostumbrado a los ruegos, a las miradas constantes, a las

palabras vacías de adoración, pero ella, sin embargo, no era así. No le daba nada de eso, de hecho, lo ignoraba por completo, como si no existiera.

Noah concentró de nuevo su mente en no sólo ser el mejor en el trabajo y en la universidad, haría todo lo posible para tener la atención de ella.

Todos los intentos fueron fallidos. No hubo manera de convencerla de que él era el mejor partido que ella pudiera tener. Parecía que no tenía nada de ganas en involucrarse con una persona como él, lo que le producía grandes dudas. ¿Cómo una chica podría ignorarlo de manera tan tajante? ¿Por qué no le prestaba atención? ¿Qué era lo que tenía que hacer?

Un día se atrevió a preguntárselo sin pelos en la lengua, quería saber la razón por la cual ella no le daba una oportunidad.

—Eres demasiado correcto y niño bueno. Todo el mundo te ama y adora. Los hombres así me aburren demasiado. Lo siento.

—¿Qué es lo que te aburre? Soy un tío que todos envidian.

—¿En serio? Entonces me imagino que deben ser peores que tú, lo que me hace pensar que debe ser increíblemente insoportable todo aquello.

Noah no podía creer lo que estaba escuchando. Había pasado su vida siendo adorado, querido, siendo objeto de deseo y ahora se encontraba en una situación completamente diferente. No sabía qué decir, no sabía qué actuar. La costumbre de tener todo lo que quería con sólo pedirlo, no tuvo efecto en esa ocasión

Después de aquel desplante, se levantó enojado y se fue. Sus pasos estaban marcados con el fuego de la ira, con el calor de la indignación. Quería saber qué era eso que ella creía que él no podía darle. Estaba muy equivocada sin pensaba que se libraría así de fácil.

Quiso renunciar, por supuesto, quiso obligarla, quiso que se doblara ante él. Pero en el fondo, sabía que ese no era el método. Tenía que encontrar una mejor alternativa.

Se metió el orgullo muy adentro y se armó de valor, con el fin de acercarse a ella y preguntarle más a fondo lo que quería decir con esas palabras.

—Vaya, algo sí tengo que reconocer. Eres un tío bastante valiente y tenaz. El día que te fuiste, juré que más nunca te vería. Debo darte un poco de crédito. A ver, ¿en qué te puedo ayudar? Cuéntame.

El tono cargado de sarcasmo casi le hizo explotar, por lo que se contuvo

lo más que pudo. Odiaba que le llevaran la contraria y más una mujer que sabía que él era un hombre importante. Pero bien, se prometió a sí mismo que se quedaría tranquilo y que no agitaría las aguas más de lo necesario. Estaba allí porque quería más información, más nada.

—¿Por qué has dicho que te aburren los tíos como yo?

—¿En serio quieres insistir? ¿No te di suficiente información?

—Quiero saber.

—Vale, ya que insistes. Verás, sé que eres de la familia que manda a toda esta gente. Sé que tienes dinero y poder. Sé que con sólo abrir la boca, ya tienes una fila de gente que está esperando por ti. Sé que te gusta el control. — Esto lo dijo con un tono bajo y misterioso—, y aun así estás para cumplir con lo que se espera de ti. Se ve que eres una persona que has seguido órdenes y has hecho de todo para enorgullecer a tus padres. ¿Me equivoco?

Él se quedó callado ante aquella cantidad de palabras.

—Bien, yo también he vivido así y la verdad es que es algo que me tiene muy harta. Todos comportándose como señores feudales acomodados que disfrutaban de la langosta y la champaña en la orilla de la playa. Todos felices con sus mujeres bonitas y planchadas, rodeados de sirvientes. Tuve suficiente de eso.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que te gusta?

—Tío, me gusta la acción, lo diferente, lo que va contra la corriente, con aquello que cuestiona todo lo establecido.

—¿Por qué no me enseñas un poco de eso?

—Venga, eres demasiado niño bueno para eso. No lo soportarías, no tienes madera para lo que te digo.

Noah se mostró más tajante que antes. Se plantó ante ella y la miró desafiante. La hermosa pelirroja celebró en su interior porque había logrado su objetivo. Él cayó redondo en su trampa.

—¿Ah sí? Bien, lo único que haría que te sintiera medianamente interesante, sería si aplicaras esas ansias de control que se te notan en los ojos y los usaras en otro contexto. Digamos, en uno mucho más interesante.

Noah cobró una expresión dudosa, como si no supiera lo que le querían decir.

—En el sexo, querido. ¿Sabes a lo que me refiero?

Él tomó un momento para pensar. La verdad es que el sexo para él había

sido un mundo casi inexplorado. Su primera vez fue con una chica que le gustaba en el instituto. Era bella, sutil y delicada. Todos añoraban estar con ella, pero él resultó ser el afortunado.

Luego de que las pasiones se intensificaran poco a poco, por fin pudieron quedarse a solas para explorar ese mundo que los llevaría a los placeres del cuerpo. Aunque las expectativas de Noah eran altas, la experiencia en sí no fue tan agradable como había pensado.

Sabía que en su cuerpo albergaba pasión y un fuego que quería salir, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo. Se recriminó tantas veces por ello que pasó el resto de esos encuentros íntimos, como una mera formalidad.

Pero en ese momento en el que ella le dijo eso, Noah prefirió hacerse el tonto para que le dieran más información.

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a lo que me refiero. Pero como soy buena persona, te escribiré esto.

Tomó un trozo de papel de uno de sus cuadernos y comenzó a escribir velozmente unos acrónimos que no tuvieron sentido para él en un primer momento.

—¿BDSM?

—Sí, querido. Si después de buscar información al respecto, entiendes lo que quiero decir, y si te interesa todo eso, claro está. Entonces búscame. Así quizás piense que no eres tan buen muchacho después de todo.

Como tenía costumbre, lo dejó en ese lugar con la cabeza llenas de preguntas. Así pues, en cuanto llegó a casa, buscó su computadora en el buscador y esperó ansiosamente lo que querían decir esas letras. Se topó con un mundo completamente diferente a lo que había conocido antes.

El BDSM resultó ser una práctica dedicada a los más extremos. Implicaba sexo y dolor y placer y toda una clase de variantes que probarían los límites de cualquiera.

A medida que leía, todo parecía cobrar sentido para él. El producir dolor a otros, el dominar y controlar, la disciplina y humillación. Todo eso era claro. Por fin había encontrado el conjunto de palabras que le permitirían ser como quisiera también en la cama. Pensó un poco más y supuso que la respuesta de ella se debía a eso. Ella había detectado el potencial en él.

Por supuesto, alimentó la curiosidad tanto como pudo. No sólo leyó una

cantidad de artículos y blogs al respecto, también se dedicó a ver videos y escuchar audios de testimonios de personas que había encontrado un estilo de vida diferente con el BDSM.

Como quedó enganchado, su cuerpo y mente ya estaban adoptando una actitud de hombre ansioso por probar su fuerza y poder. Entonces, fue hacia a ella, la buscó entre la gente para fin encontrarla.

El destello de sus ojos negros fue suficiente para dar entender que estaba listo para ir más allá.

—Así que el niño bueno resultó ser que no era tan bueno después de todo. Qué curioso. ¿Estás seguro que estás dispuesto a dejar de lado todo lo que crees o debe ser el sexo y las relaciones en general? ¿Crees que tienes el estómago para aceptar lo que estás a punto de conocer?

—Estoy más listo de lo que crees. Deja de darle largas al asunto.

—Vale, vale. Entonces probemos la certeza de tus palabras.

Después de ese encuentro, los dos comenzaron a estar juntos. Poco después, Noah descubrió que ella también le gustaba pero pensaba que por ser el Alfa más importante de la ciudad—reino sería un problema para ella.

Tras compartir besos y caricias intensas, Noah entendió que ella era una mujer muy diferente a las demás y que por fin estaría cerca de descubrir ese secreto que ella había escondido por mucho tiempo.

Finalmente, tuvieron un encuentro en el piso de ella. Noah estaba sorprendido porque era una tía independiente y segura de sí misma, cuando, por lo general, las mujeres suelen estar más bien acompañadas por su familias o amigas. Quizás era esa misma necesidad cultivar esa imagen de decencia que al final era una fachada.

Siguieron con los besos hasta que ella se montó sobre su regazo. Poco a poco, iba dejando atrás esa conducta de mujer imposible para transformarse en otra cosa.

Por otro lado, Noah estaba experimentando todo aquello de lo que se había privado por mucho tiempo. El calor del cuerpo de una mujer exuberante, los gemidos deliciosos, los besos y caricias desenfrenados. Todo aquello le confirmó que era posible estar con una mujer así, que era posible darle rienda a esa sexualidad reprimida.

Siguió con ella y comenzó a experimentar una especie de fuerza en su interior. Una llama que le nació de la boca del estómago y que se extendió a lo largo de su cuerpo. Era como si se hubiera despertado algo dentro de él,

algo que le ayudó a entender el sentido de las cosas.

Era claro que le gustaba el control y también que hacía todo lo posible por preservarlo, sin embargo, no se imaginó que era posible llevar ese placer a otros ámbitos de la vida. No pensó que era posible compartir esa condición más allá de las paredes de la empresa o de su hogar.

Como si su cuerpo se lo hubiera hecho a entender que tenía que hacer algo más que le permitiese proyectar esa sensación que tenía dentro de sí. Entonces, aquella mano que estaba concentrada en la cintura, se desplazó lentamente hacia el cuello de ella. Apretó ligeramente y después un poco más.

Al no obtener una negativa, siguió explorando los límites de sí mismo, cuando posó la otra mano libre en el glúteo de ella para comenzar a nalguearla con fuerza.

Los dos estímulos hechos al mismo tiempo, hicieron un efecto inmediato tanto en ella como en él. Noah se sintió poderoso, controlador. A tal punto que esa energía se intensificó dentro de sí, queriéndolo llevar hacia otras fronteras.

Ella, por otro lado, celebró en su interior porque el presentimiento que tenía que él adoptaría esa actitud, no había sido errado. Fue, incluso, mucho más de lo que esperaba.

Así pues, la dinámica en el sexo durante esa noche fue así. Ella le dejaba un poco más de libertad para que él se sintiera libre y pudiera expresar su veta dominante con ella, mientras que él entendió que había esperado toda su vida por un momento así. Ya no había marcha atrás.

Noah se adentró en un mundo completamente diferente al suyo. Las formalidades, las conversaciones ligeras, el aspecto dulce y encantador de las mujeres, la champaña y el caviar, eran cosas del pasado. El BDSM resultó ser un universo en donde se celebraban las lujurias de quien se atreviera a entrar allí.

En un primer momento, él se sintió un poco fuera de lugar. Incluso pensó que no sería capaz de adaptarse.

—No te preocupes, tienes que entender que aquí no hay presión de nada. Puedes ser la persona que quieras ser. ¿Vale?

Se sintió mejor cuando ella se comprometió a entender todo lo que pasaba en ese entorno. Por supuesto, la sola idea de que él se la pasara con una mujer con gustos tan particulares como esos, podría provocar el mayor de

los escándalos. Por ello, hizo todo lo posible por mantener todo nexo con el BDSM lo más oculto posible.

Como era de esperarse, estas prácticas eran vistas como un tabú dentro de la alta sociedad Alfa, por lo que eso obligaba a mucha gente manejarse en la clandestinidad y lo mejor para eso era recurrir a las calles húmedas, oscuras y sucias de los Omegas.

Estando allí, la perspectiva de Noah cambió por completo ya que su interés era muy diferente. Seguía siendo caótico y extremo pero estaba con ella y con ella las cosas se sentían y veían diferente.

Caminaba entre las calles para reunirse en lugares clandestinos. Para proteger su identidad de quienes desconocían su importancia social, procuraban taparse el rostro con máscaras ornamentadas y pasar desapercibidos. Aunque sonara fuera de lugar, las excentricidades de era permitida en esos lugares.

Por suerte, la privacidad era algo muy respetado en las sociedades y grupos BDSM. Las identidades no podían ser reveladas porque aquellos ambientes eran espacios para la libertad y la libre expresión.

Así pues, él conoció más de cerca el fetichismo, el shibari, el arte de los amarres, las subastas de esclavos y esclavas, exhibiciones de ponis y traje de lolita para aquellos que tuvieran una relación Daddy/brat o little girl. Cada cosa que descubría le parecía fascinante y única.

Por supuesto, esto también incidió en su forma de ver las cosas y las relaciones. Poco a poco descubrió el gusto por la humillación verbal y por el control de los orgasmos, la masturbación forzada, los amarres y suspensiones. Además, si quería probar algo nuevo, sólo tenía que pedirle la oportunidad a ella para conversar al respecto.

—Hay algo que siempre tienes que tener presente. La comunicación es esencial. Es posible que ciertas cosas salgan mal, pero para evitar eso, conversar es la mejor solución. Plantea lo que te gusta y lo que no. Respeta los límites y apóyate en la observación. Son claves que te ayudarán a ser un mejor Dominante.

“Dominante” esa palabra que salía de su boca parecía tener todo el sentido del mundo. Bastaba que ella lo dijera para que Noah sintiera por dentro la fuerza de ese animal interno que tenía.

Su relación pareció fortalecerse cada vez más. De hecho, llegó un punto en que él la presentó a su familia, a pesar de las negativas de ella. Pensó que

había encontrado a la mujer ideal y que no haría falta buscar en ninguna otra parte.

Sin embargo, hay que tener en claro una cosa. Nada en la vida está seguro, menos los sentimientos. La dulce y sensual pelirroja, esa misma que después de tantos intentos, cedió ante las peticiones de Noah, para luego establecer una relación estable en donde el sexo y el cariño parecían ir de la mano; comenzó a cambiar de actitud casi de un día para otro.

Las reuniones casuales en las escaleras en la facultad, el café de la mañana antes de ir a clase, las risas y las salidas a paseos a cualquier parte de la ciudad, frenaron de a poco. Noah se sintió extrañado y quiso afrontar la situación. Pareció experimentar una especie de deja vu.

Tras varias insistencias, descubrió un hecho que no se esperaba.

—Siento que esto no va a ninguna parte. Siento que estamos siguiendo un guión y detesto eso. Extraño cuando dejábamos las cosas casi que a la suerte, cuando dejábamos ser al otro, permitiéndonos libertad de acción y pensamiento. Caímos en una rutina que no parece tener vuelta atrás. Creo que no puedo con esto... Siento que me aburrí.

Las últimas palabras cayeron en él como un yunque en el pecho. No podía creer lo que estaba escuchando. Se suponía que ambos formaban la pareja perfecta. Ella bella, inteligente y diferente a las demás; él, brillante, atractivo, con el futuro más provisorio de los Alfas. Eran la envidia de la gente.

No supo qué decir por lo que prefirió quedarse callado. Ese espacio dentro de su corazón y alma, ese mismo que le había dedicado a ella, pareció vaciársele de un solo golpe. No hubo más que hacer, sino retirarse lentamente.

En vista de las circunstancias, Noah se prometió a sí mismo que se lo pensaría dos veces antes de formalizar una relación con una mujer. No quería que las cosas acabaran igual, por lo que pensó que la mejor opción era concentrarse en el trabajo y en los estudios.

La fuerza de esa decisión, fue suficiente como para permitirle graduarse con honores, contar con el suficiente capital para fundar su propia empresa y mudarse de la amplia casa en donde vivía con su familia. Estaba ansioso por tener una vida diferente a su ritmo. Dentro de todo, tuvo que reconocer que la mujer con la que estuvo, trató de abrirle los ojos y de hacerle caer en cuenta que lo importante es dar un paso más adelante de lo que se espera de uno.

Aunque le gustaba mantenerse ocupado casi todo el tiempo, no podía evitar sentir las ganas de estar con una mujer y más una sumisa. Tuvo que tomar en cuenta que no podía hacer esos requerimientos con una mujer Alfa cualquiera. Así que se permitió la oportunidad de salir con alguna, hablar con ella y conversar de esos temas que siempre le aburrían. Al final, se decidió por contactar con sumisas y esclavas Omegas que pudieran darle todo lo que quisiera.

De esta manera, encontró el equilibrio que tanto deseaba. Trabajo, dinero, poder y sexo como quería. Las mujeres clamaban por él, querían su atención, rogaban por pasar la noche con el hombre más poderoso de la ciudad—reino, pero él sólo le hacía caso a sus instintos y su hambre de dominación.

Con el paso del tiempo, la personalidad de Noah se volvió más oscura y taciturna. Hablaba poco y era contundente con las palabras y acciones. Detestaba que le hicieran perder el tiempo, así que hacía lo posible para ser siempre directo y evitar los rodeos.

Tenía una mentalidad fría y calculadora para los negocios y para la vida en general. Se volvió el soltero más deseado pero también más difícil. Y a pesar que su madre hacía los esfuerzos por presentarles mujeres de bien, él no estaba interesado en nada de eso.

Lo único que verdaderamente ansiaba era un buen par de piernas que le dieran calor cuando lo quería, un buen coño caliente y húmedo para su verga y una piel suave y tersa para rompérsela a punta de latigazos y fuertes amarres.

Después de hablar y de pedir una esclava para esa noche, como a veces solía hacer, miró un rato más su computadora para terminar unos cuantos asuntos y prepararse para el encuentro. De nuevo pensaba en el placer que le daba poder dar una orden y que se le cumpliera con la mayor diligencia posible. Adoraba ser obedecido y más sobre estos asuntos relacionados al sexo.

Se levantó entonces de la silla, caminó unos cuantos pasos por el lugar y se quedó mirando hacia el exterior gracias al enorme ventanal que se encontraba allí. Miró todo lo que estaba alrededor.

La belleza de la ciudad Alfa, el centro, los jardines, la tecnología, las comodidades y la forma en cómo cambiaba el panorama a medida que llevaba su mirada hacia el horizonte. La oscuridad y el caos de la región

Omega. Incluso, al cerrar los ojos, podía sentir que estaba caminando entre sus calles, colándose como uno más entre el mar de gente que iba y venía en el desorden y el caos.

Fijó su mirada en las luces parpadeantes del lugar y sonrió ligeramente.

—Todos son míos, todos me pertenecer. Soy su amo y señor.



II

Nacer como un Omega a veces era visto como sufrir una maldición sin precedentes. Era estar destinado a una vida repleta de dificultades sin aparentes posibilidades de cambiar esa suerte... O al menos así lo pensaba Magenta Barker.

Nació en una familia tan pobre que su madre la vendió a unos comerciantes de personas cuando apenas tenía dos años. Desde esa edad, tuvo que enfrentarse a una serie de situaciones que se le escapaban de su comprensión.

El ser material para los comerciantes, estos “alquilaban” los servicios de estos individuos como empleados de limpieza, chóferes, obreros y hasta prostitutas al servicio de los Alfas y ciertos Betas. Quien cayera en sus manos, era probable que le esperara una vida de trabajos y maltratos.

Debido a que había sido renegada por su propia familia, Magenta, cuyo nombre representaba la marca de nacimiento en el muslo de dicho color, se acostumbró a andar por la vida sin ningún tipo de ataduras. Era ella sola contra el mundo.

Ella creció en un instituto para menores en donde recibió una formación más bien básica.

—Nos quieren tontos, nos quieren ignorantes para que aceptemos nuestro destino como sea.

No paraba de decirse a sí misma. Los maestros limitaban los libros y el conocimiento por la idea de que los pobres tenían que serlo siempre.

Eso era una de las tantas injusticias que tenía que sufrir pero la cual no estaba dispuesta a tolerar. Haría todo lo necesario para formarse de la mejor manera posible, sin importar las consecuencias de ello.

Así que cultivó su notable inteligencia por medio de los libros que lograba robar de sus maestros, de otros compañeros o de comerciantes Betas que llegaban allí para ofrecer material de estudio.

Así conoció a Agatha Christie, Julio Verne, Lovecraft, Edgar Allan Poe, Charles Dickens y Kafka (aunque era un poco avanzado para su edad). De resto, devoraba todo lo que fuera posible y más. Quería nutrir su mente porque pensaba que al menos así, sería capaz de escapar de la realidad que le tocó vivir.

Permaneció en el instituto hasta la mayoría de edad, para luego ser trasladada a una casa de un magistrado Alfa para que trabajara como limpieza y cuidado de los niños.

Se le decía constantemente que había corrido con suerte, ya que muchas mujeres terminaban en peores condiciones que ella. Sin embargo, Magenta no veía nada positivo en su vida. Era una nueva forma de esclavitud, era una nueva forma de quitarle a la gente su libertad de acción y pensamiento.

Después de terminar el día, cuando su cuerpo y mente ya no podían más por el cansancio, se acostaba en la cama amplia y caliente y miraba el techo de su habitación para imaginarse cómo era el mundo antes de la guerra.

Según los libros de Historia que había revisado, la humanidad era muy diferente. Las mujeres y los hombres eran libres, había variedad de países, razas y creencias. Había la posibilidad de trabajar en lo que se quisiera, era posible tener una casa y un coche por medio del trabajo duro. Dentro de todo, cualquier persona podía hacer la vida que quisiera sin importar su origen. Pero ya las cosas no eran así.

Cerraba los ojos con la esperanza de que las cosas cambiaran, que al despertar, alguien le diría que el orden mundial había cambiado y que ya no existía la esclavitud, ni la miseria, ni la división de clases. Soñar no cuesta nada.

Por suerte, su jefe, el magistrado, se percató de la inteligencia de Magenta y procuró que terminara los estudios y se especializara en algo más. El contar con el apadrinamiento de una persona tan importante e influyente como esa, le acortaría el camino y tendría la posibilidad de tener una vida decente.

Las cosas parecieron funcionar durante un tiempo, sin embargo, en vista de la ayuda y la simpatía que le había despertado al magistrado, la esposa de este pensó que la presencia de Magenta era una amenaza en su casa. Por ende, terminó despidiéndola y ella quedó en una especie de limbo por un tiempo.

Sin tener un lugar a donde regresar y sin trabajo, Magenta tuvo que improvisar. Buscó qué hacer por varios días y cuando ya no pudo más, se adentró en un restaurante chino en una de las zonas más sórdidas de la ciudad con el fin de rogar por un trabajo.

—Por favor, señor, se lo ruego. He ido por todas partes y no encuentro un trabajo. Soy una persona responsable y seria. Ayúdeme. Mire, puedo

limpiar el suelo o los baños o las dos cosas, pero necesito un poco de dinero, se lo ruego.

Tuvo que despedir su dignidad y meterla en lo más profundo. Tuvo que humillarse porque la desesperación la había llevado a eso. Sin las más mínimas esperanzas de nada, se aferró a ese cartel que anunciaba que se buscaba personal, con el fin de que le dieran una oportunidad.

El dueño del restaurante la miró fijamente y asintió de mala gana. Era cierto que le urgía el personal, así que la contrató casi de inmediato.

Magenta entonces se dedicó a limpiar suelos, los baños y la cocina. Gracias al dinero que le pagaban, pudo alquilar un pequeño piso en uno de los edificios que se encontraban allí. Aunque no era glamuroso, al menos podía contar con un espacio para ella sola después de tanto tiempo.

Siguió en el restaurante y cuando el horario se estabilizó, procuró encontrar otro trabajo. Sus planes salieron a la perfección así que tenía para pagar las cuentas y mantenerse.

Cuando encontró cierta estabilidad, esos pensamientos y sueños sobre un destino mejor, volvieron a manifestarse dentro de sí. Sobre todo, por las injusticias que tenía que ver todos los días.

En su cama, miraba hacia el techo como solía hacer. Pensaba en lo cansada que estaba, en el dolor de las piernas y en las várices que comenzaban a salir allí a pesar de ser una mujer joven. Pensó en las veces que tuvo que dormir debajo de un puente porque aún no tenía dinero para un techo. El abandono, el haber sido vendida... La lista no paraba de alargarse.

Sintió una desesperación demasiado grande. No quería preocuparse más por dinero. No quería dejar que su vida se le fuera en ello.

Tenía un montón de ideas en la cabeza pero el cansancio pudo más que ella. Se quedó dormida apenas le permitió al cerebro desconectarse de todo aquello que le perturbaba. Necesitaba esas horas de descanso.

Como siempre, salió del minúsculo piso y bajó por las sucias y oscuras escaleras, hasta salir a la calle. De nuevo, esa luz del sol que tantos querían ver, estaba tapada por algún edificio construido por los Alfas. Ellos, los Omegas, estaban en el suelo, como aves de rapiña con la esperanza de poder recibir un poco de luz y un poco de calor entre el frío que a veces era insoportable.

Magenta soñaba con ir hasta la punta de ese edificio, acostarse en la azotea y sentir a plenitud el calor y la luz que estaban allí.

Siguió caminando hasta llegar al restaurante. Su jefe la saludó con el regaño habitual en un idioma incomprensible y de inmediato se preparó para trabajar.

Las peores horas eran al mediodía. Se llenaba de todo tipo de personas. Desde sirvientes hasta elegantes Betas que iban a comer allí. Todos se congregaban en ese pequeño espacio como queriendo decir que los límites entre ellos no existía.

Ella se encontraba limpiando un par de mesas cuando escuchó una conversación que le llamó poderosamente la atención:

—Sí, tía. De hecho dentro de poco me reuniré con mi dueño.

—¿Es un Beta?

—¡No! Es lo mejor de todo. Es un Alfa. Es un ejecutivo de un banco importante. Me escogió y soy su esclava personal. Es lo mejor que me ha pasado.

—Qué suerte que has tenido, tía. Yo sólo me topo con pobres Betas y unos cuantos Omegas que se ganan un poco de pasta en las apuesta y me pagan. Pero estoy desesperada, quiero mejorar mi vida.

—Por eso haz lo que te dije. Tienes que ir al edificio negro de la calle 8. Es que tiene una puerta roja.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pues llegarte y listo. Preguntas por el sr. Fausto y ya está. Te abrirán la puerta y te revisarán. Después te dirán cuál mercado te tocará, según las condiciones que tienes. Y listo, es pasta segura. Le entregas el 40% de las ganancias y el resto te lo quedas tú. Desde la ropa hasta los regalos que te quieran hacer.

—Guao, me encanta, me encanta.

—Eso sí, tienes que ir bien limpita y preparada porque esa gente te revisará TODO. Ellos se mueven en círculos importantes y les interesa mantenerse así. Que te lo digo yo.

—Vale, vale.

—Ah, por cierto. No digas esta información a NADIE, ¿vale? Sólo unos pocos saben esto porque saben que Fausto es el mejor en el negocio.

Magenta se alejó lentamente y procuró guardarse esa información por dentro como si se tratase de un hermoso tesoro.

El día transcurrió de la misma manera que todos los días. Caótico,

desordenado, entre los gritos y el descontrol. Cuando finalmente Magenta pudo irse, los pies estaban a punto de dejarla sobre el suelo porque ya no podía más. Sin embargo, se convenció a sí misma de que debía continuar para pensar mejor en todo aquello que había escuchado más temprano.

Se adentró como siempre en ese edificio alto y descuidado, hasta que llegó al piso 5. Sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta para encontrarse con que todavía podía oler el aroma a café que había colado en la mañana.

Dejó el bolso en una silla que había comprado en una venta de garaje, y caminó un poco más hasta dejar su cuerpo caer en un micro sofá frente a un ventanal.

Ese lugar quizás era su favorito de todo el piso. La enorme ventana daba hacia la calle y hacia las luces que se perdían en el horizonte. Esa imagen, aunque había formado parte de su vida por mucho tiempo, no le aburría. Le hacía sentir que dentro de todo había alguna esperanza entre todo lo que estaba viviendo.

Suspiró de nuevo y cerró los ojos. Su mente, de inmediato, comenzó a reproducir la conversación de la tarde como si fuera una película. Las voces agudas y casi chillonas de las chicas, desmenuzó el guión que ella había copiado casi a la perfección entre sus neuronas.

—El edificio negro con la puerta roja en la calle 8. Preguntar por Fausto. Fausto...

Se repitió eso a sí misma, quizás con el temor de que se le olvidara esa información. Cada vez que resonaba ese nombre dentro de su cabeza, crecía cada vez más, la necesidad de aventurarse a esa práctica. Tenía miedo porque podría perder más de lo que quisiera pero era algo que tenía que probar. Quería cambiar su suerte.

Al día siguiente, inventó una excusa a uno de sus jefes para poder ir hacia ese lugar. Tenía entendido que la calle 8 era una de las zonas más peligrosas pero, si ella era sincera, toda esa parte de la ciudad—reino lo era. No había ningún lugar enteramente seguro.

Caminó por las calles con una falda corta, una blusa ajustada y un abrigo que apenas la cubría del frío. Tenía el cabello suelto y andaba por la calle como si supiera exactamente por dónde iba. No se inmutó por los ruidos ni por lo que veía porque aprendió desde niña que la mejor defensa que tenía era pretender que era más segura que todo lo demás.

Visualizó el edificio a poca distancia y miró su reflejo en uno de los

vidrios sucios de un café de mala muerte. Miró su cabello negro, largo y espeso. Sus ojos grandes, la piel morena olivácea, las piernas largas. La cintura y caderas pequeñas, pechos poco pronunciados. El mentón delicado y los labios gruesos. Quizás no era una bomba sensual pero tenía que reconocer que gracias a la confianza que exudaba, tenía cierto magnetismo.

Caminó unos pocos metro más adelantes y se encontró de frente con aquella puerta que recordó de aquella conversación. Era de metal, oxidada y mezclada con trozos de pintura que hacían el intento de tapar todo el daño producido por el ambiente. Se preguntó la razón por la que estaba así, sobre todo si se trataba de un negocio lucrativo.

Aunque quería más explicaciones, pensó que no podía perder más tiempo. Alzó la mano y la rozó sobre la puerta. Se detuvo un momento más y tocó un par de veces con firmeza. Echándose un poco para atrás, esperó unos segundos para que le atendieran hasta que se asomaron un par de ojos en una rejilla que se encontraba en la puerta.

—Busco al sr. Fausto.

Los ojos verdes la inspeccionaron un poco hasta que ella se dio cuenta que se produjo un sonido en el interior. Un hombre alto, calvo, vestido de traje negro y con la expresión más neutra que ella había visto, le señaló con el dedo que se adentrara.

De nuevo, volvió a escuchar ese sonido metálico de algo que se cerraba tras ella y con el miedo aún a flor de piel, decidió avanzar aunque quería realmente salir corriendo de allí.

Era un espacio blanco y frío, el cual estaba dividido por varias oficinas. Su atención fue directo a un lugar más grande donde supuso que allí se hacían esas revisiones que acaba de recordar.

Miró una pequeña fila de sillas y se sentó en una. Junto a ella, se encontraba una chica con la misma expresión de miedo que ella. Al menos se consoló al saberse que no era la única persona que tenía miedo.

Un rato después, ella entró a ese gran cuarto mientras que ella se quedó allí esperando. Una mujer alta y blanca, de cabello corto negro y con lentes de pasta rojos, le hizo una señal para que la siguiera.

Se adentraron a una especie de oficina y la sentó en una silla.

—¿A quién desea ver?

—Al sr. Fausto.

—¿Tienes algún interés en trabajar en esta industria?

—Sí, sin duda.

—¿Por qué?

Magenta no supo qué responder de inmediato. ¿Decir que era por problemas financieros sería demasiado? ¿Sería correcto decir algo así? Sin embargo, hubo algo que pareció nacer dentro de ella, como una especie de ira que no pudo controlar y que no quería seguir escondiendo.

—Porque estoy harta de vivir al día a día. Quiero tener paz mental y pienso que esto me podría ayudar.

La mujer la miró y comprendió lo que ella quiso decir.

—Todas las que estamos aquí hemos querido eso. Y a la mayoría les ha ido bien.

Hizo una pausa porque, a pesar de tener tanto tiempo en ese lugar, podía leer la sinceridad de unas palabras como esas.

—Vale. Yo soy Fausto y mi papel es revisar a las chicas que vienen como aspirantes a esclavas. Bueno, “esclavas” porque ahora es el nombre que se les dan a las mujeres nos dedicamos a la prostitución. Parece que al gobierno Alfa se siente más cómodo con ese término. En fin. Necesito que me des tus datos y toda la información que creas necesaria, incluso tu dirección. Lo más detallada posible.

Magenta tomó la forma y comenzó a escribir rápidamente. En ese momento cuando pensó que tenía altas posibilidades de cambiar su vida, recordó un detalle importante. Era virgen.

A través de los años, el amor y el sexo se convirtieron para ella como especies de rarezas. No sabía que era eso, no sabía cómo lidiar con algo así. Por supuesto, eso no quería decir que no sintiera atracción hacia los hombres, claro que sí. Fantaseaba con la idea de conocer a alguien que le diera todo y más, soñaba con conocer los besos y a medida que sus pensamientos se volvían más profundos, se recordaba a sí misma que también era un animal de necesidades y el sexo era una de ellas.

No pudo experimentar nada de eso porque su vida se resumió en sobrevivir, en encontrar la manera de dejar de revolcarse en el lodo, en la suciedad, en la miseria. Trató de hacerse una vida tranquila pero a veces sentía que no era capaz de hacerlo. La presión que sentía en sus hombros era más fuerte que cualquier deseo de tener intimidad con otra persona.

Así que se reprimió eso, metió esa urgencia dentro de un cajón muy adentro de su cuerpo para dejarlo allí y olvidarse de eso. Ahora, que se encontraba tan cansada, tan en el hastío, pensó en ese detalle que podía poner en peligro la posibilidad de encontrar un poco de esa paz que tanto había anhelado.

—Debo decirle algo muy importante.

—A ver.

—Soy virgen.

Lo dijo con el rubor en las mejillas y con la sensación de que se burlarían de ella. Pensó que sería objeto de cuestionamientos o que la sacarían de allí como si fuera una leprosa.

La mujer la miró con atención y luego respondió:

—Bien, eso te coloca en una situación especial. Por tu físico, pensaba en incluirte entre los Betas y Alfas pero esto te llevará de inmediato entre los Alfas. Hay clientes que pagarían buena pasta por ti. Al final, saldrás ganando... Veamos, necesito que revises este contrato que te obliga a cedernos el 40% de las ganancias. Eso no incluye regalos ni nada extra que te quiera dar el cliente. Por otro lado, después que pierdas la virginidad, tendrás que asistir a una serie de controles para que verifiquemos que te encuentres bien. ¿Entendido?

—Vale... Pero, ¿cree que surgirá algún cliente?

—Querida, eres un caso excepcional. Por supuesto que sí. Mientras, te pondremos como dama de compañía. Existen muchos Alfas que vienen a la ciudad por negocios así que no está de más un poco de entretenimiento. Es sólo eso, compartir una cena y ya. Nada más. Ahora ver, iremos al médico que está aquí para que revise tu estado y te pongamos a trabajar de una vez.

El corazón de Magenta comenzó a latir con fuerza. Eso quería decir que estaba cerca de tener al menos un poco de esa tranquilidad en todo ese caos que era su vida. La sola posibilidad la hacía sonreír.

Después de una larga revisión con preguntas y respuestas incluidas, Magenta registró su teléfono en la agenda de Fausto.

—Tendrás que esperar a que llamemos para avisarte de tu primer trabajo. Es posible que sea esta misma noche o incluso mañana. No lo sé. De todas maneras mantente preparada. Estos trabajos son así, ¿vale?

—Vale, perfecto.

Salió de esa puerta roja y sintió que el mundo se había vuelto un poco más amable con ella. Miró hacia el cielo oscuro producto de los grandes rascacielos y pensó que, por primera vez en mucho tiempo, era capaz de sentirse como si estuviera en la cima.

Tal y como le habían dicho. Después de regresar a casa, tomar una cerveza y pasar el susto, no pasó demasiado tiempo para que ella recibiera la llamada de que pasarían buscando por ella en una hora.

Se fue a tomar un ducha rápida, y mientras estaba allí, pensaba en cómo podía arreglarse. De hecho, había pasado mucho tiempo en que ella había reflexionado en algo así. La costumbre de tener que andar por la vida despeinada, sudada y cansada, parecía una única visión de sí misma, por eso, no pensó en encontrarse en esa situación.

Salió de la ducha y se miró en el pequeño espejo que se encontraba sobre el lavamanos. Se miró el cabello húmedo y largo, las pequeñas bolsas debajo de los ojos, y la mirada triste y también asustada.

—No tengo por qué sentir miedo. He pasado mi vida en este tipo de situaciones. No sé qué me pasa.

Volvió a mirarse y comenzó a arreglarse lo más rápido posible. Un enterito negro, unas sandalias altas, los labios rojos y un corrector de ojos para quitar todo rastro de dolor y cansancio. Y ya estaba, perfecta, como si nada hubiera pasado. Estaba lista para emprender esa nueva etapa de su vida.

Después que la buscaran en un elegante coche, Magenta, más un grupo de chicas, llegaron a un elegante restaurante. Se acercaron a la mesa de los hombres más guapos que había visto y de inmediato captó la atención de quien era el líder de todos ellos. La sentó junto a su lado y la noche transcurrió entre risas y charlas banales.

—No te había visto antes. Es agradable encontrarse a una mujer hermosa pero también inteligente.

—El placer es mío. Creo que la tiene suerte aquí soy yo.

Hablaron durante toda la noche y, al final, Magenta se dio cuenta que la paga había sido increíblemente buena. Después de cancelar el porcentaje acordado, ella quedó con una suma de dinero que casi no podía creer. Era casi lo que hacía en un mes.

Poco a poco, ella se hizo un nombre dentro de la organización. Iba como dama de compañía y era considerada como una de las mujeres más cotizadas. De hecho, le iba tan bien que renunció al restaurante chino, a pesar de las

insistencias de su quejumbroso jefe.

Aunque se encontraba contenta con lo que estaba logrando se dio cuenta que para llegar al punto en donde quería llegar, tendría que convertirse en esclava particular de un Alfa. De esa manera, nadie se metería con ella y el dinero entraría de manera permanente. Pero, ¿cómo hacerlo?

—¿Exclusiva? Ay, querida, eso es casi como un unicornio. Una posibilidad remota.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan difícil eso?

—Verás, los Alfas nos usan como su entretenimiento y como les dé la gana. Eso está bien, eso ya lo internalizamos. Pero hay algo que no podemos olvidar ni tú, ni yo, ni cualquier mortal como nosotros. Los Alfas y los Omegas son incompatibles. Socialmente, sería como romper un paradigma.

—Sigo sin entender.

—A ver. Los Alfas se juntan con otros para mantener el poder y control de las ciudades—reinos. Forman alianzas y así garantizan su supervivencia. Es por ello que los ves casados o comprometidos con otras mujeres Alfas. Con tías poderosas que sólo les sirven para perpetuar ese legado después de la guerra. Se aferrarán a ello tanto como sea posible, te lo aseguro. Es más, es hasta preferible que seas exclusiva de un Beta. Menos problemas, menos traumas para los demás.

—Pero esa exclusividad no quiere decir nada más. Es una transacción que se presentaría por tiempo indefinido. No le veo el problema.

—Ni yo tampoco, querida. Pero eso es la verdad. Una mujer Alfa te vería como su amenaza y ella responderá de todas las maneras posibles.

De inmediato, ella recordó la vez que fue dejada en la calle por una mujer así, gracias a un malentendido.

—Se han presentado casos pero es algo no muy común. Irónicamente nuestra sociedad parece haber involucionado y nadie le molesta eso.

—¿Qué pasaría si llegase a ocurrir?

—Eso dependerá de tu cliente y tú. Esa relación podrá cambiar o no según los parámetros que se establezcan pero, por lo pronto, somos como muñecas en una vitrina, querida, para jugar y divertirse, para nada más.

La conversación con Fausto la dejó inquieta pero también con la determinación de que haría lo posible para cumplir su ambición.



III

—¿Qué ha pasado?

—Pues, nuestro adorado dios Alfa ha quedado oficialmente encargado de esta ciudad—reino y quiere hacer una fiesta para celebrarlo. Están pidiendo las mejores chicas y te he llamado a ti.

—Vaya, debe ser un evento muy importante.

—Claro que lo es, querida. ¿En qué mundo andas? Es esta noche. Sí, sí. Sé que es demasiado pronto pero es una figura muy importante. De hecho nos llamó dándonos órdenes explícitas que debíamos obedecerle. Sabes cómo es. Este mundo se maneja de esta manera.

Magenta estaba tratando de entender toda la situación.

—¿Qué debo hacer?

—Será como siempre. Te buscarán y te llevarán al sitio.

—¿Es en algún lugar cerca de aquí?

—Para nada, esa es la mejor parte. Es en el pleno corazón de los Alfas. El evento es tan importante que quieren hacerlo allá. De hecho sólo pienso en el escándalo que será pero así son las órdenes.

—No comprendo. Tenía entendido que nosotros teníamos prohibida la entrada allá...

—Y así es. Pero parece que este nuevo Alfa es un rompedor de reglas. En fin. Es mejor que vayas a prepararte porque es una fiesta importante. Debes ir lo mejor arreglada posible y esperar lo inesperado.

Magenta fue para su casa a reflexionar sobre lo que había hablado con Fausto. Se dejó caer de nuevo en ese sofá, con la mirada fija en el ventanal.

Como estaba lloviendo, podía ver los hilos de agua que se formaban en la superficie del vidrio. Respiraba con cierta intranquilidad porque se había decidido a hacer lo posible por atraer la atención de un Alfa y así consolidar su vida. No quería más imprevistos ni tropiezos, se las jugaría todas.

Se levantó lentamente y comenzó a quitarse la ropa hasta que entró en su pequeña habitación. Entró al baño, abrió las llaves y se duchó con agua caliente. Masajeó su cabello con suavidad y lavó su cuerpo con un jabón y aceites de jazmín. Quería que su piel tuviera un aroma irresistible.

Salió y comenzó a secarse para después abrir las puertas del clóset y

tratar de escoger las prendas que quería usar para esa noche. Encontró un vestido negro, largo, de escote profundo y con tiras finas. Iría muy bien con su tono de piel.

Después de ponérselo, comenzó a peinarse lentamente y a maquillarse. Delineado oscuro, labios rojos y sandalias de tacón alto. Como la noche estaba un poco fría, extrajo un saco de pelo sintético de color negro que la abrigaría lo suficiente.

Al mirarse al espejo, tuvo la impresión de que se veía extravagante y así quería lucir. Elegante pero extravagante. Tenía que aprovechar esa minúscula oportunidad para entrar a uno de los espacios más herméticos que existían.

Un coche negro pasó por ella y, al subir, se percató que estaban unas dos chicas más. Magenta pensó que Fausto no quería tampoco provocar demasiado la situación así que prefirió por no tentar al destino y enviar sólo a tres. Suficientes para que pasaran desapercibidas, menos para el Alfa importante.

Recorrieron las calles oscuras y sucias para que poco a poco cobraran un aspecto radicalmente diferente. La basura de las aceras, el asfalto comido por la contaminación, el ruido de la gente en la calle, fueron cosas que quedaron atrás. Cada metro que recorrían, dejaba atrás ese lugar para adentrarse a uno demasiado diferente.

Ni en sus más remotos sueños imaginó encontrarse con un lugar así. Lo limpio e impoluto era la norma. Césped verde, calles iluminadas, coches de lujo, casas hermosas y locales refinados, era como estar en otra dimensión.

Magenta veía por la ventana la belleza de los hombres y mujeres, incluso de las mascotas. Se quedó perpleja cuando miró a un perro Chihuahua en brazos de una mujer que lo “ayudaba” a beber agua con una pajilla. No lo podía creer.

Siguieron el recorrido hasta que se toparon con la presencia de una arquitectura imponente y hermosa. Los alrededores estaba iluminados y prácticamente en cada esquina, se encontraba un vigilante para prohibirla la entrada de indeseados. Por supuesto que eso correspondía a mera formalidad porque nadie podía pasar de los límites sin ser capturado.

Así vivía la parte más selecta de la sociedad. En una especie de burbuja pulida y hermosa en donde unos pocos podían pertenecer allí. Más que nunca, Magenta recordó el objetivo de encontrarse allí, tenía que trabajar duramente para llamar la atención de un hombre y poder convertirse en una

exclusiva. Costara lo que costara.

—Es aquí. Ya las están esperando.

Fue la voz del chófer que se encargó de despecharlas en la escalinata de ese enorme edificio.

—Cuando termine la fiesta, vendré por ustedes en este mismo punto.

Le dejó una pequeña pantalla para que se comunicaran con él o con Fausto por si hubiera problemas y las tres se bajaron. Magenta era líder y llevaba en sus manos un pequeño sobre con la invitación. Estaban allí por solicitud del Alfa para complacer sus deseos al igual que otros dos como él.

Ella, después de mostrar la invitación, la llevaron hacia el interior. De nuevo, se encontró con un escenario sorprendente y para alucinar.

Una enorme araña de cristal colgaba del alto techo. El reflejo de la luz hacía ver como si en el interior pareciera un cielo estrellado. Comenzaron a ver a los invitados moverse hacia el salón principal y siguieron a las personas para no perderse. Era un lugar de ensueño.

Las ubicaron en una mesa y se quedaron allí esperando como solían hacer en otras ocasiones. Magenta, mientras tanto, no paraba de mirar y de detallar a cada persona que estaba allí. Tenía que definir quién de esas personas se trataba de un tal Noah. El hombre que se había convertido oficialmente en el Alfa de la ciudad—reino.

De repente, las luces bajaron y la música cesó. Una voz grave comenzó a hacer eco entre la gente, hasta que por fin una luz blanca lo identificó.

—Buenas noches, amigos. Muchas gracias por asistir...

Magenta quedó impresionada. Nunca había escuchado una voz, ni había visto una presencia tan impactante como esa.

Él tío alto, moreno, de cabello negro y espeso, de mirada intensa y de postura segura, hablaba hacia el público como si tuviera un perfecto dominio de sí mismo. Se mostraba seguro e imponente, gracias a ello, Magenta entendió inmediatamente que se trataba del Alfa más importante.

Estando en el lugar en donde se encontraba, se tomó el tiempo para observarlo detalladamente. La forma de tomar el micrófono y la sonrisa suave y delicada para denotar que de alguna manera parecía estar contento. Hacía un movimiento peculiar en los hombros y mantenía la mirada fija en la gente que lo escuchaba atentamente. Era un espectáculo de hombre.

Ella, además, supo de inmediato que se trataba del tipo más importante

que se encontraba allí, así que debía hacer un esfuerzo por llamar su atención. Tenía que hacerlo suyo de cualquier manera.

Así pues, se acomodó mejor en la silla para comenzar a desplegar sus atributos de mujer sensual. Aprovechó el escote profundo para que sus pechos se asomaran mejor y cruzó las piernas para que se vieran lo largas y torneadas que eran. También acomodó su cabello con el fin de que se viera esa cascada oscura y espesa como un manto sensual.

—Así que quiero agradecerles su presencia. Espero contar con su ayuda y apoyo.

El lugar pareció casi reventar con los aplausos de la gente. Noah se quedó unos segundos sobre el escenario hasta que bajó unas escaleras que estaban cerca. Enseguida, tomó una copa de champaña que se bebió casi de un trago y atravesó parte del camino en donde tuvo que saludar a unas cuantas personas que estaban allí y quienes aprovecharon el momento para saludarlo y felicitarlo.

Noah se sentía como el hombre más poderoso del mundo. Él tenía ahora el control, por lo que los demás tendrían que limitarse a obedecerle sin chistar.

De lejos, visualizó la mesa y la compañía que ya estaba allí. Le pareció bien puesto que había llamado a esas mujeres para atender a unos invitados que estaban allí. Él sólo quería asegurarles que se divertirían de lo lindo.

Mientras iba caminando, se fijó en un par de piernas largas, un escote sensual y un cabello negro y largo que parecía brillar con luz propia. La mujer desconocida se limitó a sonreírle desde la distancia.

Magenta estaba segura que había captado su atención, sin embargo, él se acercó a una de las mujeres que estaban allí para hacerle unas cuantas preguntas al oído. Aunque pensó que no era nada bueno, supo que no podía rendirse, así que tenía que hacer lo posible para engancharlo hacia ella.

Noah volvió a desaparecer para regresar con un par de hombres un poco sonrientes y rojos por el alcohol.

—Chicas, gracias por venir tan prontamente. Ellos son unos buenos amigos míos, así que me gustaría que lo atendieran como se debe. Queremos que tengan una buena experiencia estando aquí.

Dijo eso sonriendo pero sin dejar de ver a esa morena que tenía la vista fija en él. Había algo en ella que le movía algo por dentro, pero sabía cómo eran las mujeres como ellas. Fatales y hermosas. Una mezcla de cuidado.

Al sentarse, oficialmente la noche había comenzado. El resto de las chicas comprendieron que debían trabajar y esforzarse por hacerlo bien, puesto que podía recibir comisiones interesantes. Sin embargo, Magenta estaba concentrada en Noah.

Ella se levantaba, se acercaba a él, le decía comentarios graciosos que realmente le gustaban y parecía interesada en lo que tenía que decir. Él trataba de seguir el juego aunque no quería volverse en un esclavo.

—¿Cómo te sientes en asumir un rol tan importante como este?

—La verdad es que ya estaba preparado para ello.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Pues, mi padre me enseñó de niño a cómo tenían que ser las cosas y cómo debían ser manejadas. Debes suponer que cualquier persona que se encuentre en esta posición, tiene que estar preparada en cualquier momento.

—¿No te pone nervioso tener tanto poder?

—Realmente no. Como te dije, ya estaba acostumbrado a esto. Sin embargo, esta situación sirve para recordarme que así como soy el Alfa también soy el Omega. Soy el principio y el fin de todo y de todos. Es una bendición y una maldición.

Esto último lo dijo como si prácticamente se hubiera sumido en un pensamiento profundo. Ella quiso preguntarle más al respecto, pero tuvo la sensación de que perdería la atención en lo verdaderamente importante.

—Imagino que es una gran responsabilidad, pero también debe tener su lado bueno. Cualquier mujer estaría encantada de estar acompañada por un hombre como tú. ¿No crees?

Noah sonrió casi para sí mismo. Era obvio que Magenta estaba acariciándole el ego pero también era cierto que por primera vez en mucho tiempo, se sentía diferente en una conversación. No era lo mismo hablar con otra Alfa. Ella era diferente.

En el transcurso de la noche, los dos conversaron largamente. Los invitados iban y venían, las compañeras de Magenta se encargaban de entretener a los otros hombres, el baile y la comida parecían no distraerlos en ningún momento.

Noah tenía que ser honesto consigo mismo. Si bien no estaba demasiado interesado en un principio, a pesar que sí se sintió atraído hacia ella desde que la vio, quiso saber más de ella. Sin embargo, sus nuevos deberes como líder

de la ciudad—reino, le obligaron a dejar ese asunto hasta allí.

—Debo irme. Tengo demasiadas cosas que hacer. Pero no te preocupes, creo que hiciste un gran esfuerzo por hacer que la pasara bien y eso ya es bastante. Llamaré para las busquen y las lleven. Por cierto...

Fue acercándose a ella poco a poco hasta la altura de su oído.

—Dile a Fausto que hizo una muy buena elección.

La miró por última vez antes de desaparecer entre la gente, dejando a Magenta una sensación agridulce.

Después que chófer la dejara frente al edificio, y tras subir los religiosos cinco pisos, Magenta llegó a casa con una mezcla de cansancio y ansiedad. De inmediato se quitó las sandalias altas para poder caminar descalza por el piso. Esa sensación agradable pareció reconfortarla un poco.

Luego de revisar que su pago se hubiera hecho efectivo, notó algo importante, el bien y poderoso señor Noah, le había dado un extra bastante sorprendente. Tanto, que la mirada de sorpresa de Magenta parecía una caricatura.

Finalmente, llevó su cuerpo para sentarse en el mismo lugar de siempre, en ese sofá frente al ventanal, para ver el caos y el desastre que de alguna manera le servían de compañía. Se quedó quieta por un tiempo, respirando con tranquilidad y pensando qué pasaría si establecía una relación con él.

Se imaginó a sí misma trabajando como siempre pero ahorrando lo más que podía. Cuidando cada gasto hasta poder dar con la cantidad suficiente para poder irse de ese odioso lugar.

La idea de escapar se le vino a la cabeza de manera reciente. Aunque no formaba parte de sus planes iniciales, quizás con el dinero suficiente podría hacer una vida en otro lugar como una mujer libre. Quizás existía la posibilidad de no tener por qué preocuparse por qué comer o cómo sobrevivir. Quizás no estaba tan mal soñar un poco.

Cerró los ojos y pensó en Noah con todas sus fuerzas. Pensó en que quería cumplir con su objetivo y estar con él.

—Lo voy a lograr. Claro que sí.



IV

Era un día como cualquier otro. Noah se encontraba en su escritorio, concentrado en los problemas de la ciudad—reino con el fin de mantener todo el orden. Mientras estaba allí, a veces se despejaba un poco mirando hacia el exterior.

El cielo estaba despejado y con el sol más brillante que nunca. Cuando colocó su vista hacia abajo, notó que todo lo que había allí era oscuridad. Recordó las veces que caminó por esas calles para esconderse y poder satisfacer sus instintos más oscuros. De alguna manera, extrañaba ese estilo de vida, extrañaba tener un lugar en donde podía hacer todas esas cosas sin que fuera a sufrir algún tipo de juicio.

La idea no se la pudo sacar de la mente. Le rondó por horas y horas. De repente, pensó en aquella chica de cabello largo y negro. Recordó la sensualidad de sus piernas y la forma suave y agradable que tenía en su hablar.

Además, también se sintió atraído por esas sensaciones que le despertaba. Como no era una persona que analizara mucho las cosas, pensó que sería buena idea encontrarse con ella. Total, se trataba de un cliente frecuente a esas alturas.

—¿Sí?

—Hola, Fausto.

—Hola, querido. Cuéntame. ¿Qué se te apetece esta vez?

—Vaya, parece que conoces bien mis hábitos.

—Esa es mi responsabilidad, querido. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Hace unas noches enviaste a tres chicas para la reunión que te comenté. Hubo una que me llamó la atención. Es morena y de cabello largo y negro. Tiene los ojos oscuros también.

—¡Ah! Ya sé, ya sé. Vale, cómo no. ¿La buscas como dama de compañía?

—No lo tengo muy seguro, eso creo que dependerá de cómo surjan las cosas.

—Mmm. Ya veo. Te comento porque hay un detalle muy importante sobre ella. Resulta que es virgen, y como comprenderás, eso hace que aumente su valor, si sabes a lo que me refiero.

—Por supuesto, pero creo que ya nos conocemos bastante bien para que sepas que el dinero no es un problema.

Fausto se quedó callada, sobre todo porque sabía que lo que él estaba diciendo era verdad. Respiró profundo y continuó.

—Vale, perfecto, tienes razón. ¿Para cuándo la necesitas?

—Esta noche.

—Bien, ¿hora?

—Creo que a las 9 está bien. Pero eso sí, yo la iré a buscar.

—¿Estás seguro? Este lado de la ciudad no es tan amable como el lugar de donde provienes, querido.

—Sí, estoy seguro. Como buen Alfa no ha sido mi primera vez.

—Vale entonces arreglaré todo para que se encuentren.

—Gracias.

Colgó la bocina y se quedó pensativo por un rato. Luego, su mente comenzó a ir a mil por hora. Imaginó tener a esa mujer en todos los escenarios posibles. La sola idea de que la tendría entre sus brazos, le produjo una especie de descontrol dentro de sí. Se relamió la boca y se la mordió después. Como si se tratase de una bestia dormida, poco a poco sus ansias de estar con ella, pareció que estaban a punto de tomar posesión de su cuerpo.

Así pues, decidió calmar las aguas y aprovechó para recostarse sobre el asiento. Cerró los ojos y decidió que trataría de conocer un poco más sobre esa mujer que por fin le había llamado la atención.

—Tienes una cita importante hoy, querida, con el Alfa más importante, como sabrás suponer.

—¿En serio?

—Sí. No me dejó claro aún el tipo de relación que quería realizar pero le he dejado claro todo para que nos manejemos con la mayor honestidad posible.

—Vale, entiendo.

—Pasaré por ti en la noche. Ya le he dado tu dirección, así que tienes que encargarte de estar atenta cuando pase por ti. No le gusta la impuntualidad.

—Entendido.

—Bien, querida. Espero que las cosas salgan bien.

Luego de escuchar esa noticia, Magenta sintió que por fin las cosas

comenzaban a tener sentido y dirección. Si bien tenía por delante un gran trabajo por hacer, también tenía sabía que ese era su boleto dorado para hacer lo que quería hacer con su vida. Así pues, se levantó con determinación de arreglarse y verse lo mejor posible para él.

Fue hacia la ducha y preparó sus aceites y cremas como solía hacer cuando le tocaba trabajar, preparó la ropa sobre la cama y se dispuso a bañarse delicadamente. Mientras, pensaba en las palabras y acciones que haría. Un hombre como ese le gustaba el poder, así que ella tenía que dejarle a entender que lo tenía por sobre todas las cosas.

Dedicó sus pensamientos a él, en pensar en las cosas que podrían funcionar para tenerlo finalmente tenerlo entre sus redes. Salió de allí, sintiéndose como una diosa, preparándose para una cita importante.

Se puso un vestido azul oscuro, se hizo una trenza que se colocó de lado y volvió a maquillarse al cubrir los labios con una pintura roja oscura. Luego se echó para atrás y se miró en el espejo con cierto orgullo. Estaba contenta con el resultado final.

Cuando se dio cuenta de la hora, se percató que no faltaba demasiado tiempo para encontrarse con él. Se levantó y buscó fue hacia la pequeña sala para esperar.

La primera vez que le tocó afrontar una situación como esa, sentía que los nervios le nacían en la boca del estómago. Sin embargo, con el paso del tiempo, se había calmado la situación porque poco a poco había ganado confianza en sí misma y en las cosas que tenía que hacer.

Pero esta situación era especial, era probable que dejaría su posición de ser dama de compañía y dejar su virginidad. Quizás eso era lo que daba miedo.

Luego se espabiló pensando que ese era el estilo de vida que había escogido para sí misma, por lo que no tenía por qué arrepentirse. Fue su elección y, como tal, tenía que seguir hasta el final.

Cuando comenzó a sentirse mejor, escuchó el aviso que le había enviado Fausto.

“El cliente está cerca”.

Magenta respiró profundo y se tomó unos segundos antes de bajar.

Comenzó a descender los oscuros y húmedos escalones para darse cuenta que su nerviosismo no hacía otra cosa que incrementar. El corazón le latía con fuerza, su pecho era un grupo de caballos que galopaban a todo dar. Esa

noche tendría mucho sentido para ella.

La luz de un poste que se encontraba cerca, la iluminó por completo haciéndola ver casi como una figura fuera de este mundo. O al menos así pensó Noah, quien la vio desde la distancia.

Estaba tan arreglada y espléndida como siempre, como tiene que esperarse de mujeres como ella. Sin embargo, se dio cuenta que tenía algo diferente en la mirada. No lo pudo identificar de inmediato, pero le hizo sentir que era similar al miedo. Sonrió en la oscuridad.

Salió del coche con un abrigo en sus manos. Hacía frío y más entre esas calles siempre oscuras y siempre heladas. Por un momento se preguntó cómo una persona era capaz de vivir de esa manera.

Alejó ese pensamiento de su cabeza mientras caminaba hacia ella. El color azul de su vestido iba muy bien con su piel morena. La trenza larga, los labios rojos y esa actitud de mujer segura, también le gustó. Incluso, se sintió un poco extraño al darse cuenta que ella ciertamente le había producido algo dentro de sí.

—¡Hola! ¿Es para mí?

—Sí, supuse que haría un poco de frío así, así que pensé que no estaría mal ayudarte con eso.

—Vaya, qué amable. Muchas gracias.

Le colocó el abrigo delicadamente y con gesto dulce y poco invasivo. Era notable que él sabía cómo tratar a una mujer. Al menos así.

También le abrió la puerta del coche para que ella subiera en este y él haría lo mismo poco después.

—Tengo pensado que es buena idea que vayamos a comer. ¿Qué te parece?

—Pues, estupendo.

El nerviosismo todavía estaba dentro de ella a pesar que ya había pasado el primer encuentro. No se cansaba de decirse a sí misma que estaba exagerando, ya que era algo que ya había hecho antes.

—Esto debe resultarte muy diferente al lugar en donde vives.

—Sin duda. Tú misma lo has visto. Pero, si me permites una confesión, ya he estado por aquí.

—¿En serio?

Él tomó un atajo para llegar más rápido a su destino. En ese momento,

las calles estaba vacías, más de lo común.

—Sí, solía venir para aquí cuando era más joven. Sí, sí. Era toda una trasgresión sobre todo porque es algo que no es común. Pero me gusta romper las reglas de vez en cuando.

—¿No es un poco arriesgado decir eso siendo la persona que eres?

—¿Qué quieres decir?

—Pues, prácticamente eres nuestro líder y supongo que se esperan muchas cosas de ti. ¿O no?

—Claro que sí. Pero también soy un ser humano y me gusta divertirme.

Se lo dijo mirándola a la cara, haciendo énfasis en que era un hombre descarado que le daba muy igual la opinión de los demás.

—... La verdad es que no me importa mucho lo que piensen de mí. La vida es demasiado corta para ello y todo lo que nos ha pasado como humanidad, confirma lo que digo.

Ella se quedó callada puesto que supuso que ese tema podría resultar particularmente sensible para él. Así que se quedaron en silencio hasta que entraron por fin a tierras Alfas. La verdad es que Magenta no podía creer lo diferente de ese lugar con el resto de la ciudad—reino.

Cuando pensó que no llegarían, él bajó la velocidad hasta que entró en una especie de aparcamiento subterráneo de un alto edificio. Apenas apagó el coche, un par de valets se acercaron para encargarse de la logística. Todo era cuestión de lujo y atención de primera.

—¿Vamos?

Él le extendió su mano y la tomó con fuerza. Magenta se sintió como esas chicas de colegio que exhiben a sus novios de manos sudadas. Sonrió tratando de disimular un poco la situación que le causaba gracia.

De inmediato, subieron a un elevador tan claro y brillante como si estuviera en pleno día. Todo alrededor estaba recubierto de un material metálico pulido y reflectante. Ella sintió curiosidad puesto que era algo que casi nunca se veía en las calles de los Omegas.

Luego de unos segundos, las puertas se abrieron. Se encontraron con un gran restaurante con vista a la ciudad. Magenta se quedó sorprendida por la elegancia que había en el lugar. Se encontró aliviada por haberse arreglado lo suficiente como para estar a tono con ese sitio.

Noah se adelantó un poco para que la gente supiera quién era. En ese

momento, ella se percató que la gente comenzó a mostrar respeto por él y que gracias a ello, no tardaron demasiado tiempo en ser ubicados en la mejor mesa del lugar.

Cuando por fin se acomodaron, y cuando ella pudo salir del ensimismamiento que le produjo encontrarse en el punto más alto del edificio, sintió la necesidad de hablar con él.

—¿Esto no te traerá problemas?

—¿Por qué debería?

—Como te dije. Eres una persona importante y...

—Te lo pondré de esta manera. Soy la persona más importante que conocerás. A la gente no le debe de importar con quién estoy porque ese no es su problema. Lo único que deben hacer es demostrarme respeto y obediencia. Porque cada uno ha nacido para esto. Ha nacido para servirme.

—¿Incluso yo? ¿Yo he nacido para servirte?

—Claro que sí. Que eso no te quepa duda. Por eso estás aquí, para hacerlo.

Cualquier persona podría haberse ofendido por ello, pero Magenta no. Ella lo interpretó como una señal de que era su oportunidad para acercarse a él, para hacer que las cosas cayeran por su propio peso.

—Eso hay que verlo, sobre todo, porque no me has dado a entender que eso tenga que ser así. Tienes que apoyar tus palabras con acciones, eso creo que es lo más correcto.

Noah de inmediato cobró una posición más defensiva. No le gustaba que cuestionaran su poder o liderazgo, pero luego de ver la expresión de ella, comprendió que todo formaba parte de una dinámica.

—Claro que sí te lo demostraré...

Comenzaron a comer como si toda la conversación anterior hubiera quedado en un segundo plano. Mientras, Magenta se concentraría en el plato de langosta, fideos finos y caviar que tenía en frente.

Apenas probó bocado, sintió que así debía saber lo sublime. La combinación de sabores, más la vista y la compañía, le dieron una probada de lo que sería vivir así. Y aunque aquello era innegablemente tentador, no podía evitar pensar que irse muy lejos también le permitiría tener las riendas de su vida.

Estaba pensando en todas las cosas que quería hacer cuando una voz hizo

eco poco a poco, era él que la estaba llamando por su nombre.

—¿Estás bien?

—¿Eh?, sí, sí. Sólo me distraje un momento. La comida está tan deliciosa que perdí toda noción de la realidad. ¿Qué decías?

—Te preguntaba por tu nombre. Es bastante curioso. ¿Es un apodo?

—No. Es mi verdadero nombre. Me lo pusieron porque tengo una marca de nacimiento en una de mis piernas que tiene una coloración rosácea. Supuestamente era algo único en mi familia pero no sé más.

Noah se quedó callado, sobre todo porque recordó que lo que más le gustó de ella, fueron esas piernas largas y torneadas. Fue por ello que estando allí, comenzó a fantasear con la idea de tocarlas, de acariciarlas lentamente y tenerlas sobre sus hombros mientras estaba dentro de ella.

En ese momento cuando sintió que su imaginación iba tomando más y más vuelo, recordó las palabras de Fausto. Esa chica era virgen, así que si iba a estar con ella, tendría que tomarse el tiempo y la paciencia para cuando estuvieran juntos.

Luego, concentró su mirada en ella. Tenía los ojos fijos en detallar cada aspecto de su cuerpo, incluyendo la forma de hablar. A pesar de ser una Omega, una persona vista como lo peor de lo peor, era una mujer hermosa e instruida.

Si bien al principio no le prestó demasiada atención, luego se percató que estaba sumamente atraído hacia ella. Entonces, como no quiso perder más el tiempo, pidió la cuenta.

—¿Nos vamos?

El fulgor de los ojos negros de Noah fue suficiente información para ella. Se dio cuenta de que estaba muy cerca de vivir un momento que podría cambiar su vida por completo.

Así pues, asintió levemente y se despidió de ese mundillo maravilloso en donde pudo disfrutar por unos momentos el formar parte de un grupo exclusivo.

El elevador de nuevo los llegó al piso inferior en donde se encontraba el coche de él. Caminaron en silencio hasta que se subieron con la misma actitud ecuánime. Sin embargo, internamente, Noah ya no podía más. Estaba sintiendo la urgencia de tenerla, de poseerla, así que no quiso aguantar más tiempo y le tomó el rostro con ambas manos.

—¿Sabes? Pasé mucho tiempo en mi vida esperando a sentir algo que realmente me resultara fascinante o al menos llamativo. No tienes idea que estar en una situación como la mía, también te hace esclavo de la imagen y de las pretensiones. Pensé que no sería capaz de sentir de nuevo algo remotamente cercano a lo que esto sintiendo ahora. No quiero racionalizar más, no quiero pensarlo más, quiero vivirlo... Y quiero que tú lo vivas.

Ella no pareció entender y justo cuando quería comprender, sintió los labios suaves de Noah sobre los suyos. En el transcurso de los segundos, él se aseguraba de tomarle por la cintura y de envolverla con su aliento cálido.

Aquella chispa de timidez que fue capaz de percibir al darse ese primer contacto, poco a poco se diluyó para que emergiera por completo el deseo que sentía él por ella. Por otro lado, Magenta, quien trató de tener cierto grado de racionalidad en todo proceso, no pudo evitar caer en ese vértice intenso y maravilloso que él le hacía sentir.

Por supuesto, ya antes había tenido contacto físico con otros hombres, sabía lo que representaba el deseo y cómo se manifestaba la lujuria. Se había sentido emocionada, vibrante, pero nada cercano a eso que estaba viviendo. Era como si su espíritu y su mente estuvieran perfectamente sincronizados, pero también concentrados en las sensaciones. Ya no pensaba, ahora era un ser más animal, más visceral.

Dejó de comportarse como dama de compañía para volverse más voraz junto a él. Se sentía satisfecha, plena, como si el techo y el suelo hubieran perdido consistencia. Adoraba cada vez más el sentir la piel rasposa de su rostro, rozando contra el suyo. El ligero sonido de su respiración agitada y el juego alocado de sus lenguas entrelazándose.

—Ya no puedo más...

Alcanzó a decir él entre unos jadeos.

—Yo tampoco. —Agregó ella, en medio del delirio.

—¿Qué tal si nos largamos de aquí y vamos a un lugar un poco más íntimo?

Apenas con algunas fuerzas, Magenta asintió. Apenas lo hizo, él colocó una de sus manos sobre el volante y la otra sobre la palanca de velocidades. El pie fue directo al acelerador y el coche pareció flotar sobre el suelo.

Ella, mientras, se encontraba pensativa. No porque estaba nerviosa, ya no lo estaba. Su cuerpo le decía que debía dejarse ir para dejar los rodeos. Era como si estuviera esperando por un momento como ese.

Más bien su cabeza estaba despejada, salvo por el hecho que no paraba de sentir que su coño latía con fuerza. Y no sólo eso, también parecía que estaba humedeciéndose cada vez más. Su entrepierna era un caudal sin freno que estaba a merced de ese hombre.

Por el tiempo que estuvo en el coche, olvidó por completo la belleza y esplendor de ese lugar, estaba concentrada en su cuerpo y en ese deseo que se manifestaba en cada centímetro de su piel.

Noah, por su parte, como si estuviera poseído por una fuerza mucho más intensa, iba manejando por las calles tranquilas de los Alfas hasta encontrarse con la vía que lo llevaría hasta su casa.

Dobló con cierta rapidez y comenzó a ascender poco a poco hasta que se encontraron rodeados de altos edificios. Él no decía palabra, pensó que no era necesario decir algo más puesto que ya todo estaba dicho. Así pues, siguió manejando con cierta calma, hasta que por fin se introdujo en una rampa y descendió hasta llegar a un aparcamiento tan lujoso como de aquel restaurante.

El estilo elegante y pulcro parecía ser una constante en ese mundo. Por más que lo evitara, Magenta no podía resistirse ante esa belleza. ¿La razón? Se había acostumbrado a vivir hacinada y rodeada de caos, todo aquello que le resultara levemente diferente era como el paraíso.

Después de distraerse por unos minutos, sintió la mano de Noah rodeándola por la cintura. La tomó con tal fuerza que ella casi quedó frente a su rostro en un dos por tres. La guió hasta uno de los elevadores y ambos se introdujeron allí.

Él marcó el último piso y subieron rápidamente. Después, las puertas se abrieron y Magenta pasó a lo que era el piso de Noah. Se quedó impresionada con la forma de domo del techo. Por su fuera poco, este estaba cubierto de ventanas que dejaban pasar la luz de la luna. Por un momento, se imaginó lo hermoso que se vería de día.

Avanzó hasta quedar en el medio de la sala. Cerró los ojos y se dejó bañar por esa iluminación natural. Disfrutó esos momentos de paz porque había pasado demasiado tiempo sin que eso sucediera.

Noah comprendió un poco más el tipo de persona que era ella, pudo suponer la dureza del entorno y las dificultades que pudo haber tenido a medida que crecía. Por eso se quedó allí, mirándola, sin querer perturbarla de su paz.

—Bien, ¿qué te parece?

—Es precioso, nunca había visto un lugar así. Se puede ver el cielo, es increíble.

Él sonrió ligeramente y después la tomó entre sus brazos. Se acercó desde tras, por lo que Magenta sintió enseguida la fuerza y el deseo en él.

—No pensé que volvería a desear a alguien como te deseo ahora. Me siento como un tonto, como un adolescente.

—No tienes por qué sentirte como un tonto...

—Lo sé, pero es algo que me extraña y me causa gracia.

Apenas terminó de hablar, la giro para que ambos quedaran de frente. Él le sostuvo el rostro con ambas manos y luego la besó. A diferencia de la primera vez, fue mucho más intenso, más apasionado.

Como si se tratara de un cuento de hadas, ella estaba allí, con el hombre más guapo y poderoso del mundo, siendo deseada por él, en un lugar de ensueño. Parecía una fantasía que podría terminar pronto, por lo que se concentró en perpetuarla tanto como podía.

Las manos inquietas de él, comenzaron a acariciarla lentamente. Desde la cintura, pasando por la espalda y bordeando sus caderas con suavidad. Sintió la carne y también parte del nerviosismo que se desprendía de ella.

Sus labios bajaron y se quedaron anclados en el cuello. Magenta, aún con los ojos cerrados, sintió que su cuerpo era canal de una energía mucho más grande que ella. Sintió que tenía la capacidad de recibir y de transmitir el frío o el calor en todas sus formas posibles.

Nunca se sintió tan viva como en ese momento, nunca se sintió que fuera capaz de experimentar todo aquello al menos una vez. Imaginó que se trataba de una serie de habladurías, de inventos, pero no. Era todo lo contrario.

De repente sus planes de conquista parecían que estaban cambiando a medida que él la tomaba a su antojo. De un momento a otro, Noah la cargó entre sus brazos y la llevó hacia unas escaleras, al costado de una pared.

Subió los escalones con cuidado para no perturbarla. Finalmente, llegó a una amplia y abierta habitación. Hermosa, imponente y también minimalista. Sobre la cama, el mismo domo brillante. Gracias a que se encontraban allí, Magenta casi sintió que podía tomar una de las estrellas con todo alzar las manos.

Noah se encontraba ocupado con el afán de quitarle el vestido y todo

aquello que pudiera impedirle estar cerca de ella. Deshizo cada capa y cada obstáculo para finalmente verla desnuda y en todo su esplendor.

Su piel resultó ser mucho más hermosa y delicada de lo que había pensado. Tenía ese tono de piel moreno y oliváceo que la hacía ver como una diosa de una tierra caliente. El cabello, aún sostenido por la trenza, caía a un lado de su cuello para enmarcarle el bello rostro. Sus piernas largas y torneadas servían para marcar el recorrido hasta su coño y sus pequeñas caderas.

Cuando pensó que no podía más, dio un último vistazo a su rostro. Tenía los párpados un poco cerrados y las mejillas encendidas. Estaba excitada, tan excitada que no sabía si realmente su cuerpo estaba allí.

Entonces, como si fuera un animal hambriento, se acercó a ella y procedió a besarle desde la boca hasta la punta de los pies. Al momento de llegar hasta su pelvis, sintió cómo ella se había estremecido un poco, sobre todo cuando sintió la respiración lenta y pausada de él en ese lugar.

... Pero no se detuvo. Continuó hasta las piernas y sus manos se anclaron en sus muslos con fuerza. Magenta, quien ya encontraba en un punto intenso en el medio de su excitación, pensó que no podía más.

Entonces, él volvió a concentrarse en ella y en su bello rostro. La besó aún más, mucho más, para que se diera cuenta que no había momento que desperdiciaría. Aprovecharía cada momento para hacerle saber que la deseaba más que nunca.

Mientras estaba sobre ella, Magenta comenzó a quitarle el saco y el parte de la ropa que tenía. Ansiaba verlo desnudo. Esto, por supuesto, fue como echar gasolina al fuego. Aceleró las cosas de un modo tal que no hubo tiempo siquiera de pensar en algo más.

Poco a poco, el cuerpo de Noah quedaba al descubierto. Su piel morena y ardiente, los músculos tallados como él fuera una escultura. Sus piernas, brazos, pecho y hombros eran fuertes, macizos. Por si fuera poco, pareció que luego de haber quedado desnudo hubiera potenciado más sus caricias y besos.

En ese punto, Magenta supo que ya no había vuelto atrás. Su virginidad, esa prenda que había sido utilizada para mercadearse, estaba a punto de perderse. Pero eso no quería decir que tenía miedo, todo lo contrario. Su mente no paraba de decirle que esa era la decisión que debía tomar, así tenían que ser las cosas.

Siguieron besándose apasionadamente hasta que él se detuvo. De hecho,

fue tan de repente que Magenta pensó que algo había pasado. Pero no fue así, él sólo pensó que podía hacer una cosa mucho más interesante que podría subir la temperatura en cuestión de minutos.

Regresó a la pelvis de Magenta con el objetivo de chuparle cada parte de su sexo con todo el desenfreno que podía. Así pues, separó sus piernas con decisión ante la mirada expectante de ella.

Sus manos fueron a parar de nuevo a sus muslos para luego encargarse de hacer una de las cosas que más le gustaba hacer. Antes de hacerlo, la miró como un depredador y luego sacó su lengua para dejarla sobre el clítoris de ella.

Ese primer contacto, esa primera sensación fue suficiente para hacerla despegar en cuestión de segundos. Se sostuvo de la cama y cerró los ojos, su boca, como si tuviera voluntad propia, se abrió para dejar escapar una serie de gemidos y gritos intensos. En medio de todo, su cuerpo era iluminado por ese cielo despejado, mientras era adorado por la boca de ese hombre.

Luego de acariciarle ese punto hinchado y rojo de placer, Noah se dedicó a besar con fuerza cada parte de esa vulva deliciosa para devorarla como quería hacerlo, como pensaba que se debía hacer.

Abrió más la boca y se afincó con fuerza mientras sentía los muslos de ella temblar. Se aferraba más, la quería más contra sí. Era increíble, era delicioso.

Su lengua se paseó entre sus labios, el clítoris y la entrada de su coño. Estaba tan húmeda y tan caliente, era delicioso no sólo verla, sino también saborearla. Sus jugos empapaban su rostro y los dedos que estaban allí para abrirla más.

En esa habitación sólo convivían los gemidos y gritos de Magenta, más el sonido de la lengua y de la boca de Noah quien se encargaba de darle más y más placer... Y claro que quería seguir.

A pesar de sus deseos, de esa ansiedad de seguir en esa misma posición, tanto su mente como su cuerpo le insistieron en cambiar las cosas. Era momento de hacerla suya de una vez por todas.

Así pues, se incorporó lentamente. Relamió sus labios con el fin de recoger los últimos restos de fluidos que quedaban en sus labios, y luego la miró fijamente. Ella estaba sudada y agitada como una diosa. Esa imagen sólo le dio mucho más morbo de lo que había pensado.

Casi de manera inconsciente, estiró su brazo y colocó su mano sobre el

cuello de ella, sujetándolo con cierta fuerza. Ambos hicieron contacto visual mientras estaba pasando todo aquello. Noah estaba en plena situación mental como Dominante y Magenta comprendió que su misión era satisfacerle tanto como pudiera. Quería también darle una parte, al menos, de ese placer que él le había dado a ella.

Así pues, él volvió a acercarse y acomodarse mejor. Ella mantuvo las piernas abiertas y lo esperó ansiosamente. Con lentitud, el pene de él comenzó a empalmarse con el coño de ella. Primero su glande, latiente, grande y húmedo.

Magenta gimió un poco y él llevó su boca hacia su oído:

—Puedo parar si quieres...

—No, no quiero.

—Bien, porque no tienes idea de las ganas que tengo de que seas mía. Muero por que lo seas.

Justo cuando terminó esas palabras, empujó su verga venosa cada vez más, entre los gemidos y gritos de Magenta.

Ella se apresuró en sostenerse de los brazos de él, mientras Noah seguía adentrándose en esas carnes calientes y estrechas.

Sí, era un conjunto de sensaciones inexplicables. Era una mezcla de dolor y placer que ella no podía entender. Tampoco quería. Sentía que su piel se desgarraba y se partía en mil pedazos. También experimentaba esa sensación de que quería más, deseaba tener más de él.

Noah hizo el intento de hacerlo con calma y pausa a pesar que era una prueba para la fiereza que estaba dentro de él, esa misma que le pedía contundencia y agresividad. Pero no, también había placer en una situación así y sabía muy bien que si no se controlaba, iba a correrse antes de tiempo.

Así que se calmó, se dijo a sí mismo que debía tener autocontrol porque así disfrutaría más las cosas. Siguió empujando cada vez más hasta que sintió que toda la virginidad de ella había cedido por completo. Ahora era suya. Ahora era su mujer.

Permaneció allí por unos minutos, quieto y en pausa, sobre todo para darle tiempo a ella para que se acostumbrara a las sensaciones. El dolor comenzó cesar, dando paso a lo verdaderamente importante. El placer que pareció embargarla por completo.

Con ello, el movimiento de pelvis de Noah que fue de lento a rápido,

pero sin dejar de tenerlo o de empujarlo hasta el fondo. Lo hacía para hacerla gritar y también porque adoraba sentir su pene envuelto en las carnes calientes y húmedas de Magenta. Se sentía tan bien, tan increíblemente bien.

Poco a poco aumentó el ritmo y la velocidad. Se apoyó de la cama para cobrar más impulso, al mismo tiempo que sentía las uñas de ellas enterrándose en su piel. También experimentó el dolor pero era algo que le gustaba sentir. No había duda de eso.

Continuó moviéndose hasta que sólo se escuchó el sonido del impacto de la pelvis de Noah contra la de ella. El choque de sus cuerpos era intenso, maravilloso y mágico. Para Magenta, cada embestida la empujaba más hacia un mundo increíble y desconocido.

Siguieron juntos, entrelazados entre sí, hasta que él la tomó por la cintura con fuerza y cambiaron de posición. Esta vez, ella estaba sobre él, mientras que Noah la sostenía del mismo sitio para hacerle entender que lo tenía que hacer era montarlo.

Magenta se encontró un poco dubitativa, sobre todo, porque era la primera vez que tenía que enfrentarse a algo así. No quería decepcionarlo por su inexperiencia, pero luego recordó que, hasta ese momento, había hecho lo que su cuerpo y mente le habían dicho. Hizo que su propia naturaleza le llevara hasta ese punto. Entonces, ¿qué podía salir mal?

Comprendió que podría hacerlo bien si separaba un poco las piernas para tener más apoyo sobre la cama. Así pues, al encontrarse lista, dejó que tanto su cintura como su cadera, comenzaran a moverse descontroladamente.

Primero lo hizo suave, pero luego, muy poco después, se percató que sabía cómo hacerlo por lo que sus movimientos suaves y sensuales, se volvieron más intensos y fogosos. Incluso, gracias a ello, tomó su larga trenza para deshacerla por completo.

Dejó libre su cabello el cual cayó sobre sus hombros como una cascada espesa y negra. Se veía tan bella, tan roja y tan excitada que Noah pensó que si seguía moviéndose así, no le quedaría más remedio que correrse dentro de ella.

Mientras Magenta le daba placer encima, él se dio cuenta de aquella marca de nacimiento del que ella había hablado más temprano en la cena. No era muy grande y no tenía forma pero sí se veía esa pigmentación fucsia. Al verla, la tomó con fuerza y hasta quiso morderla, pero no pudo, se convirtió en preso de esas piernas y de ese coño que lo estaba llevando hacia la locura.

Después de un rato en esa misma posición, Noah quiso volver a tener el control por lo que repitió lo que hizo un rato antes. Volvió a tomarla de la cintura y la dejó sobre la cama con esa expresión de sorpresa. Le gustaba saber que dentro de todo, podía ser impredecible para los demás.

Le abrió las piernas casi de par en par y se reclinó sobre ellas para besarlas y morderlas. Acarició la mancha rosada y paseó su lengua por sus muslos y pantorrillas. Quería que su boca la marcara por completo, quería recorrer cada centímetro sin dejar nada atrás. Ansiaba devorarla.

Ese mismo ímpetu lo llevó a comer un poco más de ese coño. Apenas puso la boca allí, sintió las suaves caricias de las manos de Magenta sobre su cabello. Era un gesto suave y delicado, en contraste con las chupadas casi violentas que él le hacía a ella.

Hizo una última mordida en el clítoris cuando por fin se acomodó sobre la cama y la tomó otra vez por el cuello.

—Que te quede claro que eres mía. Desde este momento me perteneces y haré contigo lo que me plazca. ¿Entendiste?

Ella quiso responder pero no pudo. Estaba tan privada por la excitación que apenas pudo asentir. Noah había logrado lo que quería. Hizo que ella fuera incapaz de hacer algo para responderle. Sin embargo, aunque le excitó mucho más eso, se acercó a ella para decirle al oído.

—Tienes que empezar a tratarme de señor. Porque eso soy para ti. Soy tu señor, soy tu dueño y ahora me pertenecer.

—Sí... Sí... Señor.

—Muy bien.

Retiró la mano del cuello para darle una ligera bofetada. Luego, cuando ya no pudo más, se concentró de nuevo en el coño caliente y húmedo que lo esperaba. Lo acarició un poco con uno de sus dedos y por fin, asomó su gran glándula para penetrarla de nuevo.

Magenta estaba en otro plano, en otra dimensión. No pensó que el sexo pudiera ser de esa manera. Tan delicioso y tan intenso. Además, estaba prendada con la verga de Noah. Grande, gruesa, venosa. Con el glándula siempre húmedo y con el cuerpo delicioso que servía para demostrarle que era esclava de él.

Siguió moviéndose hasta que sintió que estaba a punto de pasar lo que tenía que pasar. Quería descargarse sobre su torso pero quería también que ella experimentara el poder que producía tener un orgasmo. Así que siguió

empujándose, clavándose pero con la diferencia de uno de sus dedos fue directo a su clítoris. Sabía que aquello la estimularía lo suficiente como para provocarle una serie de espasmos violentos y también la excitaría aún más.

Magenta no sabía que era posible sentir lo que estaba sintiendo. ¿El cuerpo estaba preparado para algo así? ¿Era posible? Pues, de serlo era así porque en ese momento se encontraba en un torbellino de sensaciones. El hombre que estaba con ella la estaba torturando pero también dándole el máximo placer posible.

Era una mezcla de tantas cosas que pensó que no había forma alguna para describir lo que estaba sucediendo. Tampoco quería. Sólo le quedó estar allí, sobre esa cama que le sirvió como apoyo y como certeza de lo que estaba viviendo, lo único que le recordó que todo lo que estaba pasando era verdad. De resto, dejó que su espíritu flotara por los aires lentamente como una pompa de jabón.

De repente, todo se volvió oscuridad y especie de descarga intensa comenzó a recorrerle gran parte del cuerpo. Primero desde la boca del estómago y después al resto de sus extremidades.

Quiso hablar pero no pudo, tanto su garganta como sus labios, estaban soldados por el deseo y por el éxtasis. Sin embargo, para Noah, todo aquello resultó ser información suficiente. Un poco más, sólo un poco más para que se diera cuenta que llevarla hacia el mejor lugar del mundo.

De un grito intenso y poderoso, Magenta manifestó su intenso orgasmo. Sus dedos se aferraron en las sábanas mientras su hombre todavía estaba dentro de ella. Al final, él dejó de penetrarla y en seguida miró como un chorro de flujo terminó de emparar su verga y su torso.

Ella quedó tendida sobre la cama, mientras que él, con el último impulso que le quedaba, se masturbó un poco para correrse también. Ansiaba hacerlo.

Tras unos minutos, los hilillos de semen terminaron por caer sobre el torso y sobre las piernas de una sensual Magenta que aún estaba en una parte profunda de su inconsciente. Por primera vez, en mucho tiempo, él exclamó unos cuantos gemidos intensos. Al final, cuando pudo descargarse por completo, llevó su cuerpo junto al de ella para desplomarse también. El pecho le latía con fuerza pero el rostro había una sonrisa.

Mientras se iba calmando, dirigió una mirada hacia Magenta que pareció estar todavía sometida bajo los designios de la petit mort. Observó los hilos de cabello negro sobre su rostro y sobre la cama, la expresión de tranquila y

el brillo de su piel gracias a la claridad de la noche.

Por lo general, después de terminar lo que tenía que terminar, se paraba y se vestía. Pero ahora estaba en otra situación, no le molestaba la compañía. De hecho, la encontraba agradable y placentera, más allá de las obvias razones.

Se quedó así, mirándola hasta que sintió que sus propios párpados también comenzaban a perder fuerza. Se quedó dormido gracias al cansancio.



V

El sexo es una transacción. Un medio de intercambio en donde los protagonistas son el dinero y el placer. Lo demás sobra, siempre. Los sentimientos no existen, sólo importa que cada quien haga su papel y ya está.

Magenta se acostumbró a sobrevivir y a estar en un mundo como ese. Estaba adaptada a cumplir con las necesidades de los otros, de mostrarse sonriente y dulce, estaba acostumbrada a mostrarse dulce y dispuesta puesto que ese era su rol, nada más.

Pero desde que lo vio, desde que sus ojos se fijaron en los suyos en el momento que la hizo suya, comprendió que había una fuerza mayor e igual de incomprensible. Había algo lo suficientemente poderoso e intenso que la sujetaba a la tierra y que también la sujetaba a él.

Su cerebro parecía ir a mil por hora a pesar que tenía los ojos cerrados. Sin embargo, eso significaba que poco a poco su consciencia iba emergiendo a la realidad. Al final, sintió el calor del día sobre su cuerpo desnudo y abrió los ojos con cierta pereza. Aunque no quería, sabía que tenía que despertarse en algún momento.

Cuando lo hizo, su vista fue directo a ese enorme domo repleto de ventanas que la separaban de un hermoso día. Las nubes blancas, el resplandor del sol, el calor que parecía acariciar su piel como si fuera una tela suave. También se sintió agradecida por estar viviendo un momento así. Sin importar lo que pasara, estaba satisfecha de que al menos habría experimentado la belleza de un instante como ese.

Se levantó poco a poco y tomó el vestido que había usado la noche anterior. Se lo colocó y caminó a tientas hasta dar con el baño. Estaba cansada pero estaba feliz. Por unas cuantas horas de placer, olvidó las cuentas y los deberes. Así que se animó a sí misma a lavarse la cara y salir de allí para regresar a su vida.

Se acomodó lo mejor que pudo y bajó esas mismas escaleras para buscar la salida. Al terminar, lo miró de pie, tomando una taza de café y con una mirada serena.

—¿Cómo dormiste?

—Pues, me parece que caí rendida.

—Sí, así fue. Yo también. A veces se me olvida que mi vida la mayor

parte del tiempo es trabajo, así que si hago otra cosa que no sea eso, es a veces hasta extraño.

—Sí, sí. Eso suele pasar.

—Bien, quería hablar contigo, así que, por favor, siéntate. ¿Te apetece algo?

—Un café está bien.

Él, se giró y tomó una taza para servirle la bebida. Aunque su exterior era sereno, ella realmente estaba preocupada. Ese tipo de situaciones siempre la ponían nerviosa y más ese silencio que no sabía qué era.

Le dejó la pieza frente a ella y se quedó en silencio por un rato. Después de colocar algunas cosas en orden, prosiguió:

—Cuando digo algo, lo hago muy en serio. Asumo el compromiso porque estoy seguro de que quiero continuar y lo hago hasta el final. Por eso es importante para mí, que sepas que todo lo que dije fue real y no producto de otra cosa. Lo sentí y lo pensé con cuidado. Así que no hay mentiras detrás de eso. Eso incluye el tema de que seas mía. Porque eso es lo que quiero de verdad. Puedes asegurarlo.

Magenta tragó fuerte, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—Por eso te estoy hablando de esto, para que tengamos las cuentas claras. Quiero que me pertenezcas sólo a mí. Eso significa que nadie te solicitará ni nadie tendrá derecho alguno sobre ti. De hecho, estoy pensando en que ni siquiera consideraré la idea de seguir usando a Fausto como intermediaria. Ella quedará fuera de la ecuación, así que no tendrás por qué preocuparte por ello.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Lo de hacer mía? Pues, eso lo tengo que hablar con Fausto. Me da igual el dinero, al final se tendrá que hacer lo que yo diga.

Por dentro, Magenta tenía una mezcla de emociones. Por fin había logrado su cometido y se estaba encaminando sus planes, lo que representaba un importante paso hacia el cumplimiento de sus objetivos. Por otro lado, sin embargo, no paraba de pensar en que eso significaba conocer un mundo mucho más intrincado y complejo con él. Aunque sintió un poco de miedo, sabía que no debía tenerlo. Él la guiaría, estaba segura de ello.

—Lo otro que me interesa que sepas, aunque creo que eso ya lo infieres, tiene que ver con mis inclinaciones en la cama. Verás, me gusta el control.

No sólo en los negocios o en la política, también en el sexo. Me gusta dominar y hacer saber que la persona que tiene el control, soy yo. Me gusta que me tengan respeto... Aunque eso es algo que sé que se gana a pulso, de eso no hay problema.

—Sí, de eso me quedó claro.

—Pues bien. Lo menciono para que sepas cómo son y serán las cosas. Por supuesto, eso no quiere decir que pase sobre ti o no respete tus límites. Tienes toda la libertad para decir qué es lo que te molesta y qué no. La comunicación es lo más importante y eso debes tenerlo muy en cuenta. Si te sientes incómoda por algo, si una idea te parece descabellada, tienes que decirlo lo antes posible. Así evitaremos malos ratos. Yo también pondré de mi parte para que todo lo que suceda entre los dos, tenga que ser de esa manera.

—Vale, entiendo.

—Yo decidiré cuándo y dónde, pero creo que ya tú estás ya familiarizada con eso, ¿cierto?

—Sí, sí. Es así.

—Perfecto. —Hizo el gesto de ver el reloj— Debo irme. Ya voy bastante retrasado. Hoy quiero que nos veamos, así que trata de traerte un poco de ropa para que te quedes conmigo, al menos esta noche. Creo que así será mucho más sencillo para los dos, ¿no crees?

—Claro que sí.

—Antes de encaminarse hacia la puerta, él giró lentamente para verla antes de irse. Se acercó suavemente y le tomó el rostro entre sus fuertes y grandes manos. La miró fijamente y la besó con dulzura.

—Nos vemos pronto.

Lo vio partir mientras estaba en la silla, sentada. Cuando se desapareció de su vista, no pudo creer en todo lo que le estaba pasando.

El regreso a su casa fue mucho más rápido de lo que esperaba, en poco tiempo, ya se encontraba sentada en su sofá, pensando en todo lo que acaba de pasar. Primero, su cuenta de banco se encontró repleta de dólares y bitcoins. Ya no tenía que preocuparse ni por comer ni por el alquiler. Ahora eso era un tema del pasado.

Por primera vez, tenía cubierto los dos temas que más le preocupaban. Ahora, sólo le restaba concentrarse en la mujer perfecta para él.

Él... Cuando pensaba en Noah, su mente quedaba nublada y su cuerpo se desesperaba por estar junto a él. El magnetismo que sintió la primera vez, no fue ningún invento, era tan cierto que no podía negarlo ni un momento más.

Pero tenía que concentrarse en irse, en dejar esas fronteras y entregarse a la libertad. Había sufrido del destierro por su clase y el abandono desde antes de tener memoria. No tenía arraigos ni amigos, sólo un trabajo... Y ahora el deseo que sentía por él.

Sintió que no podía más, así que se levantó de allí para acostarse por un rato. Quería dormir y olvidarse de todo. Al hacerlo, miró hacia el techo y observó lo sucio que estaba. Se imaginó que estaba desnuda, bajo el resplandor de ese domo repleto de ventanas y con el color de él sobre el suyo.

Unas horas después, ella despertó y se fijó que todo estaba oscuro. Perdió la noción del tiempo y el hambre, agudo, le hizo ruido en las tripas. Se levantó y caminó hacia la cocina para prepararse algo. Cuando encontró un poco de pizza fría, se sentó en la encimera y se percató de que tenía algunos mensajes.

Primero, uno de Fausto diciéndole el cambio de planes de Noah y de las implicaciones que ello traía:

“Me comentó que no quería que estuvieras con otra persona, así que tienes que hacer tu mejor esfuerzo por mantenerlo contento. Recuerda que es alguien importante. Si tienes un problema, no dudes en llamarme”.

Después, leyó uno de él:

“Estoy ansioso por verte. No tienes idea”.

Este último le hizo sonreír casi inconscientemente. Recordó aquello que él le había dicho, eso de sentirse como un tonto. Ella también estaba experimentando lo mismo.

Luego de comer, se levantó para informarse más sobre esas palabras de dominación y control. Sabía que hacían alusión al BDSM, pero quería saber qué otras implicaciones había.

En poco tiempo descubrió que era un tema mucho más amplio y complejo de lo que había pensado. Su búsqueda le arrojó casi un sinfín de resultados que no pensó que podría encontrar, pero le sirvió para saber el contexto de las cosas.

Comprendió la profundidad del compromiso y de la comunicación, el dejarse dominar y el entregarse por completo a una persona que puede tomar el control de una persona para satisfacer el placer.

También descubrió que existen muchos tipos de interacciones y relaciones y que los límites casi no existen, salvo aquello que se pacten entre las dos personas. De resto, cada quien puede ser como quiere.

Se sintió fascinada por un punto que le llamó la atención. Se trataba de un relato compartido por una mujer que decía que entendió el verdadero significado de unión con alguien, cuando decidió dar todo de sí, sin que le importara todo lo demás.

“Somos de clases diferentes y tenemos vidas diferentes. Por lo que cualquiera, podría pensar que no tendríamos puntos en común. Que aquello sería un mito. Pero no, no fue así, funcionó para los dos.

Sin embargo, tuvimos que hacerlo en secreto para cuidar de nosotros y de las personas que nos rodean. Pero no mentiré, estar con él es como ser libre, porque puedo ser yo misma y él también. Me someto a lo que él quiere y él hace conmigo lo que le place, pero porque ha sido algo que los dos hemos decidido.

Hemos decidido esto y no me arrepiento en ningún momento. ¿La razón? Porque cuando estamos juntos, siento que el mundo se detiene, que soy capaz de congelar el momento y quedarme con él.

Sé que a él también le pasa lo mismo, lo presiento. Entonces, es eso, sentir que puedo y más. Sentir que mi cuerpo y mente son capaces de alcanzar otro tipo de capacidades y eso me hace pensar que los límites que vivimos son absurdos”.

Todo ese texto le hizo sentir que había algo más o menos cercano que describía perfectamente su situación. Sólo eran dos personas que sentían deseo y que querían estar juntas, ¿qué habría de malo?

—Joder.

Se sintió impotente porque se dio cuenta que él había hecho que su mundo se volteara en poco tiempo.

Decidió entonces distraerse un poco y fue directo a la habitación para preparar un pequeño bolso, en el cual introdujo unas cuantas prendas. Estaba emocionada y a la expectativa de lo que iba a suceder.

Luego, tomó una ducha y se vistió un poco más informal que las otras veces. Al terminar de arreglarse, fue de nuevo hacia el sofá para ver la oscuridad y el brillo de las luces de algunos aerocoches, edificios y casas.

A veces se maravillaba y se horrorizaba al darse cuenta de lo diferente y de lo similar de todos esos mundos que convivían allí.

Noah, el frío e implacable, terminó sus asuntos de la oficina con la mente concentrada en ella, porque claro, estaba concentrado en la piel y en el sabor que tenía Magenta. En la marca de su pierna y en los gemidos que le produjo cuando se la folló duro. Estaba ansioso por amarrarla y someterla a sus designios.

Sin embargo, también recordó esa sensación de bienestar que le hizo sentir el tiempo que estuvieron juntos. La calma y tranquilidad. Algo que no había sucedido otras veces con ninguna otra Alfa o esclava.

Mientras iba en dirección a su coche para buscarla, comenzó a escudriñar esos sentimientos que pensó que nunca reviviría.

—Sólo fue una noche, tampoco es para tanto.

Se dijo para sí mismo, cuestionándose para variar. Sin embargo, se le vino a la cabeza el recuerdo de ella, tranquila, el fulgor de sus ojos negros y ese destello de inocencia que trataba de ocultar pero que dejó emerger cuando estuvieron juntos.

Después no pudo comprender cómo dos personas libres y jóvenes, con la capacidad de decisión que tenían, debían pasar por una situación en donde tenían que ocultar lo que querían hacer. Pero él no era así, él le daba igual si rompía las reglas o no. Al final haría lo que le diera la gana, le gustara a la gente o no.

Tomó el volante con decisión y volvió a adentrarse en la oscuridad de ese submundo que le traía tantos recuerdos, aunque ahora lo estaba asociando con algo más positivo. Increíblemente.

Siguió la ruta de siempre y tomó el telecomunicador del coche, una pantalla táctil que servía para enviar información rápida a cualquier tipo de aparato.

“Voy en camino. No tardo”.

Le dijo a ella. Y siguió concentrado en el camino. Al estar cerca, miró de refilón unos mechones largos de cabello que parecían flotar en la brisa fría de esa hora de la noche. Aunque el caos se había apagado, aún se podía sentir que el ambiente estaba todavía conmocionado. Aunque probablemente eso tenía que ver con ese encuentro que él estaba ansioso por tener. Quería verla y por fin lo había logrado.

Ella le sonrió y ese gesto lo tomó como algo sincero y genuino. Sobre todo, porque había crecido en un entorno en donde todo era fingido y dramático, en donde era difícil encontrar a alguien que verdaderamente

reflejara sinceridad. Pero luego, tras mucho tiempo, por fin pudo disfrutar de eso en ese momento, en fracción de segundos.

Bajó rápidamente y la ayudó con la mochila que tenía. De inmediato, su mente comenzó a trabajar rápidamente con el fin de idear los escenarios perfectos en donde los dos podrían comerse como debían.

—Antes de irnos, me gustaría llevarte a un lugar que casi nadie conoce. ¿Te gustaría?

—Claro.

Subieron y comenzaron de inmediato a andar. Ascendieron como solían hacerlo, pero luego él tomó otra ruta, una que ella nunca pensó que existía. No reconoció los alrededores y cuando estuvo a punto de preocuparse, se encontró con una vista increíble. Era un mirador. Uno de la época antes de la nefasta guerra.

Era una colina rodeada de césped verde y flores. También se encontraba un pequeño banco de cemento, un material casi inexistente porque en ese mundo que les tocó vivir, todo cambió.

Magenta se paseó por el pequeño espacio y luego dirigió la mirada hacia el horizonte. La ciudad se veía como si fuera otra. Iluminada y tranquila, casi deseó que esa imagen fuera real.

—Siempre vengo aquí. Lo descubrí mientras crecía. ¿Qué te parece?

—No pensé que existiría un lugar así como este.

—Yo también lo dudé cuando lo vi. Después investigué un poco y supe que hay varios sitios así que son como especies de santuarios. Su conocimiento es limitado para evitar la intervención lo más posible.

Ambos se sentaron en el banco y Magenta pensó más que nunca en irse. De hecho, estando allí, casi sintió que sus pies se movían solos. El sentido de urgencia era más fuerte que ella hasta que recordó que él estaba allí también. Le llamó la atención esa misma expresión de ansío. Quizás él, en lo profundo, más allá de su gusto por el poder y en control, estaba dispuesto a dejar todo para ser un hombre libre algún día.

Respiraron profundo y permanecieron un rato callados. Decidieron quedarse concentrados en el silencio de la noche y en la paz que les daba ese lugar. Después de un rato, Noah se levantó y le extendió la mano.

—¿Nos vamos?

—Vale.

Caminaron hacia el coche y anduvieron por el camino con la misma actitud taciturna pero Magenta recordó que estaba emocionada porque se quedaría con él. No sabía lo que tenía preparado pero apostaba que se iba a sorprender.

Llegaron al extravagante edificio y procedieron a entrar como lo hicieron la primera vez. De nuevo ella sonrió al saberse dentro y al disfrutar del resplandor del domo que estaba sobre ella.

Apenas cerró la puerta, Noah se acercó a ella y comenzó a besarla. No hubo cabida a las preguntas ni a otros comentarios. Sólo hubo paso a los placeres, besos y caricias. Aprovecharon que estaban allí, alejados del criticismo para construir el mundo que querían para los dos.

Ella se hundió entre sus fuertes y musculosos brazos, y él entre el cabello largo y la piel de su cuello que tenía ese olor delicioso a flores. Sus labios y su lengua siguieron juntándose hasta que el calor los llevó a un nuevo nivel de excitación.

Eso era todo lo que tenía que pasar para que él hiciera el siguiente paso. Le separó de ella un poco y le tomó de la mano. Antes, la miró fijamente para luego comenzar a subir las escaleras con cuidado. Como la primera vez, la luz de las estrellas era tan intensa que iluminaba todo el lugar. No era necesario algo más.

Apenas puso un pie en el lugar, Magenta notó que estaba una silla de madera maciza, con un aspecto un poco rústico en comparación con el resto de los muebles que se encontraban en la habitación.

A pesar que le había llamado poderosamente la atención, permaneció en silencio porque recordó lo que él le había dicho. Tenía que obedecerle sin chistar, no había cabida para reclamos, ni nada más.

Él, en ese mismo silencio, procedió a quitarle la ropa con cuidado. Dejó de lado la camiseta, los vaqueros y zapatillas, así como el resto de las prendas que tenía sobre su cuerpo. Así pues, quedó desnuda frente a él. Intercambiaron miradas. Para Noah fue inevitable no tomarle por el rostro y besarle con locura. Por fin había dejado libre esa bestia que era él cuando se transformaba como Dominante. Luego le hizo un gesto a ella para que se sentara.

—Voy a amarrarte. Avísame si lo estoy haciendo demasiado fuerte. ¿Vale?

—Sí, señor.

Él sonrió porque entendió que ella también había entrado en un modo especial, ese mismo que él también estaba. Esperó un poco más para que se acomodara y procedió a amarrarle los tobillos y las muñecas con unas cuerdas de raso negro. Lo hizo de tal manera que esperó que tuviera los amarres firmes, pero no demasiado. Tampoco quería exagerar. Al menos no en el momento.

Se levantó y miró lo que acababa de hacer y por supuesto que se sintió orgulloso de sí mismo. Procedió a quitarse la ropa mientras sentía que la emoción le iba a comiendo la piel. Cuando por fin se quitó todo, se percató que su pene estaba tan duro y erecto como una piedra. Incluso, su glande se veía palpitante y húmedo debido a los flujos. Su primer instinto era follarla como nunca, pero eso significaba que la diversión se acabaría pronto.

Así que trató de tranquilizarse y recuperó la calma con unas cuantas respiraciones. Luego, caminó por la habitación para buscar algo que sabía que haría que las cosas se pusieran aún mejor. Tomó un látigo de varias colas de cuero y lo trajo hacia la vista de Magenta, junto a este, una mordaza.

Dejó el látigo sobre los muslos de ella, con el fin de poder colocar la otra pieza de cuero sobre su boca. La ajustó con delicadeza y sonrió. Ese gesto, hizo que se le pusiera la piel de gallina a Magenta. Era casi ver a una persona completamente diferente.

Él tomó de nuevo el látigo y aprovechó las puntas de cuero para acariciarlas contra la piel de las piernas de ella. Lo hizo suave, lento, como si se estuviera preparando para hacer algo mucho más contundente después.

Magenta, por otro lado, estaba a la expectativa. Sin embargo, estaba disfrutando todo lo que estaba pasando por ser nuevo y fascinante.

Las caricias con el cuero cesaron de forma repentina. Ella se preguntó lo que había pasado hasta que sintió el impacto del látigo sobre sus piernas. De inmediato, hizo un gemido de dolor que no pudo expresar porque su boca estaba tapada.

Noah observó el comportamiento que había tenido y supo que ella también le gustó experimentar un poco de ese dolor. Así que alzó su brazo mucho más alto para seguir con los azotes. Uno tras otro. Sin parar.

En efecto, Magenta sentía dolor. La piel lustrosa de sus muslos comenzó a tornarse roja y brotada debido a los impactos. Ese ardor, sin embargo, le producía un placer indescriptible. Ni en sus sueños más remotos se imaginó que podría excitarse por medio del dolor.

Él continuó azotándola hasta que se movió un poco más de las piernas y brazos, incluso el torso. Sobre la superficie de ella, se podía ver las marcas por todo su cuerpo.

—Te dije que te haría mía. Y esto es una de las tantas formas que lo sabrás.

Ella alzó la mirada y trató de contestarle pero no pudo. Debido al cansancio y la excitación, apenas pudo asentir ligeramente. Noah, apenas la vio así, se excitó mucho más al saber que en efecto era él quien tenía el control.

Tomó su cabello con fuerza de modo que hizo que alzara la mirada para que pudiera verlo desde el lugar en donde estaba. No había duda que él era quien tenía el poder, pero también era obvio que él también se encontraba bajo el deseo que sentía por ella.

Los azotes habían servido para darle tiempo y así tranquilizarse un poco. Sin embargo, pareció generar el efecto contrario. Estaba más excitado. Por lo tanto, estaba esperando a sentir los labios de ella sobre su pene.

Así pues, soltó el látigo y comenzó a deshacerse los amarres con rapidez. Primero los tobillos, después las muñecas. Se tomó un tiempo para inspeccionar de que todo estuviera bien y luego le removió la mordaza que tenía sobre la boca.

La ayudó a moverse poco a poco y a sentirse un poco más cómoda. Luego, le peinó un poco el cabello y le tomó el rostro como solía hacer. Le introdujo su lengua dentro de su boca con tal fuerza que ella pensó que estaría cerca de fundirse con él. De alguna manera era algo que ella le hubiera gustado sentir.

Para no caerse, se sostuvo de sus brazos de acero y siguieron besándose como si la vida se les fuera en ello. De repente, él se apartó de ella y le tomó de nuevo por el cabello. La naturaleza de Magenta le hizo entender que tenía que arrodillarse para darle placer a su señor. Así que aprovechó para besarle lentamente el pecho, el torso y cada parte de su cuerpo que pudo para demostrarle que estaba dispuesta a satisfacerlo siempre.

Finalmente, descansó sus rodillas sobre el suelo. Estando allí, se encontró con la presencia impactante de esa verga dura e hinchada de placer. Ella, instintivamente, tomó un par de dedos y comenzó a acariciar el glande que ya estaba bastante húmedo y rojo.

Lo hizo unos segundos para prepararlo para su lengua. Con la punta, hizo

el primer contacto para acariciar esa parte deliciosa de él. Cuando lo hizo, de inmediato sintió cómo él se retorció de placer.

Se sintió mucho más aventurera a pesar que era la primera vez que lo hacía. Se relajó y comprendió que el secreto era tomarse el tiempo y la dedicación para hacerlo bien. Entonces, luego de saborearlo con la lengua, procedió a acercar sus labios hacia el glande y chuparlo como sabía que tenía que hacerse.

Primero suave, lento, luego con paciencia y dedicación. Abarcó el cuerpo de su verga para iniciar el movimiento de adentro y hacia afuera. En el interior de su boca, salivaba sin control, lo que también permitió empapar su pene casi por completo.

Iba metiéndoselo, lentamente, hasta que lo tuvo por completo dentro de su boca. Se apoyó de los muslos de él para tener más soporte mientras lo hacía. Entonces, iba adelante y hacia atrás con más seguridad y con más ritmo.

Noah, quien apenas podía sostenerse de pie, respiraba profundo para no correrse cada vez que ella aumentaba la velocidad. Deseaba poder disfrutar más y por más tiempo lo que estaba experimentando pero temía no poder controlarse.

Así que le tomó por el cabello como si este fuera una rienda y procedió a follarle la boca y a darle ligeras bofetadas en una de las mejillas. Golpeteaba con cierta fuerza mientras la veía devorarse su verga con mayor vigor. Lo hacía con una destreza increíble.

De repente, la alzó para que se colocara de pie, luego, la lanzó sobre la cama. Para verla allí, con esa expresión de mujer ardiente que está esperando por él.

Hizo que permaneciera de espaldas sobre la cama hasta que acomodó su pelvis sobre la cara de ella. Puso de nuevo su verga a la altura de su boca y lo introdujo. De inmediato, hizo unas cuantas exclamaciones de placer porque se encontró de nuevo con esos labios gruesos y con ese interior mojado y caliente.

Fue él en esta ocasión quien procuró en moverse, primero lento y después con mayor ritmo. A veces le sostenía el cabello, otras prefería tomarla del cuello o darle bofetadas. Le gustaba esa posición en particular porque podía ver cómo la boca de ella se llenaba de su carne en el intento de satisfacerlo tanto como pudiera.

Los hilos de saliva caían en los alrededores de su boca y parte de su pecho, las veces en las que él sacaba su pene para darle un poco de tiempo de recuperar la respiración, para luego volverlo a meter.

Ella, mientras, le gustaba verle esa expresión de que estaba a punto de correrse dentro de su boca. Por eso lo tentaba, por eso aprovechaba cada momento para tentarlo y para hacerle entender que lo hacía cada vez mejor para él.

Sin embargo, ella estaba desesperada por sentir la verga de Noah dentro de ella, ansiaba ser empalada por él.

Noah, casi como si hubiera leído la mente, sacó su pene y abrió rápidamente las piernas de ella para follarla. Sentía que se volvería loco de no hacerlo. Así que ni siquiera le dio una oportunidad para reaccionar. Lo hizo de un solo movimiento.

Por unos momentos, Magenta se quedó privada debido a la intensidad de las sensaciones que estaba recibiendo. El dolor del impacto y el placer que le daba el recibirlo gracias a la verga de él.

Su cabeza quedó apoyada sobre la almohada y llevó sus ojos al cielo, sobre esas ventanas en forma de domo. El brillo de las estrellas y de la luna intensa. Después de un rato, pudo llegar a la realidad para volver a concentrarse en él y en las sensaciones que estaba experimentando en ese momento.

El roce de su verga contra su coño la hacía sentir como si estuviera a punto de convertirse en una serie de átomos dispersados en el habitación. Pero no podía, quería quedarse allí para no perderse en ningún momento. Aquellos ojos negros llenos de fulgor que se encontraron con los de ella.

Se miraron mutuamente como si estuvieran comunicándose con un lenguaje intenso y único entre los dos. Magenta comprendió no sólo su papel como una mujer sumisa sino también las maravillas del sexo intenso.

Siguió follándola con fuerza. Noah se sostenía de la cama para impulsarse con fuerza para adentrarse con determinación. Él sentía que estaba más y más adentro con ella. Le gustaba hacerle entender que él era quien tenía el poder, quien la dominaba por completo.

Quiso seguir allí hasta que se dio cuenta que quería hacer algo más. Deseaba también plasmar mucho más marcas pero sobre en la espalda.

Sacó su pene y la tomó de la cintura y la alzó con toda su fuerza, la apoyó sobre la pared. Hizo que sus brazos y sus pies estuvieran bien sobre el

suelo. Sin embargo, Magenta tuvo que hacer un gran ejercicio de autocontrol para no desplomarse en el suelo.

Mientras se sostuvo, esperaba ansiosamente saber lo que iba a pasar. Sintió la presencia de él rondándole. Noah, volvió a tomar el látigo y se ubicó detrás de ella, alzó su brazo y comenzó a azotarla casi sin control.

Poco a poco comenzaron a marcarse las lenguas de cuero sobre su espalda. El color moreno oliváceo se entremezclaba con el rojo de los impactos. Noah, de hecho, casi sintió que iba a romperle la piel de ella.

Magenta estaba muy cerca de tener el orgasmo, por lo que él dejó el látigo para colocarse de nuevo detrás de ella, tomándole el cabello para luego de colocar su mano sobre su vulva. De esta manera, sus dedos recorrieron parte de su coño hasta llegar a su vagina.

—Muy bien, muy bien. Mira cómo estás.

Apenas hizo el roce, cuando ella sintió que Magenta se estremecía cada vez más. Por lo que, primero, lo hizo lentamente para luego ir aumentando el ritmo. Por supuesto, ella no tardó demasiado tiempo en excitarse.

Ella no paraba de gemir, ni de gritar. Sus brazos y sus piernas temblaban cada vez más, incluso casi perdió el control de su cuerpo.

—No, no. Quédate tranquila. Si no, no te daré lo que quieres.

—Sí... Sí, señor.

Se aferró tanto como pudo, mientras él la tocaba con fuerza. Un poco más, un poco más hasta que por fin Noah le susurró unas cuantas palabras al oído de ella.

—Ahora sí. Vamos.

Ella hizo un largo gemido y por fin se explotó entre sus dedos. El chorro de flujo salió de su coño despedido con una fuerza impresionante. Seguidamente, los fuertes temblores por el orgasmo tan intenso.

Se quedó allí, suspendida y sostenida por aquello que estaba experimentaba. Noah, sin embargo, la tomó de nuevo e hizo que ella se colocara de rodillas para recibiera todo lo que él tenía para ella.

Así pues, él separó un poco sus piernas y plantó bien sus pies para que tampoco se pudiera desplomar sobre el suelo. Tomó su pene y comenzó masturbarse con fuerza. Luego tomó su cabello con fuerza, hasta que finalmente los hilos de semen comenzaron a desplegarse por su rostro, boca y cuello.

El calor de sus fluidos se sintió tan placentero. Las gotas caían sobre sus mejillas y sobre la comisura de sus labios. Esto, lo aprovechó además, para saborear eso que él le había dado a ella. Se relamió desde el suelo para hacerle entender que en definitiva, le pertenecía.

Noah la miró concentrado y como si aún estuviera en una especie de trance. Luego de recuperar un poco la consciencia, la tomó por el cuello y ambos fueron hacia la cama. Se acostaron y se quedaron allí, en silencio.

Esa sensación de bienestar y tranquilidad, pareció que los abrazaba a los dos. Miraron hacia el cielo y se dieron cuenta de la paz que se sentía en el ambiente. Sus cuerpos brillaban como si fueran astros.

Por un momento, Magenta sintió que no era de ese mundo y de nuevo se le despertó el deseo de perderse y fundirse con él para desvanecerse. Por eso, fue hacia él, apoyándose sobre su hombro.

El Noah del pasado hubiera rechazado de plano ese gesto, sin embargo, esa fue la ocasión. Juntó su cabeza con la de ella para hacerle sentir que también quería algo así con ella. El poder, el control, el dominio, esas ansias que formaron parte de él desde que recuerda, no tuvieron ninguna relevancia. Era como si la vida representaba algo más allá, algo más poderoso. No sabía que existiera algo así, hasta ese momento.

Poco a poco, sintió que los ojos se le cerraban. Respiró profundo y tranquilo. Sobre esa cama, sólo era una pareja de amantes que habían tenido una noche intensa de intimidad. Lo demás, sobraba.



VI

Los besos y las caricias de él, fueron eso que la despertaron en la mañana. La claridad del día se coló entre las ventanas y pudo ver su hermoso cuerpo sobre la cama. Su rostro, a diferencia de las otras veces, no parecía serio ni compungido, estaba sereno, tranquilo y quizás hasta contento.

Ella le sonrió y él se adentró entre sus pechos, quedándose allí por un largo rato. Sintió su respiración y los latidos del corazón. Acarició su cabello lentamente y cerró los ojos para atesorar ese momento que le pareció más hermoso y mágico de lo que había imaginado.

Luego, él se incorporó sobre la cama, sin dejar de mirarla. Fue hacia sus labios para besarlos, mientras que sus manos acariciaban su piel y cuerpo tanto como quiso. El sonido de los pájaros cantando quedó enmudecido por los gemidos de ella y por los jadeos de él.

La boca de Noah recorrió el cuello y parte del pecho de Magenta. Se detuvo por un momento sobre sus pezones para morderlos y chuparlos. Estaban duros y erectos, por lo que aprovechó para quedarse allí tanto como pudo. En ese instante, incluso, se dio cuenta que había dedicado tiempo a otras partes de su cuerpo, menos a ese por puro afán.

Se reprendió a sí mismo y procuró corregir el error al acariciar esa parte de su cuerpo con delicadeza y dedicación. Se quedó allí hasta que el instinto de su naturaleza le demandó que fuera más abajo. Así pues, llegó hasta su vientre y procuró abrirle las piernas con cuidado.

En ese punto, Magenta también hacía lo posible para acariciarlo y para demostrarle su atención hacia él. No paraba de sonreír y de pensar que quizás se encontraba en una especie de sueño. Pero no, todo era real, muy real para acaso pensar en eso.

Así pues, Noah llegó a la vagina de Magenta para luego posar sus labios sobre el clítoris que ya estaba rojo. Chupo y lamió, acarició con su boca ese punto precioso de placer. Sus manos, además, se encontraban aferrados a sus muslos por lo que podía sentir las veces en las que ella no paraba de temblar debido a esos deliciosos estímulos.

Siguió chupando y lamiendo, por lo que no tardó en sentir ese torrente de flujo que terminó en su boca. Caliente y delicioso, como si fuera una ambrosía. Ella sólo le quedaba acariciar su cabello espeso y no dejarse

desvanecer por lo que estaba experimentando.

Dejó de chuparla en el mismo momento en que se dio cuenta que quería unirse a ella. Le resultó gracioso porque pensó que ese impulso era casi como tener un sentido casi extremo de urgencia. Necesitaba unirse a ella, sentir su carne y su calor.

Aún con las manos allí, se sostuvo también para llevar su pene al coño de ella. Apenas cuando lo hizo, experimentó el magnetismo de su glande con el coño de Magenta. Por lo que no quiso esperar más tiempo y la penetró lentamente.

La gran verga de Noah volvió a hacerse paso entre las carnes calientes, húmedas y estrechas de Magenta. Ella sintió que su espíritu se elevaba cada vez más, eso mismo que había vivido noches anteriores cuando estuvo con él.

Su pelvis no tardó demasiado tiempo en comenzar un movimiento rápido y violento. Él era una especie de animal poseído que no deseaba esperar demasiado en tomar a su presa, pero también, a la vez, era un hombre llevado por el deseo y por la necesidad de estar con esa mujer tanto como fuera posible.

Siguió follándola con la fuerza de una bestia. El sonido del choque de sus cuerpos, más los gemidos de ella, funcionaban como una especie de sinfonía sin fin. Hermosa melodía para ellos.

Noah continuó hasta que él mismo también se escuchó jadeando. Como no quería perderse ningún momento de ella, la tomó por el cuello y lo sostuvo con fuerza. La miró a los ojos mientras aún estaba dentro de ella. Magenta y él se unieron en un solo gesto hasta que sintieron que por fin estaban muy cerca de llegar.

Él siguió porque estaba ansioso por sentir los fluidos de su amante bañándolo por completo, así que tomó la opción de estimular su clítoris para acelerar el orgasmo y también para que este fuera mucho más intenso. Colocó encima el pulgar y sintió el clítoris estaba hinchado, sonrió para sí mismo.

Siguió acariciando hasta que los ruidos de ella se hicieron más agudos e intensos. Sus ojos se cerraron con fuerza y él aprovechó el momento para tomarla por el cuello con más fuerza. Continuó hasta que experimentó la potencia del orgasmo de ella. Sus agitaciones también fueron intensas. Pero, a pesar de ello, ella se aseguró de abrazarlo con las piernas para que él sintiera todo el calor que tenía para él.

Para Noah esto fue el estimulante perfecto para pudiera correrse por

igual. Permaneció un rato más dentro de ella, hasta que extrajo su pene y lo dejó sobre su torso y su glande caliente y húmedo, comenzó a despedir hilos gruesos y blancuzcos de semen, los cuales, además, aterrizaron sobre sus senos e incluso hasta en la boca. Así era la fuerza de ese deseo descontrolado e intenso.

Él, al terminar y apenas con las fuerzas que tenía en su cuerpo, pudo levantarse para buscar algo para limpiarla. Encontró una pequeña toalla y aprovechó para hacer lo propio con él y luego con Magenta, quien aún estaba sobre la cama con esa apariencia de mujer divina.

Luego, se reunió con ella y se acostó a su lado casi en la misma posición como cuando despertó en la mañana. Todavía tenía el pecho acelerado pero se encontró feliz de poder quedarse entre los brazos de ella, los cuales fueron los que lo recibieron.

Cerró sus ojos mientras trataba de controlar su respiración y luego extendió sus brazos para tenerla más cerca de él. Sonrió internamente al darse cuenta que ella también estaba agitada.

Poco a poco, volvió experimentar esa sensación de plenitud y bienestar hasta que pensó en algo que no pensó que sucedería. Estaba bien allí, se sentía más que bien, de hecho. Era quizás lo más cercano a la libertad.

Se aferró más junto a ella y se quedó dormido entre el calor de Magenta quien, para no perdió la costumbre de seguir acariciándole el cabello.



VII

Aunque pudo quedarse más tiempo allí, Noah tuvo que escabullirse de entre las sábanas y del cuerpo de Magenta para irse a hacer los oficios típicos de una persona como él. Después de arreglarse y de una taza de café, la miró dormida sobre la cama con esa sonrisa de alguien que ansía que las horas pasen rápido. Salió y la dejó allí, tranquila.

Rato después, Magenta se despertó y descubrió al poco tiempo que estaba sola. Se quedó un poco más sobre la cama y admiró de nuevo ese cielo que estaba sobre ella como si fuera un espectáculo.

Se levantó finalmente y fue al baño para tomar una ducha. Al terminar se sintió energizada y con ganas de explorar un poco la casa. Salió del baño, tomó unas prendas de la mochila y se vistió con un par de vaqueros y una camiseta.

Mientras andaba por ahí, descubrió que los alrededores eran tan hermosos e impresionantes como supuso. No sólo la casa de él, sino también lo que había en el exterior. Los edificios parecían flotar entre las nubes. Eso le hizo recordar un poco el tema de los dioses del Olimpo. Ellos quienes estaban muy lejos de los mortales.

Esto le hizo recordar el objetivo principal de su plan. La única razón por la que estaba allí era porque deseaba romper las cadenas de una esclavitud que sufría desde el día que nació.

A lo largo de su vida, no conoció otra cosa que no fuera el trabajo, el hambre y la desesperación. Cerró los ojos y las imágenes de lo que había vivido en el pasado se aferraron en sus neuronas. Era una herida abierta para ella y pensaba que la única forma de deshacerse de ella era liberarse de todo aquello que conocía.

Pensó que sus antepasados quizás imaginaron un futuro promisorio y diferente, en donde no había muros ni limitaciones, en donde la gente podía convivir y vivir. Pero no, las generaciones posteriores estaban condenadas a pagar por una culpa que no era suya.

El resplandor de los edificios que estaban a su alrededor, el brillo del lujo y la elegancia, el sabor de la comida, la comodidad de las cosas, el servicio, todo era parte de un sistema, incluso ella. Fue eso mismo que la había colocado en esa posición.

Pero ya no quería eso. Ya estaba cansada. Como resultado, revisó la cuenta de dólares y bitcoins. Acaba de recibir una cuantiosa cantidad de dinero, lo suficiente como para dejar todo atrás y olvidarse de aquello que tanto la aplastó. Podía inventarse un nombre, podía irse lejos, podía hacer lo que quisiera. La idea iba ganando más y más fuerza.

Lo único que tenía era esa mochila con algo de ropa, nada más. Pero, ¿acaso haría falta algo más? Se preguntaba sin cesar.

—Sí, un collar. De cuero. No, lo quiero sencillo. Elegante y bien hecho. Lo espero. Ajá. Gracias.

Unas pocas órdenes y ya los deseos de Noah estaban por cumplirse. Lo cierto, es que estando con ella, abrió los ojos durante la noche. Mientras la veía dormir, comprendió que quería llevar su relación a un diferente nivel. Ya estaba consciente que no se trataba de una simple transacción. Sentía que las cosas estaban evolucionando rápidamente y que debía moverse a ese mismo ritmo.

Le gustaba estar con ella, y se sentía que podía ser como quisiera en cualquier situación. No se sentía en esa constante situación en donde debía presionarse a sí mismo para pretender ser algo que realmente no era.

Se había acostumbrado tanto a eso, que incluso llegó a pensar que tendría que pasar así el resto de su vida. Sin embargo, ella pareció llegar en un momento importante y no podía perder esa oportunidad.

—Señor. Aquí está lo que ordenó.

—Gracias.

Recibió una caja pequeña. La abrió y descubrió una cinta de cuero fino de color negro. Se veía lustroso y suave. Lo colocó entre sus dedos y comprendió que aquel accesorio representaría la unión final de los dos. La sola idea le produjo una especie de emoción y hasta de nervios. Se sintió de nuevo como un adolescente, como un niño emocionado, pero qué más daba.

Estaba desesperado. Quería que el día terminara para ir a verla y darle el collar. Eso mismo que serviría para oficializar su relación y así llevarla a un plano diferente.

De inmediato pensó en las habladurías, en los comentarios y en las expectativas que tenían su familia y los otros Alfas. Pero él no era como los demás. Eso lo tenía bastante claro. Estaba decidido a hacer lo que le viniera en gana.

Finalmente, salió de la oficina como si fuera un rayo. Ansiaba

encontrarla y decirle todo lo que tenía por dentro. Pensó que nunca se encontraría en una situación así. Estaba más vivo que nunca.

Apenas abrió la puerta, la encontró con una expresión bastante seria y solemne. Se sintió extrañado hasta que miró lo que tenía encima, parecía que estaba lista para irse.

—¿Qué ha pasado?

—Siento que no puedo más. Siento que he pasado suficiente tiempo en una situación que ya me ahoga pero no puedo fingir por más tiempo. Creo que me toca hacer lo que querido hacer.

—¿De qué se trata?

—Irme. A diferencia de ti, yo no tengo futuro. Estoy condenada a ser una esclava, a que mi cuerpo y mi mente estén encadenados a otra persona. Siempre será así, hasta el día que muera. Pero eso no puedo más. Las diferencias que tenemos es una especie de abismo. Por más que queramos, no podremos hacer lo que deseamos. Es tonto, seríamos arrollados y olvidados.

Noah comprendió lo que ella quería decir y de cierta manera era así. Entonces, sacó la caja de su traje y se lo extendió.

—Te traje esto porque deseo que esto que tenemos nos lleve hasta donde nos tenga que llevar. Pero quiero que sea real, sincero. Es lo único que verdaderamente tengo. Quiero que seas mía y que yo sea tuyo. Siempre.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Nunca lo he estado tanto. Es lo que deseo.

—No tiene sentido. Somos diferentes y yo, la verdad, no quiero seguir escondiéndome. Quiero ser libre y quiero dejar todo esto atrás. Sé que eso no es lo que quieres para ti.

—Lo único que quiero es seguir viviendo esto que siento cuando estoy contigo. No sé qué es, no sé cuánto durará. Pero es lo que quiero. Si tu intención es irte, entonces nos iremos. Ya. Hagamos nuestras propias reglas, seamos como queramos ser.

Ella se quedó pensativa al mismo tiempo que sostenía el collar. Luego lo miró. Ciertamente parecía más decidido que nunca, así que le sonrió y se lo colocó. Con eso, le confirmó que estaba dispuesta a hacer todo por él, era una apuesta grande pero sabía que valdría la pena.

—Entonces hagámoslo. Ahora. Siempre.



Pájaro Encerrado

Romance Oscuro con su Secuestrador

I

En una oficina pequeña, en donde estaban, a lo sumo, unas tres personas, el silencio se interrumpió por el sonido del teléfono. Los tres hombres que estaban allí, sin embargo, no prestaron atención, cada quien tenía la mirada hacia la pantalla y los oídos ocupados con grandes audífonos.

Cesó el ruido hasta que volvió a romper la tranquilidad. Así fue durante unos segundos más, hasta que uno de ellos, absorto aún en sus pensamientos, estiró el brazo para tomar el auricular.

—¿Sí?

—Tenemos problemas otra vez.

—¿De qué se trata?

—No podemos enviar ni recibir correos electrónicos.

—¿Cuándo se presentó la falla?

—Tenemos 20 minutos así.

—¿Departamentos?

—En todos, pero parece que el origen es aquí.

—Vale.

Colgó de nuevo y alzó la mirada con expresión de tedio. Hizo un movimiento con la mano, lo que el obligó a los otros dos a espabilarse y a quitarse los audífonos para escuchar.

—Legal está jodiendo otra vez.

—¿Y ahora?

—Los correos. Parece que hay una falla.

—¿Podemos revisar desde aquí?

—Sí, pero necesitamos a alguien allá.

Jon sintió las miradas de inmediato.

—Ya sé, ya sé. Sé que me toca a mí.

—Venga, tío. Si fuera por mí, mejor jugamos Zelda.

—Lo sé. En fin, voy a ver cuál es el drama.

Desplazó sus 1.90 por la pequeña oficina. Salió y caminó un poco encorvado como tenía la costumbre, trató de enderezarse aunque de nuevo adoptó la misma postura. Acomodó el cabello negro un poco despeinado, y verificó que su camisa de cuadros se viera bien. Mientras caminaba entre los cubículos con lentitud, se miró rápidamente el rostro.

Debajo de esos grandes ojos azules, brillantes y profundos, había un par de ojeras que resaltaban aún más gracias a la palidez de su piel. La nariz un poco ancha desde el puente hasta la punta, los labios un poco finos y los pómulos un poco pronunciados, eran rasgos enmarcados debido al mentón un poco cuadrado.

Miró las cabezas de la gente, escucho las risas y las conversaciones. Deseaba mudarse de esa oficina porque le resultaba pequeña, tres personas allí era una cantidad absurda para ese lugar tan limitado.

Por un momento se quedó pensativo, tratando de recordar hacia dónde debía ir. Hasta que recordó y siguió avanzando. A pesar de esa expresión tranquila y neutra, estaba bastante fastidiado, incluso pensaba que su vida en esa oficina era bastante miserable.

—Hola, menos mal que llegaste. No podemos enviar los correos y estamos urgidos.

—Vale. Permíteme...

Se sentó en una computadora. Respiró profundo y apoyó la cabeza sobre una mano. Sí, estaba hastiado. Luego de leer un par de cosas, frunció en entrecejo y comenzó a teclear rápidamente. Tanto, que la mujer que lo recibió se quedó impresionada.

—Mmm. El problema no es tan complicado. Es un detallito aquí... Y aquí... A ver.

Bajó la voz hasta el punto en donde no se le entendió casi nada. La mujer se quedó con la duda pero no lo quiso interrumpir. Pensó que, de hacerlo, tiraría todo su esfuerzo a la borda. Así que se quedó tranquila, en silencio, dejando que el hombre trabajara en paz.

—Listo. A ver, pruebe y dígame si hace falta algo.

Ella se sentó y apenas lo hizo, comenzó a recibir todos los correos retrasados. El sonido de aviso fue tan constante, que supuso que la máquina se dañaría.

—No se preocupe. Eso suele suceder. Es una falla que estamos solucionando. ¿Necesita algo más?

—No, no. Todo bien, todo perfecto. Muchas gracias.

—Vale.

Ella fingió llevar la atención a la pantalla pero la verdad es que había quedado prendada de esos ojos azules, pestañas largas y voz grave. Las manos gruesas y los dedos que parecían flotar sobre el teclado. La altura, la espalda ancha y ese color de piel pálido casi mortecino que lucía a la vez encantador.

Con los mismos ánimos, regresó a la minúscula oficina. Hizo un gesto con la cabeza al resto del equipo y se sentó de nuevo, en el escritorio más alejado y más oscuro. Revisó por última vez que todo estuviera bien y luego se dedicó a leer sobre videojuegos. Era otro día normal en la oficina.

Lo cierto es que Jon, a pesar de su exterior tranquilo, escondía un rasgo vital de su personalidad casi austera. En el BDSM, era un poderoso dominante que sabía muy bien cómo castigar a otras mujeres.

Claro, nadie tenía la más remota idea de ello pero así estaba bien. Le gustaba pensar que la gente daba por sentado cómo era su personalidad para así sorprenderlos al final. Esa era la mejor parte.

De chico se hizo aficionado a las computadoras y a la tecnología en general. Le llamaba la atención que era prácticamente posible hacer lo que quisiera con unos cuantos botones. Así pues, tuvo una participación activa en clubs de ajedrez y robótica, lo cual lo encasilló como un perfecto nerd.

Eso fue suficiente para ser blanco de los maleantes de la escuela y bromas de todo tipo. Lo soportó todo hasta que un día, uno de ellos, lo tomó por el hombro y lo empujó con fuerza. Cayó al suelo, humillado y molesto.

Las risas fueron ese detonante que lo motivó a que se colocara de pie y fuera hacia uno de los agresores. Al final, terminó en la oficina del director con un ojo morado y la nariz rota.

Desde ese día, se prometió a sí mismo que haría lo posible por fortalecer su cuerpo, así que ingresó al club de natación y atletismo. Ya no sólo era inteligente sino también uno de los más preparados físicamente.

Participó una serie de campeonatos y concursos, era el nerd y el atleta que todo el mundo quería estar. Sin embargo, odiaba la atención, odiaba que la gente fuera hipócrita con él, así que cobró una actitud un poco más silenciosa y callada que el resto. Sólo deseaba que lo dejaran en paz.

Conforme iba creciendo, era obvio que ganaba más y más tractivo. Su rostro y físico era sumamente llamativo, y su inteligencia lo hacía ver como un chico misterioso. La mezcla perfecta para cualquier mujer.

Sin embargo, internamente, sentía que tenía algo que lo hacía diferente a los demás. No sabía exactamente qué, pero esa una impresión que iba intensificándose con el paso del tiempo.

Aunque se sentía halagado por las mujeres que comenzaban a prestarle atención, se decidió por una chica que vivía cerca de la escuela. Era una pelirroja de aspecto inocente que siempre lo veía con expresión curiosa.

Se animó un día a hablar con ella, sin temor a si fracasaba o no. Así pues, luego de regresar a casa, se acercó lentamente para saludarla. Lo menos que quería era asustarla. Ella, más bien pareció mostrarse entusiasmada y desde ese momento comenzaron a hablar.

Jon, obviamente, sintió que era una pequeña victoria que el haber hecho un paso tan importante.

Durante un tiempo, las cosas fueron a su propio ritmo. Primero se hicieron amigos y poco a poco floreció un inocente noviazgo. Ella fue su primer beso y su primer descubrimiento de que el deseo y el amor no eran cosas divorciadas, sino más bien complementos que se unían entre sí.

Aunque todo marchaba bien, era obvio que había algo más que hacer, el panorama que tenían en frente los intimidaba un poco, por lo que el tema del sexo no se habló por un buen rato.

Para menguar los arranques de hormonas, Jon pasaba momentos masturbándose. Sentía que su propio cuerpo era una especie de hervidero de deseo descontrolado y no sabía muy bien qué hacer. Si no se masturbaba, trataba de leer sobre el tema al menos para conocer más al respecto. Lo cierto, era que no podía dejar de pensar en esa cintura pequeña, esos ojos verdes y esos pechos redondos que hacían que le picaran las manos.

Cuando pensó que todo estaba perdido, que lo mejor que podía hacer era resignarse, ella se acercó a él:

—Mis padres salieron a una fiesta y llegarán muy tarde. ¿Quieres venir a mi casa?

Después de hacerle esa propuesta, ella le sonrió con una picardía que jamás le había visto. Asintió y quedaron que él se acercaría a las 9, donde ella lo esperaría.

Pasó el resto del día nervioso y ansioso. No quería hacerlo mal por lo que recordó los consejos que leyó en Internet para tener un buen desempeño. Era obvio que la prueba de fuego se presentaría después.

Se escabulló de la casa y atravesó el largo patio hasta llegar al otro lado. Cuando miró hacia el frente, se dio cuenta que ella estaba allí con una sonrisa en el rostro. Finalmente, cuando se acercó, hizo el gesto de darle un beso pero ella lo rechazó como un juego. Jon quedó intrigado pero no tuvo tiempo para preguntarse qué sucedía. Ella ya estaba subiendo las escaleras.

La casa estaba completamente oscura, salvo por unos rayos de luna que se colaban a través de algunas ventanas. Eso fue suficiente para que él mirara hacia adelante. Era ella, de espaldas, con su cabello suelto y abundante, usando una camiseta larga que asomaba sus hermosas y blancas nalgas. Al ver eso, no pudo evitar excitarse de inmediato, sólo pensaba en devorarla de una vez.

Al llegar a una de las habitaciones, igualmente a oscuras, los dos se sentaron al borde de la cama. El corazón de Jon latía con fuerza y él se dio cuenta que el de su novia también. Se miraron y se rieron. Al final del día, sólo eran un par de chicos que jugaban a ser grandes.

Finalmente, él se estiró hacia donde estaba ella para besarla. Al principio fue un poco torpe pero después cobró más y más seguridad. Sabía que si dejaba a su cuerpo hacer lo que tenía que hacer, nada mal saldría.

Luego, sus manos inquietas fueron hacia sus pechos. Ella se sobresaltó pero se rió producto de los nervios. Volvieron a concentrarse en lo demás, cuando Jon inició una serie de caricias por debajo de esa franela. Estaba cada vez más decidido a explorar los placeres del cuerpo de una mujer.

Después de un rato, se ubicaron sobre la cama y comenzaron a besarse con más intensidad. Él, poco a poco, se colocó encima de ella y se propuso a quitarle la ropa para despejarle cualquier impedimento que obstaculizara su placer.

Descubrió los hermosos pechos de ella, los que tanto había imaginado tener entre sus manos, los protagonistas de sus más íntimas fantasías. La miró a los ojos y se dio cuenta que ella estaba asustada. No era para menos, dejaría parte de su inocencia muy atrás, como él.

Volvieron a besarse y olvidaron todo temor atrás. Jon procedió también a desnudarse. Ya no se sentía como un tonto, más bien sus sensaciones eran muy diferentes. Era casi como si quisiera tener el control de todo, sin importar qué.

Introdujo su pene en ella para sentir de inmediato el calor y la estrechez de esas carnes. Y así fue que, entre besos y caricias, los dejaron de ser unos niños.

Él, en lo particular, no pensó que disfrutaría tanto aquello. Antes, pensaba que no eran gran cosa, pero la situación cambió al tener novia y más ahora que había dejado su virginidad. Comprendió la intensidad del cuerpo, el poder del orgasmo y del placer que le daba escuchar los gemidos.

Tras esa noche, tras los jadeos, los besos y las promesas, Jon, acostado en la cama con la mano de ella sobre su pecho, sintió que el sexo le cambiaría la vida para siempre.

... Y así fue. Más aún en la universidad. Esa relación inocente terminó el día que ella se mudó de ciudad, por lo que él se dedicó a terminar los estudios y seguir con ese instinto que le decía que había algo dentro de él muy diferente a los demás.

Anduvo con cuidado, la sola idea le provocaba angustia porque tenía el presentimiento de que podría espantar a las chicas.

Desistió de la idea para concentrarse en las clases. De hecho, llegó a convertirse en una especie de ratón de laboratorio. Pasaba el día haciendo cálculos y códigos frente a una pantalla. Tanto así, que tuvo que comenzar a usar lentes para leer.

Sin embargo, no podía evitar pensar en que necesitaba descargar sus hormonas lo más posible. Ansiaba tener la posibilidad de encontrarse con una mujer y hacerle de todo, pero, ¿por dónde empezar?

Su facultad era el lugar preciso para proyectos y discusiones sobre juegos, gráficas y páginas, códigos y demás proyectos. Pero no necesariamente era el entorno ideal para hacer algo más puesto que era un reino dominado por intelectuales incómodos.

Pero Jon tenía una ventaja, no sólo era inteligente, sino también increíblemente atractivo, así que llamaba bastante la atención.

Comenzó a interesarse por una chica estudiante de Arte. Alocada, informal y libre, en fin, todo aquello que él definitivamente no era. Sin embargo, congeniaron rápidamente, hablaron sobre muchos temas y él sintió

que estando con ella podía ser tan nerd como quisiera. No había temor de demostrar sus gustos ni sus deseos.

—¿Qué haces?

—Estoy estudiando.

—Siempre tan responsable. ¿No te gustaría ir conmigo a un evento? Prometo que será interesante.

—Pero, ¿qué es?

—No te lo diré ahora, ¿vale? Quiero que sea una sorpresa. Y sé que te volará los sesos.

Jon no lo ponía en duda. Por un momento, miró su computadora, la oscuridad de la habitación y el tazón de fideos coreanos a medio terminar, los lentes y la botella de Coca—Cola. Volvió a pensar un poco más, ¿qué más daba? Le dijo que sí.

Tomó una chupa vaquera y sus fieles Converse negros. Nada del otro mundo, tampoco tenía idea de lo que haría, por lo que al menos se aseguraría de andar cómodo.

Ella lo esperó afuera de la residencia estudiantil con esa mirada pícaro y con la expresión emocionada. Después de saludarlo con un beso enérgico, ella lo miró fijamente a los ojos.

—Esto será una locura y estoy segura que es así pero muero por saber que te parecerá.

—Pues, venga, vamos.

Pisó el acelerador con tal fuerza que las hojas de otoño se levantaron del suelo. The Smashing Pumpkins sonaba a todo volumen y ella cantaba al mismo tiempo que sostenía un porro en la otra mano. Se lo ofreció a él, e hizo una ligera calada. Echó su cabeza sobre el asiento y cerró los ojos, no se arrepintió por ningún momento de la decisión que había tomado.

Recorrieron varias calles de la ciudad hasta llegar a una zona bastante oscura y lúgubre. Jon cobró una expresión de alerta que ella advirtió.

—Tranquilo, tío. No te voy a quitar un riñón, ni nada. La cuestión es por aquí. Relájate.

Él se limitó a sonreír un poco incómodo, hasta que aparcaron frente a un lugar extraño. Había una puerta roja en una fachada de paredes grises. Ella, en cuanto salió, le tomó la mano y lo llevó frente a la entrada. Él se percató sobre la forma en cómo ella estaba vestida, un vestido corto negro, medias

negras, tacones altos y un collar ceñido al cuello. Su cabello negro estaba atado en una coleta alta. De resto, estaba igual que otras veces.

De repente, se giró para decirle:

—Prepárate.

Él no terminó de comprender cuando escuchó un sonido detrás de la puerta, un hombre con una máscara de cuero los recibió y ambos entraron en un mundo alterno.

Jon se percató de la luz roja y de ese ambiente denso que había allí. Una espesa nube de humo de cigarro, flotaba sobre las cabezas de las personas. Luego, comenzó a detallar a los asistentes. Chicas vestidas como ella, hombres de traje o semidesnudos, medias de red, tacones imposibles, labios rojos, pechos, nalgas, látigos y látex. Todo en un mismo lugar.

A pesar de lo extraño de la situación, sintió que formaba parte de toda esa fauna. Por primera vez, no era como un pez fuera del agua, más bien todo lo contrario, era su ambiente.

De repente pensó si esa sensación que siempre había tenido con él tenía que ver con lo que estaba viendo. Fue allí cuando presenció algo que confirmó la situación. Frente a sí, una chica estaba de rodillas, con una vara de cáñamo entre los dientes, desnuda y con el cabello suelto. La luz roja que la bañaba, le impedía saber con exactitud el color de cabello o de piel.

Intrigado, se quedó allí, como si sus pies estuvieran soldados al suelo. En ese momento, se acercó un tipo corpulento con un látigo. Se colocó junto a ella con la intención de acariciarle la piel con las lenguas de cuero que salían de ese artefacto de placer.

Luego, de sorpresa, alzó su brazo ágilmente para comenzar a azotarla prácticamente sin control. Ella apretaba los dientes y de vez en cuando exclamaba algún quejido. Pero allí estaba, quieta, tratando de soportar el dolor que recibía.

Jon, mientras, permanecía allí, parada como si fuera objeto de una hipnosis. No podía dejar de ver aunque quisiera...pero realmente no quería. Continuó allí hasta que sintió que su acompañante le tomó del brazo.

—Ven, tienes que ver esto.

Él la siguió automáticamente y se adentraron en un pasillo oscuro. Unos cuantos pasos más hacia adelante para después darse cuenta que estaban frente a una puerta. Ella empujó ligeramente y se encontró con un grupo de personas que estaban sentadas en forma de círculo, alrededor de una luz

blanca. En ella, estaba una mujer atada y amordazada. Junto a su cuerpo, un hombre alto y delgado, vestido de negro.

Todos estaban en silencio y concentrados. De hecho, casi nadie advirtió la llegada de los dos extraños. Lentamente entraron y se sentaron con el menos ruido posible. Querían respetar el ambiente que había irrumpido.

Jon no podía apartar la mirada hacia lo que tenía en frente. La belleza de la luz blanca sobre la piel oscura de la desconocida, ofrecía un contraste digno de una obra de arte. Las cuerdas parecían sujetarla con fuerza, mientras que su boca se encontraba tapada por una mordaza gruesa, como de cuero.

Sabía que el hombre hablaba de algo porque se fijó en que los demás asentían sin parar, incluso algunos tomaban notas. De seguro estaba hablando sobre cómo sujetar o cómo suspender el cuerpo. Pero la verdad es que aquello le daba igual, estaba conmovido por esa imagen.

Sin embargo, sintió que debía ir hacia otro lugar, así que se levantó y caminó por los alrededores buscando algo más. Escuchó un sonido que no pudo identificar inmediatamente y se introdujo en otra habitación.

El escenario le resultó impactante. Otra mujer semi de pie y de espaldas, de tal manera que los espectadores tenían sus nalgas y piernas de frente. Ella estaba atada también. A diferencia de las dos primeras imágenes, esta vez era una mujer la que tenía el control.

Se quedó allí para averiguar lo que sucedería después. La mujer, alta y vestida de traje, respiró profundo mientras sostenía una raqueta de ping—pong. Luego, se colocó junto a la chica amarrada para comenzar a darle nalgadas con el objeto, varias veces.

Esa piel roja y delicada de un principio, comenzó a cobrar un color rojo intenso. De hecho, pudo ver algunas partes que se estaban rompiendo. Sintió curiosidad al ver esos hilos rojos de sangre.

Miró alrededor y se percató que nadie estaba alarmado. Concluyó que todo había sido consensuado por ambas partes. Así que se sintió más tranquilo. Apoyó entonces su cuerpo sobre la pared y se quedó allí, deleitándose con los gemidos y gritos, al ritmo de los paletazos.

Algo dentro de él le dijo que todo lo que había visto era correcto, era la confirmación de una sensación que siempre vivió en él y que por fin pudo verlo materializado. No había que sentir más miedo por renegar de algo que parecía completamente natural.

Salió finalmente y se encontró de nuevo en ese espacio que servía para

reunir a la gente. El ambiente era menos ceremonioso y silencioso. Se escuchaban risas y conversaciones con fuertes tonos de voz. Como sintió la boca seca, se aproximó a lo que parecía un bar y pidió algo para beber. Necesitaba procesar todo lo que estaba pasando.

El whiskey calentó la garganta hasta el punto del picor. Un trago más y cerró los ojos para encontrar explicación o la confirmación de que aquello no era una fantasía.

Sintió la mano de alguien que le tocó el hombro, Jon se encontró con la mirada sonriente de su amiga.

—¿Qué tal te ha parecido todo?

Hizo un esfuerzo para ocultar la verdad. Estaba excitado porque miró a figuras en posiciones de poder, ejercer el control según su preferencia. Estaba excitado porque era eso lo que quería experimentar tras varios años de dudas.

—Pues, es bastante interesante.

—Sabía que te iba a gustar. Y la verdad es que me alegra el haberte traído, sé de chicos que se asustarían de esto... Pero tú no. Tú eres diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes de lo que hablo. Cualquiera persona se hubiera escandalizado, pero tú no. Más bien te dedicaste a explorar por tu cuenta, eso dice mucho de ti.

—Es cierto...

—Venga, no tienes por qué sentirte mal al respecto. Esto es como cualquier otra cosa. Es como la gente que le gusta el helado o vestirse de negro todo el tiempo. Es una cuestión de gustos. Nada más que eso. Sólo que, en este caso, somos más bien un grupo selecto de personas que debemos compartir esto con discreción.

—¿Por qué?

—Porque el BDSM implica una serie de prácticas que no soy muy bien vistas en la sociedad. Además, uno de los principios de esto es la privacidad. Nada de lo que pase aquí, se hablará en otra parte. Muere aquí. Lo mismo que las personas, aquí puede venir hasta el presidente, y no pasa nada, eh. No hay que hacer un rollete con eso.

—Quiero que me hables más al respecto.

Fue lo único que pudo responder, ya que estaba movido por la curiosidad y por el hecho de que tenía el presentimiento de que ese mundo parecía ser la

respuesta a lo que estaba buscando en la vida.

Ambos buscaron una silla para sentarse y hablar mejor.

—Son varias cosas que tengo que contarte, pero lo principal es que BDMS es una práctica sexual e íntima. Digo íntima porque no todo el mundo incluye sexo en las sesiones. Antes que me preguntes, sesiones vendría siendo como los encuentros entre estas personas.

>>¿Vale? Bien, dicho esto, este mundillo abraza cualquier afición y práctica poco común: fetichismo, dominación, sadismo, amarres y masoquismo, principalmente. Con el paso se han incluido más cosas pero eso es lo que hay.

>>Entonces, una relación d BDMS se establece de mutuo acuerdo, todo se habla, todo es consensuado. Si por algún motivo sientes que alguien te obliga a algo que no quieres, tienes el derecho y el deber de terminar con esa relación. Tus límites deben ser respetados.

—¿Qué tipo de límites?

—Eso se trata básicamente de lo que te gusta y lo que no. Por eso hablar es muy importante. Cada quien expone sus preferencias y, si hay un acuerdo, se procede a hacer lo que quieran hacer. ¿No es genial?

Dijo ella con una amplia sonrisa.

—¡Ah! Antes de que se me olvide. Cada uno aquí desempeña un rol. Hay quienes les gusta dominar, como las personas que viste, y otras ser sumisas, los que reciben el dolor o las acciones de estos amos o amas. Por supuesto, el espectro es tan variado como relaciones haya. Hay sádicos y masoquistas cuya relación es esa, el dolor, nada más. Otros incluyen sexo y hasta más personas. Pero claro, como te digo, todo debe hablarse.

—¿Y tú qué eres?

—Soy una sumisa, una brat. Es decir, una especie de adolescente malcriada.

—Creo que eso va bastante bien contigo.

Ella sonrió.

—Lo sé, lo sé. Pero, ¿qué me dices? ¿Te gusta?

Después de toda la explicación y de encontrar un momento en donde pudo comprender todo lo que había pasado, Jon la miró fijamente.

—Siempre he pensado que tuve algo que nunca pude explicar bien. Ahora que estoy aquí, siento que todo encaja, que hay un sentido.

—Pero claro que lo hay. Muchos de nosotros nos hemos sentido así alguna vez, como si fuéramos unos parias. Pero no. No es así. Hay un lugar para personas como nosotros y aquí estamos.

Abrió los brazos de nuevo con una sonrisa. Él también sonrió.

Esa noche, Jon se sintió más emocionado que nunca. Era como comenzar a experimentar una serie de sensaciones emocionantes. La idea comenzó a calar dentro de sí y a convertirse en una especie de obsesión.

Desde ese momento, él comenzó a pasar más tiempo con su amiga. No sólo para informarse de ese mundo, sino también para poner en práctica las cosas que iba aprendiendo. Ella se hizo cargo de él, procuró enseñarle todo lo que conocía porque veía en él a un gran Dominante.

Poco a poco, Jon dejó esa personalidad tímida para cobrar más seguridad en sí mismo. Aprendió a tener mayor poder de decisión y control. Descubrió que prefería las esposas y cadenas, frente a las cuerdas y que moría por unas buenas nalgas para dar nalgadas duras y contundentes.

También disfrutaba de colocar pinzas de madera en los pezones, que su sumisa se vistiera provocativamente para él y le diera todo el sexo oral que quisiera mientras trabajaba frente a la computadora.

De hecho, un día quiso estrenar una cadena con ella. Por eso la citó en un hotel y los dos cuando disponían a prepararse para tener relaciones, Jon le enseñó la pieza que estaba unida un collar de cuero. La alegría y entusiasmo de ella, fue tal que no pudo gritar de la emoción.

Después de castigarla con unas cuantas nalgadas, hizo que se arrodillara para colocarle el collar y hacer uso de la cadena. Al verla así, sometida a sus designios, Jon sintió que todo en la vida tenía sentido. El poder el control, las consecuencias que tenían sus decisiones sobre ella. Era una sensación increíblemente gloriosa.

La paseó por la habitación, la abofeteó e hizo que le bajara el cierre del pantalón para que le diera sexo oral. La tomaba también por el rostro y procedía a forzarla a abrir más la boca y hacerlo más rápido.

Lo cierto, es que adoraba verla así, con su verga atragantada en su boca, con los hilos de saliva y con el movimiento incesante de sus pechos en un constante vaivén. Podría congelar ese momento y quedarse allí para siempre.

Su relación fue intensa porque experimentaron cualquier cantidad de situaciones. Sexo en público, masturbaciones forzadas sin llegar al orgasmo, sólo sesiones de dolor, pinzas en los pezones, esposas y más cadenas,

latigazos y hasta varas de cáñamo. La variedad que él había incluido en su vida sexual fue tal que incluso ni la podía creer.

Así pasó el tiempo, ambos incluso desarrollaron una relación afectiva que hizo que posible que exploraran mucho más. Sin embargo, todo comienzo tiene un final, ambos decidieron separarse de la mejor manera posible.

Aunque había sido una gran experiencia para él, Jon no se limitó en lo más mínimo. De hecho, se dedicó a leer e investigar más sobre el tema. Incluso, fue a exhibiciones de ponis y trajes fur por parte de los más entusiastas. Le emocionaba la expresión que cada quien le daba al sexo y a la intimidad.

Conoció sobre la manipulación mental y lo que se podía lograr con ella. Sin embargo, aquello le había parecido extremo por lo que no se mostró demasiado entusiasta al respecto.

Después de graduarse de la universidad, Jon estableció un equilibrio perfecto entre ese mundo y su vida vainilla. Tenía claro que no podía manifestar a viva voz que era un Dominante que le excitaba la idea de producir dolor en las mujeres. No era buena idea.

Sin embargo, y sin quererlo, fue consumido por la rutina del trabajo. Prácticamente su vida se limitaba del trabajo a la casa y viceversa, salvo por unas cuantas noches de cine y de reuniones para jugar videojuegos. La vida de adulto también incluía preocuparse por pagar las cuentas y por buscar un lugar en donde establecerse.

En este periodo, logró su trabajo actual en lo que era una importante empresa de tecnología. Al principio pensó que será el puesto de ensueño porque haría lo que más le gustaba hacer, pero no fue así. De nuevo la rutina se hizo cargo de su vida laboral, arrastrándolo a ir a un lugar donde todos los días era lo mismo. Saludar a sus compañeros, encender la computadora y esperar a alguien que llamara al departamento para pedir ayuda, mientras mataba el tiempo jugando juegos de PC. Los días de parecían entre sí.

A veces, cuando se acostaba a dormir, pensaba en tramar un plan para hacer algo diferente, algo que le permitiese decir que su vida era al menos emocionante. Pero no había nada, nada que le llamara la atención.

Hizo el intento de salir con algunas chicas. Pero el aburrimiento que sentía por la vida, también se extendió hacia esa dirección. A veces hablaba con esas mujeres y sólo miraba sus bocas moverse, pero nada más. No había

sustancia, ni algo remotamente diferente.

Por el contrario, si había algo remotamente interesante, la noche podría terminar en una sesión interesante de sexo, lo cual agregaba cierto grado de interés.

Las relaciones efímeras y superficiales tampoco lo satisficieron lo suficiente. La vida se le había convertido en un lienzo blanco en donde no había posibilidad de hacer algo llamativo.

Su personalidad entonces pasó de la curiosidad a las cosas a la completa apatía. Todo le daba igual, nada le llamaba la atención. Incluso se sentía casi como si fuera un zombi. Era alguien que había perdido la vida, por así decirlo.

—Bueno, muchachos, los llamamos para decirles que por fin los mudaremos de esa horrible oficina a una mucho más grande. De hecho, cada quien tendrá su espacio para que lo disponga como siempre. Estamos haciendo lo mismo con todos los departamentos ya que estamos creciendo y queremos incluir más personal. Los cambios serán en los próximos días, así que es probable que también encuentren a varias personas nuevas.

—“Personas nuevas”. —Se dijo Jon a sus adentros. — Veremos qué cosas nos trae esto.

Lo que él no sabía, es que estaba a punto de conocer a alguien que lo transformaría por completo.



II

“Entonces, el príncipe se acercó hacia la princesa con la expresión de felicidad. La miró dichoso y ella supo desde ese momento que vivirían para siempre. FIN”.

—Bien, creo que no está nada mal.

Grayce se ajustó los lentes antes de publicar la historia en una página de wikis sobre cuentos hechos por fanáticos de lo fantástico.

Antes, revisó un poco más para asegurarse que todo estaba bien y finalmente se sintió satisfecha. Movi6 el mouse con cuidado e hizo clic en “enviar”. Luego, tom6 su taza de caf6 caliente y mir6 c6mo la historia se subía poco a poco. Sonri6 para s6 misma.

Al revisar los correos de lectores habituales, ella se levant6 finalmente para asomarse por la ventana. El d6a estaba fr6o pero bastante despejado. El sol brillante se abri6 paso entre los 6rboles. Una belleza que le gustaba contemplar.

Adem6s, un poco m6s all6 de la calle, mir6 a una pareja que se abrazaba y besaba con profunda dulzura. Aunque sonri6, sinti6 un poco de envidia. Luego, se rega6a6 a s6 misma por sentir eso.

—Escribes sobre el amor, entonces debes sentirte feliz cuando ves a personas que son capaces de demostrarlo. Deja de ser as6.

Se alej6 y luego se acost6 sobre su cama. Mir6 hacia el techo blanco y cerr6 los ojos. Record6 en seguida que en pocos d6as comenzar6a un nuevo trabajo, por lo que tendr6a que organizarse mejor para escribir sus historias.

Ella lo hac6a, b6sicamente, porque era una fiel creyente del amor y del romance. Pensaba que tomar la mano de una persona era el acto m6s puro que hab6a. Por suerte, encontr6 esa p6gina en donde pod6a fantasear con la idea de una relaci6n perfecta e id6lica, aunque sab6a que era una mera fantas6a.

Siempre fue una persona muy imaginativa, so6aba despierta por lo que a veces ten6a que obligarse a pisar tierra. Por suerte, eso no hab6a representado un obst6culo en sus estudios. En ese aspecto, era una persona bastante centrada y enfocada. Lo hab6a demostrado en obtener altas calificaciones.

Lo suyo, indudablemente, eran los libros. Luego de repasar las lecciones, hund6a la cabeza en historias fant6sticas y novelas de amor. Suspiraba

escondida debajo de las sábanas añorando tener a un cabello con armadura brillante, o al hombre rudo que finalmente descubre que la ama por completo.

Pero la realidad era otra. Si bien deseaba algo así, resultaba un poco difícil porque era increíblemente tímida. Así que tenía que conformarse con las historias de sus amigas sobre sus novios.

Aunque su concepción era idílica, tenía muy claro que había un aspecto importante entre dos personas que eventualmente se manifestaba. Tenía que ver con la intimidad y el sexo. Durante su adolescencia, escuchó los comentarios de chicas con cara de sorpresa:

—Sí, se lo vi y es impresionante, tía. No me lo podía creer. Casi me caigo del susto.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué crees que iba a hacer? Lo tuve que trabajar, tía, y te digo algo, fue el mejor día de mi vida.

Al oír esas cosas no podía evitar sentir una mezcla de sensaciones. Por un lado, no le agradaba la idea de que la gente se expresara de esa forma, sin embargo algo le decía que era normal que dos personas expresaran su deseo de esa manera. Y también estaba segura que eso podía ir de la mano con el amor, ¿por qué no?

Suspiraba entre los pasillos mientras confesaba para sí misma su amor por chicos imposibles. Soñaba con el momento de su primer beso y de presentar a su primer novio.

Las cosas, sin embargo, cambiaron ligeramente en la universidad. Esa visión rosa del mundo se transformó al darse cuenta que mucha gente tenía una perspectiva diferente de la vida. Más bien, práctica.

Había quienes preferían mantener relaciones de tipo informal para no involucrarse demasiado y evitar problemas, ella, sin embargo, se decía que la vida era cuestión de apostar y a veces valía la pena arriesgarse.

Por otro lado, durante esta época, comenzó a experimentar algo que no le había pasado antes, se dio cuenta que para algunos hombres era llamativa, por lo que a veces se encontraba en una posición donde no tenía muy claro cómo actuar.

Esto era, sobre todo, porque se sentía insegura de sí misma. Sin embargo, era una mujer hermosa: piel blanca, ojos café, cabello negro con ondas suave por los hombros, labios carnosos, nariz fina, cejas gruesas y largas pestañas.

Además, tenía una figura muy curvilínea gracias a su pequeña cintura y anchas caderas. De resto, un par de piernas gruesas que le provocaban cierta incomodidad pero era un complejo que tenía desde la niñez.

Su belleza física era sólo una parte. También era dulce, atenta, inteligente y responsable. Era casi como la mujer perfecta. Su ingenuidad también la hacía ver como alguien encantador.

Aunque pensó que nadie se fijaría en ella, conoció a un compañero de clase que se mostró muy interesado en conocerla. A sabiendas de que era una chica tranquila, él trató de comportarse con serenidad y respeto. No era como el resto de las chicas del campus, Grayce era algo especial.

Ella se entusiasmó con él. Salir con uno de los jugadores del equipo de rugby no era una cosa sencilla, incluso era como una caricia para su autoestima.

Después de un corto tiempo, ella experimentó su primer beso con él. Para su sorpresa, fue mucho mejor de lo que pensaba, sintió que el mundo se movió debajo de sus pies y que era capaz de volar por los aires. Era una emoción increíble.

Esa experiencia también le permitió conocer un aspecto muy importante que había dejado atrás por mucho tiempo. Se trataba del poder que tenía el contacto físico sobre ella.

Descubrió el calor en la parte baja del cuerpo, las palpitaciones en el coño, la humedad y la urgencia de sentir el cuerpo del otro. Sentía el impulso de la naturaleza de seguir adelante, de experimentar la propia naturaleza del deseo.

Sin embargo, pensó que lo mejor que podía hacer era controlarse. Algo le decía que debía ser de esta manera.

Dejó ese asunto de lado y trató de concentrarse en las salidas y en los encuentros que cada vez más se sentían más intensos. Grayce moría por estar con él y pensaba que ya estaba lista para entregarse a él.

Cuando se dispuso a manifestarle su decisión, se topó con una conversación que la paralizó en seguida:

—Entonces, ¿qué harás con ella?

—Pues, follármela, tío.

—Lo siento, tío, pero esa tía lo único que hace es calentar la polla.

—Aunque tienes que admitir que está bien buena, tiene un cuerpo... Y

esa carita de ángel, todo un pecado, eh.

—Venga, venga, están hablando de mi novia.

—Ay, tío, no te hagas el santo.

—Vale, vale. Pero sí, voy a follármela porque ya estoy cansado de esta espera.

Ella no pudo entender lo que estaba sucediendo. Primero sintió una especie de frío en el estómago y luego un calor intenso en el oído. Se echó para atrás y trató de convencerse a sí misma que lo que acaba de escuchar, realmente había sido una mentira.

... Pero no, todo fue lapidario, letal y frío. Experimentó esa sensación de suciedad y de indignación que le invadió el cuerpo. No supo qué hacer. Estaba entre los gritos y el escándalo.

No lo hizo porque no era ese tipo de persona, así que se apartó de esa pared en donde había escuchado todo y dio la media vuelta.

Desde ese día, se negó toda posibilidad de compartir la intimidad con una persona y menos cuando su cuerpo y su mente eran vistos como una mercancía.

Se enfocó en sus estudios a tal punto, en que se convirtió en una de las mejores de su clase. De esa manera suprimió todo deseo que pudiera existir en su cuerpo, aunque seguía pensando que era posible alcanzar el amor.

Dividía su tiempo entre los estudios y en los fanfiction de las historias románticas. De hecho, dio con un sitio en donde publicaban relatos de este tipo hechos por y para amantes del género.

Sobra decir que pasaba noches enteras, debajo de las cobijas y con los ojos llorosos leyendo los relatos de amor y fantasía. Pensaba que dentro de todo, existía la posibilidad de encontrar a la persona ideal y de la relación perfecta, ¿por qué no?

Comenzó a escribir y hasta hacerse un sitio, en donde, de vez en cuando publicaba ficciones. A veces eran cuentos de hadas, otras tenían más bien un tinte de vampiros o de terror. Daba igual, se entregaba con una pasión impresionante.

Luego de esa relación fallida, Grayce recibió todo tipo de pretendientes que querían salir con ella. Su interés era inexistente, la verdad es que no quería molestar más por ese asunto.

Tras finalizar la universidad, se quedó en la ciudad para seguir

desarrollándose profesionalmente. Había hecho unas cuantas pasantías pero necesitaba encontrar un trabajo permanente para poder tener un poco de paz financiera.

Un día, leyó en el periódico que estaban buscando personal en el área de administración en una empresa de tecnología. Se mostró ilusionada puesto que representaba una gran oportunidad para ella.

Así entonces, preparó su currículum, sacó su mejor foto y preparó el envío del material. Estaba más ansiosa que nunca.

A los pocos días, recibió la notificación de que había sido preseleccionada para una entrevista:

“Hemos leído tu resumen curricular y nos has llamado mucho la atención, queremos saber si te gustaría concertar una entrevista para el martes en la mañana”.

Respondió inmediatamente y se dispuso a preparar lo que usaría para el gran día. Se decidió por una combinación sencilla y casual y fue hacia el lugar que le habían indicado. Sintió que el corazón le latía más fuerte que nunca.

—¿Grayce? Adelante, por favor.

Se levantó de la silla con los nervios de punta para luego entrar a una oficina pequeña, blanca y un poco fría. La recibió una mujer con rostro amable, que enseguida le hizo el gesto para que se sentara. Cuando lo hizo, comenzó a preguntarle sobre asuntos banales para luego ir a lo realmente importante.

Luego del miedo inicial, ella empezó a demostrar más dominio y control sobre sí misma. Hablaba con seguridad y con certeza, tanto así, que incluso llegó a pensar que realmente no estaba en una entrevista.

—Bien, Grayce, sé que es demasiado pronto para decirte esto pero creo que serás un elemento importante para nuestra oficina. Me encantaría que formarás parte de nuestro equipo.

Ella, por dentro, no lo podía creer. Estaba sintiendo que las cosas por fin estaban acomodándose y que ya tendría una dirección importante.

—Me gustaría que empezaras lo antes posible, puesto que estamos ampliando nuestro personal. La empresa está creciendo y necesitamos que la mayor cantidad de personas estén preparadas para el reto que se nos viene. ¿Qué dices?

—Pues, estaría encantada. No tengo problema para empezar en cualquier momento.

—Estupendo, estaremos avisándote en cualquier momento. Probablemente en la tarde o mañana en la mañana. ¿Vale?

—Vale, perfecto.

Salió de allí con una amplia sonrisa. Estaba tan contenta que no se dio cuenta que alguien la miraba a lo lejos, alguien que había quedado prendado de ella.

—Todo saldrá bien, sé que sí.

Tomó sus cosas y se dirigió hacia los elevadores. La gran aventura estaba a punto de comenzar.



III

Jon había ido a la oficina con la misma actitud de apatía usual. Aunque pensó que el movimiento de las oficinas o la llegada de gente nueva, le resultaría algo agradable, la verdad es que fue más de lo mismo.

De hecho, peor. Recibía llamadas casi todos los días solicitando su ayuda con carácter de “urgencia” para asuntos que, al final, eran más tontos de lo que había supuesto.

Por dentro, sin embargo, era otra historia. Extrañaba las sesiones y los encuentros sexuales, extrañaba a alguien a quién dominar, aunque no sabía si más bien añoraba que algo emocionante pasara en su vida.

Sin embargo, tenía que admitir que el movimiento que había en la oficina era más o menos interesante. Veía gente ir y venir, por lo que la cosa no estaba tan mal.

Entre todo el movimiento, vio algo que le llamó la atención, un destello, una ráfaga que pareció perturbar esa apatía generalizada. Después de atender unas solicitudes, se quedó de pie para descubrir de qué se trataba. Al final, era una chica que había entrado a la oficina de Recursos Humanos.

No supo la razón pero siguió allí, apostado como un centinela. Debido a que era una persona algo rara, no fue particularmente llamativo encontrarlo así, pero él aprovechó la ocasión para insistir en saber quién era esa persona.

Esperó cerca de media hora. Incluso se cuestionó esa capacidad de aguante que tenía. Pero algo en su interior le decía que debía permanecer allí, hasta el final.

Hubo un punto en donde pensó que no podría más, así que se dispuso a moverse cuando escuchó la puerta abrir. Era ella, de nuevo, con una amplia sonrisa. Supuso de inmediato que había obtenido el trabajo, así que de alguna manera él también celebró.

Estuvo allí, desde la distancia, mirándola. Detalló el cabello negro y las ondas suaves, la figura curvilínea y esa expresión de dulzura que casi lo conmovió. Sintió una mezcla de sensaciones porque fue como darse cuenta que lo había partido un rayo y que, además, se le presentó eso que tanto había deseado, esa manifestación de algo emocionante.

Esperó un poco más hasta que la siguió con la mirada. Tomó los elevadores y su hermosa imagen se desvaneció detrás de las puertas. Jon,

exclamó un suspiro. La verdad es que no le había pasado algo así. Por más que se puso a pensar, supo que fue la primera vez que experimentó una sensación de ese estilo.

Por un momento tuvo la necesidad de moverse y de increpar a la jefa de ese departamento para preguntarle lo que estaba pasando.

—No, vas a quedar como un gilipollas y no. Es mejor que esperes. Quizás puedas saber de algo más, más adelante.

Asintió para sí mismo y volvió a desaparecer entre los escritorios y en el ajetreo de la mañana.

Las horas transcurrieron hasta llegar el almuerzo. Jon pensó que sería el momento perfecto de escuchar o acercarse a esa persona para preguntarle más al respecto. Por un lado le resultaba fastidioso hacerlo por su cuenta pero era algo que tenía que hacer.

Aunque se estaba preparando para hacer lo que más detestaba (socializar), sonrió ante su buena fortuna. La mujer ya estaba empezando a hablar sobre el tema con otra compañera. Así que luego de comprar un sándwich y una gaseosa, se sentó cerca de las mujeres para escuchar mejor lo que estaban hablando.

—Está casi todo listo. Esta semana hemos entrevistado a tantas personas que siento que el cerebro se me fundirá.

—¿Y qué tal?

—Pues, hemos encontrado personas maravillosas. Estoy emocionada porque los departamentos crecerán mucho y en poco tiempo. De hecho, esta mañana entrevisté a un par de chicas, una para la gerencia de Administración y otra para Legal. Encantadoras. Creo que se la llevarán bien con esto.

—Eso espero... Es increíble lo mucho que han cambiado las cosas por aquí...

Siguieron hablando de algo que fue irrelevante para él y aunque hubiera deseado tener un poco más de información al respecto, lo que había escuchado le permitió confirmar lo que hubiera supuesto antes.

A pesar de tener el mismo exterior de siempre, Jon seguía pensando en ella. Su cerebro pareció estar infectado por esa sonrisa, el pelo y el andar de ella. Trató de quitársela de su mente pero era inútil, era como si le hubiera despedido de toda posibilidad de volver a concentrarse en lo suyo.

Al final, tomó sus cosas, cerró su oficina y se despidió de sus

compañeros como solía hacer, salvo que tenía el rostro de esa desconocida en su cerebro. Cada paso que daba, se cuestionaba a sí mismo porque sabía que aquello no era normal.

No era la primera vez que veía a una mujer bonita o atractiva. Ya había pasado y también había pasado que continuaba con su vida sin problemas. Pero ella, ella tenía algo, una especie de embrujo que lo condenó desde el principio.

Se subió sobre su Camaro y anduvo por la calle pensativo. Ansiaba el momento de encontrarla y de hablar con ella. ¿Por qué no le preguntó a la mujer quién era o por qué no se acercó para sacar más información como era su plan inicial? No, mejor no. Tenía que mantener la compostura y más cuando era una persona conocida por ser particularmente callada.

Desaceleró lentamente y aparcó el coche cerca del edificio en donde vivía. Tomó la mochila y sacó las llaves para abrir la puerta principal. Sus sentidos estaban más activos que nunca, sabía que sería una completa tortura cavilar más sobre esa mujer, así que no le quedaba de otra que quedarse tranquilo y esperar a cómo se iban a desarrollar los acontecimientos.

Entró a la casa y encontró con un espacio oscuro y grande. Encendió la luz de la cocina y se dirigió a la nevera para sacar una cerveza. La destapó y dejó que la bebida fría le calmara la sed del día. Frunció el entrecejo y volvió a pensar en ella.

—Está bien.

Se dijo, ya no haría lo posible para despejarse de su recuerdo. Más bien planificaría el encuentro con ella.

—Esto tiene que ser una señal.

Bebió hasta lo último que había en la botella y decidió que lo mejor que podía hacer, era ir a su cama y dormir. Así pues, caminó unos cuantos pasos hacia su habitación, comenzó a quitarse la ropa y luego se echó desnudo sobre la cama. A pesar del viento frío que se colaba sobre los bordes de las ventanas, Jon prefirió mantenerse así, sobre todo, porque el deseo y la obsesión que estaban naciendo en él eran tan grandes que lo hacían entrar el calor.

—Pronto sabré de ti... Ya verás.

El despertador sonó más temprano de lo que pensó. Grayce lo apagó con desgano porque se prometió a sí misma que se levantaría en cinco minutos. Cinco minutos más entre esas sábanas calientes y cómodas que la arrullaban

como si fuera un bebé.

Pero no podía darse ese lujo y menos el primer día de trabajo. Cuando recordó que tenía que ir, se levantó como un rayo directo al baño. Tomó una toalla y preparó el agua para ducharse. Mientras lo hacía, se miró en el espejo y notó que estaba algo preocupada.

—Todo saldrá bien, todo saldrá bien.

Se repitió varias esas palabras varias veces para encontrarse con un poco de fuerza. Así que luego de unos segundos de meditación y reflexión, entró a la ducha y se bañó con un poco de rapidez para que el tiempo le rindiera, al menos para comer algo.

Salió y encendió la radio para escuchar un poco de música. Sonreía y bailaba mientras escuchaba la canción. Peinó su cabello brillante y procedió a vestirse: unos vaqueros oscuros pitillo, una blusa rosada clara y unos botines de cuero marrón.

Salió de allí y fue a la cocina a prepararse una taza de café y a tostar unos panes. Aunque no tenía demasiada hambre, tenía que reconocer que sus nervios la estaban haciendo eso. Que fuera de un lado para el otro sin un momento para descansar.

Se sentó en la cocina para beber el café y para remojar el pan. Seguía tamborileando los dedos y pensando al mismo tiempo cómo serían las cosas en esa oficina. De hecho, recordó que la llamaron justo cuando estaba haciendo una cola para comprar pan. Tuvo que taparse la boca con ambas manos para no dejar salir un grito que pudiera comprometerla.

Así pues que luego de terminar, y de darse cuenta que no había más nada que hacer, se levantó de la mesa y comenzó a terminar de arreglarse. Por último, tomó las llaves y echó un último vistazo a su piso.

—Bien. Aquí vamos.

Se enfrentó enseguida al tráfico y el caos a pesar que no era un lunes. Sin embargo, el entusiasmo de tener que trabajar en un lugar mucho más grande y con opciones de crecimiento profesional, le resultaba emocionante. Así que pudo lidiar con el estrés, los empujones y los malos ratos porque sabía que sería recompensada al final.

Después de una hora, pudo llegar al centro empresarial. Grayce se veía minúscula entre los rascacielos que se encontraban sobre su cabeza. Grandes corporaciones y hombres y mujeres vestidos de traje, sumamente ocupados, que iban y venían alrededor de ella como si fueran flechas.

Tragó fuerte al quedarse frente a las puertas del edificio en donde trabajaría. Alzó la vista y se dio cuenta que había algunos pisos que parecían en construcción. En efecto iba a hacerse más grande e importante y ella sería de las personas que lo confirmarían.

Volvió a sonreír por puro entusiasmo y avanzó finalmente a lo que sería su destino. Se dirigió a las puertas de cristal y fue recibida por un par de vigilantes que le dieron la bienvenida. Ella asintió con amabilidad y siguió el camino hacia los elevadores que estaban allí.

Hizo memoria para saber cuál era el piso al que tenía que ir y presionó el botón como pudo. Lo cierto es que estaba repleto de personas. Quedó al fondo del elevador y se quedó allí, tranquila y a la expectativa de lo que iba a pasar. Comenzó a escuchar el sonido de cada piso hasta que por fin se dio cuenta que estaba cerca del suyo. Dio un par de pasos hacia adelante y hasta que supo que ella era la próxima.

De nuevo, se abrieron las puertas y miró el mismo jaleo que estuvo allí cuando fue a la entrevista. El ambiente estaba animado y agitado. Por un momento se echó para atrás porque se encontraba intimidada. Sin embargo, tuvo que animarse para seguir.

Avanzó y por suerte se topó con la misma mujer que la había entrevistado.

—¡Hola! Vaya, qué casualidad que nos hayamos encontrado. Pues, así mejor porque puedo guiarte de una vez a tu espacio y así puedas instalarte sin problemas.

El alivio que sintió Grayce procuró que no se le viera en la cara, por lo que asintió amablemente y la siguió. Se percató de las hileras de oficinas y cubículos, de las personas que estaban acomodándose en cada espacio y en cajas repletas de papeles que le dieron a entender la mudanza de varios departamentos.

—Como supondrás, éramos mucho más pequeños y ahora esto está a punto de cambiar. Desde hace unos meses nos dieron la notificación y nos estamos moviendo como locos. De hecho, el departamento de IT era de tres chicos. Los pobres estaban hacinados en una pequeña oficina, ni me quiero imaginar cómo hacían para moverse en ese espacio. Pobres.

—¿Pero se pudieron mudar?

—Claro, claro. Ellos fueron los primeros. Es más, me parece que Administración y IT están relativamente cerca, así que imagino que los

conocerás en cuestión de tiempo.

—Ah, vale, vale.

Atravesaron más pasillos hasta que por fin dieron con un área amplia, blanca pero con algunos muebles bastantes minimalistas y sobrios.

—Es aquí. Tu jefe vendrá dentro de poco, pero sé que te han asignado este escritorio. Así que, siéntete cómoda y aprovecha el tiempo leyendo el manual que tenemos. Es una especie de bienvenida que hace la empresa.

—Vale, muchas gracias por traerme aquí.

—No te preocupes. Y bienvenida. Cualquier cosa que necesites, no dudes en preguntarme.

Le hizo un guiño y volvió desaparecer. Grayce, por su parte, se concentró en todo lo que tenía alrededor. Su escritorio era grande, de madera y la silla era cómoda. La computadora tenía una pantalla amplia y el teclado parecía agradable para trabajar.

Tomó el folleto que tenía sobre la superficie y comenzó a leer sin demasiado interés. Sabía que era una especie de comunicación corporativa para animar a la gente en su primer día de trabajo. Sin embargo, los nervios del primer día parecían que la consumían lentamente por dentro.

—Tenemos que ajustar las comunicaciones porque se nos viene una cantidad importante de personas a trabajar con nosotros. Es probable que se nos presenten problemas en el sistema pero, por suerte, hemos estado trabajando sobre ello.

—¿Cuántas personas comenzarán hoy?

—A ver... Legal, Administración y unos cuantos que están ya aquí en nuestro equipo. Lo siento muchachos, esta es la única bienvenida que podemos hacerles.

—Vale, entonces, ¿qué hacer?

—Comenzar a hacer los cambios que habíamos dicho la semana pasada. Movernos con eso porque el efecto será de bola de nieve. ¿Vale?

—Vale.

Jon se quedó al final, arreglando unos asuntos y conversando con sus otros dos compañeros. Él se convirtió en uno de los líderes de grupo, por lo que esa posición iba bastante bien con ese sentimiento que tenía de control.

—Hay que buscar unos registros y las lecturas de los servidores.

—Voy a por ellos.

—Vale.

Salió de la sala de reuniones con la mente ocupada. Estaba agradecido por ello, sobre todo, porque era lo único que le había ayudado a despejarse de recuerdo incesante de esa mujer desconocida. En efecto, pasó gran parte de esos días pensando en ella. Incluso llegó a pensar que se había vuelto loco.

Pensaba que aquello no era normal y que de seguir así, tendría que buscar ayuda. Por lo pronto, se enfocó en ocupar su mente con el trabajo y con todo aquello que tuviera relación con él. Su plan pareció surtir efecto, tanto, que incluso olvidó que ese día se encontraría de nuevo con esa desconocida que había martillado tanto su paz mental.

Caminó por el pasillo con el objetivo de hacer lo que le correspondía. Sin embargo, de nuevo esa imagen que captó de reojo. Pensó que estaba alucinando pero no fue así, se detuvo un momento y vio a la misma chica de la primera vez.

Estaba sentada en un escritorio, en lo que parecía en un departamento no muy lejos del suyo y con la expresión aparente de fastidio.

Se tocaba el cabello suavemente, y miraba ese trozo de papel brillante con la intención de distraerse lo más posible. De repente, alzó la vista y miró hacia todas las direcciones para saber si habría alguien que le diera luces del por qué estaba allí por tanto tiempo.

Jon deseó fervientemente encontrarse con los ojos cafés de ella. Pero no, volvió la vista hacia ese punto que le robaba la concentración.

Quiso moverse y alejarse de allí pero ya su mente parecía ir a mil por hora. Recordó que ese era el día que se integraría a la oficina. Recordó la desesperación que sintió las veces que sólo pensaba en ella y en el sueño que no podía recuperar por esa misma razón.

Sus pies se quedaron allí, pesados como un par de plomos e imposibles de moverse. Su piel pálida, cobró un color rojo intenso en las mejillas. La apatía de sus ojos azules se convirtió en una especie de chispazo que rayaba en la euforia.

Fue allí cuando dejó de pensar y cuando dejó de actuar como la persona más comedida del mundo. Estaba muy cerca de mandar las cosas al demonio.

Así que se acercó a ella, asegurándose a su vez de hacerlo con cuidado, aunque internamente tenía que hacer un gran esfuerzo para tranquilizarse puesto que se sentía nervioso y ansioso.

Metió las manos en el bolsillo para verse tranquilo, pero lo cierto es que

lucía como un adolescente torpe. Entonces logró colocarse cerca de ella, e hizo el gesto de que estaba mirando lo mismo que ella. Grayce advirtió su presencia y se sobresaltó un poco.

—Hola, disculpa, también me quedé concentrado leyendo eso. —Sonrió con la naturalidad que le fue posible.

Grayce se quedó impresionada por el atractivo de ese hombre. Alto, de aspecto atlético, con los ojos azules brillantes y grandes, el cabello negro y una piel clara casi pálida. La sonrisa la hizo sentir segura y también seducida, así que se quedó como hipnotizada por él. Así que trató de no decir alguna tontería.

—Ah, sí, sí. Me dieron esto pero ya lo he leído varias veces y bueno, estoy esperando a quien será mi jefe.

—Mmm, es que estamos todos como unos locos. Pero, hey, déjame presentarme. Me llamo Jon y trabajo para IT, estamos aquí cerca.

—Mucho gusto, Jon. Me llamo Grayce.

El nombre le retumbó en su interior. Hacía eco dentro de sí una y otra vez.

—¿Este es tu puesto?

—Sí, sólo estoy esperando a mi jefe para ponerme al día.

—Vale, ahora tengo que hacer unas cosas pero mira, trabajo hacia esa dirección, así que no te preocupes en preguntarme lo que quieras. Sé que a veces es difícil el primer día. ¿Te parece?

—Muchas gracias. De verdad siento mucho alivio por tus palabras. Ya no me siento tan nerviosa.

Ella sonrió tímidamente y colocó parte de un mechón de cabello detrás de su oreja. Lo miró con timidez y el sintió que el mundo se le movía debajo de sus pies. Era hermosa, hermosa con todas las letras y no podía huir de ese hecho, aunque realmente no quería hacerlo.

—Nos vemos pronto, lo prometo.

Ella asintió, luego él como pudo, se separó de ella aunque lo único que realmente quería era quedarse allí, admirándola y hablándole.

Jon se paseó por los pasillos con el corazón latiéndole a mil por hora. Quería comprender lo que estaba sintiendo pero no había explicación para una situación como esa. Así como la primera vez, experimentó un conjunto de emociones extrañas. Pero no tenía tiempo para pensar en ello, porque tenía

cosas que hacer.

Se dice que hay episodios en nuestras vidas que son capaces de cambiarnos para siempre. Momentos que pueden transformar nuestra percepción y nuestra visión de mundo, incluso de lo que es correcto y de lo que no. Sólo basta un instante para darnos cuenta que eso accione los mecanismos de nuestra mente y cuerpo para que se genere esa transformación. Y Jon estaba en medio de ese proceso.

De alguna manera lo sabía, lo presentía. Su mente le alertaba pero también le decía que debía seguir e insistir. En ese momento se sentía como un toro que debía embestir al torero. Debía hacer la jugada magistral para obtener el resultado que quería, pero, ¿cómo?

Era un hombre inteligente, después se las arreglaría para descubrirlo. Aunque, a decir verdad, no estaba muy lejos de encontrar la respuesta.

Llegó a la habitación de los servidores y procedió a buscar la torre que necesitaba. Miró las enumeraciones, sacó un bolígrafo y una libreta para comenzar a anotar todo lo que estaba allí y después a hacer el resto de lo que tenía pendiente. Pero mientras lo hacía, Grayce retumbaba en sus neuronas como un fuerte ruido. No podía sacudírsela de encima aunque quisiera.

Sus manos templaban, su visión se volvió borrosa por lo que tuvo que sacar sus lentes para que las letras y datos no se le volvieran a confundir tontamente. Estaba nervioso pero también como si hubiera recibido un shot de vigor. Era una especie de receptor de energía que concentraba toda la electricidad del mundo.

Después de terminar, se volvió a levantar y miró hacia un punto fijo. No decía nada, no pensaba. Respiraba porque es un acto independiente de su cerebro. Sin embargo, se quedó allí, pensativo y consumido en una serie de reflexiones que iban y venían en su mente como si se encontrara en un coche sobre una autopista a toda velocidad.

Sintió que algo dentro de sí mismo se había roto. Algo dentro de él comenzó a nacer con una velocidad espeluznante. Ya no sería el mismo y lo sabía... Y ya no le temía a eso.

Después de haberse quedado prendada de él, Grayce permaneció sólo unos minutos allí hasta que la llamaron tras tanto esperar.

Su jefe entonces se disculpó con ella y le explicó que las cosas en la oficina estaban movidas, algo que ya sabía desde hacía rato. Asintió y en seguida recibió una pequeña introducción para luego comenzar a trabajar de

inmediato. Ya no hubo tiempo para distracciones ni para pensamientos cuestionando sus capacidades, quedaron atrás.

Así que encendió su computadora y comenzó a trabajar. Tecleaba con velocidad y su mirada de concentración estaba en pleno. No quería ser distraída por ningún concepto.

De regreso, un Jon muy diferente pasó por el mismo pasillo que había tomado de ida. Se fijó en una Grayce concentrada y atenta a su trabajo, así que permaneció en la distancia para no molestarla. Sin embargo, su cabeza comenzó a trabajar velozmente. Se detuvo un momento y sintió que le gustaba mucho más que antes. Se preguntó también si aquello era posible, al parecer fue así.

Sonrió para sí mismo antes de regresar. Pensó en la suerte que tenía porque ella estaba cerca de él. Y así sería por mucho tiempo.



IV

Ella se echó sobre la cama y cerró los ojos por un momento. Estaba cansada y sólo quería quedarse allí al menos por un momento. Sintió que su mente y su cuerpo estaban relajándose por fin, luego de unos días ¿o semanas?, intensas.

No esperó la cantidad de trabajo que había por hacer pero por otro lado pensó que mejor era así porque procuró hacer todo lo necesario para demostrar que era un recurso valioso para la empresa.

Llegaba temprano, era rápida y proactiva. Se prestaba para organizar y preparar lo que fuera necesario para que la gerencia marchara bien. Lo hizo tan eficientemente, que su jefe le dio las gracias con una amplia sonrisa y con un primer bono por rendimiento laboral.

Pero no tuvo tiempo de siquiera pensar qué haría con el dinero. Su mente se concentraba sólo en trabajar... Y también en ese chico misterioso y atractivo que la saludaba siempre con una cordialidad que le hacía temblar las piernas.

En medio de ese silencio y soledad, Grayce comenzó a recrear la belleza de esos ojos azules, y el contraste perfecto que hacían con el cabello negro intenso. Esa piel blanca, blanquísima y esa sonrisa medio torcida que la hacía pensar que escondía algo detrás de ella. Le gustaba la forma de hablar y los chistes malos que hacía, también le agradaba la forma en cómo se vestía y la trataba con una cordialidad especial.

No quería alarmarse pero se daba cuenta que no era igual con las otras personas. Más bien era distante y quizás frío, pero con ella no. No cabía esa posibilidad. Al principio pensó que se trataban de exageraciones, pero luego lo confirmó.

De hecho, un día, mientras todos los equipos estaban reunidos por el cumpleaños de la empresa, Grayce estaba escuchando las palabras del gerente general cuando sintió que alguien la miraba con insistencia. De nuevo, esa sensación era producto de su imaginación, hasta que se movió un poco. Era él, quien desde un sitio alejado, la miraba intensamente.

Grayce se sobresaltó pero desde su ingenuidad pensó que aquello era sólo interés. Así que agitó la mano suavemente y le sonrió. Él le respondió igual. Sintió que algo dentro de ella se movió, que no había nadie más, salvo

por ellos dos. Algo raro, la verdad.

—No, él no se fijaría en mí. No tengo nada de especial.

Se cansaba de decirse a sí misma. Pero tenía ese dejo que le decía que sí había algo más. Dejó de atormentarse para luego seguir pensando en él. Cerraba de los ojos y no paraba de pensar en él, incluso se atrevió a asumir que sí le gustaba.

Se sonreía, reía y se acurrucaba en la cama con aquellas conversaciones que tenían sobre películas y música. Esos encuentros “accidentales” que terminaban con risas y con miradas cómplices.

Tomó una almohada y pensó que era el rostro de Jon. Sonriente, dulce, amable. Pensaba que un chico así era demasiado raro, y tanta fue la fantasía que estaba en su mente, que comenzó a construir una historia de romance, en donde el amor siempre triunfa. De nuevo, es ingenuidad y esa esperanza de conocer algo maravilloso.

A pesar de que aún tenía la ropa y que tenía que cambiarse para poder descansar, fue quedándose dormida, con la duda de saber cómo sería estar en los brazos de ese hombre, en cómo sería unirse a él, fundirse en su cuerpo.

... Una idea que iba ganando más y más terreno.



V

El sonido del Camaro irrumpió el silencio del vecindario. Los neumáticos levantando las hojas muertas de los árboles y las luces delanteras que violentaban la oscuridad de la noche, anunciaban la llegada de Jon. Aparcó el coche frente a la casa y salió con una tranquilidad como le caracterizaba.

Sacó la mochila del coche y dio unos cuantos pasos hasta la entrada. Sereno y calmado, sacó las llaves de la chaqueta y los introdujo en la cerradura, dio la vuelta y se introdujo sin problemas.

Luego de dejar sus cosas cerca de la encimera de la cocina, cerró la puerta y fue hacia el refrigerador para tomar una botella de cerveza. A pesar que había terminado de trabajar, tenía algo más por hacer.

Destapó la botella y bebió un sorbo. Cerró los ojos y respiró profundo. La verdad es que se sentía cansado, pero en su mente sólo existía la imagen de ella, la sonrisa, la inocencia, la dulzura en el trato. De hecho, recordó que tenía un par de galletas de chispas de chocolate que ella le había preparado y regalado porque le nació. Era tan bella que hasta se tomaba un poco de tiempo para él. ¿Acaso no era un encanto? Claro que sí.

Caminó lentamente hasta salir de la cocina, aún estaba en la oscuridad porque la falta de luz le hacía sentir cómodo. Entonces, se detuvo justo en una puerta que estaba allí, antes de subir las escaleras. Se dio cuenta que no tenía nada en especial y que mucha gente pasaría de largo sin darse cuenta que estaba allí.

Giró la perilla y se detuvo en el umbral, miró la luz de la luna colándose en una de las ventanas por lo que bajó las escaleras sin problema. Un sorbo más hasta que se ubicó en el medio de la habitación. Hubo un silencio hasta que estiró su cuerpo para encontrar la cadena y encender la luz. Había demasiada oscuridad para su gusto.

Era un espacio vacío, blanco y frío. Estaba acomodado porque de hecho, estaba limpio y ordenado, una imagen diferente a esos sótanos generalmente lúgubres y sucios. El suelo de cemento estaba perfecto y ya sólo faltaba la alfombra, un catre nuevo, una pequeña mesa y todo tapado, salvo por las ventanas que estaban al ras del suelo, pero pronto les pondría papel ahumado para cubrir los últimos detalles.

Caminó hacia el catre y se quedó allí. Miró fijamente un punto fijo al otro lado de la habitación, puntualmente la puerta de acero en donde había la otra habitación. Una para ella.

—Sólo faltan los barrotes y listo.

Ese era el trabajo que tenía que hacer. Terminar de soldar y preparar lo que sería la jaula para Grayce.

Llegó a ese punto porque un día, mientras la miraba ir y venir, se la imaginó como un dulce colibrí que andaba por los aires con libertad. La miraba sonreír, plena, segura y a veces preocupada. Claro, era el trabajo la que la tenía así.

Con el paso del tiempo, se dio cuenta que la miraba por más rato y siempre tenía la excusa para hablar con ella, así fuera cinco minutos. No importaba, el tiempo era perfecto junto a ella. Se percató que tenía que cuidarse justo en una reunión. Seguía mirándola desde la distancia pero ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo, por suerte no se lo tomó a mal, ya que lo había saludado con la misma dulzura de siempre.

El morbo lo orilló a tomar una decisión contundente y descabellada. Por supuesto que lo sabía pero le daba igual. Estaba en el punto de no retorno.

Después de ese día, se decidió hacer un espacio en su casa para tomarla como prisionera. Se aseguró hacer las cosas por sí mismo, para no levantar sospechas. Así que hizo una planificación cuidadosa en donde cada paso estaba medido. Primero se informaría para organizar la casa, haría las refacciones y luego iría a la segunda etapa.

Se hizo amigo de las maderas y del metal, del fuego y del trabajo pesado. Por varios meses, se dedicó a trabajar arduamente en construir la jaula para Grayce.

Sus compañeros de trabajo se preguntaban lo que le pasaba ya que estaba más absorto en sus pensamientos que lo habitual. Se lo veía cansado y con las manos lastimadas. Claro, el trabajo físico era demandante, pero por alguna razón comenzó a sentir que era eso lo que necesitaba. Se sentía más fuerte, más hombre.

Con el paso de los meses, Jon logró adelantar gran parte de la estructura gracias a la constancia. Cuando miraba los resultados, trataba de disimular que todo estaba bien y que era el mismo de siempre. No podía descuidar nada porque el tiro le saldría por la culata.

Compró cuerdas, cintas adhesivas, cadenas y esposas. Adquirió un látigo

nuevo y vendas y mordazas. Compró comida, la suficiente y ropa para ella. Acondicionó la jaula con un sistema de vigilancia para no perderla de vista en ningún momento. Por último, hizo esa otra estancia con el catre y la mesa, para él, para vigilarla más de cerca.

Tomó otro sorbo y volvió a decirse que faltaba poco. Ahora, debía repasar el horario de Grayce, recordar las salidas y las entradas, los hábitos y hasta la ropa. Lo siguiente, entonces, era infectarle la computadora con un virus por el tiempo suficiente para que él pudiera manipular lo último que pudiera de ella.

Recordó que debía comprar cloroformo para no usar la fuerza contra ella. No quería, no quería lastimar esa carita de ángel. Simplemente deseaba que ella fuera para él, siempre y en todo momento, nada más.

Había noches en donde pensaba que estaba loco, que debía ir a un especialista y revisarse debidamente ya que aquello no era normal. Pero luego recordaba que desde hacía mucho tiempo que había mandado las cosas al demonio, que esta era la oportunidad de oro y que no la perdería por nada del mundo, así que haría todo lo posible por cumplir con sus objetivos.

—Falta poco... Falta poco.

Tomó el último trago de cerveza y se echó sobre el catre, lugar que sería recurrente en su vida en cuestión de tiempo. Miró el techo de cemento, miró los cables y las tuberías, y luego cerró los ojos poco a poco. Respiró profundo y pensó enseguida en ella.

Su mente la dibujó con su cuerpo dulce y curvilíneo. Su cabello oscuro y con ondas suaves, sus labios carnosos y esas pestañas largas. Recordó la vez que llevó una falda a la oficina. Tenía una blusa de flores, unos botines marrón oscuro y una chupa de cuero. Incluso casi pudo evocar el olor de su perfume. Era casi sentir que estaba allí, junto a él.

Entonces, su cerebro comenzó a andar, a moverse de un lado y otro hasta que supo que sus pensamientos iban para formar el cuerpo de ella desnuda en una silla. La imaginaba allí, sentada, como una diosa, esperando el castigo de él.

La tomaría del cabello y se lo jalaría hacia atrás. Ella lo miraría deseosa, urgida de él porque sabe que el deseo es lo que sobra entre los dos. Un par de bofetadas para luego sostener en una de sus manos, un látigo con varias lenguas de cuero. Las pasearía por sus pechos, su torso y luego por sus muslos. Casi podía sentir que estos eran gruesos y carnosos.

Esa sola imagen fue suficiente para que él se volviera casi como loco. Su entrepierna comenzó a poner tan dura como una roca hasta el punto en que tuvo que bajarse el cierre para dejar que su verga saliera porque, de lo contrario, explotaría.

Venosa, con el glande húmedo y gruesa, estaba desesperado por romperla por dentro, por poseerla y hacerlo de todas posibles. Así pues, posó su mano sobre el cuerpo de su pene y comenzó masturbarse con fuerza. El impulso era el deseo que le provoca Grayce, la mezcla de inocencia, la química que había entre los dos y esa especie de certeza que sentía que en las profundidades de ella existía una mujer pervertida que ansiaba salir, que toda esa inocencia es sólo una fachada y que él era la persona indicada para mostrarle el camino correcto.

Cerró con más fuerza los ojos a media que en su fantasía, le propinaba latigazos una y otra vez. Al principio, podía ver esa piel blanca y tersa volverse de todos los tonos de rojo posible. Incluso, unos cuantos hilillos de sangre que se desprendían por los aires, al mismo tiempo que ella no paraba de gemir y de gritar su nombre.

Él, como un Dominante consumado, la mirada desde el poder de su rol y sólo se limitaba a seguir azotándola con fuerza. Cada golpe era una forma de hacerle entender que la adoraba y que él era el dueño de su cuerpo y de sus ganas.

Luego de encontrarse satisfecho por las descargas de dolor producidas, la desató con rapidez para luego tomarla con fuerza y lanzarla sobre una cama supuesta que ya estaba allí, esperándolos.

Ella le sostuvo el rostro con ambas manos y lo miró con esa misma dulzura que la caracterizaba, luego de besarse con intensidad, Jon procedió a abrirle las piernas para follarla con todas las ganas del mundo. Lo hizo sin miramientos, sin prepararse, con esa desesperación de alguien que tiene mucho tiempo esperando por un encuentro de ese estilo. Era ansiedad que por fin se había materializado en el sueño perfecto y estaba allí, celebrándolo de esa manera, porque era lo que tanto había deseado.

Siguió tocándose como un loco, exclamando gemidos de placer y de gozo. El movimiento de su cuerpo contra el de él, los gemidos de ella. ¿Cómo serían? ¿Suaves como su voz? ¿Delicados? ¿Intensos? ¿Desesperados? Deseaba conocerlos.

Apostaba que el olor de su cuello, así como de su pelo, sería suave, a

flores, a la gloria. Mientras que en su fantasía seguía empujándose con desesperación, en la realidad de su masturbación estaba muy cerca de correrse. De repente, sintió especies de descargas eléctricas en varias partes de su cuerpo. En los brazos, en las piernas y en el torso, sobre todo.

Mordió su boca al momento de imaginarse que estaba igual en su imaginación. Lo que lo hizo explotar, fue fantasear el encontrarse con esa mirada sensual y bella de ella, con la suya. Encontrándose en ese deseo que por fin se materializaba, así que un último movimiento para luego desparramar ese semen que se regó por ese cuerpo hermoso y delicado.

Sin embargo, se vio en la obligación de regresar a la realidad para encontrarse con que más bien, había manchado su mano, ropa y parte del catre. Comenzó a reír de a poco hasta convertirse en una carcajada sonora y estruendosa. Se sintió más vivo que nunca. Ella lo hacía sentir así.

Y no faltaba demasiado para concretar con aquello que quería.



VI

Las fantasías de Grayce con Jon se estaban haciendo cada vez más recurrentes. Por dentro, se sentía un poco descolocada porque era la primera vez que un hombre le despertaba esos sentimientos tan desenfrenados. Era una locura para lo que estaba acostumbrada.

De vez en cuando encendía su computadora para escribir sobre él. Era una forma de hacer catarsis y también para examinar sus propios sentimientos.

Sin duda, la hacía sentir animada, consentida y que realmente era tomada en cuenta. Su sonrisa la debilitaba como si estuviera expuesta la kriptonita y no había manera que se sacara de la mente esa necesidad que tenía de saber o hablar con él.

A veces lo miraba y olvidaba que estaba en la oficina. Olvidaba que la gente que estaba allí y de todo lo demás, sólo parecía existir él y eso la hacía sentir un poco pequeña y tonta.

Tenía la sensación de que él también se sentía atraído hacia ella, pero Grayce, dentro de todo, pensaba que sólo eran ideas suyas.

Eso, sin embargo, no fue impedimento para que comenzara a pensar en algo que tenía muy presente y latente. Si bien ya había admitido que le gustaba estar con él, hablar con él y demás, también estaba experimentando ese calor corporal propio del deseo.

Un día lo vio desde la distancia sin que se diera cuenta. Hablaba con una compañera cuando lo vio caminar. De repente, su mente se quedó en blanco, sólo concentrado en ese cuerpo largo, espigado y estilizado.

Hizo el intento de no disimular pero sus ojos comenzaron a detallar su espalda, hombros y las largas piernas. A pesar de esa blancura de piel inusual, le pareció atractiva y sensual porque contrastaba con sus ojos azules y con ese cabello negro.

Estaba de espaldas, así que no la podía ver y mejor para ella, así lo podía admirar tanto como quisiera sin sentirse mal o culpable. Tuvo que regresar a la realidad por puro esfuerzo propio, aunque internamente no quiso. Deseó permanecer allí, mirándolo como si él fuera una escultura preciosa.

Ese síntoma de atracción parecía calar más y más en ella. A veces se sentía confundida puesto que, a pesar de haber experimentado algo más o

menos similar, era la primera vez que afrontaba una situación de ese tamaño. ¿Era normal ese calor que sentía cada vez que lo veía? ¿Era normal imaginar su rostro aun con los ojos cerrados? ¿Qué podía hacer?

A veces prestaba atención a los comentarios de las amigas sobre sus relaciones y sobre la forma en cómo se relacionaban con ellos. Cada cosa que se comentaba, la ayudaba a entender lo que sucedía entre un hombre y una mujer, sobre todo en la intimidad.

Por supuesto, no había dicho que aún era virgen. A pesar de vivir en tiempos modernos, ese tema aún es delicado para ciertas personas. Así que ella misma procuró de enterrar ese asunto y no hablarlo más a menos que fuera necesario o le naciera.

Así que se reservó su intimidad para dejarla escondida entre el silencio y la admiración. De resto, prefería vivir en las anécdotas de otros para saber lo que era todo aquello.

Por otro lado, cuando no se hablaba del asunto, o simplemente él no estaba por ahí para distraerla, su mente iba a mil por hora. Se imaginó con Jon en un escenario que casi le hizo saltar sobre su silla. En un primer momento, la premisa fue de cómo sería estar con él, a cómo sería estar bajo su control.

Poco a poco iba emergiendo algo desconocido a su superficie. Era como si fuera una persona diferente cuando se trataba de él. La idea de la posesión le vino un día que se encontraba en su computadora durante el almuerzo.

Estaba leyendo algo sobre de aspecto laboral. Luego de terminar, decidió navegar un poco antes de levantarse cuando miró la publicidad curiosa e indescifrable. Sabía que era algo escandalosa por lo que se aseguró que estaba sola.

Hizo clic y resultó ser que estaba relacionado a unas palabras que no supo comprender muy bien.

—¿BDSM?

Quiso ir un poco más lejos y se propuso a investigar sobre el asunto rápidamente. Cada cosa que encontró le resultó impresionante. Su rostro estaba incluso sonrojado. Ni ella misma se lo pudo creer.

—Vaya.

Luego se a comer esa idea de la dominación, el control y la sumisión como si se hubiera marcado a fuego en su mente. Pasó el resto del día y de los siguientes días, con eso dándole vueltas internamente.

No podía evitar conjugar esa palabra con la imagen de él. Para una persona como ella, tan creyente del amor, la fidelidad y el romanticismo, todo aquello era el extremo opuesto. Sin embargo, no parecía molestarle demasiado. De hecho, tenía ese componente interesante que la atraía más y más.

Fue tanto así, que tuvo que sincerarse en definitivo. Dentro de su mente y corazón quedó calado la concepción de ser poseída por alguien fuerte, que la llevara hacia los límites de su propia capacidad, alguien que la retara y la incitara con descaro. Deseaba eso profundamente y deseaba también que fuera Jon.



VII

Miró el frasco de cloroformo, el pañuelo y la cinta y se aseguró que el resto estuviera allí organizado. Limpió los restos de suciedad en el maletero y terminó de revestirlo con tela térmica porque el otoño iba adentrándose violentamente hacia el invierno.

Todo estaba listo, sólo faltaba ir al trabajo como siempre y pretender que todo estaba bajo control. Subió al coche e hizo ronronear el acelerador. Sonrió lentamente hasta que se le formó una mueca cargada de maldad y lujuria. Ese día se encargaría por fin de atrapar a ese hermoso pajarillo para encerrarla en la jaula. Ella sería sólo para él.

Estaba conforme con la planificación y con las alternativas que tenía en mente por si algo fallaba. Pero estaba casi seguro que eso no sería así. Todo estaba milimétricamente medido.

Cualquier rastro del Jon tranquilo, reservado y amable, ahora quedó atrás ya que esas cualidades se habían transformado en una fachada que le permitiría cubrir sus perversas intenciones.

Llegó a la oficina más temprano de lo usual bajo la excusa de que tenía que terminar un proyecto importante. No hubo sospechas de nada porque ya era algo que era habitual en él.

La oficina estaba prácticamente desierta, salvo por unas pocas almas que estaban allí, con caras somnolientas. Él pasó con la misma cordialidad de siempre, diciendo los buenos días y caminando con más energía de lo habitual.

Pasó por el departamento de Grayce y buscó su computadora. Se sentó en la silla y de inmediato sintió el aroma a flores del perfume y del pelo de ella. Aunque estaba seguro que ella no estaba allí aún, ese estímulo fue suficiente para recordarle que hacía lo que estaba haciendo para entregarse a ella por completo.

Con la mirada casi frenética, encendió la computadora y comenzó a teclear velozmente. Tenía que darse prisa si quería que no lo descubrieran.

Introdujo el programa que le permitiría medir todas las actividades que haría Grayce en ella, para así tener el control exacto de los tiempos. Unos cuantos comandos más y luego se levantó al mismo tiempo que estaba apagando todo. Ubicó la silla en su lugar y se aseguró de que nada se hubiera

perturbado por su uso. Se fue de allí para ir a su oficina y esperar ansiosamente la llegada de ella.

Eventualmente, la pantalla de Jon se dividió en dos. En una estaba haciendo el trabajo normal, y en la otra estaba revisando las cosas que hacía Grayce. El programa del trabajo, la redacción de los correos y de vez en cuando alguna búsqueda sin importancia. Pero, para él, era casi tener la posibilidad de tocarla y de estar más tiempo con ella. Le daba morbo y placer esa sola idea.

Grayce estuvo atenta de ver a Jon pero sólo logró captar unas cuantas ráfagas. Parecía más ocupado de costumbre así que tampoco quería molestarlo. Además, luego pensó que así sería mejor para ella porque no tendría que lidiar con esos pensamientos extremos en donde casi deseaba que él la tomara y la besara apasionadamente.

—Ala, ¿qué me pasa?

Se decía a sus adentros, entre la vergüenza y el descaro de descubrir que era una mujer con deseos y que, como tal, tenía derecho de vivirlos y explorarlos.

El hecho es que pasó el resto del día haciendo más de lo mismo. Sentada, haciendo cálculos, proyecciones y gráficas para la próxima reunión. Ella estaría encargada de un nuevo proyecto que sería presentado luego a unos gerentes. Era su la mayor responsabilidad que había asumido desde que había ingresado.

Se hizo la hora del almuerzo y cuando estuvo a punto de levantarse, no pudo evitar revisar un poco más de ese tema que tanto le había llamado la atención el otro día.

—Esto está mal, está mal.

¿Pero qué más daba? No habría problema porque no había nadie y tampoco se tardaría demasiado. Así que, entre su búsqueda, se topó con un blog de una mujer sumisa. Se sintió identificada porque era como ella, simple, sencilla, con ideas románticas del amor y sin experiencia en el sexo. Luego conoció el hombre que le cambiaría la vida y hasta la percepción de las cosas.

Aunque quiso quedarse allí por más tiempo, sabía que no podía y que eso podría traerle problemas. Así que se salió de allí, cerró todo y fue hacia el comedor como el resto. Con la diferencia que en su mente no podía dejar de pensar en esas palabras que acababa de leer.

Por supuesto que Jon se quedó hasta el último momento y también observó la curiosidad que tenía ella sobre el tema. No pudo evitar sentirse increíblemente satisfecho. Las cosas, para su sorpresa, se estaban dando de una manera que le hacía pensar que estaba de buena racha.

—Sólo falta un poco más.

Como sabía que no la había visto en el día, y como debía seguir sus planes sin levantar sospechas, esperó unos minutos y después fue a almorzar. A esa hora, la gente ya estaba hablando y riendo, salvo por unos pocos que estaban comiendo como ella.

Grayce estaba cerca del ventanal, mientras revisaba el móvil. Jon apostó que estaría leyendo eso mismo que con tanta prisa cerró. Así que compró un sándwich, patatas y una gaseosa para ir hacia ella.

—¿Está ocupado? —Dijo él.

Ella se sobresaltó y de inmediato sintió cómo sus mejillas se volvieron de un rojo intenso. Tomó el móvil con nerviosismo y trató de calmarse pero lo cierto es que si sintió apenada por lo que estaba leyendo y por la presencia de él que la tomó por sorpresa.

—Eh, claro, claro.

—Gracias. Disculpa por si te interrumpí, sucede que estaba buscando a alguien agradable para hablar y te vi aquí sola. Pensé que era mi día de suerte y decidí acercarme.

Grayce se quedó en blanco. Por supuesto que le gustaba que él estuviera allí, así que sólo pudo sonreír porque aún las palabras no le salían de su boca, hasta un poco después.

—Te vi esta mañana. Quise saludarte pero asumí que estabas ocupado.

—Uy, sí. El nuevo proyecto, estoy haciendo unas pruebas y la verdad es que me ha llevado demasiado tiempo, pero parece que todo se dará como quiero. Finalmente.

Le hizo una mirada intensa y penetrante. Ella sintió que había sido atravesada por él. Así que se quedaron un rato en silencio, mirándose, como si estuvieran en un duelo.

—Eh, espero que sí. Yo estoy más o menos en lo mismo. Así que te puedo apostar que estoy nerviosa.

—No deberías. Sé que te irá bien. No te preocupes.

Volvió a sonreírle con ese gesto aplastante que casi siempre la deja en el

suelo pidiendo por más. Estaba impresionada por el poder de su mirada y de su voz, al menos en ella. Era como si la arrastrara y la dejara vulnerable.

Siguieron hablando hasta que se dieron cuenta que era momento de regresar. Se fueron juntos hasta que él la acompañó a su puesto.

—Un día de estos deberíamos tomarnos un café. ¿Qué te parece?

—Estaría más que encantada. De verdad.

Se sonrieron como si fueran un par de niños y cada quien se dirigió a lo suyo. Jon, por otro lado, estaba sintiéndose más que victorioso.

—... Claro que estarás encantada.

Parte de la tarde transcurrió con normalidad. Entre el tecleo, las conversaciones de pasillos y el olor a café para despertar a quienes se quedan dormidos.

Jon, por su parte, parecía muy entretenido. El reflejo de los cristales de sus lentes, se podía ver las letras que aparecían por el tecleado veloz de Grayce. Por su parte, parecía concentrado monitoreando números de un servidor. Pero era algo que sabía de arriba para abajo, es decir, no tenía demasiada importancia.

Cada tanto miraba el reloj con insistencia. Ese gesto desesperado por saber si era o no el momento de hacerlo. Un poco más, sólo un poco más y luego se iría.

Grayce estaba bostezando un poco porque ya estaba soñando con su cama y sus ganas de dormir. Abrazar la almohada y apoyar la cabeza en la comodidad de sus sábanas. Esa imagen la hizo sonreír tontamente sin darse cuenta que él estaba allí, de pie junto a ella.

—Vine a despedirme. Si sigues así de pegada a la pantalla, creo que los ojos se te pondrán cuadrados.

Ella le sonrió como una adolescente y sintió el rubor de las mejillas que delataban que sentía un poco de pena.

—Ah, sí, sí. Es que tengo que terminar esto. Si no, iría...contigo. A, bueno, eh...

—Tranquila. Te entiendo. Pero bueno, quién sabe, quizás nos encontremos más pronto de lo que crees.

Ella adquirió esa expresión de duda que fue interrumpida por el beso que él le dio en la mejilla. Lo hizo lentamente y con una dulzura indescriptible. Ni siquiera se dio cuenta del movimiento que hizo pero sí se quedó allí.

Concentrada en él, en el aroma de su cuello, en la suavidad de su piel y en el contacto cálido de sus labios sobre su mejilla. Fue tan grande y poderoso que ni siquiera recordó esa extraña respuesta. Sólo lo miró y pudo darse cuenta de ese brillo en los ojos que la hizo sonreír lentamente.

—Va... Vale.

Él se apartó de ella aunque pudo haberse quedado allí, con la esa mirada de sus ojos cafés que pareció convencerlo que estaba haciendo lo correcto. Se fue sin apretar el paso, como solía hacer siempre. Con la única diferencia de que ahora las cosas se pondrían realmente interesantes.

Grayce se quedó sentada, mirándolo irse y con esa emoción a flor de piel.

—Oh, Dios...

Volvió a concentrarse en la pantalla y escribir lo último que le quedaba de un informe que tenía que entregar. Revisó las palabras con cuidado y se preparó para enviarlo por correo y luego irse a casa como tenía la costumbre.

Se dio cuenta que era un poco tarde pero no importaba porque imaginó que aún pasaban los autobuses que la llevaban cerca de la estación del subterráneo. Así que se quedó unos cinco minutos más y cerró todo, apagó la pequeña lámpara que tenía allí y se despidió de unos pocos que seguían allí.

Salió y se dirigió hacia los elevadores. Cerró los ojos y casi experimentó el olor del perfume amaderado de él. La gravedad de su voz y la potencia de sus ojos. Tan guapo, tan alto y tan misterioso. Sentía que cada vez más algo los unía. Una especie de fuerza tan impresionante como la gravedad.

Llevó su mano sobre su mejilla y volvió a sonreír. Quizás no estaría mal que fuera ella quien tomara la iniciativa de invitarlo a comer o a hacer algo fuera de la oficina. La sola idea la hacía sentir ese mismo nerviosismo con que describía sus personajes en sus historias de princesas y reyes.

Se abrieron las puertas y salió por la entrada principal. Desierta y vacía. Incluso miró hacia afuera y no vio una sola alma. Era la primera vez que se enfrentaba a algo así y de paso, sola.

Se espabiló y demostró que debía ser más fuerte que el temor que se hacía más grande y más profundo por dentro. Empujó entonces la gran puerta de vidrio y se dirigió hacia una de las paradas para esperar por el autobús que ansiaba no tardara demasiado.

Mientras se acercaba, tenía la sensación de que la vigilaban. Apretó el paso y tomó su bolso con toda la fuerza de su cuerpo, como si este fuera capaz de protegerla de algo, aunque sabía que no era así.

Siguió caminando y sus sospechas se hicieron ciertas. Sin embargo, esa sombra alta y espigada, le recordó la figura de alguien. Su cabeza iba a mil por hora tratando de identificar a ese sujeto.

Cuando por fin dio con la respuesta, el miedo de su conocimiento, le hizo sentir un hilo frío por la espalda.

—¿Jon?

Una mano fuerte, un movimiento rápido y algo que le tapó la nariz y la boca la hicieron perder el conocimiento de la realidad. No supo más de ella y se entregó a las tinieblas de lo desconocido.

Jon, apretó fuertemente el paño empapado de cloroformo para que no ofreciera demasiada resistencia. Efectivamente, así había sido. Cuando notó que ella perdió la fuerza de sus rodillas y casi se desplomó al suelo, la tomó con fuerza y la arrastró hasta el coche.

Él miró hacia todas partes y se fijó que no hubiera nadie. Así que hizo otro ágil movimiento y la introdujo al maletero. Se aseguró que había quedado allí, acostada plácidamente. Se encontró satisfecho y cerró con fuerza.

Jon giró varias veces la cabeza para asegurarse que estaba solo y que no lo molestarían. Y así fue, de hecho, las calles y las aceras estaban completamente desiertas. Era un hecho difícil de creer y más tratándose de un lugar siempre activo y concurrido.

Sonrió para sí mismo y se subió al Camaro negro con la mayor tranquilidad del mundo, encendió el coche y enseguida puso un poco de música. Estaba de buen humor.



VIII

Las noches de otoño siempre tienen algo de misterio, gracias a esa niebla que a veces era tan espesa que a veces había que caminar a tientas entre ella. Pero esa noche en particular, con las luces de los postes opacas por la niebla, el silencio de la calle, el titilar suave de los semáforos, la tranquilidad de la vía. Era como el escenario perfecto.

Jon tamborileaba los dedos sobre el volante de cuero, mientras escuchaba The xx. La música suave y las melodías melancólicas, iban perfecto para una ocasión como esa.

El hecho es que también tenía en su cabeza todas las cosas que le quería hacer a Grayce... La bella y dulce Grayce que estaba en el maletero, prisionera de sus caprichos y de esos instintos anormales que no pudo reprimir.

Esa necesidad de estar con ella, todo el día, todo el tiempo, era más apremiante que cualquier otra cosa. Incluso llegó a pensar que su vida aburrida y casi patética, cobró un nuevo sentido cuando la vio por primera vez. La sonrisa amplia y esa expresión inocente que pareció llenarle por dentro. A veces se preguntaba si era real o sólo de su mente ya un poco retorcida.

Tomó la vía a su casa, ese mismo camino de siempre pero sin la sensación de soledad o desasosiego, más bien estaba contento y agradecido con la vida. Siguió tamborileando y moviendo los labios modulando las palabras de esas canciones lentas.

Sacó el control de la puerta del garaje y esperó unos segundos. Miró el reloj de su muñeca y se percató que aún tenía tiempo antes de que ella despertara. Tenía todo listo para bajarla con cuidado y dejarla en esa jaula que había hecho para tenerla allí.

Introdujo el coche y aparcó con normalidad. Abrió el maletero y la vio allí, como una princesa dormida. Estiró su mano hasta tocarle el rostro y el cabello. Suave, terso, delicado. Temió hacerle daño pero era algo que no tenía demasiado sentido a esas alturas. Dentro de todo, sabía que hizo mal.

Pero la verdad es que le dio igual, así que fue a abrir la puerta que conectaba con la casa y la miró antes de moverla.

—Sí... Serás mía.

La noche, muda y fría, envolvía el cuerpo encendido de Jon. Su mente y su cuerpo estaban en llamas al solo tenerla entre sus brazos. Pensó si alguna vez, los filósofos o los poetas habrán sentido y escrito sobre esa misma sensación. Una mezcla de euforia, descontrol y pasión. ¿Acaso eran sinónimos o cosas diferentes que se volvían una? Era un cúmulo de sentimientos indescifrables.

Ella respiraba lentamente, desconociendo que al despertar la realidad era otra. Él siguió caminando por la casa hasta que descendió y al sótano. La puerta de la habitación del fondo estaba abierta, sólo restaba dejarla allí, sobre un catre.

Así hizo, finalmente. Miró de nuevo el reloj y se dio cuenta que despertaría en la mañana. Por lo que comenzó a atarla y a colocarle una mordaza de cuero, lo suficientemente fuerte para reprimir cualquier grito de desesperación. Aunque la verdad es que le daba igual porque había construido esa jaula con todas las consideraciones posibles. No habría manera de escapar aunque quisiera.

Se echó para atrás para tomar una manta y cubrirla del frío que ya comenzaba a colarse por la puerta y parte de las ventanas de allí. Miró que no le faltara nada y luego salió para encerrarla. La miró con la expresión esperanzadora, internamente deseaba que ella entendiera todo eso que estaba haciendo. Sabía que sería difícil pero ya quedaba de su parte el convencerla de que eso era lo mejor.

Así que salió de allí y fue a su catre a dormir unas horas y a esperar a que despertarse. Estaba por enfrentarse un momento difícil e importante.

Todo le daba vueltas en la cabeza. Era tan fuerte que sentía que alguien había introducido sus manos dentro de su cuerpo y se había tomado la tarea de agitarla una y otra vez. Hizo un primer impulso de abrir los ojos y le costó a la primera, después lo hizo lentamente y con seguridad hasta que lo hizo. Sin embargo, todo se volvió nubloso y extraño. No pudo enfocar nada, la realidad era un manchón negro.

Hizo el gesto de levantarse pero no lo logró. Fue lo mismo cuando intentó decir algo. No pudo. Sintió que algo estaba pegado a sus labios y cuando trató de tocarse, también se encontró impedida. Poco a poco el pánico comenzó a correr por su cuerpo y a adherirse a cada parte de sus extremidades. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la desesperación, mientras que su cerebro iba a mil por hora.

—Estoy seguro que estás buscando entender todo esto que está pasando. Pero yo te diré lo que sucede.

En una silla, con las piernas cruzadas y con la expresión dulce, estaba Jon, mirándola fijamente.

Grayce hizo un esfuerzo por comprender pero no podía por más esfuerzo que le pusiera. Sus ojos se movieron de un lado a otro, buscando, escudriñando la realidad que cada vez más y más la golpeaba con fuerza. De repente, se quedó congelada al recordar que él había sido la última persona que vio antes de desvanecerse. No pudo creer lo que estaba pasando.

—Verás, no haré el intento de justificar lo que hice porque ni yo mismo me entiendo. Lo único que sé es que desde que te vi, entendí que la vida tenía sentido. Peleé muchas veces para que esta idea no se calara más en mí, pero fue inútil. Te volviste una obsesión para mí y no lo quise evitar tampoco.

>>Me dio igual y mandé todo al carajo. Sí... Sé que pude haberlo hecho de otra manera pero esto me pareció tan lógico que no lo pude descartar, así que continué con el plan. Estudié todo de ti, Grayce. Sé lo que te gusta, lo que no, las música que escuchas y aquello que te genera curiosidad. Por eso quiero que entiendas que esto es sólo para conocerte mejor y quiero que hagas lo mismo conmigo.

Se levantó al darse cuenta que las lágrimas de ella no paraban de correr por sus mejillas.

—Entenderás esto. Lo sé.

La dejó sola por un momento, mientras que Grayce trataba de entender qué podía hacer. De resto, sólo la sensación de tragedia pareció consumirla por completo.

Jon procuró preparar unas cuantas bolsas de alimentos y bocadillos para el resto del día. Tomó unos cuantos y volvió a bajar las escaleras para ir a esa jaula. Se encontró de nuevo con la expresión temerosa de ella, casi paralizada.

—No te preocupes. No te haré daño... A menos que me obligue

El destello de sus ojos grandes y azules le dejó claro que él hablaba en serio. Así que ella hizo un esfuerzo por tranquilizarse y por no ponerse nerviosa.

—Voy a quitarte esto —señaló la mordaza—, si gritas. Será peor para ti y para mí.

De nuevo ese fulgor intimidante. Así que ella asintió lentamente para hacerle entender que comprendió de inmediato aquellas palabras.

Sintió el roce de sus brazos y manos sobre su rostro y cuello. Poco a poco, su boca fue liberada y exclamó un largo suspiro de alivio.

—Gracias... —Alcanzó a decir con suavidad.

—De nada. Haré lo mismo con las manos. Los pies lo dejaremos así hasta que demuestres que te portarás bien, ¿vale?

—Vale.

La desató y de inmediato sintió el picor de las cuerdas que se alejaban de su piel. Se dio cuenta de que sus muñecas estaban con marcas y enrojecidas. De inmediato, sintió las manos de él, acariciándola. Hizo un sobresalto involuntario por el miedo que aún tenía dentro de ella.

—Sé que te sientes así, insegura. Pero no te preocupes. Me aseguraré de quitarte eso. Ya verás.

No vio el desafío usual sino una especie de extraña dulzura. Pensó que algo de nobleza y dulzura aún habitaba en él, así que debía tratar de conectarse con ello.

—Te dejaré un poco de comida porque tendré que ir a trabajar. Supongo que dentro de poco la gente sabrá que estás desaparecida. En fin. Trataré de regresar lo más pronto posible para no hacerte esperar.

Aunque por un momento Grayce trató de prometerse a sí misma el no decir nada y en no pelear, se le hizo imposible retener el dolor de guardarse esos sentimientos de desesperación y miedo.

—Jon... Necesito saber. Necesito saber la razón de todo esto... ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Quiero que estés conmigo y quiero que tú lo desees tanto como yo. Sé que te costará al principio, lo tengo claro. Pero también sé que eventualmente aceptarás y viviremos como queremos vivir. Date un tiempo y te darás cuenta.

Esas palabras extrañas, la desgarraron por dentro. No le quedó de otra que permanecer en silencio.

—Por cierto. No importa si gritas o lloras a todo pulmón. Nadie te escuchará.

Con esto, cerró la reja y después la reja. La dejó sola con un torbellino de pensamientos extraños y aterradores.

En cuanto puso un pie en el exterior, sintió que todo brillaba. Estaba de buen humor y lo único que le provocaba era bailar y cantar. Pero claro, no podía. Tenía que seguir pretendiendo ser el mismo tío tranquilo y apático de siempre, y más por los días que estaban por venir.

Mientras, pensaba y repasaba todos los preparativos que había hecho antes de irse. Aseguró la comida, el agua, el baño y la seguridad de la puerta. No había forma en que ella saliera o al menos se le ocurriera escapar. No cabía la posibilidad.

El espectáculo cuando entró al edificio. No faltaba demasiado tiempo para que la gente llegara y se comenzara a notar la ausencia de Grayce. De resto, él debía pretender su preocupación por todo el asunto.

Así lo hizo por el resto de los días que le siguieron a ese. Mientras en su computadora mantenía la pantalla dividida monitoreando los movimientos de ella. La gente se preguntaba en dónde se encontraría.

Al principio no hubo sentimiento de alarma hasta que no se supo nada de ella. Ni la más remota idea de su paradero. La gente iba en los pasillos con caras largas o se concentraban en el comedor para escuchar las noticias. Los reportajes decían que se había perdido el rastro de ella.

Jon, mientras, miraba a los demás con condescendencia. Él sabía exactamente lo que ella estaba haciendo. Cada movimiento, cada gesto, todo era capturado por sus geniales cámaras de vigilancia. No podía quejarse.

Cada vez que regresaba a casa después del trabajo, suspiraba de alivio al mismo tiempo que estaba emocionado por volverla a ver. No imaginó que se sentiría más afligido por pasar más horas sin verla, sin embargo, se consolaba al pensar que al menos la tenía allí. Casi esperando por él.

A veces la encontraba en silencio, con la mirada perdida. Otras, con una sonrisa suplicante con los ruegos en el borde de la boca, y el resto, durmiendo. Supuso que eso se debía a un mecanismo de defensa que la ayudaba a abstraerse de la realidad lo más posible.

Sin embargo, cuando la encontraba así, tomaba la silla más cerca que tenía y la miraba dormir. Ese vaivén lento y armonioso de su respiración, era como un calmante para él. Era lo único que lo hacía sentir relajado y en paz consigo mismo.

Pero había un problema, el deseo que sentía por ella se hacía cada vez mayor. Deseaba arrancarle la ropa y sentir el calor de su cuerpo. Se preguntaba los misterios de su piel y de su mente, el sabor de su coño y de

sus labios, la firme de su carne, el sonido de sus gemidos. Podía imaginarse un sinfín de cosas, pero no estaba cansado precisamente de eso, de imaginar.

Al final, después de tanto pensarlo, Grayce pensó que lo mejor que podía hacer, era ganarse la confianza de él. Hacer lo posible por doblégar su voluntad y pretender que entendía todo lo que estaba pasando, debía hacer lo necesario por sobrevivir.

Sabía de las veces que él llegaba para verla mientras fingía dormir. Lo cierto es que lo hacía para no tener que verlo ya que estaba lo suficientemente confundida como para entender lo que estaba pasando.

Lo cierto es que, por más extraño que fuera, seguía atraída hacia él, seguía gustándole y de alguna manera desarrolló la necesidad de estar con él. ¿Acaso se estaba volviendo loca, o todo era producto de la necesidad de sobrevivir a la atrocidad que estaba viviendo? Un par de posibilidades que no podía descartar. Por lo pronto, sólo le restaba comprender lo que había a su alrededor y hacer que las cosas trabajaran por ella. Lo mejor posible... Así que hizo andar su plan.

Así fue que poco a poco, ganó la confianza de él. Ella lo esperaba a la noche para hablar, gracias a ello, él dejó de amordazarla y atarla, al menos pudo moverse con cierta libertad. A veces él llegaba a verla sólo para consultarle ciertas cosas y ella trataba de ayudarlo en lo posible.

Entre todas esas conversaciones, en las que Jon pudo darse cuenta el tipo de persona que era Grayce, tocaron un punto particularmente sensible para ella: el amor.

—¿Qué pasó con esa relación?

—Nada, terminó. Él habló de que tendríamos intimidad con sus amigos y bueno, yo no pude hacer otra cosa que recluirme en mí misma. Sentí que no sería capaz de entender el amor... Y menos el sexo.

—¿No crees que mereces una oportunidad?

—No lo sé. Es probable que esto no sea lo mío, ¿sabes? Pero está bien. Hay personas que aceptan su destino y yo estoy dispuesta a asumir el mío. No le veo el problema.

—No entiendo por qué lo dices.

—Es lo más sincera que puedo ser con este tema.

Ella bajó la cabeza al suelo. De repente, todos sus planes e ímpetu de salir de allí, fue olvidado por completo. Todo quedó reemplazado por la

nostalgia de una época, mezclado con la añoranza de vivir en esas historias románticas que alimentaban sus dulces fantasías.

En ese estado, no se percató que él se había levantado de la silla para ir hacia donde estaba ella. Abrió la reja de esa jaula y Jon la miró con un brillo en los ojos.

Entró a la celda y ella lo observó también. Primero pensó que empujarlo y salir, correr y pedir ayuda. Sin embargo, por alguna razón no quiso, su cuerpo y sus pies permanecieron allí, sembrados como un par de plomos. Al mismo tiempo, sintió que su corazón latía como una locomotora, en la expectativa de lo que iba a pasar a continuación.

Esperó un momento y miró que Jon se sentó junto a ella delicadamente.

—¿Es que no entiendes la razón por la que estás aquí? Estás aquí porque este es un sueño que he tenido contigo desde que te vi. Quería que me quisieras, por entero, así como yo lo hago. No sabes lo bien que me hace verte al final del día, tener la posibilidad de mirar tu rostro, así sea durmiendo. Cada instante que paso contigo me ayuda a entender mi propia existencia. Entiendo todo.

—Jon, entonces, ¿por qué no me liberas?

—Porque te necesito conmigo en todo momento. Y sé que tú también lo deseas.

Esas palabras y toda la situación podrían haber escandalizado a cualquiera, pero no a ella. Grayce se sintió confundida. Todo lo que estaba pasando estaba mal pero al mismo tiempo tenía sentido para ella. Era probable que él tuviera razón.

Quiso más tiempo para pensarlo pero no hubo posibilidad, él tenía su rostro junto al de ella, muy pero muy cerca. Grayce sintió el rubor en las mejillas. Era el deseo también de materializar ese beso lo más pronto posible, era la necesidad de querer quedar envuelta en sus brazos y en sus labios. Quizás ella también estaba tan enferma como él.

Jon se percató que ya no había resistencia ni repulsión por parte de ella, más bien todo lo contrario. Se atrevió estirar una de sus manos para colocarla sobre su rostro. La acarició y sintió cómo ella se sobresaltó pero aún permaneció allí. No fue la misma reacción que la primera vez. Ahora Grayce estaba dispuesta a él. Finalmente.

Así que no se resintió ningún momento más. Fue hacia ella para besarla. Aunque hizo el esfuerzo por contenerse y no ser tan agresivo, no pudo. Lo

hizo apasionadamente, con ese fulgor guardado dentro de cuerpo que había permanecido allí, macerado por demasiado tiempo.

Grayce experimentó una especie de fuerza que había explotado en su estómago y que se propagaba violentamente por el resto de su cuerpo. Era casi como flotar, andar por las nubes. En los instantes en que sintió el calor de sus labios sobre los de ella, experimentó unas ganas terribles de doblegarse ante él, de ceder completamente a sus deseos. No pensó en el autocontrol ni en la situación tan extraña en que se encontraba.

Los brazos de ese hombre blanco, silencioso y misterioso, la rodearon por completo. Ella también respondió de la misma manera, al mismo tiempo que exclamaba unos cuantos gemidos de placer.

En ese instante, la lengua de Jon buscó la suya para entrelazarse con la suya en lo que fue una especie de danza sensual y perfecta. Ella, a pesar de encontrarse en esa especie de trance, se separó un poco de él.

—Tienes que saber algo...

—Ya lo sé. Lo comprendí todo cuando hablamos. Dame una oportunidad, sólo te pido eso.

Ella se quedó en silencio, con el deseo que las caricias y que el calor de él siguiera envolviéndola como hasta ese momento. Grayce asintió levemente como respuesta ante algo que ya era obvio.

—Sólo quiero que estés segura.

—Lo estoy.

Se miraron de nuevo y cuando ella se lanzó a sus brazos, él la detuvo.

—Este no es el lugar.

Le tomó la mano y ambos salieron de la jaula. Grayce lo hizo con cuidado ya que fue la primera vez que se encontró en un lugar diferente de la casa. Se dio cuenta que estaba en el sótano y que allí también había otra estancia, en donde supuso que él dormía allí para vigilarla.

Subieron las escaleras lentamente. Él delante de ella. Al llegar, se encontró con un espacio grande y amplio, y además a oscuras. Giró la cabeza y se percató de la puerta de al fondo. Se quedó por unos momentos allí, como paralizada por la ansiedad de hacer algo. De nuevo su instinto de supervivencia se despertó por unos segundos.

Pensó por un momento en salir, calculó por unos momentos el tiempo que necesitaría para salir corriendo con todas sus fuerzas. Sin embargo, sintió

el calor de la mano de él, el roce de los dedos entre los suyos y ese instante de espera de él para que los dos fueran a otro lugar de la casa.

Sabía que estando allí, tenía una enorme decisión que tomar, una que cambiaría su futuro. Vio la puerta pero luego lo miró a él. Vio ese destello en sus ojos azules, sólo deseó perderse en ellos.

Jon, sin embargo, no tuvo ninguna duda que eso era lo que iba a suceder. Grayce lo siguió entonces por las escaleras que los llevarían hacia el piso superior.

En cada paso, Grayce sentía el nervio que iba creciendo cada vez más. Sentía cada tanto cierta calma, cuando experimentaba el roce de la piel de él sobre la de ella. Sus manos grandes y pálidas, que la llevaban hacia un mundo inexplorado. No volvió a girar sobre sí misma, no volvió a pensar en huir. Ahora, de alguna manera, era de él.

Jon siguió guiándola con firmeza porque él también estaba en esa especie de trance mental y físico que lo hacía seguir. Después de pisar con firmeza el piso superior, él se dirigió a su habitación.

La oscuridad de la casa y ese silencio latente parecían alimentar la ansiedad y la tensión que se estaba viviendo en ese momento. Los pies de Grayce dejaron de sentir el frío del cemento para experimentar la calefacción suave debido a los fríos días de otoño.

Él se detuvo en el umbral de la habitación, la más grande de la casa. Luego la miró a ella y le dirigió una sonrisa. Entró primero y luego hizo que ella lo hiciera después. Grayce se encontró con un espacio amplio, minimalista y elegante. Sin saber, se había imaginado algo completamente diferente.

No pudo examinar más porque enseguida sintió los labios de él sobre los de ella. Sus ojos se cerraron justo después de encontrarse con esos destellos azules. Sintió de nuevo el calor de su boca y de su aliento, el desenfado de su lengua buscando la suya, las manos que se atrevían a tocarla sin parar y que le provocaba, a la vez, la urgencia de perder todo el pudor que tenía en su cuerpo.

Jon pareció entender que, por medio de los gemidos y la ligera sumisión de ella, era un signo inequívoco de que estaba lista para algo más. Así que se aventuró en quitarle la ropa, poco a poco, para no asustarla.

Mientras lo hacía, trataba de tener un poco de dominio sobre sí mismo. Estaba desesperado pero también ansioso por ese cuerpo que le había quitado

el sueño desde el primer día. Primero descubrió la belleza de su cintura y de sus pechos, luego descendió por las caderas y se detuvo allí, aferrándose a esa piel y a esas carnes que tanto lo enloquecían.

Ella no paraba de gemir y de sostenerse de su rostro y cuello. El calor de ambos les hizo olvidar del frío y de lo demás. Grayce no se dio cuenta el momento que había quedado completamente desnuda. Así que, cuando cobró conciencia de ello, se sintió un poco temerosa porque nadie la había visto así, era su primera vez.

Tenía una expresión de miedo y de inseguridad, temía que él dejara de sentir deseo por ella pero no fue así, él la abordó con sus brazos, cubriéndola por completo. Grayce sintió de nuevo los labios de él que la recorrían por el cuello y parte del pecho. De vez en cuando lo miraba, encendido y excitado. Ya todo estaba claro.

La llevó a la cama y la colocó allí como si fuera lo más hermoso del mundo. Lucía hermosa, blanca, asustada, frágil pero enrojecida por la excitación. Para él, fue como sentir una especie de fuerza que lo impulsó a ir hacia adelante, a olvidarse por completo del mundo, para así entregarse a lo que tanto había esperado.

Él comenzó a desvestirse mientras seguían sobre la cama, besándose y acariciándose. Poco a poco, el cuerpo de él quedaba al descubierto ante una mujer que no había conocido la intimidad hasta ese momento.

No pudo creer que tenía ese hombre sobre ella, ese hombre que estaba a punto de poseerla. Así que abrió las piernas para recibir su cuerpo y dispuso a olvidarse del miedo, ya que finalmente estaba con él.

Jon, por último, se quitó la camiseta para dejar expuesto su bello torso definido. Grayce admiró sus abdominales, la fuerza de sus piernas y las venas brotadas de los brazos, gracias al ejercicio. Se veía como un dios griego, y ella se sintió tan pequeña, tan minúscula.

Lo que le sorprendió mucho más, fue el tamaño de su verga. Grande, gruesa y venosa. Por un momento, ella sintió la urgencia de tenerlo en su boca pero él volvió a leer sus pensamientos ya que hizo un gesto con el rostro que le dio a entender que ya llegaría el momento de eso, por lo que más bien tenía que relajarse y dejarse guiar por él.

Por fin desnudos, por fin unidos por el calor de la piel, Jon siguió con el recorrido que había empezado por la boca de Grayce. Descendió por ella como si fuera un explorador en tierras maravillosas.

Se quedó en su cuello y le marcó con los dientes, haciéndola gemir de inmediato. Después, siguió a sus pechos blancos y divinos, mordió los pezones ligeramente, para luego continuar con su torso. Sus manos estaban ancladas a su carne con una contundencia sorprendente. Ella, por ende, sólo le quedaba quedarse allí, rendida ante él como esclava de sus gestos y de sus besos.

Él siguió descendiendo hasta que se encontró con el punto a donde quería llegar. La belleza del coño de ella. Ese coño virgen, puro y ansioso por él. Jon le tomó por las piernas, separándolas un poco. Sabía que lo mejor que podía hacer para que ella se relajara aún más y para prepararla para su verga, era darle el mejor sexo oral del mundo. Y estaba listo para ello.

Se inclinó poco a poco para acomodarse lo mejor posible. Posicionó sus manos y su cabeza sobre ese monte divino, después, respiró profundo y se sumergió en las profundidades de esas carnes calientes y húmedas.

El contacto de su lengua sobre el clítoris de ella, fue como llevarla al espacio en un solo chasquido. Se estremeció por dentro y exclamó un fuere gemido, acompañado por las manos sobre las sábanas y la boca abierta. Tan dulce y vulnerable ante el movimiento violento de la lengua de él.

Su boca chupaba con ahínco, con esmero. Su lengua se paseaba por el clítoris hinchado y rojo, así como por los labios húmedos y calientes. Grayce, la dulce e inocente, no esperó encontrarse con una sensación tan inexplicable como la que estaba experimentando.

Cerraba los ojos y luego los abría para recordarse que ciertamente estaba viviendo todo aquello. Se le olvidó el frío y el miedo, se le olvidó la virginidad porque por fin era poseída por un hombre que sabía cómo besarla y acariciarla, sabía cómo llevarla al borde del abismo con unos movimientos ágiles.

Seguía perdida en él, en su boca y en el placer que recibía de esta. Siguió aferrándose porque temía que todo se tratara de un sueño.

Jon saboreó cada parte de ella y obtuvo lo que deseaba, que se mojara más que suficiente para poder prepararse para lo siguiente, para hacerla suya como tanto había deseado. Así pues, que lamió un poco más hasta que su mente le dijo que ya no podía más.

Se incorporó y movió su cuello un par de veces. Luego, le echó un rápido vistazo a ella para asegurarse el estado en cual se encontraba. Por supuesto, excitada y muy húmeda eran calificativos que se quedaban cortos.

Cuando la vio así, recordó la razón por la cual había hecho todo aquello. Su belleza infinita y sabor de su cuerpo y de su piel que lo volvían loco. Luego se preparó como debía hacer. Sólo tomó su pene y notó que estaba duro, muy duro, casi como si estuviera a punto de explotar.

Así que se masturbó un poco y a los segundos, notó el líquido preseminal que salía de su glande profusamente. Él también estaba listo para ella.

Acomodó su cuerpo, apoyándose de sus brazos sobre la cama, pero sin dejar de mirarla. Se veía como una diosa que él estaba dispuesto a adorar. Volvió a acercarse para besarla y lo hizo con una intensidad que sólo su ser Dominante podía darle.

Poco a poco, situó su verga en la entrada del coño de ella y de inmediato sintió lo caliente y húmeda que estaba. Se mordió la boca al sentir que sería mucho más delicioso cuando lo tuviera adentro, así que no esperó más y lo introdujo de a poco para que no fuera insoportable para ella.

Los movimientos fueron lentos pero precisos, cada vez iba más adentro y sentía que estaba en las puertas del paraíso. Delicioso, no, más que eso. Mientras, se dedicó también a besarla y a acariciarla, quería hacerla sentir que sus emociones y sensaciones también valían y que su excitación también lo provocaba a él.

Siguió hasta que por fin quedó completamente dentro de ella. Sintió ese calor abrasador de su carne y de la humedad que empapaba su verga. Gimió y jadeó, y también se dio cuenta que Grayce estaba en una especie de trance. La volvió a besar y permaneció unos minutos dentro de ella para que se acostumbrara a la sensación que estaba experimentando.

Así que luego su pelvis comenzó a moverse lentamente para producir ese vaivén de lo que sería un roce delicioso. Lo hizo procurando el mismo cuidado con el fin de darle paso sólo al placer... Por los momentos.

Ella, por su parte, sentía una mezcla de placer y de dolor. Pero más podía la lujuria, más podía ese deseo que parecía consumirla cada vez más. No podía expresarlo con palabras, no podía definirlo siquiera. Sus escritos y su poco entendimiento del amor y del sexo, así como las veces que leyó sobre la dominación y sumisión, no tuvo más sentido porque vivirlo era una experiencia completamente diferente... Y le encantaba.

Al poco tiempo, los dos quedaron entrelazados entre un sexo fuerte e intenso. Él no paraba de moverse, de chocar su pelvis contra la de ella. Miraba sus pechos bambolearse y su cara encendida por el calor y por la

excitación. Se besaban y se acariciaban, se tomaban de las manos y se fundían entre los gemidos y jadeos.

Grayce se perdía en el fulgor de los ojos azules de ese hombre alto y pálido, en la sonrisa malévola y en esas ganas de querer más y más. El dolor iba abandonando su cuerpo para que quedara solo la excitación que se aferraba a su piel. Reía, sonreía y lo volvía a mirar.

La obsesión de Jon pareció crecer mientras dentro de ella. Iba más rápido y violento, su mano fue hasta el cuello de ella para apretarlo y para verle ese rostro perfecto y divino. Él también se perdía con ella, dentro de esa piel que tanto adoró en el secreto de ese sentimiento que a veces le producía culpa y miedo. Pero ya no, ahora sólo era de ella, como ella era de él.

Se sintió afortunado de ser el primero en conquistar ese cuerpo, así que procuró tratarla con el hambre y lujuria que sentía y que merecía. La acariciaba y mordía para darle a entender que la dominaba y que él tenía el control. Le encantaba esa posición de macho dominante y quería perpetuar ese sentimiento.

Siguió penetrándola hasta que se colocó sobre su cuerpo para tener su rostro más cerca. Lo hizo con la intención de conectarse con ella y de mirarla tanto como fuera posible. Las manos de Grayce se colocaron sobre su cabello negro y sobre ese rostro sudado y excitado.

Ella lo acarició suavemente y le transmitió toda esa dulzura de su ser a ese hombre que tanta confusión le producía. Se unieron en un solo abrazo hasta que él movió su mano para colocarla sobre la vulva. La intención era acariciarle el clítoris con suavidad para también estimularle ese punto y así llevarle más fácilmente hacia el orgasmo.

Si el sexo ya ese punto era increíble, el sentir la verga de él dentro de ella más esa electricidad potente en el clítoris, fue como si despegara como un cohete. Grayce no podía creer lo que le estaba pasando y enseguida cerró los ojos para sentir que su espíritu flotaba por los aires, dando vueltas y danzando por la euforia que parecía controlar cada espacio de su cuerpo.

Él insistió, siguió empujando hasta que sintió que las piernas de ella, que estaban alrededor de él, comenzaron a temblar violentamente. Entonces, se afincó aún más y fue allí cuando escuchó un largo alarido. Ella se corrió con la verga de él aún adentro.

La explosión tan potente que experimentó fue tal, que ella pareció perder la consciencia por unos segundos. De hecho, no supo de sí misma, sino

segundos después, cuando escuchó los gemidos de él que estaban volviéndose más y más intenso.

De esa manera, fue que ella pudo llegar a la realidad y verlo apenas con las fuerzas que le quedaban en el cuerpo. Así que lo miró y notó que él estaba a punto de correrse, miró la forma en como Jon estaba masturbándose hasta que se quejó un poco la presión con la que salió el primer chorro de semen que quedó sobre el torso de ella. Tras este, unos cuantos más que pararon entre sus pechos, caderas y parte de su coño. Ella había sido marcada por la lujuria de él.

Jon también experimentó la potencia de ese orgasmo que casi lo dejó de rodillas, apenas faltó poco para desplomarse pero se mantuvo allí, apoyado sobre la cama con uno de sus brazos para no perder el equilibrio.

Mientras seguía respirando agitadamente, miró el rostro dulce de ella, así que fue hacia ella para acariciarle el cabello y para besarla también. Pensó que no había mejor recompensa que esa.

Después de limpiarse, ambos se quedaron sobre la cama en absoluto silencio. Jon sabía que no sería incómodo compartir ese momento con ella porque algo siempre se lo dijo, así que sólo se limitó a buscar su mano para tomarla. Ella comenzó a cerrar los ojos lentamente hasta que se quedó dormida. Mientras, Jon siguió unido a ella, mientras pensaba que lo mejor que podía hacer, era confesarle algo muy importante.



IX

Hacía frío a pesar que él estaba allí con ella. Grayce abrió los ojos y se dio cuenta que aún estaba oscuro aunque tenía el presentimiento de que estaba a punto de amanecer. Pensó en acurrucarse junto a él pero tuvo sed, así que se escabulló de su lado y tomó su camiseta y bragas para bajar a buscar un poco de agua.

Caminó con cuidado para no despertarlo. Antes de salir, lo vio tan dormido que no pudo evitar sonreír, así que siguió en la búsqueda de la cocina. Bajó las escaleras y se encontró con la cocina la cual estaba cerca. Se percató de la puerta que daba con ese lugar que había actuado como su jaula por unos largos días.

Luego, miró hacia el frente y se topó con la entrada. Recordó que hacía horas la miró pensando que sería su salida, sin embargo, renunció aquello, dejó todo eso atrás por elección propia. Esta vez, también la ignoró.

Se sirvió un poco de agua y cerró los ojos. Luego de hacer un largo suspiro, se dio cuenta que algunas partes de su cuerpo le dolían. Volvió a sonreír.

Sabía que todo aquello no tenía sentido, que para cualquier persona todo aquello que estaba pensando resultaba ser una completa locura pero, ¿y si fuera así? ¿Importaba algo? Tuvo que reconocer que las cosas se habían dado de una manera increíble, pero quizás tenía que ser así.

Luego cerró los ojos y recordó el delicioso calor de su boca, sus manos sobre su piel y esos instantes en donde intercambiaron miradas. Sintió que el mundo se paraba sólo por él. Todo, todo era una locura pero él lo valía, no tenía duda. Seguiría hasta el final. Se convertiría en todo lo que él quisiera, sin importar qué.

De repente, sintió que alguien estaba allí. Giró la cabeza y resultó ser él, en el umbral de la cocina con una expresión alarmada. Eso fue lo que le hizo recordar las circunstancias de esa extraña unión, sin embargo, ella se acercó a él y le dio un beso.

—Sólo tenía un poco de ser. No te quería despertar.

Jon se dio cuenta que decía la verdad. El miedo de no verla junto a él, en esos breves momentos, pensó que toda esa intensidad que habían vivido, se había ido por la borda. Pero no, todo fue producto de su propia paranoia.

Así pues, que le acarició el cabello y también la volvió a besar. Luego, pensó que esa era la ocasión para hablar sobre un asunto que le pareció pertinente conversar. Se sentaron en el desayunador y él de inmediato cobró una expresión bastante seria.

—He de decirte algo importante y que tiene que ver mucho con lo que soy como persona. Soy Dominante y me gusta tener el control de las cosas, y el mejor escenario para mí es durante el sexo, aunque eso es un rasgo que manifiesto en todas las cosas que hago. Desde el trabajo hasta echarle gasolina al coche. Todo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Él le hizo esa pregunta porque presentía que ella estaría en sintonía. La espió con esa razón, para explorar sus más bajos instintos y se percató que no estaba tan lejos como había pensado.

—Sí... Creo que sí. Me di cuenta de ello en ciertas ocasiones... Y bueno, leí algo al respecto. Pero he de confesar que no sé muy bien de esa materia. Es obvio que soy inexperta.

Lo dijo con cierta amargura en la voz, pero él no se detuvo en ese detalle minúsculo, más bien sonrió de satisfacción al darse cuenta que ella había sido sincera.

—No tienes por qué sentirte así. Te digo esto porque quiero que me conozcas y me comprendas como yo lo hago contigo. Es todo lo que quiero. De verdad. No pido nada más. Pero, ¿te gustaría probar?

Era la segunda pregunta que elaboraba con el fin de asegurarse que iba por el buen camino y así comenzar una relación mucho más profunda e intensa.

—Sí... No sé... Todo esto que está pasando me ha hecho sentir tan extraña, tan diferente a lo que había vivido antes. Y lo más extraño de todo es que no tengo miedo de ir más allá, es como si mi mente y mi cuerpo me exigieran que continuara sin importar el costo de las cosas. Y, ¿sabes qué? Lo haré porque me he negado demasiado de todo esto por mucho tiempo.

Jon vio en ella una determinación tan contundente que no pudo evitar no sentirse conmovido. Ciertamente lo que estaba sucediendo podría descolocar a cualquiera, pero ella estaba allí, con él. Eso debía ser alguna especie de buena señal.

—¿Estás dispuesta entonces?

—Estoy dispuesta a probar todo lo que quieras. Como te dije, en este punto sólo puedo avanzar y eso es lo que quiero.

Entonces, sin pensarlo demasiado y aún con el calor del momento, Jon la colocó contra la pared y le colocó la mano sobre el cuello.

—Es hora que conozcas cómo son las cosas de verdad.

Fueron de nuevo a la habitación pero esta vez, con un ánimo muy diferente. Él estaba dispuesto a hacerla sufrir como había querido desde el primer día. Así que volvieron a subir las escaleras en medio de la madrugada, hacia otro lugar diferente a la habitación.

Grayce pensó en exclamar algo pero luego se dio cuenta que le había dicho que continuaría por ese camino. Así que debía seguir sin hacer preguntas. Ahora era de él y debía aceptar el destino que había sellado.

Jon hizo un poco de fuerza para abrir la habitación conjunta. Estaba a oscuras salvo por una ventana estrecha y alta que dejaba entrar la luz de la luna. Cuando ella entró, sólo notó la cama que estaba en el medio. Era lo único que estaba allí.

—Ahora vamos a jugar. Desde ahora en adelante me dirás “señor”. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien.

Él tomó una silla que estaba cerca e hizo que se sentara. Después, volvió a desaparecer para buscar unas esposas. Puso sus brazos detrás del espaldar y la esposó para que no pudiera moverse con facilidad.

Grayce estaba nerviosa pero recordó que había leído de la concentración del dominante y de dejar que las emociones no tomaran el control de la sesión. Porque así era su nombre, estaba en una sesión.

Sintió que el corazón le latía con fuerza producto de la expectativa que le despertaba el vivir el momento que estaba por enfrentarse. Respiró profundo para calmarse hasta que lo volvió a ver, emergiendo de entre las sombras, con lo que parecía un látigo entre sus manos.

—Quiero saber qué tal te la llevas con el dolor. ¿Estás preparada?

—Sí, señor.

Él se excitó al saber que ella de inmediato comprendió el juego en el que estaba. Así que alzó ligeramente el brazo y le dio un latigazo en los muslos de ella con cierta contundencia. No demasiada porque era su primera vez.

Se quedó quieto, esperando la respuesta pero su presentimiento no estaba errado. Ella exclamó un gemido suave y sensual. Así que sabía que iba por

buen camino. Siguió entonces con una serie de latigazos que iban y venían por los aires. Las lenguas de cuero volaban por los aires para luego aterrizar sobre la piel de sus piernas, rompiéndolas, abriéndolas.

Jon repartió el dolor tantas veces como quiso para luego detenerse en medio de la euforia en la que se encontraba. Respiró un momento y al alzar la vista, la encontró sudada, excitada y roja.

Él sonrió con maldad y también con placer. Estaba emocionado por todo eso que la hacía sentir, lo cual también era un reflejo de lo que estaba experimentando internamente.

La piel blanca y suave de su amante se transformó por completo en un hermoso lienzo rojo y rosáceo. Luego de encontrar la excitación así, le quitó las esposas y luego hizo que se arrodillara en el suelo.

—Lo chuparás, pero con la condición de que te comportarás como una niña obediente y que tendrás las manos detrás de la espalda. De lo contrario, te castigaré.

—Sí, señor.

La verga de Jon estaba más dura que nunca. Era obvio que a él le encantaba dominar y provocar dolor.

Poco a poco, la dulce y lujuriosa Grayce abrió la boca para recibir la verga de su amo por completo. Unos cuantos besos y lamidas después, se lo introdujo con cierta dificultad. Sin embargo, a pesar de ser la primera vez que hacía sexo oral, encontró aquella experiencia extremadamente deliciosa.

Podía quedarse allí, con sus labios pegados a ese cuerpo delicioso, grueso y viril. Él, mientras, en medio de su excitación, no pudo evitar tomarla del cabello para halárselo con fuerza y hacerla sentir que era de él, que era su mujer y que haría con ella lo que le diera la gana.

También, de esta manera procuraría hacer que su verga se adentrara más y más en su boca. Esa misma que estaba caliente y que empapaba su pene con su saliva. Así pues, Grayce dejó que su naturaleza lujuriosa y hambrienta de sexo, dejó que tomara control de sus acciones por lo que se aseguró de lamerlo por completo, con gracia y placer.

Sus labios acariciaban su cuerpo y su glande, con una destreza que ni ella misma se esperaba. Era algo nuevo en ella y diferente, también divertido.

En esa posición, ella le miraba con cierto desafío, haciéndole sentir que ciertamente su destino era darle todo el placer del mundo. Siguió chupando y lamiendo con desesperación casi. Jon siguió tomándola con fuerza porque se

dio cuenta que estaba a punto de correrse. La siguió sosteniendo como el macho que se sentía hasta que experimentó el calor del orgasmo que se avecinaba peligrosamente para quedarse en su piel.

Cerró los ojos y creyó que su cuerpo y su alma iban directo al cielo. Se sintió desconectado con la realidad, con lo que había alrededor, en la oscuridad de esa habitación. Sólo estaba él y el sonido de la boca de esa mujer que le daba el placer más delicioso del mundo.

Grayce, la dulce y complaciente, siguió con ese vaivén placentero hasta que por fin sintió el calor del semen de él invadiendo su boca. Saboreó los líquidos de ese hombre que no sólo quedaron en su boca sino también en varias partes de su rostro cuando él decidió sacar la verga.

Estaba más agitado y alterado, sus piernas temblaban pero no paraba de reír. Estaba eufórico, con ríos de endorfinas corriéndole por las venas a una velocidad impresionante.

Ella permaneció en el suelo hasta que él abrió los ojos y, sonriendo, la tomó por los hombros para que pudiera ponerse de pie. Se miraron por un rato e intercambiaron esa forma de hablar sin palabras. Ambos rieron, se sonrieron y luego se entrelazaron en un beso.

—Esto es una locura. Todo esto es una completa locura. ¿No lo crees?

—Sin duda, pero sólo nosotros lo podemos entender.



X

Él no pensó que las cosas se darían de ese modo, pero así fue. Sin embargo, la burbuja que era su vida ahora, estaba a punto de romperse. La preocupación por la desaparición de Grayce fue suficiente como para denunciar su caso a la policía.

Por primera vez, Jon sintió que estaba a punto de perderlo todo cuando ya había logrado por fin lo que quería. No quería dejar de vivir ese sueño que tanto le había costado construir.

Pero su felicidad debía disimularla lo más posible, sobre todo por las caras largas en la oficina y más con los reportajes que anunciaban la búsqueda incansable de ella. Jon se preguntaba si Grayce querría irse, se preguntaba si lo que estaba haciendo era lo correcto.

Ese fue el comienzo de una serie de pensamientos y cuestionamientos sobre su vida. Después de un tiempo en donde su ánimo y su mente estaban controlados por la obsesión por Grayce, tuvo una especie de reflexión en donde analizaba si era mejor detenerse.

Ella, por otro lado, estaba entregada a él y en las emociones que experimentaba a su lado. Con Jon, no sólo se percató que adoraba ser azotada o esposada, también le gustaba las esposas y las palabras humillantes. Sin embargo, sabía que había un mundo nuevo por explorar con él. Las llegadas en la noche, era la mejor parte de su día.

Esa noche, Jon estaba más reflexivo que nunca pero apenas abrió la puerta, miró la enorme sonrisa de Grayce, quien lo estaba esperando como una niña juguetona. Esa expresión de genuina felicidad, ese gesto que sólo hacía alguien que sentía eso de verdad, fue suficiente para convencerlo que ella era toda la respuesta que necesitaba.

No quería pensar en lo que tenía que hacer, ni qué era o no lo correcto. Sólo deseaba estar con ella lo más pronto posible. Así pues, dejó todo lo que tenía consigo y fue hacia ella, para abrazarla y besarla como nunca lo había hecho.

El calor de los labios de él la envolvieron de inmediato, Grayce respondió igual porque también lo había extrañado a horrores. Fundieron entonces sus bocas en un beso intenso. Poco a poco, los dos fueron excitándose y concentrándose que lo que sería eventualmente una sesión.

Los ojos azules intensos de Jon le dijeron a ella que estaba a punto de convertirse en su Dominante. Sin embargo, ella estaba más que lista para recibirlo y satisfacerlo, estaba lista para entregarse por completo y olvidarse de lo demás.

Con fuerza, Jon la tomó por el cabello e hizo que subiera por las escaleras. Fueron de nuevo hacia esa habitación oscura y misteriosa que parecía sacar la esencia de los dos al máximo.

Aunque él quiso dejarla sobre el suelo para obligarla a chupárselo, le pareció mejor dejarla sobre esa cama sencilla para atarla. Era el momento de hacerlo, aunque no sabía si eso le traería duros recuerdos.

—¿Te parece bien si...?

—Tú eres mi Amo, eres la persona que decide si es lo más conveniente o no.

Jon de repente cobró una actitud diferente. Sonrió porque sintió que ella estaba segura de lo que estaba diciendo, y así era. Hizo que extendiera sus brazos y piernas para comenzar atarla. Desapareció por unos segundos para luego traer consigo unas cuerdas negras. Estaba emocionado por comenzar a atarla.

Primero lo hizo en las muñecas y luego en los tobillos. Lo hizo de manera firme y contundente para dejarla inmovilizada. Grayce cerró los ojos al recordar que así lo había hecho él cuando la dejó en esa jaula. Pero su mente, ya en un estado completamente diferente que el de aquella vez, pareció darle a entender que todo lo que había pasado fue porque los dos debían estar juntos.

Se sintió aliviada y abrió los ojos para encontrarse con los de él. Jon tenía la expresión de concentración que hacía que su mirada se viera un poco fría. Eso a ella la ponía un poco nerviosa pero estaba bien, eso era lo que había deseado porque la ayudaba a entender que su misión era aceptar los designios de ese hombre, de su señor.

Al terminar, Jon se echó para atrás para darse cuenta que estaba satisfecho con lo realizado. Así que volvió a desaparecer entre las sombras, creando una expectativa en la ya ansiosa Grayce. Luego, emergió con un par de pinzas de madera, y una especie de collar unido a una pesada cadena.

Ella se mantuvo atenta a lo que estaba por suceder, así que volvió a respirar profundo y sintió la proximidad de él hacia su cuerpo. La miró como si la acariciara con los ojos, sus dedos rozaron su piel y se detuvieron en sus

pezones.

Los lamió con la punta de la lengua y los acarició suavemente. Luego colocó delicadamente las pinzas de madera, lo suficientemente holgadas para que no le hicieran daño. ¿El resultado? Una Grayce mucho más excitada y roja de placer.

Exclamó y gimió sin cesar. Pronunció palabras incomprensibles para él pero que sabía que significaban que ella estaba en un punto máximo. Así que la tomó por el cabello para besarla.

Después de unos minutos intensos, en donde pudo callarla con su boca, Jon llevó una de sus manos y la colocó sobre la vulva, justamente encima del clítoris. Sus dedos comenzaron a hacer movimientos suaves y luego más fuertes. Cuando lo hacía, se dio cuenta que ella estaba con la boca entreabierta, gimiendo y jadeando.

—Así es que me gusta. Que sepas que eres mía. Que quien te hace todo esto soy yo y nadie más.

—Sí, señor... Sí...

Apenas las palabras salían como arrastradas de su boca, como haciendo lo posible para poder responderle. Así que puso todo su esfuerzo para hacerlo.

Él seguía acariciándola y haciéndola retorcerse. Le gustaba ver cómo reaccionaba ante sus palabras y caricias. Le daba esa sensación de poder que tanto le gustaba experimentar. Con su otra mano, también presionaba un poco los pezones con las pinzas. Ligeramente, lo suficiente como para que se mezclara bien con el ardor producido por ese toque mágico en el clítoris.

La bella Grayce yacía sobre la cama más sudada y excitada, deseando que nada de eso acabara.

Al cabo de un rato, él dejó de estimularla tras asegurarse que estaba bien húmeda. Era el momento inequívoco de la penetración... Una de sus partes favoritas.

La dejó atada para luego acomodarse entre sus piernas. Producto de la misma desesperación que ella le causaba, desató los tobillos para ajustarse sin problemas. En ese punto, su pene estaba tan rígido como una piedra y el corazón latiéndole a mil por hora.

Ella estaba allí, con la cabeza sobre la almohada y la expresión de entrega total. En ese instante, Jon comprendió que no podía dejar eso atrás por más quisiera. Ella le dio a entender que no podía, así que tenía que

quedarse con Grayce, sin importar el costo.

Sus manos se colocaron sobre esos muslos deliciosos y su pene fue directo a su coño. El glande quedó en ese punto cumbre antes de entrar, y con un movimiento de pelvis, introdujo su verga dentro de ella.

De inmediato sintió el calor abrasador de sus carnes estrechas, así como de esa humedad gloriosa. Podría quedarse allí todo el tiempo del mundo. Esa era una sensación que lo hacía sentir cada vez más vivo.

Lo empujó hasta que lo metió por completo. Las manos de Grayce se sostuvieron entre las cuerdas como para darle la sensación de que podía sostenerse de algo, por más difícil que fuera. Así pues, cerró los ojos y gimió aún más, a medida que él movía su cuerpo en un vaivén que la llevaba hacia otro plano.

En ese instante, ella confirmó que la unión que ambos tenían en la carne y en la mente, era muy poderosa. La intimidad era el momento en donde se entrelazaban en algo que ella no podía explicar. Nunca pensó que fuera posible conectarse así con persona alguna. ¿Acaso era real? Era obvio que para ella sí y para Jon también.

Cuando comprendió que lo único que quería era estar con él, sólo quiso mandar al diablo todo lo demás. No importó el trabajo ni su vida llena de excelencias académicas vacías, lo único que cobró sentido era él, esa fuerza que le transmitía en el sexo y en la cotidianidad de esa relación que fue transformándose con el tiempo. Era lo único verdaderamente importante.

Mientras él estaba sobre ella, empujándose, penetrándola con la fuerza de un macho, Jon y Grayce se conectaron de nuevo en la mirada. Sus gemidos y jadeos no paraban. Las manos de él buscaron las de ella para entrelazar los dedos mientras el sexo se hacía cada vez más rudo.

Casi, al final, él la tomó por el cuello cuando se dio cuenta que Grayce estaba a punto de experimentar el orgasmo. Sin embargo, él deseaba que también lo hicieran al mismo tiempo y todo parecía indicar que sería así.

Minutos después, el grito de ambos se convirtió en uno solo, ambos por fin se entregaron en una corrida intensa y llena de placer. Jon cayó sobre el cuerpo de Grayce. Sus corazones que latían rápido se fundieron entre sí.

—Quiero que seas mía siempre.

—Soy y seré tuya siempre.

Las palabras bastaron para darle a entender a él que no había marcha atrás. Sus cuerpos y almas ahora se pertenecían mutuamente, hasta el final.



EPÍLOGO

La policía hizo las investigaciones pertinentes sobre el caso. Analizaron cada paso y cada movimiento de Grayce para saber lo que realmente había sucedido. Aunque no obtuvieron mayor respuesta que lo que habían dicho los compañeros de trabajo de ella, no hubo nada concreto.

Sin embargo, entre las tantas veces que se dispusieron a buscar en las grabaciones de las cámaras de vigilancia, encontraron un denominador común: un hombre alto, particularmente blanco y misterioso. Alguien que parecía esconderse de la cámara, pero, ¿por qué?

No había razón alguna pero las sospechas de hicieron cada vez más obvias al analizar el sujeto. Resultó ser un compañero de trabajo de la chica que habían descartado por tener esa expresión de apatía de siempre. No obstante, parecía ser la respuesta a todas las preguntas.

Sin pedir una entrevista con él, decidieron investigar más al respecto. Sus hábitos, gustos, inclinaciones, y los últimos movimientos antes de la desaparición de la chica. Todo parecía conectarse con él. Era momento de desenmascararlo.

La noticia se regó por la oficina. La gente no podía creer que un hombre tan amable y dulce como Jon fuera capaz de hacer algo tan terrible como eso. Pero las cosas eran así, a veces las sorpresas salen de las personas menos esperadas.

Se hizo un debido plan para ir a su casa, lugar en donde se presumía que estaba allí la mujer.

—Debemos hacerlo con cuidado, este tío parece estar bien loco y podría hacerle daño. Vigilad bien para que las cosas no salgan de control.

El jefe del equipo de asalto dio las últimas instrucciones a los demás hombres. El coche estaba allí y había un par de luces encendidas. Era la señal de que estaba allí y que no perderían más el tiempo en rescatar a la pobre muchacha.

Un fuerte ruido indicó que la puerta principal cayó al suelo sin mayor problema. Un gran mazo de metal la derribó en unos segundos.

—¡POLICÍA!

Dijo alguien en medio del caos. Un grupo de agentes uniformados de

negro entraron a la casa con linternas encendidas. Perturbando la tranquilidad de ese vecindario familiar. Varios grupos se distribuyeron por la casa.

Eventualmente, encontraron la jaula, el catre y todo lo demás. Incluso unas cuantas cuerdas rotas que habían sido olvidadas allí. El jefe del grupo no paraba de agitar la cabeza.

—Quizás hemos llegado demasiado tarde.

Siguieron buscando y la verdad que no encontraron nada más. Todo pareció haber quedado allí, suspendido en el presente. La pregunta surgió en el momento. ¿Qué habrá pasado con la chica? No hubo respuestas.

Lo que no sabían era que Jon y Grayce decidieron dejar todo atrás. Literalmente. Ella, ahora convertida en su sumisa, estaba junto a él en el medio de la vía, mientras escapaban hacia un futuro incierto. Con sus dedos, tocó el collar de cuero negro para recordarse que había sido la mejor decisión de su vida.

Mientras, Jon, también sonreía. Era obvio que su locura era compartida y que eso significaría en una gran aventura.



Esclava Oscura

Mordida por el Vampiro

I

Abrió los ojos para darse cuenta que el cielo estaba nublado y el aire estaba denso. Junto a él, descansaba el brazo de un niño que acababa de morir. Aunque quiso, trató de levantarse pero no pudo. El pecho lo sintió pesado y justo allí, miró sus brazos y manos. Eran negros. Desde las puntas hasta las muñecas, los codos y más allá que no pudo ver porque la fiebre no lo dejó.

Cerró los ojos y trató de respirar. Un dolor agudo, intenso volvió a regresarlo a una agonía de la que no pudo escapar. Cada inspiración se sintió como mil agujas que lo atravesaban, el cuello se cerraba cada vez más, impidiendo que pudiera respirar.

De repente, comenzó a sangrar profusamente por la nariz. Los hilos de sangre corrieron por su rostro y garganta sin que pudiera evitarlo. Mientras miraba el cielo y el vuelo de los pájaros por las nubes, escuchó los lamentos y gritos de la gente. Era la muerte que se paseaba entre ellos con descaro.

Era 1348 en Florencia cuando la peste bubónica alcanzó su pico de destrucción por Europa. Los campos y ciudades quedaron plagados de cadáveres que quedaban expuestos como muestra de un panorama devastador. La Humanidad enfrentó a un enemigo mortal por tanto tiempo, que ese episodio quedaría marcado en sus anales para siempre.

Para aquel momento, Raiden era un hombre joven que trabaja en la ciudad cuando contrajo la enfermedad. Ni siquiera sospechó de ella ya que la fiebre y la tos eran síntomas de un resfriado común. Sin embargo, su característica fuerza, fue mermando con el paso del tiempo. Ahora, su cuerpo yacía sobre un campo abierto para dejarlo morir allí, rodeado de otros más que no pudieron salvarse.

Poco a poco vio como el sol desapareció en el horizonte para llegar la

noche. El invierno y la crueldad de la enfermedad, se sintió como un enorme castigo. Se desmayaba por la fiebre o por el dolor pero su consciencia retornaba para recordarle que las cosas no habían terminado aún.

Rezó en silencio, rogó por un acto misericordioso, estaba listo para morir. En cualquier momento, este hecho le hubiese aterrado, sin embargo, estando allí, cubierto de manchas negras, con el dolor punzante que sentía hasta para respirar, Raiden ansió el momento de dejar su cuerpo y abrazar la vida eterna.

En uno de sus puños, se encontraba un crucifijo.

—Señor, llévame contigo. Llévame contigo. No quiero sufrir más. Estoy listo para ir a ti. Llévame. Llévame por favor.

Las súplicas le hicieron derramar unas cuantas lágrimas. Agradeció que al menos no sintiera dolor por ello.

De repente, sintió un abrumador silencio. Ya no se escuchaban los gritos ni el llanto. Era como si cualquier sonido hubiera sido apagado como por acto de magia. Raiden tomó esto como una señal de que faltaba poco para morir. Una sensación de alivio embargó su cuerpo.

Fue allí cuando una figura muy alta y delgada lo observó desde lo alto.

—Es un ángel de la muerte —Se dijo apenas.

Una mano blanca y fina le tomó por el cuello y le arrastró por la tierra. Mientras sucedía, él pudo ver los cientos y cientos de cadáveres que estaban allí. Mujeres, niños, bebés, ancianos, hombres. Todos con los ojos vidriosos y los cuerpos negros por la sangre podrida.

Finalmente, lo dejaron caer sobre el césped. El lugar estaba desierto, ni siquiera pudo ver árboles. No obstante, la luna estaba allí. Blanca, brillante, hermosa.

—Pobre... Pobrecillo. Cuánto dolor has tenido que pasar.

Le dijo la voz proveniente de esa figura tan larga y fina como una espina.

—Me temo que el chaval que tienes entre sus dedos no te salvará de esta.

Raiden entendió que se refería al crucifijo que tenía en sus manos.

—¿Eres el Diablo? —Llegó a responder con debilidad.

—Ah. Ustedes los mortales con sus cosas. La vida va más allá de eso, querido muchacho.

Sintió que se acercó hacia él y por fin pudo verlo. Era un hombre increíblemente pálido, con dientes blancos, largos y afilados. Los ojos rojos

sangre y el cabello tan oscuro como las tinieblas. Ese aspecto terrorífico, además, se volvió más intimidante con esa voz grave y delicada al mismo tiempo.

Extendió una de sus manos y lo miró más de cerca.

—Puedo ayudarte a acabar con tu dolor pero el precio es alto, amigo mío.

Ese ser tan misterioso se dio cuenta que Raiden estaba a un paso de la muerte, así que tenía que darse prisa en su propuesta.

—Sólo tienes que decir que sí para que yo pueda liberarte de esa enfermedad para siempre. Cuando eso pase, serás un hombre fuerte y lleno de vida. Nada podrá contra ti, ni siquiera la desgracia que estás padeciendo ahora. Créeme, verás todo esto como un mal sueño.

La sola idea de poder librarse de la peste, hizo que los ojos de Raiden centellearan de la emoción. Soltó el crucifijo por alguna razón y el ser de los colmillos largos, sonrió.

—Bien. Tomaré eso como un sí.

Se acercó lentamente hacia su cuello y lo mordió. Debido a la enfermedad, Raiden no pudo emitir ningún lamento, ningún sonido. Sólo fijó la mirada hacia esa luna grande y blanca que parecía mirarlo desde el cielo. Poco a poco, sintió un enorme cansancio y se dejó llevar por una oscuridad que no supo de dónde provenía.

Despertó de un golpe. Pensó que todo lo que sucedió se trataba de un sueño así que se levantó como si no hubiera pasado nada. Asustado, no supo en dónde se encontraba y, antes de caminar, observó sus extremidades. Ya no estaban esas largas manchas negras, ahora, más bien, lucía blanca, casi pálida.

Trató de buscar a esa figura en pleno campo abierto. Escudriñó hasta las piedras para dar con él, pero no sirvió de nada. Estaba solo.

Escuchó el sonido de un riachuelo y fue hasta allí. A lo mejor tendría suerte de encontrarse cerca de un pueblo o de alguna aldea. De esta manera, así saldría de allí e iría a casa.

Se inclinó entonces hacia la superficie de agua para refrescarse la cara. Mientras lo hizo, notó un par de marcas en el cuello. Llevó un par de dedos allí para asegurarse que no resultó un problema en la vista o un desperfecto en el agua. Efectivamente, estaban allí y hasta tenía la carne viva.

Se levantó aterrorizado. Quiso gritar pero no pudo, ¿para qué? ¿Qué iba a

lograr con eso? Si la peste era una desgracia en sí misma, no podía imaginar las consecuencias que traería el ser... Eso. Eso que ni siquiera pudo pronunciar.

Fue hacia un bosque para buscar un poco de claridad en su mente. Pasó por los árboles y arbustos, por el césped y la piedra. La noche lo sobrecogía como su única compañía.

—Ya veo que recuperaste el conocimiento. Tuviste suerte, amigo mío, tenías un pie más cerca del otro lado.

—¿QUIÉN ES? ¿QUIÉN ME HABLA?

—Sabes de quién se trata. Y no te preocupes, el secretito permanecerá entre los dos.

—¿QUÉ ME HAS HECHO?

—Te convertí en un hombre poderoso, en un hombre capaz de burlar a la muerte. A mil muertes. Ya no eres un pobre trozo de carne podrido, eres más que eso. Mucho más y esta es tu oportunidad de hacer de tu miserable vida, algo que valga la pena.

Una sombra larga se desplegó en el suelo, rodeando a Raiden.

—Somos amos y señores de la noche, amigo mío. Somos los dueños de la inmortalidad. Los mortales son nuestros esclavos y lo serán por siempre.

Él cayó al suelo, llevándose las manos a la cabeza.

—SOY UN DEMONIO, SOY UN ENGENDRO DEL INFIERNO.

—No seas estúpido. Esos cuentos para los mortales. Historias de miedo para hacerles ir como corderos hacia las iglesias y meterles la mano en los bolsillos. Lamento decirte que forman parte de una estafa y así será por largos, larguísimos años. Pero eso no debe preocuparte. Tu nueva naturaleza te exige saber ciertas cosas para que puedas sobrevivir.

Se convirtió de nuevo en el hombre alto y pálido. Le colocó la mano sobre el hombro y le habló muy suavemente.

—Ya no tendrás hambre de comida, sino de sangre. De sangre fresca. De sangre humana. No... No podrás resistirte, de lo contrario, morirás. Pero sé que ese no será tu caso porque veo en ti el hambre de poder y dominio. Por eso te saqué de ese foso de putrefacción. Serías un número más.

La cabeza le daba vueltas y vueltas. Quiso vomitar y arrancarse el pecho.

—No te preocupes. Ya se te pasará. Es normal sentirse descompuesto. ¿Sabes por qué? Es tu cuerpo mortal que se transforma en algo glorioso y

único. Te vuelves fuerte y más inteligente. Es un don que tienes que aprovechar. ¿Lo harás?

Permaneció pensativo un poco. Recordó que no tenía a nadie más en el mundo. Que estaba solo y que quizás era cierto lo que él decía, quizás era una oportunidad de cambiar su destino por completo.

—Mi consejo para ti: Concéntrate en tus instintos. Ya no eres un mortal, así que esta es una poderosa arma que te llevará hacia lugares y momentos únicos. Respira profundo y enfócate. Tu cuerpo y tu mente te dirán exactamente lo que necesitas y cómo lograrlo.

—Pero... Pero, ¿a dónde vas?

—He terminado mi misión, amigo mío. Ya no me corresponde decirte nada más. Ahora el camino lo recorrerás tú. Suerte.

Volvió a sonreírle con esos largos dientes y desapareció en la oscuridad para siempre. Raiden se quedó en el suelo, mirando alrededor y asustado por el futuro.

II

La taza de café caliente al lado, el bollo dulce a medio comer, la silla con ese sonido fastidioso y la pantalla de la computadora todavía sin encender. Era un lunes como cualquier otro, un lunes cualquiera pero ya se sentía la carga de que sería un día pesado y aburrido.

Zia encendió la máquina con pereza. Miró la lucecita roja titilar. Ya estaba arrancando el sistema. Mientras esperaba, dio un mordisco al bollo y miró a su alrededor. Sus compañeros estaban en sus respectivos cubículos con la misma cara de pereza que ella.

Se levantó para lavarse las manos y comenzó a caminar por los pasillos. Escuchó el tecleo veloz y las voces en los teléfonos. El roce de los bolis sobre el papel, el cuchicheo sobre alguna fiesta o noche de pasión. Pasó todos los ruidos y llegó hasta la cocina. Apoyó el cuerpo sobre el fregadero y miró hacia afuera. La misma escena de todos los días.

Respiró profundo y tomó un vaso de agua como excusa. Bosteoó un poco y luego se giró para lavar la pieza. Miró su reflejo en el viejo microondas. Tenía el cabello más largo y sorprendentemente más dócil que otras veces. Los pantalones negros resaltaban sus anchas caderas y la blusa de rayas, la pequeña cintura. Aun así, odiaba vestirse de esa manera porque siempre se sentía incómoda, como si no fuera ella misma.

Lo ojos grandes y negros, lucían cansados. No lograba dormir desde hacía días. Tenía una mezcla de pesadillas y sueños extraños. Por más que lo intentara, no lograba definir qué era lo que le quería decir su mente.

Volvió a suspirar y salió de allí con las mismas nulas ganas con las que entró. Apenas llegó a su puesto, encontró una pila de informes que necesitaban para la semana. Ya no podría tontear en la computadora y menos leer los chismes de la realeza británica. Habría que trabajar.

Zia tenía una vida bastante común. Demasiado para su gusto. Iba al trabajo religiosamente a las 8:00 a.m., se sentaba en el escritorio, se colocaba los audífonos y se olvidaba del mundo. Prefería escuchar The Who o Rolling Stones para la concentración. De resto, se levantaba pocas veces para tomar café o cuando era hora de almorzar.

La gran oficina, puntualmente en donde ella trabajaba, se dividía en varios cubículos ubicados en el centro. Alrededor, se encontraban oficinas

pertenecientes a quienes tenían mayores cargos. Al final, todo aquello lucía como una trampa para ratones.

Aunque Zia tenía una gran inteligencia y hasta dotes de liderazgo, prefirió quedarse con el puesto que tenía. Tenía la filosofía de no ser demasiado apasionada por el trabajo y no porque no le gustara, sino que la extrema fidelidad a veces paga mal. Así que optó por no exigirse demasiado, sólo lo necesario.

Después de las 6:00, ella optaba por enfrentarse al caos de la ciudad, llegar a casa, comer los restos de la nevera, sentarse en su computadora y mirar el comportamiento del Bitcoin con Seinfeld de fondo. Gracias a la sugerencia de un antiguo amante, Zia abrió su cartera y comenzó a acumular bitcoins para acumular capital. ¿Para qué? No lo tenía claro, quizás era más de paz financiera.

Por supuesto, no todo era trabajo o bitcoins. También se regalaba noches de diversión con y otro compañero sexual. Le daban lo que quería y se iba a casa a hacer lo mismo de siempre, nada del otro mundo.

Tuvo un par de relaciones serias que le hicieron pensar sentar cabeza pero como era un alma libre, renegó de aquello y prefirió disfrutar de su libertad sexual. Incluso estuvo con mujeres y tríos. Probó lo que quiso y se decantó por los encuentros casuales. No había sentimientos de por medio, por lo que se traducían, en menos sufrimiento.

Sin embargo, a pesar de haber logrado una estructura un poco estable, seguía pensando en que no estaría mal tener un poco de aventura en su vida. Todo ocurría tan igual, tan todos los días, que ansiaba que llegara algo que le diera un giro de 180°.

... Quizás tendría que esperar un poco más.

III

Los ojos azules tan claros miraban la belleza de Londres desde lo alto. Apostado en un muro del edificio más moderno de la ciudad, Raiden se encontraba admirando su reinado. El Príncipe disfrutaba de la oscuridad y del frío de su hogar. Sin embargo, llegar hasta allí le tomó tiempo y paciencia.

Después de quedar solo en el medio de un campo en Florencia, en plena epidemia de la peste bubónica, Raiden, convertido en vampiro, comenzó su vida como un no—muerto. Ciertamente, al transcurrir los días, sintió la necesidad de chupar sangre, no obstante, el remordimiento de conciencia no se lo permitió, al menos al principio.

Procuró beber sangre de vacas y otros animales; y si bien le satisfizo el hambre, no fue suficiente. Cada vez se sentía más y más débil.

Por suerte, la terquedad le duró poco tiempo. Mientras deambulaba en las callejuelas de la ciudad, observó un guardia que estuvo a punto de violar a una muchacha. Por más gritos que ella exclamara, nadie fue a su ayuda.

Él, con las fuerzas contadas, se acercó y algo dentro de sí despertó. Una especie de furia animal que le recorrió todo el cuerpo. Fue entonces cuando se abalanzó sobre el mortal y le enterró sus largos colmillos. Sus ojos negros y brillantes, pasaron a convertirse azules muy claros. Dio el paso final como vampiro.

Entendió las palabras de su salvador y verdugo. Entendió que la sangre humana era eso que necesitaba para resguardar la inmortalidad. Así que pasó el resto de los siglos escondiéndose entre identidades robadas o falsas, mezclándose entre la gente, haciéndoles pensar que era uno más del montón cuando no era así.

Aunque podía ser nómada por el tiempo que quisiera, Raiden comenzó a cansarse y se estableció finalmente en Londres, más o menos por la época de los asesinatos de prostitutas en Ripper Street.

Aun así, compró una casa en la zona más elegante de la ciudad y se convirtió en un contador de renombre con una riqueza considerablemente abundante. Gracias a sus trabajos y contactos, se hizo cada vez más poderoso en la sociedad mortal y vampírica.

Su nombre recorría las calles de Londres y sus alrededores. Fue por ello que los vampiros no tardaron en llamarle “El Príncipe”. Cualquiera le debía

respeto y admiración.

La satisfacción de la inmortalidad, trajo consigo un precio muy alto. Vio morir amigos y amantes por la crueldad del tiempo, mientras que él permanecía siempre joven. Por esta razón, trató de alejarse lo más posible de relaciones de todo tipo para no volver a sufrir. Fue una manera de resguardar lo que quedaba de su humanidad.

Acomodó su gabardina negra y descendió por la pared de ladrillos como si fuera el propio suelo. Los pasos cómodos y tranquilos, lo llevaron a un callejón de restaurantes y locales turísticos. Aunque no era muy amante de las multitudes, de vez en cuando le gustaba disfrutar de la vibra de la gente... Y así podía decantarse por un poco de sangre fresca.

Después de caminar unas cuantas calles, de olor los perritos calientes, el chocolate y el algodón de azúcar, Raiden se sentó en un banco frente a un parque. Las luces de neón y las risas de los chicos le hicieron recordar el momento en casi murió por la peste. No supo si realmente tuvo suerte o si más bien fue un acto cruel del destino.

Se quedó sentado por un rato hasta que un destello rubio le llamó la atención. Se trataba de una chica que lo miraba desde la distancia. Agudizó sus sentidos y la observó con más cuidado. Era alta, blanca, de grandes pechos y piernas largas.

El cabello largo y rubio, ondeaba sensualmente por la brisa de la noche. Él sonrió un poco al verla y al notar que ella disfrutaba ser objeto de admiración. Se levantó suavemente y caminó hacia ella como un animal que va hacia su presa.

Ella tomó un camino un poco más alejado así que fue la oportunidad perfecta para interceptarla e invitarla una copa. Fue a por ella, se miraron con cierta timidez y fueron a un bar cerca del parque. Hablaron unas cuantas horas aunque ya eso aburrió a Raiden, quería ir al grano.

—¿Te gustaría ir a un lugar más cómodo?

—Sí, claro.

La chica jugó un poco con su cabello cuando él le extendió aquella invitación. Fue claro para él que ella le gustaba.

Así pues que se levantó, pagó la cuenta y comenzaron a caminar. Ella no paraba de hablar sobre su trabajo y sus amigos. Para Raiden, el asunto era tan innecesario que la ignoró por completo, así que se apresuró y llegaron a un hotel lujoso en el medio de la ciudad.

El estilo clásico de la arquitectura se conjugaba perfectamente con lo moderno de las instalaciones. Raiden sacó una de sus tantas tarjetas de crédito, pagó y los dos fueron a la habitación. Al cerrarse las puertas de los elevadores, Raiden tomó a la sensual rubia por la cintura y comenzó a besarla apasionadamente. Ella se rindió ante esa lengua deliciosa y se apoyó sobre sus hombros hasta que escucharon el sonido que indicó que habían llegado al piso.

Él se adelantó hasta llegar a la puerta. Pasó la tarjeta sobre el lector y abrió para que ella entrara primero. En el ínterin, Raiden tuvo que controlar las ansias de morderla... Al menos no en ese momento. Respiró profundo y luego cerró la puerta tras sí.

—Es un lugar hermoso.

—Lo es, sin duda.

Volvió a tomarla de la cintura y a besarla con más pasión que al principio. Sus manos inquietas, se pasearon por todo su cuerpo hasta que se detuvo en esos grandes pechos. Los masajeó por un rato y después le quitó la blusa escotada así como el resto de la ropa, producto de sus ganas de penetrarla con desesperación.

Se echó para atrás para admirarla mejor. Sí, esa piel blanca, deliciosa, el cabello suelto y espeso, los ojos verdes, los labios rojos encendidos por los mordiscos que le dio, la cintura y esos pechos grandes, redondos, firmes. Los pezones duros y rosados. El vientre plano y el coño con ese olor a fruta madura.

Raiden la llevó hasta la cama, con él sobre ella también. Abrió sus piernas y con sus dedos acarició el clítoris suavemente. Esperó un momento más hasta que sacó su larga lengua y acarició ese punto de placer. Introdujo su dedo al mismo tiempo que no dejaba de escucharla gemir.

Ella se aferró de las sábanas y se sostuvo porque él le produjo un inmenso placer. Raiden la observó mientras lo hacía, así que, luego de llenarse de boca con su carne y fluidos, esperó un poco más para luego erguirse y comenzar a desvestirse. Ella, jadeante y rosada por la excitación, lo miró desde donde se encontraba.

El cabello negro largo y liso, esa piel pálida y suave, los abdominales marcados, los largos brazos y piernas, la espalda ancha y las clavículas pronunciadas. La mirada intensa con esos ojos azules casi blancos. Raiden tenía un aspecto frío pero también muy sensual. En la forma de moverse tenía

un magnetismo poderoso, atrayente.

Dejó por último su pene, al dejarlo al descubierto, ella se impresionó por el tamaño y el grosor. El miembro marcado por las venas, ansiaba penetrarla. Pero Raiden le gustaba el juego, le gustaba darse tiempo para disfrutar tanto como fuera posible.

La tomó por el cuello y e hizo que se arrodillara. Le tomó el rostro y le dio unas cuantas bofetadas, lo suficientemente suaves como para no hacerle daño pero firmes para darle a entender que era él quien mandaba.

Ella sonrió llena de lujuria y procedió a abrir su boca ampliamente. Primero se introdujo el glande y luego siguió hasta tener toda la verga dentro. Raiden procedió a jalarle el cabello con fuerza y hacerle mover afuera y adentro en un movimiento continuo y sensual. Mientras lo hacía, le encantó ver los hilos de saliva cayendo sobre esos enormes pechos que danzaban por el movimiento.

Quedó embelesado por un rato más hasta que sintió una enorme necesidad de correrse, momento justo para hacer que parara. Entonces, volvió a tomarla del cuello y la apoyó en el borde de la cama. Le abrió las piernas, le dio unas cuantas nalgadas y llevó su pene dentro de su coño. Al principio lo introdujo con cuidado pero luego lo hizo con fuerza, tanta, que se apoyó de las caderas de ellas, haciéndola gritar con desesperación.

Las embestidas que le hizo gracias a los impulsos de su pelvis, hizo que la piel de él y ella chocaran entre sí, haciéndolas sonar con intensidad. De vez en cuando, se inclinaba hacia ella y le sostenía el cabello con fuerza.

Después, cambiaron de posición. Volvió a acostarla sobre la cama. Él se posicionó sobre ella y su verga fue hacia su coño dulce y delicioso. Con el pulgar, acarició el clítoris suavemente. Al masturbarla, ella sintió la penetración la sintió con más fuerza y placer.

Los brazos fuertes de Raiden se apoyaron sobre la cama. El esfuerzo de estar esa posición se vio recompensado por las sensaciones que experimentó al follar ese coño estrecho. Hubo un punto, incluso, que permaneció dentro y le dio varias embestidas como con la intención de llegar más y más profundo. La rubia, en el estado de éxtasis, pareció perderse del rostro de él que comenzó a transformarse. Los colmillos se asomaron en el labio inferior y los ojos se le inyectaron de sangre.

La tomó por el cuello cortándole un poco la respiración. Sólo un poco. Entonces, cuando se sintió tranquilo al saber que ella no lo vio como una

amenaza, se inclinó hacia el cuello de ella y rozó ligeramente los dientes sobre la piel fina. Incluso, casi podía ver las arterias y venas, la fuerza del torrente, la sangre espesa hasta el aroma.

Las pupilas de le dilataron y fue el momento que aprovechó para incorporarse. Sintió que no pudo más. Sacó su pene y desparramó un largo e intenso chorro de semen sobre el cuerpo de la sensual mujer quien todavía estaba excitada.

Raiden, lamió su cuello y la penetró con más potencia para que ella se corriera también. Gracias a ello, también lo hizo a los pocos segundos. Expulsando a su vez el fluido de la excitación. Ella, después de un largo alarido, cedió la tensión y su cuerpo se dejó vencer sobre la gran cama de la habitación.

Mientras estaba inconsciente, Raiden se levantó y fue al baño. Encendió la luz y se encontró con su reflejo. Cada vez que eso sucedía, le producía gracia por las historias que se construyeron en torno a los vampiros. Uno de esos mitos era la imposibilidad de ver su reflejo. Por supuesto que era falso.

—Mortales idiotas...

Abrió la llave del agua y se esparció un poco en el rostro. Se echó para atrás el cabello largo y se miró con más detenimiento. El vigor de su cuerpo, la juventud del rostro y la fuerza de su ser sobrenatural. La delgadez marcada por el ejercicio y la buena condición física eran cosas que le gustaba ostentar frente a los demás, ya que dejaba en claro que ciertamente era poderoso además de atractivo.

Giró su cabeza y observó que la chica aún dormía. Miró los colmillos que todavía sobresalían de su boca y tuvo la tentación de morderla y absorber su sangre por completo. Se espabiló y pensó mejor las cosas. Pensó que era mejor desaparecer rápidamente e irse de allí. Sí. Era mejor, además también estaba cansado.

Apagó la luz, salió y buscó sus cosas. Ella todavía dormía así que se movió con sigilo. Se vistió y, antes de irse, dejó la tarjeta de la habitación. Fue a otra estancia y abrió la ventana. Cuando lo hizo, el viento frío le golpeó la cara. Contó los pisos y sonrió.

—30... Nada mal.

Abrió los brazos y se lanzó al vacío. Lo que pudo ser una caída mortal, no lo fue para él quien se convirtió en una bruma negra. La figura poco visible, rompió las nubes en el cielo y fue así hasta que llegó a su casa.

Entre los edificios más elegantes de la ciudad, él vivía en el más lujoso. Aunque no era muy alto, los pisos eran más que amplios. Todos tenían dos pisos y con vista panorámica de la ciudad. La entrada, de vidrio y metal, daba una idea de la elegancia que derrochaba el lugar. Antes de siquiera llegar, volvió a materializar su cuerpo, llegando a aterrizar con gracia. Era obvio que era una práctica común en él.

Caminó unas cuantas calles y el cansancio tomó control de su cuerpo. Ansiaba dormir, infirió que la mañana estaba por llegar, así que se apresuró. Entró, saludó amablemente al portero y subió velozmente las escaleras.

Vivía en el último piso de un edificio de hermosa arquitectura, el más amplio y grande de todos. Los ventanales daban a un parque y parte de la avenida principal. Así que tenía una vista más que hermosa. Aunque se tomaba el tiempo para admirarla, esta no fue la ocasión, sólo añoraba en dormir.

Abrió las puertas del piso, dejó las llaves en un recipiente de madera y subió las escaleras. Se aseguró que estaba todo hermético como siempre y se desvistió. En medio de la oscuridad, acostumbrado a la soledad, se echó sobre la cama y cerró los ojos inmediatamente. Respiró profundo y de inmediato se quedó dormido.

Por lo general, el sueño de Raiden era pesado, así que era probable que pocas cosas lo despertaran... Salvo el sueño que tenía en esos momentos. Entre la niebla que era su mente en ese momento, vio la figura de una mujer. Al principio no supo distinguirla, así que avanzó con cierto temor.

A medida que lo hacía, sin embargo, parecía que ella se escabullía de él. Raiden insistió hasta que logró ver el perfil de la mujer. Notó que tenía el cabello largo y negro, rizado y salvaje, tenía el brillo de la piel morena, ojos negros y labios carnosos. Él se quedó maravillado por ella y justo cuando quiso tocarla y hablarle, desapareció.

De repente se levantó sudado y con el entrecejo fruncido. Se levantó de la cama y se frotó los ojos. Miró el reloj de la mesa que tenía al lado: las 6:00 p.m.

—Joder...

Se sorprendió de lo vívido del sueño. Por lo general, nunca le sucedía y menos después que se convirtió en vampiro. Ese hecho le hizo pensar una y otra vez hasta que recordó que tenía algo por hacer. Entró a la ducha y olvidó el asunto.

IV

Raiden olvidó el sueño pero no por mucho tiempo. Pasaron varios días en la misma situación. Incluso hubo una vez en donde pudo verle la cara con nitidez. Ella le sonreía desde la distancia y él tenía los pies enterrados en la tierra como si tuviera un par de plomos. De repente, ella se acercó a él y extendió su mano hasta su rostro. Lo acarició suavemente y volvió a sonreírle.

—Pero dime quién eres. ¿Por qué te apareces en mis sueños? ¿Qué quieres de mí?

La hermosa mujer no le decía nada, sólo le sonreía.

—Por favor, no te vayas sin decirme cómo te llamas... Por favor.

Y justo allí, desapareció para dejarlo con la incógnita otro día más. Raiden no lo podía soportar.

Esa vez despertó de mal humor. Tenía que haber una explicación sobre lo que estaba pasando. Se le cruzó por la mente que era seguro que aquello se tratara de un presentimiento, de que quizás se le presentaría la oportunidad de conocerla. Pero, ¿cuándo? ¿Dónde?

Como no tenía las respuestas, se apresuró a recordar los detalles de ella. Morena, más bien de baja estatura, de caderas anchas, cabello largo negro y rizado —ese detalle le hizo sonreír porque era algo que le gustaba mucho de esa imagen misteriosa—, la sonrisa, los labios gruesos y ese andar que tenía en la cintura. Sí, era demasiado vívido para ser algo producido por su mente. Esperaba que fuera real, lo deseaba demasiado.

Llevó las manos a la cabeza y pensó que sería buena idea explorar por la ciudad por si se topaba con ella. Era la mejor idea que se le ocurrió en el momento así que no tenía nada que perder.

Se levantó de la cama, tomó un baño y comenzó a vestirse con rapidez. Tomó la gabardina y salió.

La calle estaba tan viva como siempre. Chicas y chicos punk, mujeres adineradas con bolsas de compras de tiendas de diseñador, niños corriendo por todas partes, hombres de negocios, prostitutas. El microcosmos que tanto fascinaba a Raiden que quedaba expuesto a unos pocos metros de acera y asfalto.

Se deslizó por varias paredes, dando tumbos por ahí hasta que se fue al centro de la ciudad. Se apostó en un edificio alto y se quedó allí un rato.

Por un momento se sintió tonto por verse a sí mismo en esa situación. No sabía bien qué estaba buscando ni a quién pero el instinto no le paraba de decir que se quedara, que esperara un poco más.

Agudizó los ojos y todos los sentidos. Los rostros de las personas se volvieron nítidos y bastante más claros. Se movió sólo unos metros más para tener una visión más amplia de la gente.

—Debe estar por aquí... Debe estarlo.

Zia estaba sentada en la mesa del restaurante con la expresión cansina. Apoyó la mano en la cabeza y respiró profundo. La conversación en la que estaba era simplemente una de las peores y no sabía qué hacer al respecto.

—Como te expliqué... Es una excelente oportunidad de inversión. De hecho tengo un socio con quien trabajo y sabe de estas cosas...

No supo por qué aceptó esa cita. Sí, ya lo recordó. Estaba aburrida en casa y pensó que aquello era buen plan para distraerse un rato y, quizás, tener un poco de suerte y terminar la velada con sexo. Pero, por cómo iban las cosas, lo más seguro era que se ahogara en esa pinta de cerveza que estaba junto a ella.

—Entonces, ¿qué te parece?

—Estupendo. Dame un momento, tengo que ir al tocador.

—Ah, por supuesto.

La cara de pseudo galán la trastornó un poco así que prefirió apresurarse. Entró al baño y se miró en el espejo y observó que tenía las ojeras marcadas. Aparte de ello, estaba más despeinada que de costumbre y su vestido favorito tenía una arruga que no pudo quitar por más que lo intentara.

Se lavó las manos y pensó que el mejor plan era inventarse una excusa para zafarse de la situación. Así que salió, enfrentó a su cita para decirle que tenía que irse temprano por el trabajo y que la había pasado bien. Disimuló una sonrisa de gusto, tomó sus cosas y se fue.

Mientras caminaba se dio cuenta de lo afortunada que era de que la gente le creyera las mentirillas blancas. Siguió su andar porque aún no tenía ganas de enfrentarse a la soledad de su casa. Encontró un banco en una plaza y se sentó allí, a mirar a la gente pasar, a deleitarse con la vida de otros y fantaseando otras cosas más.

Raiden descendió desde lo alto. Se cansó de esperar algo que no terminaba de llegar a pesar que su cuerpo le gritaba que estaba cerca.

—Estupideces...

Se dijo de mal humor y buscó un lugar para caminar un rato y despejarse la mente. Se topó con un parque no muy lejos de allí y miró los alrededores. De nuevo, ese instinto poderoso le llamó la atención para decirle que siguiera, que insistiera.

Aunque su mente se encontró en el hartazgo, sus pies avanzaron en una dirección, como si su cuerpo fuera una especie de brújula. Caminó unos cuantos metros más hasta que, por fin, la encontró. Se trataba de la mujer de sus sueños.

Estaba sentada sola, mirando hacia un grupo de chicos que andaban en patineta. El mismo cabello, el mismo brillo de la piel morena, los labios y el perfil que le hizo pensar que ciertamente se trataba de ella. Quiso ir hacia donde se encontraba con rapidez pero algo lo detuvo de repente, no quería asustarla. Así que se valió de su sigilo adquirido por su naturaleza vampírica. Se acercó a ella poco a poco.

Zia se levantó del banco porque pensó que ya era momento de irse a casa. Tomó sus cosas y sintió que alguien la miraba fijamente. Cuando pensó que eran ideas suyas, se topó de frente con un hombre alto, increíblemente blanco, de cabello negro y largo, y los ojos azules, cuyo tono le pareció particular.

Su rostro, sin embargo, le resultó más impactante aún. La nariz larga y la boca fina, la frente no muy ancha y el mentón cuadrado que le daba una fisonomía dura. La mirada era intensa y también le denotó sorpresa. Por alguna razón, sintió que lo conocía desde siempre y que el sentido de su vida era ese, el estar allí.

—Hola... —Dijo él suavemente.

—Ho—hola...

No se dijeron más. Raiden estaba eufórico por dentro. Cuando por fin pudo ver por completo su rostro, no lo pudo creer. Era hermosa, hermosa de una manera que no era común. Incluso apostó que ella misma no se veía de esa manera.

—¿Te importa si me siento contigo?

—Eh... Lo siento. Ya me iba.

—Pero... —Avanzó hacia ella— ¿por qué no hablamos un rato? Es que... No sé si te pasa pero siento que te conozco desde siempre.

Zia no salió de su asombro por aquellas palabras, por aquel tono de voz grave y seductor. Era como si sintiera que él tuviera un imán que la llamaba, que la atraía con fuerza.

—Vale...

Se sentaron juntos en el banco de madera. Aunque no lo decían, aunque no lo expresaban, sintieron como si dos piezas hubiesen encajado a la perfección.

—¿Eres de por aquí? —Comenzó él.

—Eh, sí. Bueno, no. Crecí en otro lugar pero me mudé a la ciudad durante la universidad. Me quedé porque al poco tiempo encontré trabajo y aquí sigo.

Zia tenía esa cuestión de hablar un poco demasiado cuando se encontraba nerviosa.

—¿Qué te parece?

—¿Londres? No lo sé. Me gusta la vida y me gusta las opciones que tienen para los solitarios como yo. —Sonrió— A pesar del caos, del desorden, del tráfico y lo atestado que esté el subterráneo, este lugar tiene un encanto que a veces no entiendo. Uno que parece atraparte y envolverte.

Para Raiden esas palabras palabra le resultaron tan ciertas y con tanto sentido que se quedó sin qué decir. Era como si ella estuviera leyendo la mente.

—Pienso lo mismo. Tengo bastante tiempo aquí y esa percepción es bastante acertada. Creo que eso es lo que sucede con las ciudades grandes como esta.

Zia asintió como si buscara las palabras correctas para no equivocarse. Estaba con un hombre increíblemente guapo y temió que él huyera por culpa de alguna tontería que llegara a decir. Raiden, por otro lado, cada vez tenía más ganas de conocerla, de tocarla, de sentirla. Tuvo que controlar los impulsos. Tuvo que pensar que para cualquiera sería también una situación particularmente extraña.

—¿Qué te parece si quedamos un día para tomarnos algo? Me encantaría volver a verte.

Ese hombre vestido de negro, con esa aura tan misteriosa, que la miraba

con esa mirada que no sabía descifrar, con esa sensación tan fuerte y poderosa, que parecía hablarle con todo el cuerpo; le resultó un enigma al mismo tiempo que todas las respuestas que quería tener.

—Vale... No hay problema.

Zia estaba asustada e intimidada. Se levantó de repente, como queriendo huir hasta que sintió la mano el roce de sus dedos sobre los suyos. El contacto de su piel contra la de ella, le hizo sentir como si una corriente eléctrica recorriera todo su cuerpo.

—¿Me darías tu número? De verdad que no quisiera perder la oportunidad de verte de nuevo.

—Ah, claro. Casi lo olvidé.

Luego de dárselo, se miraron por un rato más.

—Te escribiré. Lo prometo.

—Vale... Bien. Tengo que irme. Un placer. Mi nombre es Zia.

—El mío es Raiden. El placer es mío. —Lo dijo levantándose y tomándole la mano con especial cuidado, hasta besarla— Nos veremos después.

—Eh... Seguro.

Ella se echó un poco para atrás con el corazón latiéndole a mil por hora. Tomó una calle oscura y corrió hasta la estación más cercana. Cada tanto miraba hacia atrás, como si presintiera que él la seguía. Apenas llegó el tren, se subió con rapidez. Respiró de alivio cuando se cerraron las puertas.

Por suerte, el vagón estaba vacío. Así que aprovechó para sentarse en uno de los asientos. Llevó su mano contra el pecho y miró fijamente las imágenes del exterior que se fundían por la velocidad del tren.

Dio un largo suspiro. No entendió bien por qué estaba tan nerviosa aún. Sin duda, ese encuentro fue un giro total de lo que hubiera sido una noche aburrida.

Llegó a la estación más cercana de su casa y subió las escaleras para salir. Mientras la gente iba y venía, mientras el ruido de los coches no cesaba, la mente de Zia era un reflejo del exterior. Un caos total.

Al llegar al lobby del edificio en donde vivía, se apresuró en tomar los elevadores, marcar el piso 6 y esperar un poco más.

Llegó al piso como si fuera un día cualquiera, salvo por lo que le acababa de pasar. Soltó las cosas en una silla que tenía en la entrada y siguió caminando por el recibidor hasta llegar a la cocina. Se dejó caer en una de las

sillas de la mesa de madera que estaba allí y se quedó pensando en todo lo que estaba pasando.

Por un lado se sorprendió de la conexión que sintió en primer lugar con él. No entendió muy bien a qué se debió aquello. De repente, se le vino a mente las ojeras, los sueños extraños, la falta de descanso. ¿Y si todo tenía que ver con él? ¿Y si todo era resultado de una conexión? La sola idea le hizo reír a Zia. Era absurdo... ¿O no?

Lo único que admitió libremente fue el hecho de que sentía una química muy fuerte con él... Con Raiden. Por un lado, le pareció sumamente atractivo, como si tuviera algo poderoso dentro de él. Además, le llamó la atención la extrema palidez de su piel. Era algo particular, como si nunca hubiera recibido un rayo de sol.

Sacudió su cabeza y pensó en el próximo encuentro que tendría... Estaba segura que sería así.

V

Caminó a casa porque tenía ganas de relajarse. La emoción del encuentro sorpresa, la forma en cómo su instinto le insistió en que la buscara; le pareció gracioso y a la vez agradable. Mientras caminaba, se encontró con varios vampiros y vampiras que lo reconocieron al instante. Todos le hicieron un saludo respetuoso, El Príncipe era una figura importante en la comunidad.

Gracias a él, los seres de la noche podían mezclarse con los mortales sin temor a cacerías. Gracias a él ellos también contaban con cualquier cantidad de beneficios por los que trabajó arduamente.

Pero aquello era harina de otro costal, Raiden estaba más bien concentrado en el rostro de Zia y en el nerviosismo que le hizo sentir... Porque, claro, que se dio cuenta de ello.

Esos ojos negros, la piel, la vida que emanaba de su cuerpo. Se felicitó de sí mismo por la manera en que pudo concentrarse a sí mismo, pero el próximo paso era vital. Quería verla, estudiarla y ahora era más fácil. Podía dar con el trabajo y con su hogar sin problemas.

—Mañana... Será mañana.

Se acostó en su cama grande y suave. Cerró los ojos con aire victorioso porque dio con lo que tanto estaba buscando.

Zia despertó de un solo golpe gracias al reloj despertador. El sol se asomaba por la ventana y le dio directamente en el rostro. Se quejó como de costumbre y se levantó para irse a bañar. Por el momento, no pensó en Raiden, de hecho, ese encuentro pareció formar del pasado.

Tomó una ducha rápida y comenzó a prepararse. Fue a la cocina, buscó un poco de pan y los puso a tostar. Miró el reloj y comió con rapidez porque no tenía suficientemente tiempo para quedarse.

—Joder...

Salió corriendo por la calle como alma que lleva el diablo. Sólo podía pensar en los minutos que corrían y en lo tarde que llegaría al trabajo. Aunque fuera un poco relajada al respecto, recibir un regaño de gratis no era nada agradable.

Como pudo, bajó las escaleras de la estación y tomó un tren repleto. Mientras estaba aguantándose en un tubo con dos personas respirándole en el

cuello, sintió que alguien la observaba. Miró hacia todas partes pero por supuesto que fue inútil. Era un vagón repleto y cualquier le pudiera mirar porque era lo único que quedaba. Ignoró el hecho y buscó Iggy Pop en su reproductor de música.

Los cristales morado oscuro ocultaron el destello de los ojos azules de Raiden. Apoyado en una puerta al otro lado del vagón, él mantuvo la atención sobre Zia. Observó el cabello húmedo, la ropa de oficina y la expresión de que aún estaba dormida. Incluso notó las pequeñas migas de pan sobre la blusa. Estando allí, en silencio, captaba cada detalle de ella, siempre atento.

El sonido que anunció la estación, hizo que Zia se moviera hacia la salida. Raiden se movió ágilmente para seguirla. Ella movía la cabeza al ritmo de la música mientras caminaba con prisa. Él, por otro lado, se mezclaba con la multitud de gente apurada y ansiosa por llegar a sus trabajos.

El resplandor de la luz del día la iluminó de manera especial. Raiden estaba muy cerca de ella, haciendo el esfuerzo de no espantarla o que notara su presencia.

—Joder, voy a llegar tarde.

Dijo ella entre los labios. Raiden logró escuchar tan claramente como si estuviera al frente. Así pues que se movió un poco más hasta que dejó espacio suficiente para verla entrar al edificio.

—Así que allí es donde trabajas...

Frotó su mano sobre el mentón y pensó que sería buena idea hacer una aparición de modo sorpresa.

Zia se apresuró en colocar su pulgar sobre el lector para marcar la hora de ingreso. Casi llegó tarde por un minuto. Se rió de su habilidad y rapidez, y fue directamente a su puesto de trabajo.

—Venga, tía, que tenemos que hacer una auditoría a unos programas.

Apenas tuvo tiempo de tomar un respiro y en cuanto pudo, se sentó en su silla, encendió el ordenador y comenzó a teclear. Uno de sus jefes dio un paseo lento cerca de su cubículo.

La mañana transcurrió con normalidad hasta que ella notó una especie de revuelo cerca de la oficina del gerente principal. Zia, quien por lo general no le importaba involucrarse en esas cosas, quiso entender lo que estaba sucediendo. Se quedó en la silla y esperó un rato más hasta que su jefe la llamó por la extensión.

—Necesito que vengas un momento.

Sintió un hilo frío. Pensó que la despedirían o que la habían pillado por llegar tarde. Se levantó con pereza y caminó por el pasillo. Cuando se acercó a la puerta de vidrio, se quedó impactada por lo que vio. Era el mismo hombre que conoció la noche anterior.

—Ah, sí, aquí está. Zia es nuestra mejor analista. Justo la pillé en una auditoría así que espero que ella me perdone el que le haya sacado de su deber.

Él hizo un guiño mientras ella estaba viendo a Raiden sentado en la silla de enfrente del escritorio.

—Es bueno conocer parte del equipo, sobre todo cuando se quiere hablar de negocios.

—Zia, el sr. Raiden es un importante inversionista en tecnología y está interesado en saber sobre nuestros servicios. Pidió conocer a la mejor de nuestra área y por eso estás aquí.

Ella no podía hablar. La mirada de él era sensual y atrayente. Estaba vestido de negro a pesar que estaba haciendo sol. Los lentes de cristal oscuro y el brillo de los dientes blancos, resplandecientes.

—¿Y bien, Zia? Parece que estás muda hoy.

—Eh, eh, lo siento. Sucede que tengo la mente en la auditoría y bueno... Eso. Sí.

—Ah, lo siento mucho. Sólo quería que el señor Raiden conociera el elemento más importante del equipo.

Ella asintió y salió de allí echa un manojito de nervios. Le resultó curioso que ese hombre diera con su trabajo y de esa manera. Regresó a su cubículo y permaneció allí un rato, sintiendo que su corazón le latía con fuerza. No pudo escuchar las preguntas que le hacían el resto sobre aquel hombre guapo y misterioso que estaba al otro lado del lugar.

Al terminar la reunión, miró cómo Raiden salió de la oficina y que también le dirigió una mirada larga. Ella le respondió con un tímido saludo y él se fue, haciendo estragos como cuando llegó.

Después de un par de horas, luego de la conmoción y la emoción. Zia terminó de escribir un correo cuando escuchó el móvil. Cuando se desocupó, miró que se trataba de un número desconocido.

“Me encantó verte aunque me hubiera gustado que habláramos un poco

más. Es por ello que te quiero invitar a almorzar. Todavía sigo por aquí. ¿Qué dices?”.

Ella se entusiasmó tanto que pensó que no había leído bien. Así que volvió a revisar el móvil y ciertamente así fue. Permaneció un rato allí sentada tratando de hallar la respuesta correcta. No estaba segura de ir, incluso hasta pensó en inventar una excusa para no verlo. Sin embargo, algo dentro de sí pareció insistirle.

Mandó todo al diablo y tomó sus cosas. Salió de los cubículos y fue hacia los elevadores. Tenía el corazón acelerado, la respiración agitada. En los minutos que estaban allí, tenía pensado en la figura que era él. En lo sensual, en lo misterioso, en lo magnética de esa personalidad.

Salió del edificio mirando para todas partes. Las calles y las aceras estaban repletas de coches y gente que se movían velozmente. Zia se sintió un poco abrumada porque, generalmente, la hora de almuerzo la aprovecha para atrincherarse en su cubículo, comer y ver alguna serie si tiene tiempo.

Dio unos cuantos pasos hacia adelante y miró la pantalla del móvil para recordar las palabras de Raiden las cuales fueron el nombre de un restaurante. Con la mirada fija allí, no se dio cuenta que estaba a pocos metros de él.

Finalmente, siguió caminando y se topó con algo, cuando estuvo a punto de bordearlo, sintió una mano que la sujetó con fuerza.

—Vaya, tienes un poder increíble de concentración.

Ella alzó la mirada y resultó ese mismo hombre. Abrió los ojos como platos de la sorpresa y dejó caer las manos para mirarlo. Quedó embebida por su mirada y sonrisa.

—Dis—disculpa... Estaba mirando el nombre de restaurante pero no podía ver bien por el sol y entonces estaba buscando un lugar así que...

—Vale, vale. No te preocupes. Las excusas no son necesarias, de verdad. ¿Estás lista? Muero de hambre.

—Sí...

Ella logró responderle con un poco más de seguridad por lo que comenzaron el camino hacia el restaurante. La gente iba y venía, por lo que Raiden miró la incomodidad de Zia, asumió que ella no estaba acostumbrada a esas cosas. Así que le tomó por el brazo, la rodeó con su cuerpo como si la protegiera. La resguardó del caos. Zia quedó impresionada por la forma en cómo se movía, asegurándole protección. Sonrió para sus adentros.

Finalmente, llegaron a un pequeño local. Zia le dio la impresión que estaba escondido como a propósito. Una vidriera no muy grande, permitía mirar las mesas que estaban dentro, una pequeña barrar y al final de esta, una caja registradora que tenía más bien un aspecto antiguo.

Él la dejó pasar primero sobre todo para que viera todas las cosas que estaban alrededor. Era un restaurante que al mismo tiempo tenía ese aspecto de museo. De las paredes colgaban pinturas, afiches, platos pequeños e incluso vasos y otros artículos impensables para una exhibición. Allí, un pequeño hombre con bigote, saludó amablemente a Raiden.

—¡Mi estimado, señor! Un gusto tenerlo por aquí. ¿Qué desea para hoy?

—Que el chef nos sorprenda, Julián.

—Excelente, señor.

El hombrecillo desapareció y los dos tomaron una mesa cerca de la vidriera.

—Este lugar es bastante particular.

—Sin duda, lo es. Pero es un lugar tranquilo y muy bueno para hablar. Algo que últimamente escasea en estos tiempos.

—Aquí tienen, señor. El vino de la casa. Espero que lo disfruten.

Un par de copas pequeñas descansaron en la superficie de la mesa y los dos la tomaron.

—Salud.

—Salud... Olvidé la última vez que tomé algo con alcohol. Quizás fue en el baile de preparatoria.

—Es una buena noticia porque quiere decir que podrás disfrutar mejor los sabores.

Ella asintió. Estaba sentada con un hombre increíblemente guapo, en un lugar extraño en medio de la ciudad. Parecía demasiado bueno para ser verdad. En ese momento, recordó el suceso de verlo en la oficina. En lo extraña que le pareció la situación y las ganas de preguntarle más al respecto.

—¿Sabes? Me llamó mucho la atención el verte en la oficina. Es una casualidad increíble.

Raiden supo muy bien hacia dónde iba ella. De esta manera comenzó el juego.

—¿Es extraño que una persona como esté pensando en invertir en una empresa de software y tecnología?

—No, al contrario, eso está muy bien pero, si te soy sincera, hay muchas más y con mejor posicionamiento en el mercado...

Iba a continuar hasta que él se le acercó suavemente. Tanto que pensó que la besaría.

—Digamos que hubo algo que me dijo que encontraría algo muy bueno y, como verás, no me equivoqué.

La voz de él hecha casi como un susurro, la forma de hablar y la cercanía. Zia no se echó para atrás, más bien se quedó allí, como si estuviera atrapada en una especie de hechizo.

Justo allí, el hombre pequeño les sirvió una serie de platitos pequeños con comida.

—Espero que disfruten, mis señores.

Volvió a retirarse, dejándolos solos.

—Ya que estamos en esto de la sinceridad. Mi instinto nunca me falla cuando estoy cerca de algo que verdaderamente vale la pena. Me pasa contigo. Desde que te vi tuve esa impresión y esa casualidad de encontrarnos en tu oficina, me confirmó que debemos vernos más y conocernos mejor. ¿Qué dices?

Ella sintió que los labios estaban sellados, como si no pudiera hablar más. Después de unos minutos, tomó la copa y se bebió el contenido casi de un solo golpe. Raiden se encontró divertido con toda la situación.

Comieron y bebieron un poco más. Por ese momento, Zia olvidó auditorías, mensajes e informes. Olvidó todo porque ese hombre le hacía sentir que estaba en otro mundo, en un lugar apartado y placentero. Quiso quedarse allí con él, quiso que el tiempo no avanzara y se quedara congelado en esa conversación, en esos labios finos y en esos ojos tan azules, tan claros que le daba la sensación de poder ahogarse en ellos.

—Me temo que debo irme. Si no regreso creo que será mi último día de trabajo.

—¿Alguna vez has pensado en renunciar y dejar todo atrás? ¿En no regresar a la vida que tenías?

—Por supuesto, pero creo que se necesita un poco de valor para ello. Por ahora es algo que no tengo pensado. A lo mejor tendrá que ver con que sea un acto espontáneo.

—De cierta manera así es. Déjame pagar y te acompaño.

Se levantó y fue hacia la barra. Habló con el mesero por unos minutos y luego regresó a ella. Mientras caminaba hacia su dirección lo observó con más detenimiento. Tenía un par de jeans oscuros, una camiseta negra y una gabardina del mismo color a pesar que el día estaba claro. Los lentes de cristales morados colgaban del cuello de esa camiseta. Las piernas largas y fuertes, los brazos definidos y la espalda ancha. Ese andar de hombre seguro y que además sabe es irresistible.

—¿Nos vamos?

—Sí... Sí.

Le tomó de la mano y volvió a darle el paso para que pasara primero. De nuevo se encontraron con el sol y él inmediatamente se colocó la gabardina y los lentes. Se ajustó y poco la prenda y se enfrentaron con el tumulto de gente. En ese punto, Zia ya no estaba nerviosa sino más bien tranquila porque estaba con él.

Raiden tenía una presencia única y la gente pareció notarlo. Sin embargo, otro detalle que también le llamó la atención fue que, a medida que caminaban por la calle, unos cuantos le saludaban con cierta solemnidad. Él sólo inclinaba la cabeza ligeramente y continuaba con su camino.

—Son ideas más... Son ideas más —Se dijo para sí misma con la intención de seguir disfrutando de su compañía.

Llegaron por fin a la entrada del edificio. Zia se apartó un poco aunque estaba deseosa de quedarse allí.

—Bien, debo irme. De verdad que pasé una velada increíble. Muchas gracias por invitarme a almorzar.

—No será la última vez, Zia. Me encantaría que nos viéramos en la noche. Salir a caminar un rato o incluso encontrarnos en el parque en donde nos vimos.

Se miraron y ella no se pudo resistir. Era imposible con un hombre así.

—Seguro. Sólo dime a qué hora y allí estaré.

—Vale. Te escribiré en el transcurso del día.

Se acercó a ella, dándole un beso en la mejilla. El contacto de sus labios sobre su piel, le estremeció porque no lo sintió cálido, más bien extrañamente frío. Sin embargo, ese roce lo sintió tan íntimo y tan personal que casi le costó creer que era verdad.

—Te esperaré en la noche.

Se dio la vuelta y la dejó allí rodeada de la gente, con las emociones a flor de piel y con mil preguntas en la cabeza. Entonces, se espabiló y entró a las puertas corredizas del edificio. Subió a los elevadores, sintiéndose como si valiera un millón de dólares.

La verdad es que Raiden no la dejó por completo. Se quedó cerca para verla hasta en el último minuto. Se fijó en la mirada desconcertada y en la expresión de que estaba cayendo poco a poco en su trampa.

Caminó calles abajo y se puso a pensar sobre las nuevas habilidades que adquirió con el paso del tiempo. Siglos antes, hubiera sido imposible caminar con facilidad bajo la luz del sol pero, gracias a sus investigaciones, desarrolló un suero protector que le permitió hacerlo sin mayor problema.

Aunque estaba increíblemente cansado, pensó que aprovechó el máximo la compañía de ella ya que pudo entenderla mejor. Se sentó en un banco en una plaza y pensó en Zia. En la timidez, en la vergüenza que escondía más bien el deseo de saber más sobre él.

Se preguntó si esa misma curiosidad le llevaría a adentrarse en su mundo pero ya habría tiempo para pensar en ello, ya habría momento. Por lo pronto, tenía que concentrarse en atraerla más hacia sí... Y haría lo que fuera para ello.

VI

Durante la tarde, Zia no dejó de pensar en él. Era como si estuviera grabado en su mente, como si estuviera allí, soldado a sus neuronas. Miraba la pantalla y colocaba la música a todo volumen con el deseo que su imagen la dejara en paz al menos por un momento. Pero no, todo esfuerzo resultó inútil.

Por si fuera poco, comenzó a sentir un fuerte calor a pesar que el aire acondicionado estaba encendido. Desabotonó un poco su blusa y gracias al reflejo de la pantalla del monitor, se dio cuenta que la frente estaba perlada. Pensar en Raiden era sinónimo de calor y de tentación.

Apenas pudo terminar los deberes laborales justo a la hora de salida. Suspiró de alivio, tomó sus cosas rápidamente para salir de allí. Tuvo miedo de que la descubrieran en ese plan que no supo ni siquiera de dónde venía.

Caminó por las calles con la mirada concentrada en encontrar la entrada al subterráneo. De repente, todo se le volvió oscuridad y con la mano, buscó una pared para apoyarse un momento.

El asfalto, la gente, los postes de luz, las tiendas, todo, absolutamente todo desapareció en un dos por tres. Asustada, con el terror calado en los huesos, cerró los ojos para pensar que aquello, era producto de la falta de sueño o de comida. En ese momento, sintió el susurro cálido de una voz al oído.

—No tienes por qué temer. No tienes por qué sentir miedo. Yo estoy aquí, junto a ti.

Le resultó familiar pero aun así no abrió los ojos, sus párpados estaban soldados.

—Te deseo, te quiero para mí... No tienes por qué tener miedo... No tienes por qué estar asustada... Confía en mí, Zia. Confía.

Ella se aferró aún más sobre la pared hasta que abrió los ojos de repente. Todo volvió a materializarse. Pensó por un momento que todo se había tratado de un sueño.

Dudosa aún, dio unos pasos lentos y suaves hasta que se sintió un poco más confiada. Después de un largo rato en el subterráneo, pensando en Raiden y en la alucinación que tuvo. Llegó a casa, tiró las cosas en algún lugar y se dedicó a quitarse la ropa para tomar un baño. Esperó tener tiempo

suficiente para tomarse unos minutos antes de que él la contactara.

Llenó la bañera con agua tibia y le introdujo una bomba de baño. Ansiaba relajarse un poco. Al disolverse la pastilla, metió su cuerpo allí e inmediatamente cerró los ojos. Se dejó flotar y el sonido de las gotas de agua del grifo. De repente, una especie de calor recorrió su cuerpo.

Se relajó tanto que sintió que se hundía en el agua, como si se encontrara en un lugar más profundo. Comenzó a nadar, a moverse y a sentirse cómoda, reconfortada cuando una bruma oscura la envolvió por completo. A pesar que se movía con rapidez, Zia no tuvo miedo porque sentía que acariciaba su cuerpo con suavidad, como sentir seda.

—¿Tienes miedo? —Dilo una voz.

—No.

—Buena chica.

Siguió rozándole la piel hasta que incluso sintió que le besaban los labios. Siguió con los ojos cerrados, concentrada en esas sensaciones tan placenteras. El beso sólo hizo que se calentara un poco más así que llevó sus dedos a su coño. Sintió en ese instante cómo palpitaba y lo húmedo que estaba. No se resistió más y comenzó a masturbarse lentamente.

Al hacerlo poco a poco, sintió la necesidad de ir un poco más rápido, así que su muñeca se movió más ágilmente porque estaba excitándose cada vez más. En ese cuerpo líquido en donde se encontraba, sonreía y no paraba de gemir. Sus dedos iban más adentro y la bruma oscura que la rodeaba la estimulaba con besos o caricias.

—Así es... No pares... Buena chica.

Ella sentía que esa voz le hablaba al oído, que ella era esclava de esas palabras que le decían la bien que lo estaba haciendo. Envuelta ese manto de placer, Zia abrió los ojos para embeberse aún más en esos placeres, cuando lo hizo, la bruma comenzó a tener forma poco a poco. La cabeza, el cuerpo, las piernas, los brazos. Todo cobró nitidez. Esperó ansiosa en descubrir cómo sería el rostro que acompañaba esa voz.

Un par de ojos azules de un tono que le pareció muy familiar, se formaron frente a ella. Luego, unos labios finos que dejaron ver unos dientes parejos y blancos.

—Así... Así es...

Él estaba adorándola y ella no escondía las ganas que tenía de que la

poseyera.

—Espera un poco más... Un poco más.

—No... No... No puedo.

Dijo jadeando, ya con la desesperación de correrse. En ese momento, cuando sintió que no podía más, una mano se apostó sobre el cuello de Zia, apretándolo un poco.

—Serás mía muy pronto. Sabrás lo qué es obedecer. Ya verás.

Sintió que le lamió el cuello. El estímulo fue suficiente como para que explotara entre sus manos y abriera los ojos de repente.

Al levantarse abruptamente, ella se percató que había quedado completamente debajo el agua.

—Pero cómo coño...

No se explicó la situación, sin embargo, el cansancio y la euforia que le recorrieron por el cuerpo, le recordaron que acababa de tener un orgasmo y, de paso, uno muy intenso.

Juntó las manos y se echó un poco de agua en la cabeza para espabilarse. Después que se calmó un poco, escuchó el móvil. Pensó que sería demasiada casualidad que se tratara de él.

Salió de la tina y tomó una toalla. Se miró en el espejo y aún tenía las mejillas encendidas. Sintió un poco de vergüenza, como si fuera una niña. Se secó por completo y dio unos pequeños pasos hasta llegar a la habitación. En la pantalla del móvil se mostró una llamada entrante de Raiden.

—¿Aló?

—Hola, guapa. ¿Estás ocupada?

La voz de Raiden le invadió el cuerpo y tardó un poco en responder porque pensó que esa misma acaba de escuchar cuando estaba en la tina.

—Eh... Sólo estaba terminando de tomarme una ducha. ¿Nos veremos ahora?

—Justo te llamaba por eso. ¿Qué te parece si te busco? La noche está preciosa y se me ocurre que sería genial llevarte a pasear por unos lugares que conozco. ¿Te parece?

—Vale, me encanta la idea. Te paso ahora la dirección por Google Maps y te espero.

—Perfecto. Llego en unos minutos.

Colgó y sintió una ansiedad terrible de verlo así que se apresuró en

vestirse. Quería descubrir si todo aquello que estaba experimentando la llevaría a algún lado.

Raiden no estaba muy lejos a decir verdad. Gracias a sus dotes como vampiro, desde hacía tiempo sabía en dónde vivía Zia, pero le gustaba ese juego del gato y el ratón así que dejó que las cosas fluyeran de esa manera.

Estaba a pocas calles de la casa de Zia, quizás a unos cinco minutos. Esperaba a que ella estuviera lista en un Porsche descapotable de color negro. Mientras estaba allí, esperó que los mensajes que le envió estando ella en la calle y en la ducha, sirvieran para alimentar el deseo de ella hacia él. Sólo bastaba un pequeño empujón para convencerla de caer en sus brazos.

Esperó unos cuantos minutos más y encendió el coche. Pisó el acelerador y se dirigió al edificio de ella.

Zia estaba esperándolo en la entrada. Al aparcar, la miró bajar unas cuantas escaleras y caminar hacia él. El cabello húmedo, la ropa sencilla y el porte sensual que tenía, le despertaron las ganas de atravesarle la piel con sus colmillos afilados. Se imaginaba atándola, rasgándola y haciéndola suplicar.

Él la dominaría por completo, la convertiría en su esclava y la llevaría al borde de la desesperación. Fantaseaba con la idea de rasgarla y de beberse su sangre al mismo tiempo que él hacía lo mismo con ella. Pensaba en cómo sería introducirla a ese mundo de inmortalidad.

Él bajó del coche y la saludó con una amplia sonrisa. Esa imagen golpeó a Zia, dejándola con la expresión tonta en el rostro.

—Vaya, espero que no estés muy cansada. Por eso te llamé tan pronto supe que estarías desocupada.

—Para nada. Más bien te agradezco porque generalmente soy una persona bastante rutinaria y aburrida.

—No creo que seas aburrida. Apuesto que no.

Él se acercó a ella y le miró los labios carnosos, como deseándolos.

—Bien, ¿lista?

—¡Sí!

Le abrió la puerta aunque ella ya estaba impresionada por el lujo del coche desde el momento que lo vio.

—La única forma de disfrutar este paseo es con un coche así.

Apenas se montó, pisó el acelerador y el cabello de Zia comenzó a ondear con la brisa debido a la velocidad.

Primero tomaron una calle que les condujo a una vía llena de curvas y luego desembocaron en una avenida paralela a la principal, la cual estaba rodeada de árboles y arbustos. Descendieron y también pasaron por una serie de edificios antiguos y casas del mismo estilo. Zia estaba admirando todo, sus ojos fotografiaban los paisajes nocturnos. De hecho, recordó lo que le comentó Raiden, la noche estaba oscura pero con una gran luna amarilla que pareció de fantasía.

—Nunca había visto una luna así. Está impresionante.

—Así es.

Dentro de sí, Raiden estaba ansioso de crear el escenario perfecto para seducir a Zia. Como era un hombre que iba directo al grano, a ese punto, sintió que ya estaba desesperado.

Así pues que tomó el volante y lo giró suavemente hasta desembocar en una carretera vieja de la ciudad. Zia no sabía en dónde se encontraba, pensó que había llegado mágicamente a otro lugar. Estaba fascinada por encontrar todo tan diferente, tan nuevo.

Poco a poco, Raiden aparcó a un lado de lo que pareció un mirador. El lugar, aunque rodeado de edificios modernos, estaba solo. Allí se encontraban unos cuantos bancos que daban dirección hacia la ciudad. Esta lucía hermosa y brillante gracias a las luces de los postes y de los coches. Una belleza.

Zia se apresuró en bajar y admirar la vista.

—Guao. De verdad que esto te quita el aliento.

Raiden la miraba desde atrás. Observó el grosor de sus piernas, sus caderas y la cintura pequeña, percibió el olor de su cabello y el de su piel. Entonces fue hacia ella, colocándose muy cerca.

—Sí, es realmente hermoso.

Ella se giró rápido y fue cuando sus rostros quedaron muy juntos. Ella lo miró a los ojos y sintió miedo y también deseo. Recordó con vergüenza el momento que se masturbó y trató de esquivar la mirada.

Él extendió un dedo y acarició el mentón, haciéndola que lo mirara. Sintió que el pecho se le aceleró. Raiden le sonrió y se acercó hacia sus labios. Cerró los ojos y ella también, se besaron en medio de la luz de la luna amarilla en la noche más intensa que Zia había vivido hasta el momento.

Las manos de él le rodearon la cintura con el fin de buscar el calor de su cuerpo. Gracias a ello, la lengua de él se aventuró dentro de la boca de ella,

entremezclándose con, sintiendo esa vibra perfecta. Zia, mientras, extendió sus brazos con cierta timidez para alcanzar la espalda ancha de él.

Quedaron uno junto al otro hasta que la situación se volvió un poco más caliente. Ella comenzó a gemir con fuerza gracias al beso de él, sintió incluso que las piernas estuvieron a punto de fallar pero que afortunadamente no pasó eso porque él la sostenía con fuerza.

Mientras estuvieron así, Raiden se echó un poco atrás para ver esas mejillas encendidas de placer.

—Tengo ganas de hacer esto desde la primera vez que te vi.

Zia le mantuvo la mirada y se atrevió a tocar el rostro de él. A pesar de la intensidad que le hacía sentir, sintió la piel fría. Él se volvió a acercar a ella para darle más besos.

—Quiero irme contigo.

Llegó a decir en medio de una especie de trance.

—¿Estás segura?

—Sí.

Raiden confió en las palabras de Zia así que volvió a apretarla junto así, acariciarla y abrirle la puerta para subirse al coche. Después de hacerlo, se marcharon a toda velocidad.

Por lo general, él solía mantener a raya cualquier tipo de relación, especialmente cuando sentía que las cosas se complicaban más de lo necesario. Se regalaba un par de noches de sexo y luego regresaba a casa para descansar o tomar un poco de sangre reservada. Sin embargo, no quiso que fuera así. Después de besarla y acariciarla, quiso llevársela a casa.

Se sujetó con fuerza del volante y giró hacia una zona residencial casi exclusiva de la ciudad. Zia miró los edificios modernos y las casas de lujo. Realmente no se sorprendió demasiado al saber que un hombre como él viviera en un lugar así, entonces prefirió dejar la expresión de niña tonta y optó por admirar. Mientras lo hacía le sorprendió el hecho de que se había atrevido a conocer cosas nuevas a su lado.

Él disminuyó la velocidad hasta que aparcó frente a un edificio. Era una mezcla de concreto y vidrio. Los apartamentos estaban dispuestos en forma de celdas que dejaban entrever una arquitectura moderna.

Con la ayuda de él, los dos bajaron y caminaron un par de metros. Las puertas corredizas les dieron la entrada. Como solía hacer, Raiden hizo un

gesto de saludo al portero quien estaba concentrado en un juego de fútbol.

Se subieron a uno de los elevadores. En el ínterin, mientras que los ojos de ella estaban fijos en los números se marcaban, Raiden la sostuvo de nuevo por la cintura, apoyando su cabeza sobre el hombro de ella, respirándole suavemente en este.

Sus labios rozaron la nuca e inmediatamente sintió cómo se le ponía la piel de gallina. Quiso quedarse allí pero llegaron en cuestión de pocos minutos. Cuando las puertas se abrieron, Zia se percató que sólo había dos pisos. Supuso que se tratarían de un lugar de gran tamaño y así lo confirmó al entrar.

Dio unos cuantos pasos con timidez, insegura porque no quiso invadir su espacio.

—Tranquila, pasa adelante y siéntete cómoda.

Se encontró tranquila y aprovechó a mirar el lugar con detenimiento. Ciertamente se trataba de un gran piso. Se topó con un enorme ventanal panorámico cuya vista daba a los jardines del edificio. Miró el exterior y se encontró fascinada con la vista. La luna, en el cielo, pareció que la observaba.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Pues, es un lugar precioso. Creo que mi piso es del tamaño de tu baño.

—Ja, ja, ja. No exageres.

Le agradó saber que era capaz de hacerlo reír. Luego de esa respuesta, estaba ansiosa por lo que iba a pasar después.

Raiden fue hacia ella con una actitud más agresiva que en las primeras veces. Le tomó por la cintura, para besarle en los labios. Ella se aferró a él con fuerza y con deseo. Ya no quiso disimular más que le gustaba. Era así y ya estaba perdiéndose en la lujuria que él despertaba.

Las manos de él comenzaron a pasearse sobre su cuerpo. Iban de la cintura a la espalda, a las caderas, al cuello. Estaba decidido a tocarla como le placiera y darle a entender que él, además de un hombre ávido por el cuerpo de esa mujer, también tenía un comportamiento inclinado a dominar.

Zia comenzó a gemir al poco tiempo. Las rodillas flaquearon y sus ojos, cuando podía abrirlos, memorizaban el lenguaje corporal de ese hombre.

Después de un rato besándose, Raiden quiso ir al siguiente nivel. Llevó sus manos hacia las nalgas de ella, apretándolas. Incluso aprovechó para alzarla hasta que ella quedó suspendida por los aires, de tal manera que las

piernas de Zia quedaron dispuestas rodeando el torso de él. Justo este momento, ella se quedó impresionada por la fuerza de sus músculos. ¿La razón? la levantó con una increíble facilidad con que lo hizo.

Entonces intercambiaron un par de miradas intensas.

—Quiero comerte entera.

Lo decía en el sentido literal y figurativo.

La llevó hacia unas escaleras que conducían al segundo piso. La llevó con suavidad y lentitud. Zia, mientras estaba entre sus brazos, sentía una fuerza que la atraía hacia él, esa fuerza misteriosa parecida a la gravedad de la Tierra o aquella que hacía que los planetas giraran entorno al sol.

Llegaron al piso superior. Zia se maravilló con el tamaño de la habitación, con la decoración, el resplandor de los muebles y la amplitud magnificada del espacio gracias al ventanal del lugar.

Raiden la acostó sobre la cama y luego se reunió con ella para seguir besándola y abrazándola. En el silencio absoluto de ese piso, sólo se escuchan los gemidos y las respiraciones agitadas de los dos.

Raiden comenzó a desvestirla poco a poco. Colocó sus manos en los botones del pantalón y en el cierre del mismo. Lo desabrochó y luego sus dedos se ubicaron debajo de la camiseta para sentir el calor de su piel. Le encantó saber lo acelerada que estaba y lo desesperada. Sus ojos tenían un brillo de miedo pero también de deseo, así que continuó llenándola de placer. Quiso llevarla al abismo.

Sus piernas se separaron instintivamente para que él calzara a la perfección. La altura de Raiden y el poderío de su cuerpo se acoplaron con la suavidad de la de ella. En un dos por tres Zia quedó desnuda entre los brazos de él.

Los ojos azules se quedaron fijos en los pechos pequeños, redondos y firmes; en la finura de la cintura, en las caderas y en esos muslos deliciosos que le movieron las ganas de marcar los dientes. Acarició cada rincón sin dejar de mirarla fijamente.

Zia, en medio de la excitación, quiso quitarle la ropa pero él la frenó un poco.

—Si te portas como una buena chica, quizás te deje hacerlo.

Esa actitud de él le resultó interesante, sobre todo porque dejó en claro que era él quien tenía el control de la situación... Un tipo de control que no

había conocido.

Elevó sus manos y las llevó sobre la cabeza. Los labios comenzaron a descender por su cuerpo. Cada roce, hacía que Zia cerrara los ojos disfrutando de las sensaciones que experimentaba. Cuando pensó que las cosas no podían mejorar, sintió la boca de Raiden justo en el clítoris. Se estremeció pero inmediatamente él la inmovilizó con sus manos. Siguió apostado en su entrepierna con el fin de devorarla.

Primero, sujetó ese punto de placer con ambos labios y luego mordió un poco para excitarla un poco más. Luego de escuchar unos cuantos gritos, descendió hasta los labios vaginales para chuparlos con dedicación. Lo hizo suavemente para luego tomar más control a través de la aceleración de la boca y lengua.

Zia sintió que en cualquier momento su cuerpo y espíritu estarían por flotar por el espacio. La electricidad que sentía por las lamidas y mordidas de Raiden en su coño, la hicieron tomar con fuerza las sábanas de la cama para tener contacto con algo que le conectara con la realidad.

Siguió aferrándose hasta que sintió que su amante misterioso se detuvo. Él se acercó a ella y fue directo a su oído.

—No tengas miedo... No te haré daño...

Ella sintió un hilo frío que le recorrió por toda la espina. Estaba casi segura que aquella era esa misma voz que le habló estando en la tina.

—No tengas miedo...

El tono suave y casi meloso funcionó como una melodía hipnótica. Así que dejó de sentirse tensa y se dejó llevar por esas palabras. Volvió a cerrar los ojos y sintió el calor del aliento de él aunque su cuerpo, extrañamente, seguía frío.

Zia ya no quería pensar más al respecto, sobre todo, porque tenía la costumbre de racionalizar todo, de analizar las cosas al extremo, pero esta vez quiso que la situación fuera diferente. Deseó con todas sus fuerzas el aceptar esa invitación de ir un poco más allá, de explorar otros mundos con él. Sí, había pasado muy poco tiempo para tomar tamaña decisión pero no le importó. No tenía nada que perder.

Raiden se incorporó sobre la cama al mismo tiempo que aprovechó para ver con más detalle las expresiones y los modos de moverse de Zia. La curvatura de ese cuerpo envuelto del tono brillante y mestizo que lo volvió loco desde el primer día.

La sola idea de poder poseer su cuerpo y alma le llevó casi a mostrar sus colmillos y morderla hasta hacerla suya por la inmortalidad. Se reprimió un poco porque sabía que tenía que dar varios pasos para lograrlo, así que comenzó a quitarse la ropa poco a poco.

La delicadeza de sus movimientos, le aseguraron a Zia que este hombre, sin duda, sabía cómo tratar a una mujer. No era un tío que pretendiera saber sobre el sexo sino más bien todo lo contrario. La forma de besar, acariciar, lamer, eran signos inequívocos de la experiencia que había ganado en la cama. No estaba con un niño pretencioso ni mucho menos. Estaba con un verdadero semental.

Las prendas de ropa cayeron al suelo con suavidad. Con lentitud, Zia observó los marcados abdominales, la musculatura de sus piernas y de los brazos. Las venas brotadas debido al ejercicio, los pectorales amplios e incluso detalló el cabello espeso cuyo largo le llegaba un poco más del cuello. Por último dejó el par de pantalones que no tardó demasiado tiempo en quitarse. Se levantó y para hacerlo más rápidamente Zia miró con asombro el pene de Raiden.

Tan pálido como el resto de su piel pero increíblemente provocativo. Las venas así como el grosor, la hicieron estremecer un poco. Ella estaba ansiosa por tenerlo en su boca. Así pues que él volvió a la cama pero para cambiar de posición. Se acostó sobre ella e hizo que Zia se sentara. Con una mano, sostuvo su pene y se lo masturbó un poco con sólo mirarla.

—Sabes lo que deben hacer las niñas buenas, ¿no?

—Sí...

—Di “Sí, Señor”. —Respondió con un dejo de severidad.

—Sí, Señor.

Ella extendió su mano derecha para sentir el pene de él en la palma. Se sorprendió lo duro y firme que estaba. Acercó sus labios al glande, escupió un poco y aprovechó la humedad para masturbarlo. Masajeó un poco hasta que lo miró echar su cabeza hacia atrás. Lo estaba disfrutando un mucho.

Se detuvo un momento para acomodar su cabello y prepararse para lamer. Cuando estuvo lista, se inclinó con más decisión y abrió la boca. Primero dejó salir su lengua para probar la dulzura del líquido pre—seminal. Después de quedarse allí un rato, se lo introdujo todo por completo.

La destreza de su boca y lengua, dejó Raiden perplejo. La manera en cómo movía la cabeza, la forma en que sus dedos se movieron, ese balanceo

perfecto y armonioso. Mientras estaba allí acostado, las ganas de explotar se hicieron cada vez más fuertes. A pesar de eso, se levantó y la tomó por el cuello, haciéndole que también se colocara de pie.

—Bien, veo que te gusta jugar... A mí también.

Ella sonrió al volver escuchar ese tono sensual. Él hizo que se arrodillara. En esta posición, él sintió mayor poder y dominio, por lo que se sintió con mayor confianza. Tomó el cabello de ella con una mano, jalándoselo. Con la otra mano disponible, tomó su verga para volvérsela a tocar un poco. Incluso lo acercó a la cara de Zia para darle unos cuantos golpecitos en la mejilla y en la boca.

Al hacerlo en este último, de alguna manera la obligó a abrir la boca para chupárselo otra vez. La disposición de Zia para darle la mayor cantidad de placer posible, sirvió para convencer a Raiden de que ella era la perfecta esclava para él. Esos ojos negros que le decían a gritos que siguiera, que la empujara hacia los límites, le provocaban un enorme morbo.

Así pues que se apoyó de ambos lados de la cabeza de ella para que tragara más. El balanceo de ese rostro divino, el grosor de los labios que abrazaban el cuerpo venoso y los hilos de saliva que salían de su boca para descansar en los pechos o en los gruesos muslos de Zia, era una imagen perfecta, era el retrato que buscaba de la esclava que ansiaba y que por varios días soñó. Le resultó increíble pensar que esa mujer, una que había visto en sueños pudiera ser real y ahí estaban, comiéndose, devorándose.

Retomó la sensación de llegar al éxtasis cuando hizo que ella se detuviera. Respiró profundo y le dio unas cuantas bofetadas suaves.

—Sí que eres una buena niña...

Ella sólo asintió porque todavía estaba en el trance de la excitación debido a su fijación oral.

Cerró sus dedos sobre su cuello y volvió a colocarla cerca del borde de la cama. Esta vez, sólo apoyando sus codos, dejando así sus piernas extendidas, abiertas sólo para él. Al tener esa imagen frente así, Raiden no tardó demasiado en darle unas cuantas nalgadas, las apretó y manoseó todo cuanto quiso. Finalmente, introdujo un par de dedos para masturbarla. Lo hizo con fuerza, con violencia.

Después de unos minutos intensos, se acercó de nuevo para decirle que ahora él era su señor y que desde ese momento tenía que aceptar sus deseos, tomarlos para así y complacerlo completamente.

Ella asintió sin quejarse ni ofrecer resistencia, porque sintió que su vida después de la varios años vacíos, de nada, alcanzó un pico de emoción con él. El fuego que sintió al verlo, la vergüenza del morbo y el deseo que le producían en su cuerpo, las ganas de saber más de él así como de entregarse a esa aura de misterio. Claro que estaba dispuesta, desde hacía mucho lo estaba.

Dejó de masturbarla, acercó los dedos a la boca de ella e hizo que los chupara.

—Así se rico sabes...

Ella gimió y al poco tiempo sintió la presión del pene de él adentrándose en ella con fuerza. Primero lo metió por completo, en un solo movimiento, pero después fue más salvaje y más agresivo. Su cabello se convirtió en las riendas y, gracias a ello, tuvo el impulso que necesitaba para ir adentro y afuera como le diera la gana.

Lo increíble de ese momento es que los dos gemían sin parar. Incluso Raiden, el ser inmortal, el que había dejado atrás rastros de humanidad, sintió como si sudara. Algo realmente extraordinario.

Soltó el cabello para tomarla desde las caderas. Más fuerte, más adentro. Si no estaban quietas allí, las movía para pellizcar los pezones de Zia o para masturbar su delicioso clítoris. Le gustaba hacer esto último porque podía sentir cómo se humedecía cada vez más.

Siguió follándola hasta que prácticamente la tiró sobre la cama. Zia todavía respiraba agitadamente, cuando volvió a sentir el pene de él dentro de sus carnes. Raiden se ubicó sobre su cuerpo, muy junto al de ella. Abrió sus piernas con fuerza, tomó su cabeza y empujó su miembro con el fervor de llegar mucho más adentro.

—Eres mía... Eres mía...

—Sí, Señor... Oh sí...

Cerró los ojos cuando sintió el orgasmo.

—¿Te correrás como buena niña?

Le repetía una y otra vez. Le recordaba que él ahora era su dueño, así que procuró seguir dentro con esa intensidad propia de su ser dominante y vampírico.

—Mírame. Quiero que me mires.

Le dijo él y ella hizo un esfuerzo para hacerlo. También notó que Raiden

estaba tan cerca como ella, por lo que le tomó por los hombros, quiso aferrarse a él tanto como pudiera.

—Dámelo... Dámelo. Venga.

Zia no paró de gritar ni gemir hasta que por fin se dejó vencer por una sensación fuerte que le invadió el cuerpo. Tembló por unos segundos y finalmente sintió cómo expulsó sus fluidos gracias al orgasmo. Comenzó a reír por la euforia hasta que, de repente, sintió que la vista se le nubló por completo.

... Por otro lado, Raiden pudo disfrutar a plenitud la sensación del orgasmo de ella en su pene. La presión que ejerció los músculos debido a ello, le excitaron aún más por lo que sacó su verga y explotó sobre el rostro y el torso de Zia. La bañó por completo por sus jugos, por el calor de ese cuerpo inmortal y sensual. Ella, al recobrar lentamente la consciencia, sintió el semen en sus labios y comenzó a relamerse. Le encantó sentir el sabor.

Los colmillos de él estaban preparados para morderla pero luego lo pensó mejor. Se levantó para lavarse y para buscar algo para limpiarla, por lo que aprovecharía también el momento para relajarse.

Encendió la luz del gran baño con azulejos de mármol. El ancho espejo reflejó esa imagen de tío cansado y casi al borde del descontrol.

—Te tienes que calmar...

Los casi 700 años de Raiden en los cuales trabajó arduamente para perfeccionar sus habilidades, poder e inteligencia, se vieron desafiados por una mujer que le producía cualquier cantidad de emociones extremas.

Ciertamente, tenía el control de sus impulsos vampíricos a pesar que el sexo también le empujaba hacia esa naturaleza animal y oscura. Sin embargo, con sólo respirar unas cuantas veces, era necesario para volver a la faena. Pero, por más que lo pensara o intentara recordar encuentros anteriores, Raiden tuvo que detenerse justo cuando pensaba que se volvería loco por la sangre de Zia.

Mientras la besaba y acariciaba, vio más allá de esa piel lustrada y perfecta. Las venas y arterias parecían carreteras entrelazadas que transportaban el líquido precioso dador de vida. El olor que emanaba de su cuerpo, esa esencia dulce que le hacía pensar que era una especie de almíbar, la consistencia de la ambrosía de la mujer de sus sueños que servía para recordarle que los dos estaban en mundos opuestos.

Abrió la llave de agua fría y se refrescó el rostro varias veces. Tomó un

par de toallas húmedas y se dirigió a la cama en donde se encontraba aún acostada esa ninfa y esclava. Delicadamente rozó la humedad de la toalla sobre el torso y el rostro de ella, mientras dormitaba. Botó los desechos a la basura y la observó dormir por un rato.

La idea de llevarla hacia su reino, de presentarle a los otros, de que sea suya por la eternidad le resultó tentadora. Quedaba la duda de cómo ella se lo tomaría.

Miró el reloj de la mesa de noche y se percató que tendría que recuperar fuerzas. El esfuerzo de tener que disimular que era un humano común y corriente, lo desgastó más de lo que pensaba, así que se preparó para desaparecer no sin antes dejar algo que le diera a entender a Zia que se ausentaría. Escribió una nota rápidamente y desapareció.

Ella perdió la noción del tiempo por lo que se despertó de manera abrupta. El orgasmo fue tan fuerte que se quedó perdida en ese trance por un tiempo. Luego de frotarse los ojos, se dio cuenta que estaba sola. Antes de sacar conclusiones apresuradas, observó una pequeña nota sobre la mesa.

“He debido ausentarme por deberes que surgieron prácticamente de la nada. Tienes a tu disposición mi despensa y cualquier cosa que necesites mientras estás en la casa. Si quieres irte, este es el número de un chófer de confianza que te llevará a donde quieras.

No tengas miedo. Confía en mí.

R.”.

Sintió curiosidad por esas últimas palabras. Aunque quiso quedarse allí por más tiempo, se percató que no podía porque tenía que ir a trabajar. Así que se tomó la libertad de tomar un baño, recoger sus cosas y llamar el chófer para que la llevara a casa.

Mientras esperaba, se dedicó a explorar un poco el lugar. Ciertamente la arquitectura era impresionante pero cuando más miraba, más detallaba ciertas cosas. En la habitación así como el resto de la casa, estaban selladas herméticamente. Incluso, había dispositivos para tapan la luz por completo. Cuando quiso probar, las cortinas bajaron y quedó en la absoluta oscuridad. Ni siquiera vio un espacio de luz.

—A lo mejor lo hace para que nada le perturbe. —Pensó.

Fue hacia la cocina con la intención de tomar algo. Se fijó en el refrigerador y observó una especie de tablero. Supuso que era necesario introducir un código para tener acceso a aquello que se guardaba con tanto

celo.

¿Qué sería? ¿Por qué necesitaría de una clave? Por último, sintió una corriente de aire que parecía salir de una de las paredes de ese mismo lugar. Llevó sus dedos allí para rozar la superficie suave. Efectivamente había algo detrás. Estaba intrigada cuando justo en ese momento, recibió el aviso de que ya la estaban esperando.

Salió de la casa dando unos pasos rápidos, se subió al coche y continuó con la línea de pensamientos. La piel fría, particularmente blanca, el hermetismo de la cortinas y ventanales, el extraño tablero pequeño en el refrigerador, incluso los extraños episodios de sueños y fantasías. Su instinto le gritaba que algo sobrenatural estaba sucediendo pero ella ignoró eso, se dijo a sí misma que quizás se trataba de gustos excéntricos de un hombre rico y así lo dejó.

Al llegar a casa, se cambió para ir a trabajar como de costumbre. A pesar de la expresión de seriedad y normalidad. El interior de Zia estaba hecho un caos.

VII

Raiden despertó un poco somnoliento. La acumulación del cansancio y de los pensamientos, fueron suficientes como para que no pudiera dormir más. Miró la hora y se percató que ya era de noche.

Salió del ataúd en donde se encontraba, caminó unos cuantos pasos y salió de aquella habitación que también le servía de dormitorio. Cerró la puerta que daba a ese pasillo en donde se encontraba y llegó a la cocina. Se acercó al refrigerador e introdujo una clave en aquel pequeño tablero.

El sonido le indicó que se había desbloqueado el sistema y aprovechó para revisar lo que tenía. Ese pequeño espacio, contemplaba una amplia selección de todo tipo de sangre. Su favorita era la AB+ que casualmente era una de las más escasas. Aunque podría saciar su hambre y sed con cualquiera de las bolsas que estaban allí, esa noche estaba de ánimos de hacer la típica cacería de vampiro.

Así pues que volvió a cerrar la puerta y subió las escaleras a la habitación superior. Se prepararía para salir.

Luego de una ducha rápida, se colocó la gabardina negra en plena noche de verano, cosa que sabía llamaría la atención pero le importó muy poco.

Salió de la casa y miró el cielo. La luna de esa noche estaba espléndida como en días anteriores, así que decidió que no andaría en coche sino que optaría por otro tipo de transporte. Extendió entonces sus manos al aire y cada fragmento de su cuerpo se transformó en partículas diminutas. Al final, él era una bruma que voluntad que emprendió el camino hacia una parte en donde los vampiros podían ser como quisieran libremente: Dark City.

Dark City era un pedazo de Londres dominado por los vampiros ante los ojos ignorantes de los mortales. Las calles, hundidas en las tinieblas, eran el centro de operaciones de todos los vampiros de la ciudad. Hablaban de negocios, intercambio de información para encontrar las mejores fuentes de sangre y hasta los locales para divertirse. Además, podrían exponer sus colmillos libremente sin que fueran objetos de cacerías.

Ese lugar se creó gracias a Raiden, por ello era apodado El Príncipe. Gracias a su influencia, estos seres podían disfrutar de un espacio para ellos mismos, sin correr peligro.

Al llegar, él recibió todos los saludos de los asistentes. Sonrió y caminó

por las aceras para encontrar información para encontrar sangre fresca.

Se acercó a un local llamado La Estaca —un nombre muy conveniente—, con el fin de saber si esa noche tendría la buena noticia que tanto quería.

—Mi señor, tiempo sin verlo por aquí. —Le respondió el mismo hombrecillo de bigote que le atendió en ese restaurante extraño.

—Me alegra verte.

—Hemos recibido información valiosa sobre un autobús de reclusos que se dirigen a las afueras de la ciudad por un traslado.

—¿Qué tal la mercancía?

—Muy buena, según me han dicho. Incluso hay AB+, mi señor.

Los ojos de Raiden se volvieron rojos de la ansiedad de comer.

—Excelente.

—Es mejor que se apresure.

—Gracias.

Salió del local como una flecha y volvió a hacerse bruma para salir despedido por los aires. Dejó el reino de los vampiros para adentrarse en una carretera bastante oscura. Observó las letras pintadas de la penitenciaría de la ciudad y que en dicho autobús había unas pocas personas.

Sus instintos y sentidos se agudizaron al máximo para decirle que un recluso de gran tamaño era del tipo de sangre que estaba buscando. Se acomodó sobre un poste de luz que encontró cerca y dejó salir un par de grandes colmillos. Sonrió. La diversión estaba por comenzar.

El conductor iba silbando alguna canción cuando notó que los bombillos de los postes de luz se reventaban de la nada. Trató de bajar la velocidad pero en ese instante se apareció una figura muy larga y blanquecina en el medio de la vía.

Giró el volante con tanta fuerza que el autobús se volcó, patinando por el asfalto como si fuera un juguete. Quienes estaban dentro, recibieron cualquier cantidad de sacudones. Cuando el coche se detuvo, la puerta trasera quedó abierta y el único recluso que resultó ileso, el de gran tamaño, aprovechó el espacio para escapar.

Con las manos juntas por las esposas, al igual que los tobillos, la fuerza de querer escapar fue suficiente para que corriera y se adentrara en el bosque contiguo. Comenzó a reír por su buena suerte... Aunque eso cambió de repente cuando escuchó el sonido de unos pasos que fueron hacia él. Miró

para todas partes y pensó que sería algún animal que daba vueltas por ahí. Trató de incorporarse para librarse de las esposas hasta que encontró el rostro pálido y severo de Raiden.

—Vaya, mi cena con pretensiones de escapar.

El pobre tipo, tan alto y fuerte, cubierto de tatuajes, con aspecto intimidante, se asustó ante el brillo de los ojos azules de ese hombre que le hablaba con descaro.

—¿DE QUÉ HABLAS GILIPOLLAS? VEN Y PELEAMOS COMO LOS HOMBRES.

—No será necesario.

Esa figura delgada y aparentemente débil ante la suya, lo levantó sin mayores problemas. Sus pies quedaron danzando en el aire en búsqueda de algo para sostenerse. Justo en el momento que cerraba los ojos por la falta de oxígeno, un par de dientes se hundieron en su carne, haciéndolo gritar. El brillo de la vida se fue agotando en sus ojos hasta morir.

Raiden bebió hasta la última gota, así que dejó el cuerpo de la víctima en el suelo para que algún alma piadosa lo encontrara.

La soledad de la carretera le sirvió para regresar a la ciudad con más vitalidad que nunca y con ganas de reencontrarse con Zia. Quería terminar de convertirla en su esclava de una vez por todas.

El tumulto de los días anteriores, alejaron a Zia de las tareas habituales que tenía en casa. Incluso tuvo que ponerse al día en cuanto al bitcoin que parecía estar moviéndose de manera vertiginosa.

Así pues que, después de tomar un baño caliente, se sentó frente a la computadora para ponerse al día con lo que solía hacer. A pesar de tratar de concentrarse, de acallar los pensamientos, todo intento era fallido. No había forma de escapar de la imagen de Raiden que pareció invadirla poco a poco.

Trató de espabilarse y cuando por fin lo logró, los párpados se le cerraban y su alrededor se volvió difuso y confuso. Estaba segura que era una de esas alucinaciones por lo que no ofreció resistencia. Quiso estar consciente suficiente tiempo para entender bien lo que sucedía.

—¿En dónde estás? ¿En dónde está mi chica? ¿En dónde se esconde?

No podía hablar, de nueva esa sensación extraña de encontrarse prisionera de esas extrañas sensaciones. Abrió los ojos y se percató que esa era la mirada de Raiden, era él quien le hablaba, era él que le mantenía presa

de ese algo que no sabía muy bien qué era. Por suerte alcanzó a decir.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me haces esto?

—Porque estamos unidos por una fuerza que nos supera, Zia. ¿Que qué quiero de ti? Todo, absolutamente todo. Quiero tu entrega. Quiero que seas mía. Quiero que seas mi esclava.

—¿Qué debo hacer?

—Ven... Ven a mí.

Se levantó de la silla como si estuviera siendo objeto de un hechizo. Fue hacia el clóset y sacó unas cuantas ropas sencillas. Por último, se amarró las trenzas de los zapatos y se levantó con la mirada perdida. La voz de Raiden le insistía, le ordenaba...

—Ven... No tengas miedo... Ven a mí.

Caminó hacia la puerta, siguió hasta los elevadores y salió del lobby con la misma mirada perdida en las palabras de él. Raiden estaba afuera esperándola. Apoyado en el coche, con la sonrisa de un vampiro cargado de vitalidad. Estaba ansioso por tenerla por fin entre sus brazos.

Abrió la puerta y la dejó entrar. Hizo lo mismo y comenzó el camino hacia su casa. La llevaría a las zonas más oscuras de sus ser.

En la vía, aunque Zia estaba en el trance, también estaba consciente, como si su mente se resistiera por completo. Ella hizo el esfuerzo de mirarlo y cuando lo logró, tomó las fuerzas para preguntarle.

—¿Qué eres?

—Sabes lo que soy. De hecho, tengo la sospecha de que es así desde algún tiempo.

—Quiero escucharlo de tu boca.

—¿Haría alguna diferencia? ¿Evitaría que sigas en la negación?

Ella tragó fuerte. La cabeza le daba vueltas.

—Dímelo.

—Insisto, ¿hará diferencia? Zia, tu instinto te lo grita. Sé que caminaste por la casa y que encontraste cosas que te llamaron la atención. Que viste ciertas señales aunque no exploraste demasiado. ¿Sabes por qué? Porque estabas tan cerca, tan cerca de admitir lo que tienes frente a ti que te dio miedo continuar. ¿No te he dicho siempre que confíes en mí? ¿Que no tengas miedo?

Se mantuvo en silencio.

—Dímelo.

—Soy un vampiro.

Ella sintió que recibió un golpe duro en el estómago. Uno directo y cruel.

—Lo sabías. Sé que lo sabías. Eres una mujer inteligente y yo no traté de esconder mi verdadero ser.

De repente, el frenó. Luego, la miró fijamente.

—Desde que te vi, sentí que un rayo me partió en dos. Te vi en mis sueños, Zia. Pasé días devanándome porque esa mujer que se aparecía no me decía palabras, sólo aparecía y se iba después. Resultó que eras tú, resultó que era tú quien me estaba llamando. O nos estábamos llamando. Cuando estoy contigo lo sé, no me queda duda de ello. Por eso quiero que sigamos, que te conviertas en mi esclava, que seas mía. Que te entregues por completo.

Zia, ya sin los efectos de ese trance en donde se encontraba, sin el temor que le impedía ir más allá. Se recordó a sí misma en el escritorio, mirando indiferente la pantalla del monitor y deseando con todas las fuerzas de su alma, que ocurriera el milagro que la hiciera sentir que tendría la oportunidad de cambiar su vida por completo. Fue así durante los últimos días.

Él seguía mirándola a la espera de una respuesta. Supo que ellos tendrían ese momento aunque quiso que fuera más adelante. Sin embargo, sintió alivio porque fin le dijo la verdad aunque se la insinuó desde el primer día.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

—Confía en mí, Zia. No te haría daño.

—¿Por qué?

—Porque no quiero y porque siento una conexión muy poderosa contigo. He perdido mucha gente por todos estos siglos y ya me encontraba abatido. No quería saber nada más, no estaba interesado en nada más. Pero apareciste y lo tomé como una señal. Por eso insisto tanto. Todo esto tiene sentido, Zia. Los grandes acontecimientos suceden por una razón y eso lo sé. Me ha quedado claro tantas veces que esto no lo puedo obviar por más esfuerzo que haga.

Ella no supo qué decir pero su cuerpo le insistió en que quería besarla, en que quería perderse en esa boca así fuera por unos momentos. Así que se inclinó hacia él y le tomó el mentón cuadrado. Lo acarició un poco y lo miró.

No dijo nada porque pensó que las palabras sólo sobrarían. Le dio un

beso suave y delicado hasta que él se acercó a ella con más determinación. La bordeó con sus manos, le apretó tanto que sintió que le atravesaría la piel. Entrelazaron sus lenguas, se unieron en esa pasión desenfrenada.

—Llévame contigo. —Alcanzó a decir.

Arrancó de nuevo el coche, dejando las marcas de neumáticos sobre el asfalto. Zia firmó un pacto que podía ser peligroso para ella pero no le importó, quería más de él. Siempre.

Llegaron al edificio y subieron al último piso. Al entrar, él le sostuvo por el brazo y la detuvo de continuar.

—Quiero enseñarte algo.

Zia sintió cómo la piel se le puso de gallina. Esperó un poco y observó que Raiden tomó el camino hacia la cocina, justo en el espacio en donde sintió una corriente de aire. Empujó suavemente e hizo un par de movimientos hasta que la aparente pared de concreto cedió. Empujó hacia adentro descubriendo un pasadizo.

—Ven.

Le extendió la mano y comenzaron a caminar. Ella logró ver la puerta de una habitación, sin embargo, no se detuvieron allí. Siguieron un poco más y llegaron a una especie de lugar completamente oscuro.

—Este es mi cuarto de juegos.

Encendió la luz y era una habitación oscura, sin ventanas pero con objetos que le llamaron la atención a Zia. látigos de todo tipo, cuerdas, una cama y hasta una caja de madera. Una silla del mismo material, pinzas de varias formas y tamaños, cinta de embalaje y hasta cadenas. Pesadas y muy largas.

Ella se adentró y comenzó a explorar por su cuenta. Sus dedos rozaron los objetos con curiosidad. Incluso se detuvo en un arnés de cuero.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Es para ti... Quítate la ropa.

Se colocó frente a él y procedió a quitarse de lo que tenía encima. De los shorts, la camiseta y hasta las zapatillas deportivas. Lo hizo con lentitud, ante la mirada y supervisión de él. Al quedar desnuda, Raiden se paseó alrededor de ella, tocándola, acariciándola.

—¿Quieres ser mía?

—Sí, Señor.

—¿Quieres ser mi esclava?

—Sí, Señor. Desde siempre.

—Buena chica... Muy buena chica.

Se colocó tras ella y descansó sus manos sobre la cintura hasta descender por las caderas y así quedarse en esas portentosas nalgas que tanto le gustaban. Las apretó, las manoseó y le dio nalgadas. Luego la llevó sobre una pared e hizo que coloca sus muñecas detrás de la espalda.

—Quédate así por un momento.

Se dirigió a un cajón en donde guardaba una serie de cuerdas. Inspeccionó unas cuantas y tomó unas de color rojo. Las sacó y luego fue hacia ella para atarla. Los amarres trató de hacerlos con cuidado para que ella no se asustara de la rudeza.

—¿Las sientes bien?

—Sí, perfecto.

—Vale.

Volvió a colocarse tras ella. Le gustaba la idea de llegarle de sorpresa y follarla. Se quitó la ropa rápidamente y luego se agachó, abriéndole las nalgas y así devorarla desde atrás. Su larga lengua le dio una lenta lamida desde el coño húmedo y caliente hasta el culo. Las mantuvo tan alzadas y abiertas, que Zia tuvo que colocarse de puntillas.

Ella le encantaba sentir la lengua de su señor así como escucharlo comer. Su lengua se movía rápido y de manera que ella no podía ni siquiera tomar un respiro. No paraba de gemir, no paraba de gritar. Así pues que él la giró y la colocó sobre sus hombros. A pesar de que ya conocía que él era un vampiro, le resultaba fascinante el poder y la fuerza de su cuerpo.

La dejó sobre la cama y le abrió las piernas. Volvió a enterrar su cabeza en ellas para seguir comiéndola hasta que se levantó y buscó algo que supo que a ella le gustaría. Trajo consigo una cinta de cuero con una cadena en un extremo. Se la colocó con cuidado y procedió a levantarse. Con los jalones que hizo, le dio a entender que debió hacer lo mismo.

—Arrodíllate.

Ella le hizo caso y pensó que se lo chuparía... Pero hubo un cambio de planes. Volvió a dejarla sola en el suelo frío para después dejarse ver con un pequeño látigo.

—Desde hace tiempo que quiero que esa piel tenga las marcas de dolor.
¿Las quieres?

—Sí, Señor.

—¿Estás segura?

—Por favor...

Alzó su largo y fuerte brazo para dar su primer impacto. Cayó justo en el centro de la espalda. Zia no pudo evitar estremecerse un poco pero aun así, le encantó experimentar el ardor de tal sensación.

Al escuchar sus gemidos, Raiden aprovechó la oportunidad de explotar un poco su lado sadista, así que siguió azotándola un par de veces más. Al terminar, dejó el instrumento de dolor caer al suelo y jaló de nuevo la cadena. Volvió a guiarla sobre la pared y procedió a besarla y acariciarla suavemente.

Al final, dejó sus manos en las caderas y apuntó su pene al coño que lo estaba esperando.

—¿Cuánto lo quieres?

—Mucho... Demasiado, Señor.

—Te lo voy a dar todo, Zia... Todo y más.

Empujó su glande a esa hermosa abertura y esperó un poco más hasta que lo empujó por completo. La metió todo, con fuerza por lo cual ella hizo un largo alarido.

La tenía con los movimientos limitados, con dolor en la espalda gracias a los azotes y con el peso del cuello por la cadena que tenía. Puso una de sus manos allí y apretó con fuerza. La follaba como todo un semental, como un macho ávido de su mujer.

Después de un rato, después de hablarle de obscenidades al oído, de decirle que era una ramera y una esclava. Hizo que se colocara sobre la cama. Con las mejillas encendidas y con la respiración agitada, desconociendo los próximos planes de su señor, Raiden procedió a acostarse mientras que ella permaneció de rodillas.

Luego de haberse acomodado, la tomó sin mayor dificultad. Hizo que su coño quedara justo sobre su boca. Ella tenía la expresión de sorpresa mientras que la de él fue de picardía. Antes de que fuera capaz de hacer alguna pregunta, sintió inmediatamente la lengua de él que se adentró entre sus carnes.

Atada e incapaz de moverse como quería. Incluso, Raiden se aseguró se

sostenerla con ambas manos para que se le hiciera más difícil moverse. Así pues ella quedó atrapada entre sus manos, sujeta a sus designios disfrutando de esa lengua sensual, rebelde y única.

La chupó tanto como quiso, gracias a esa posición, se sintió más cómodo en hacerlo por lo que estuvo bastante rato allí. Se le ocurrió que sería buena idea llevarla al orgasmo estando ella sobre su boca. Entonces, afincó sus manos sobre ella, sobre esa piel exquisita y siguió lamiendo con ahínco.

Zia comenzó a gemir más y más, incrédula de que fuera capaz de sentir esas cosas. Raiden se dio cuenta de que ella entornó los ojos, una señal familiar para él. Además, eran esos pequeños gestos que tanto le gustaban y los que le daban vida.

Cerró los ojos para concentrarse aún más y, finalmente, sintió cómo las caderas y piernas de ellas comenzaron a temblar con fuerza. El placer que le daba chuparla también le hizo caer en una especie de trance por la excitación. Se concentró tanto que sólo pudo salir de allí cuando escuchó los fuertes gemidos de ella. Acabó en su boca tres veces.

Pero eso no se quedó hasta allí, él también eyaculó mientras la lamía. Al darse cuenta se rió y trató de calmarse de la agitación.

Aunque los dos estaban relajándose debido a la sesión, querían más de uno. Así que él se levantó, buscó algo para limpiar sus cuerpos y luego reanudaron la faena. La tomó por la cadena e hizo que anduviera gateando. La llegó hacia un extremo de la habitación en donde estaba una estructura de madera. Allí había unas citas de cuero grueso que servían para atar las manos y los pies.

Jaló la cadena hacia arriba como ademán para que se levantara. Cuando ella se ubicó, le deshizo los amarres de las muñecas. Como pasó tiempo en esa misma posición, se aseguró que la sangre corriera por sus venas de nuevo con normalidad. Ella hizo un gemido de alivio y se acomodó mejor para prepararse para después.

Le ató de nuevo las manos en esa estructura casi de aspecto medieval. Se retiró a un lado de la habitación para azotarla de nuevo. Ya probó la espalda y estaba satisfecho con las marcas en ese lugar, sin embargo era su culo el objetivo principal. Tomó de nuevo el látigo del suelo y lo tanteó con la mano. Se dirigió al frente de ella y le rozó su pene cerca de su boca gracias a la inclinación que tenía su cuerpo, el cual casi formaba un ángulo de 90°.

—Chúpalo.

Ella abrió la boca para recibirlo entre sus labios. Raiden la follaba con deseo, observaba la dificultad que le producía la posición pero eso le satisfacía su inclinación como dominante y hombre con predilección a la humillación. Siguió golpeteando el látigo sobre la palma y sonrió por la docilidad de esa mujer que estaba adiestrando como esclava.

—Buena chica... Muy bien.

Tomó su cabello con una de sus manos y empujó más adentro de su boca. Quiso quedarse allí todo el tiempo del mundo pero no pudo, su deber era enseñar el control sobre ese cuerpo con un poco de castigo, así que lo sacó de su boca hambrienta y se dirigió a la parte posterior. Su culo estaba allí, dispuesto a sus manos, lengua o a lo que él quisiera.

Tomó el látigo y acarició su culo con él, se lo paseó por toda su carne hasta que se detuvo en un punto. Esperó un rato, a Zia le pareció eterno y eso era lo que él quería lograr.

De repente, alzó su brazo rápidamente y le propinó el primer impacto. Ella tembló un poco pero no tuvo tiempo suficiente para pensar las cosas. Los impactos siguieron, uno detrás de otro, con fuerza, con determinación. Él siguió hasta que percibió una pequeña molestia en la muñeca y hasta que miró una de las nalgas de ella que pareció romperse por el cuero que cayó sobre la piel.

Él respiró profundo y se preparó para dar una última estocada. De hecho, antes de hacerlo, notó lo duro y tenso que tenía el pene. Al dar el latigazo que terminó por hacerla casi caer al suelo, Raiden aprovechó para sostenerla con una de sus brazos y la colocó muy junto a él.

Con la otra que le quedaba libre, comenzó a masturbarse con fuerza hasta que colocó su pene sobre ella, entre las uniones de sus nalgas. Un poco más, sólo un poco más hasta que por fin explotó esa piel tan deliciosa. Los chorros de semen se desplegaron por la espalda, nalgas e incluso hasta el cuello. La propulsión sin duda fue sumamente fuerte.

Raiden por un momento pareció perder el control de su cuerpo, no obstante, pudo recuperarse rápidamente. Se levantó, desató los amarres de Zia, la cargó y la llevó sobre la cama. Él se acostó junto a ella y esperó a que su cara enrojada por la excitación, se calmara un poco de la agitación.

Desde el momento en que la ataron, Zia había caído en una especie de abismo. Se perdió a sí misma por unos minutos. Su espíritu estaba dando vueltas, flotando en los aires mientras que su cuerpo recibía el castigo del

hombre que tanto deseaba. Por momentos se preguntaba cómo era posible sentir algo así por otra persona... Aunque él era mucho más que eso.

Abrió los ojos y se encontró con los de él, quien la observaba con cuidado.

—¿Cómo te sientes?

—Como si todavía estuviera dando vueltas por los aires.

Él rió. Se quedó callado por un instante, en el cual tomó la decisión más importante de su vida. Sin embargo, tenía que prepararse para la negativa.

—Quiero llevarte a un lugar especial para mí. Un lugar en donde seres como yo, convivimos tranquilamente. No, no ponga esa cara. No tienes por qué preocuparte.

Como ella había aceptado el hecho de que él era un vampiro y que de paso era una especie de esclava para él, Zia asintió como señal que estaba dispuesta a ver aquello que le proponían.

Se vistieron y salieron en el coche de él. Otro modelo clásico que le dejó evidencia sus gustos por lo vintage. Encendió la radio y justo sonaba *Girl Is On My Mind*.

—Es mi disco favorito. Podría escucharlo todo el tiempo. —Dijo él pensativo.

Se adentraron a una zona de la ciudad cerca de una estación de trenes abandonada. Zia comenzó a sentirse un poco preocupada porque no tenía idea del lugar.

—Confía en mí. No te pasará nada malo.

—Vale.

Giró el volante hacia una amplia calle. Al bajarse del coche, Zia observó con detenimiento. Había gente caminando, hablando pero al mismo tiempo tuvo la sensación de que las cosas no parecían tan normales como lucían.

Él le extendió la mano y caminaron a las sombras que cubrían el lugar. Al hacerlo, al atravesar las calles, la gente saludaba a Raiden con el mismo respeto que vio Zia la vez que salieron a almorzar. Ella se aferró a su brazo, asustada.

—No te harán nada. Ellos saben que eres mía.

Ella permaneció incrédula hasta que miró con asombro los ojos de quienes estaban allí. Eran del mismo color de Raiden, efectivamente todos eran vampiros.

—Este es el único lugar de la ciudad en donde podemos hablar y actuar como lo que somos verdaderamente. Es un pacto que establecimos para convivir en el mundo de los mortales. Aunque, créeme hay muchos, muchísimos de nosotros. Dark City es nuestro hogar.

—¿Cómo hacen para andar en el día?

—Por medio de un suero nos permite regular el sueño y la actividad durante el día. Sin embargo, llega un punto en que nuestro cuerpo nos pide que regresemos al ritmo de siempre. Por otro lado, sospecho que evolucionaremos lo suficientemente rápido para que eso no sea necesario.

Ella trataba de asimilar todo lo que estaba escuchando y de repente miró al mismo hombrecillo que vio la vez que almorzó con él.

—¿Acaso él...?

—No pero es alguien que tiene mucha importancia en nuestro mundo. Tiene contactos de todo tipo y maneja información valiosa. Fue protegido de uno de nosotros pero el vampiro en cuestión, murió. Él, sin embargo, digamos que lo aceptamos en nuestra comunidad.

Se sentaron cerca de una fuente y comenzaron a hablar sobre todo. Incluso él fue lo suficientemente abierto sobre el momento de su transformación y en las circunstancias en donde se encontraba cuando era humano. Relató la muerte y la desesperación durante la Europa de la peste negra y cómo la mordida de un vampiro que jamás volvió a ver, le salvó la vida.

—Fue una oportunidad que no quise perder. Sin embargo, aprendes a darte cuenta el precio que tiene una vida así.

Zia se contempló a sí misma de nuevo en ese cubículo, sentada en esa silla vieja y vistiendo una ropa que la hacía sentir incómoda. Recordó los días en donde su vida se convirtió en una rutina sin fin, en donde los días eran una continuación del anterior. En donde todo era monótono y gris. Miró hacia el cielo y observó la enorme luna que pareció hablarle desde lo alto.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

—Para que sepas de dónde vengo y para que formes parte de este mundo, mi mundo. Sí... Sé que suena bastante descabellado pero lo pensé incluso desde la vez que te conocí. Pero, como te conté, es una decisión que requiere sopesar muchas cosas. Sentirás cambios extremos, la comida no se sabrá igual y hasta tu ritmo de sueño cambiará por completo. Verás y oirás cosas como nunca antes y cada día podrás notar el desarrollo de tus poderes. Como

una vez te dije, Zia, no tengas miedo porque estaré junto a ti.

Ella se levantó de repente y sintió cómo el corazón le latió con fuerza. A pesar del miedo y del terror de no volver a atrás, miró esto como una gran oportunidad que debía tomar. Su instinto se lo dijo a gritos.

—Lo haré.

—¿Estás segura?

—Sí.

Le sonrió a Raiden y él la tomó entre sus brazos. Se dieron un beso y él la envolvió en esa bruma hasta que desaparecieron para ir a la casa de él.

Zia dio unos cuantos pasos hacia la sala y esperó mientras tanto.

—Sé que has aceptado la transformación pero hay ciertas cosas que deberás entender primero.

—¿De qué se trata?

—¿Confías en mí?

—Sí, claro.

—Entonces ven.

La guió hacia la cocina, específicamente hacia esa pared de concreto. Él presionó suavemente y empujó para dejarla pasar.

—Por aquí.

La guió hasta otra habitación, una que ella percató días antes pero de la cual no quiso preguntar. Lo primero que vio allí fueron unas cadenas colocadas en la pared. Era una especie de celda.

—Tendrás que aprender a obedecerme por completo. Aquí comprenderás que tu Amo y Señor soy yo, aunque ya has dado unos cuantos pasos al respecto.

—Haré lo que me pidas.

Él sonrió ampliamente y procedió a encadenarla con cuidado. En ese momento, supo reconocerla valentía de ella de asumir un nuevo modo de vida, además claro, de aquella facilidad de obedecer. Si su placer era el control, también lo era en encontrar sumisión y ya ella iba por buen camino.

Al terminar, la observó por completo. Se veía tan dulce porque estaba echa un manojito de nervios. Se acercó lentamente hacia su cuerpo para hablarle suavemente al oído.

—¿Quién es tu Amo?

—Tú eres mi Amo...

—¿Quieres mi collar?

—Sí, Señor.

—Tendrás que ganártelo.

—Quiero ganármelo.

—Bien... Bien...

Le arrancó la ropa en un santiamén. Ella quedó completamente desnuda ante él, mirándolo con deseo, con ganas de romper las barreras que aún los separaban. Raiden apostó una de sus manos sobre el cuello de Zia. Con la otra, comenzó a acariciar el clítoris.

—Si haces ruido, te castigaré. —Lo dijo con severidad.

Al principio, sus dedos masajearon con dulzura pero luego lo hicieron con fuerza. Poco a poco aumentó el ritmo de tal manera que ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las ganas de gemir y gritar. Esto le resultó sumamente divertido a Raiden por lo que continuó con más velocidad y más fuerza.

—A ver, a ver, ya veo que eres una buena chica. —Pronunció al mismo tiempo que le daba palmadas entre los labios vaginales.

Zia atada y desnuda, reunió todas las fuerzas para obedecer a su señor. Y, aunque se le hizo difícil, lo logró.

De repente, la mano de él dejó de tocarla para inmediatamente comenzarla a lamer. Raiden se agachó para acomodarse e introdujo su lengua dentro de ella con una destreza sorprendente. Zia, cerró los ojos recordando la regla que él le indicó al principio.

—Vamos... Gime lo que quieras. Creo que te lo mereces.

Ella respiró de alivio ante el permiso de su señor. Fue entonces cuando su boca se convirtió en el canal perfecto para manifestar todas sensaciones que él le producía. Gritó y gimió tanto como quiso, gracias a las caricias que le proporcionaba la punta de la lengua de él.

Siguió chupándola, siguió comiéndola hasta que percibió que sus piernas comenzaron a temblar. Fue entonces cuando se detuvo y se levantó para besarla. Los labios de Zia quedaron impregnados de sus fluidos y de la lengua de Raiden que se movía dentro de su boca. No supo si soportaría más.

Raiden le quitó las cadenas de las muñecas para que sus brazos quedaran libres. De esta manera, el tren superior de su cuerpo estaba completamente

libre para que pudiera moverse mejor.

—Arrodíllate. —Le dijo.

Ella asintió y esperó un poco. También aprovechó los minutos para darse un respiro, para tranquilizarse lo suficiente y así retomar la energía para seguir complaciéndolo. En ese momento, escuchó cómo bajaba el cierre del pantalón. El glande de Raiden se asomó hasta quedar completamente expuesto frente a los ojos de ella.

Zia iba a tomarlo cuando sintió un fuerte apretón en el cuello.

—Tienes que esperar a mis órdenes, Zia. Sólo así podrás tocarlo, ¿entendido?

—Sí, Señor.

—Bien.

La mano de Raiden volvió a tocar su pene para masturbarse frente a ella. Lo tomó con fuerza y apretó su miembro para ella lo viera.

—Abre la boca.

Ella asintió y acató la orden sin problema. Raiden siguió masturbándose hasta que comenzó a gemir con fuerza. Apoyó una de sus manos sobre el cabello de Zia, sosteniéndolo con fuerza. Al final, el eyaculó sobre su boca y rostro a los pocos minutos.

—Señor, ¿puedo comer?

—Claro que sí, esclava. Hazlo.

Ella juntó un par de dedos para mojarlo en el semen caliente que todavía tenía en el rostro. Recogió tanto como pudo y se lo llevó a la boca para comerlo. Raiden estaba en el éxtasis.

Gracias a ello, él tomó un poco más de fuerzas para ir detrás de ella, acostarse sobre el frío suelo y comenzar a chuparla con ella encima. Instintivamente, las manos de Zia fueron a parar sobre sus pechos. Apretó con fuerza sus pezones erectos a medida que él la chupaba. Él no tenía ni la más remota idea de lo delicioso que era sentir su lengua dentro de ella.

Al cabo de unos minutos, Raiden sólo ansiaba tener su pene dentro sus carnes por lo que volvió a pararse con la intención de colocarse sobre ella. Extendió las piernas hasta donde fue posible por las cadenas y llevó su dedo pulgar para masturbar el clítoris. Debido a ello, Zia comenzó a retorcerse con violencia hasta que sintió el pene de él dentro de ella.

Raiden lo metió con fuerza y cada embestida que le hizo fue con ese

fulgor característico de un deseo desenfrenado. Le tomaba por el cuello, por el cabello, le decía cualquier tipo de palabras humillantes y luego retomaba la faena. Le encantaba el sexo con esa mujer tan dócil y suave.

Luego de un rato, cuando los cuerpos de ambos se encontraron ya al borde del clímax, Raiden apretó un poco más hasta que ella se vino primero que él. Después, él fue más lejos y más fuerte para correrse sobre su torso brillante. Como último toque, llevó su glande dentro de la boca para que chupara las últimas gotas de semen.

Se separaron pero las cosas no terminaron allí. Raiden, apenas recobró las fuerzas, se levantó para limpiarla y después para vestirse. Ella lo miró entre la euforia del orgasmo y el cansancio.

—Te quedarás aquí. Desde ahora en adelante, este será tu hogar hasta cuando lo decida.

—Sí, Señor.

Él respiró profundo y antes de irse, fue hacia ella para volver decirle.

—Confía en mí.

—Lo hago, mi Señor.

Se dio media vuelta cerrando la puerta tras sí. La vida de Zia ya nunca más sería como antes.

VIII

Para Raiden, esta parte del proceso era sumamente importante, porque deseaba que ella se entregara a él por completo. Sin duda, también representó todo un reto para él porque desde hacía mucho tiempo él decidió no tener más vínculos con alguien y menos después de momentos tan traumáticos y dolorosos.

Sin embargo, allí estaba, acostado en su cama después de tomar la decisión de adiestrar a Zia como su esclava. Sabía que aquello era un riesgo pero tenía el presentimiento de que las cosas saldrían como él quería.

Así pues que los días pasaron en rápidamente y gracias a los sucesos que acontecieron posteriormente. Zia aprendió a soportar los impulsos de tener un orgasmo sin que él se lo pidiera y aprendió a tolerar el dolor como nadie. Los azotes que recibió, aquellos que marcaron su espalda y rompieron la piel en varias partes de su cuerpo, se convirtió en una de esas cosas que le causaban mucho placer.

A medida que avanzaba el tiempo, ella se convirtió prácticamente en la esclava perfecta. Se acostumbró a tener la cabeza gacha, a la espera de las órdenes de él y ansiosa de recibirle entre sus piernas.

Mientras sucedía eso, se sorprendió de las cosas que descubrió de sí misma. El gusto por el dolor y por satisfacer al otro, el placer que encontraba en verlo a los ojos y en decirle lo mucho que le gustaba sentir sus caricias y castigos, además del hecho de servirle tanto como él quisiera. Llegó un punto de devoción y sumisión que no pensó llegar. Sin embargo, dentro de su mente estaba latente el hecho de cómo serían las cosas cuando se transformara.

Raiden estaba más que satisfecho por los cambios de Zia, por lo que dejó de darle vueltas al asunto y decidió quitarle las cadenas.

—Quiero que esta noche nos tomemos un momento para los dos.

—Vale.

La tomó de la mano y le ayudó a subir las escaleras. Él llenó la tina con agua tibia e hizo una seña para que ella entrara. Raiden comenzó a bañarla con una delicadeza que le gustó a Zia. Nunca lo vio especialmente dulce y esto le sorprendió.

Al terminar, la secó y le ofreció un vestido para que usara esa noche. La llevaría a cenar.

Ella terminó de colocarse ese vestido de flores vaporoso que él le compró y que quedó perfecto y a la medida.

—Te queda estupendo.

Le dio un beso en el cuello y se prepararon para salir. Se subieron entonces a uno de los coches que tenía Raiden en el garaje y se encaminaron hacia el centro de la ciudad. Zia, se sorprendió de ver las luces y la vida en la calle luego de darse cuenta que había pasado tiempo en aquella celda. Cerró los ojos y tuvo el presentimiento que estaba próxima a pasar al siguiente nivel.

Llegaron a un restaurante elegante. Un pequeño bistró en la zona bohemia de Londres. Como era verano, había mesas en las afueras para que los clientes pudieran disfrutar de un ambiente fresco. Sin embargo, Raiden hizo una reservación adentro para que los dos tuvieran privacidad.

—¿Qué te parece?

—Es un sitio hermoso. Cada vez que estoy contigo conozco cosas nuevas.

Él le sonrió y le tomó la mano.

—Han pasado muchas cosas entre nosotros, Zia. Muchísimo. Incluso cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de los grandes cambios que hemos hecho los dos.

En ese momento, se aproximó el mesero para tomar la orden. Luego de pedir un par de pintas de cerveza artesanal y un sándwiches, volvieron a quedar solos.

—Antes para mí hubiera sido imposible tener esto con alguien.

—¿Por qué?

—Porque es doloroso perder alguien a quien amas. La vez que fuimos a Dark City, quise que terminaras de entender mi naturaleza. Estoy feliz de que no sientas miedo y de que estés dispuesta a hacerlo. La verdad es que quise ver si realmente lo deseabas. Todos este tiempo me confirmó que sí. Que tanto tu mente como tu espíritu están listos para esto. Así como Dark City es una pieza importante para mí, también quiero que lo sea para ti.

Él comenzó a hurgar dentro del bolsillo de su pantalón. Zia permaneció en silencio con el suspenso comiéndole el cuerpo. De repente, él sacó una caja rectangular y la abrió despacio. El resplandor de la pieza iluminó el rostro de Zia. Era un collar fino de oro.

—Quiero que esto sea un símbolo de que nuestra unión es fuerte y que irá más lejos del tiempo y el espacio convencional. Quiero que lo uses siempre, Zia, para que recuerdes que así como eres mía, soy tuyo. ¿Aceptarías?

Ella se quedó sorprendida. No se esperó el gesto de él e inmediatamente tomó el collar.

—Déjame ayudarte.

Él se levantó rápidamente y se colocó sobre el cuello. En ese instante, se imaginó a sí mismo mordiéndola y haciéndola suya para siempre.

—Esta es la noche, Zia. Por fin ha llegado el momento.

—Así es, Señor.

Después de quedarse un momento en silencio, los platillos y las pintas descansaron sobre la mesa. Comenzaron a comer, al mismo tiempo que Zia se percató que ya no sería humana en cuestión de tiempo.

Terminaron de cenar y se dispusieron a regresar a la casa. Sólo faltaba un poco más para que ella pasara la frontera de lo mortal a lo vampírico.

IX

El pecho de Zia estaba agitado porque sabía que sus últimos minutos como humana habían llegado. Respiró profundo y se dejó guiar por Raiden quien la llevó hacia su habitación.

—¿Lista?

—Sí.

Él la miró fijamente y ella también. Las manos de él terminaron en su cintura y con eso, la atrajo hacia sí para besarla. Poco a poco, la intensidad fue subiendo hasta que los labios de él terminaron en el cuello de ella. Lamió, sintió de nuevo el torrente de vida que corría entre sus venas. El olor de Zia, le despertó su instinto vampírico por lo cual aparecieron el par de colmillos blancos y muy filosos. Él tomó el impulso y antes de morderla, le dijo.

—Eres mía y lo serás para siempre...

Con sus dedos, rozó suavemente el collar de oro que tenía y finalmente le enterró los dientes y un dolor agudo penetró el cuerpo de Zia, uno que sintió desde la punta de la cabeza hasta los pies. Ella cerró los ojos y escuchó cómo él bebió su sangre con rapidez.

Se sintió débil, muy débil con el paso de los minutos hasta que ya no pudo más. Cuando pensó que todo había terminado, Raiden abrió las venas de una de sus muñecas y le dio de beber a Zia.

—Hazlo, para que completes tu transformación.

Miró un poco temerosa pero por fin lo hizo gracias a la ayuda de él. La primera vez se encontró tímida pero después cobró más confianza gracias al hambre de sangre que estaba despertándose dentro de su ser. Ella, al final, se dejó caer sobre la cama.

Zia estiró los brazos y los notó pálidos, increíblemente blancos como los de Raiden. Él, por otro lado, se colocó sobre ella y besó los labios mojados de sangre.

—¿Cómo te sientes?

—Extraña pero me gusta.

—Te gustará aún más. Te darás cuenta... Ahora nos queda una eternidad por delante.

La sangre de él corría por su cuerpo y viceversa. Luego de morderla,

Raiden se encontró satisfecho, por fin ella formaría parte de un mundo completamente nuevo. Comenzó a pensar en todos los planes que tendrían por delante, en las aventuras que viviría. Sin embargo, al verla sobre la cama, dormitando, pensó que esa noche tendría que cerrar con broche de oro.

—Hay unas cuantas cosas que debo aclararte. Esta etapa de la transformación es un poco dura. De hecho, dentro de poco despertará en ti una ansiedad terrible por la sangre y tu nueva naturaleza se peleará con lo que queda de tu humanidad. Tu cuerpo y mente se convertirán en el campo de batalla en donde estos instintos se enfrentarán arduamente.

Para Zia, nada de esto resultó nuevo. Estaba consciente de ello desde el momento en que él se lo advirtió. Como su destino estaba sellado, no le quedó más remedio que avanzar.

—Sólo dime qué debo hacer.

—Ven conmigo.

Bajaron las escaleras y se dirigieron hacia la celda que sirvió de hogar para ella durante el tiempo que recibió el entrenamiento como esclava.

Observó unas cadenas que estaban allí y giró la cabeza y lo miró.

—La transformación es difícil. Esto te ayudará a soportarlo mejor.

Ella extendió sus brazos y piernas para que él las encadenara. Apenas terminó, Zia comenzó a experimentar una extraña sensación dentro de sí. Ese dolor agudo que sintió con la mordida de Raiden, regresó a su cuerpo pero con más fuerza. Las venas de su piel comenzaron a brotarse, sus ojos se tornaron rojos y los colmillos sobresalieron sus labios. Cada segundo que pasaba, era una tortura que la obligaba a gritar sin control.

—QUÍTAME ESTO, QUÍTAMELO, QUÍTAMELO TE DIGO.

—Tienes que soportarlo, Zia.

—QUIERO SANGRE, QUIERO BEBER.

—Aún no. Aún no. Debes entender que ahora me perteneces y que, por ende, soy yo quien decide qué es lo mejor para ti.

Zia no dejó de retorcerse, las cadenas pesadas de metal se tensaban por la intensidad de sus movimientos.

Por otro lado, Raiden permaneció en la oscuridad, observándola detenidamente. Pensó que lo más conveniente era esperar que las cosas se calmaran poco a poco, aunque tomaran tiempo.

Supo que ella pasaría por esa situación porque su cuerpo aún estaba lleno

de vitalidad, a diferencia del suyo cuando fue mordido. De hecho, los años le confirmaron que no era lo mismo morder a un moribundo que un humano con fuerzas en el cuerpo. El cambio sería mucho mayor y más traumático.

Él esperó tanto como pudo. A pesar de haber sido testigo de muertes y de acontecimientos históricos muy duros, el verla sufriendo de esa manera, casi le hace retroceder. No obstante, miró el brillo del collar que ella tenía en su cuello. Recordó que habían hecho un pacto y que por lo tanto debían continuar.

—Te pido, te suplico que me sueltes. Esto... No podré soportar esto. Por favor... Por favor.

El rostro suplicante de Zia se retorció cada vez más a medida que avanzaba la noche. A ese punto, aquel vestido de flores estaba convirtiéndose en jirones de tela que colgaban en su cuerpo.

Después de unas agónicas horas, Zia dejó caer sus ser al suelo aunque todavía permaneció encadenada. Estaba inconsciente aunque Raiden sabía que sólo era principio. La dejó allí por un momento para luego regresar y revisar su estado.

Se aseguró de brindarle abrigo, de estar frente a ella, de verificar el estado de sus muñecas y de sus tobillos. Aparentemente estaba más débil aunque sabía que aquello formaba parte del proceso.

En los días posteriores, en la gran casa elegante en los suburbios de lujo, Zia no paraba de gritar ni de jalonear las cadenas. Suplicaba por sangre al mismo tiempo que sufría de fríos y malestares debido a su transformación.

La paciencia de él quedó blindada al visualizarse con ella entrando a Dark City. Estaba ansioso por presentarla como su compañera y como dueña de Londres. Esa imagen le dio las fuerzas necesarias para continuar y para acompañarla en el proceso.

Un día, mientras estaba ocupado, escuchó un fuerte sonido proveniente de la cocina. Bajó las escaleras rápidamente y notó que la pared había sido movida. Cuando trató de buscar a Zia, la encontró detrás de él y con la mirada encendida. Se sorprendió aún más cuando miró que de sus muñecas colgaban las pesadas cadenas de la mazmorra en donde se encontraban. Eso fue augurio de que por fin había logrado el máximo de su fuerza y que ya estaba aprendiendo de ella.

—Tengo hambre.

—¿Cuánta?

—Demasiada.

—Creo que ya es hora de salir a cazar.

La vistió con unos vaqueros, una camiseta de The Rolling Stones y unas zapatillas deportivas.

—Ahora viene lo interesante. Puede que en este punto te sientas desorientada y que tus sentidos te saturen de sensaciones. Para aprender a controlarlo, cierra los ojos y respira profundo. Esto te servirá de mucha ayuda, sobre todo, al principio. Luego será más sencillo.

—¿Es normal que sienta que pueda levantar un camión entero? Me siento muy... Fuerte.

—Oh sí. Luego serás capaz de hacer mucho más. Mucho más, Zia. El mundo que tienes frente a ti no tiene límites, salvo que los pongas tú.

—Muerdo de hambre.

—Recuerda lo que dije. Si te sientes abrumada sólo cierra los ojos y visualiza tu presa. Tus instintos nunca te fallarán.

—Vale.

Salieron con el resplandor de la noche. Zia sintió como si aquella luna que tanto pareció mirarla, le dio todas las energías y más. Sintió que era una nueva persona. No, algo mejor que eso.

Raiden esperó un poco detrás para saber qué era lo que quería hacer. Zia entornó los ojos y comenzó a correr. Sus pies y piernas se sintieron increíblemente ligeros y cada paso lo di como si patinara sobre el suelo. Corrió con poco esfuerzo y pareció que iba a la velocidad del sonido. Raiden sonrió entre la bruma que se había convertido. Su esclava estaba dando los primeros pasos como vampira.

Así pues que se encontraron en un bosque a orillas del bosque. Prefirieron hacerlo fuera de la ciudad ya que sería menos peligroso para ella.

—Calma. No hace falta apresurarse.

—Señor, ¿podría dejarme cazar?

—¿Crees que podrás hacerlo por tu cuenta?

—Sí. Déjeme hacerlo, por favor.

Él se encontró dudoso pero confió en que lo haría bien, sin embargo estaría un poco cerca de ella para asegurarse de que las cosas salieran bien. Así pues que estuvieron esperando hasta que ella percibió el sonido de algo que se acercaba.

—Si te concentras lo suficiente, podrás ver de qué se trata —Dijo él muy cerca al oído de ella.

Los ahora ojos azules casi blancos de Zia se entrecerraron un poco hasta que observó un hombre en motocicleta. Iba a toda velocidad pero ella sintió que podía ir más rápido. Esperó un poco más hasta que vio el destello de luz que se acercó. Fue hacia la carreta y esperó que la moto pasara a su lado. Con un rápido movimiento, llevó su mano sobre el cuello del conductor y lo hizo caer al suelo.

El hombre no terminó de saber lo que sucedía hasta que vio en supina, la aparición de un par de colmillos blancos y muy finos. Zia sonrió ampliamente al verlo. Se agachó junto a él y le quitó el casco de un giro.

—Pero qué... Qué hacer...

—No tengas miedo... Tranquilo.

Le acarició el rostro y se fue hacia él. El grito del hombre retumbó la oscuridad del bosque y la carretera. Sus suplicas se fueron apagando poco a poco a medida que ella succionaba el líquido vital de su cuerpo. La piel de su víctima se volvió blanca mortal y cuando por fin terminó, soltó la cabeza y se limpió la boca con un de sus brazos.

Se levantó y rozó sus labios con un par de dedos. Saboreó la sangre. Le supo dulce, espesa. Además, sintió que comenzó a dispersarse por todo su cuerpo a gran velocidad. Una sensación de fuerza y vitalidad regresó a ella y quiso saber de qué se trataba todo aquello.

—Es normal sentirse así. Cuando ha pasado tiempo sin beber sangre, nuestro cuerpo se vuelve débil. Tal cual sucede cuando no comíamos al ser mortales. Por ello es que no debes de ignorar nunca cuando tengas esa sensación de hambre. Es una advertencia o de lo contrario, morirás.

—¿Puedo beber la sangre de cualquiera?

—Sí y no. Tenemos reglas que debemos respetar si queremos mantenernos a salvo entre los humanos. Los niños y bebés son intocables. Los consideramos los seres más puros, por lo cual, ellos merecen también nuestra protección. Por otro lado, debes tener cuidado a quien muerdes. Si bien somos inmortales, podemos cometer el error de beber sangre muy tóxica y eso también representará un riesgo sobre todo si eres un vampiro joven.

—No entiendo. Te mordieron cuando estabas enfermo.

—Lo sé. Pero quien lo hizo era, evidentemente, un vampiro muy viejo. Es la única forma de explicar el hacerlo sin sufrir daños. Verás, con el tiempo

te vuelves más fuerte, más ágil e inteligente. Eres prácticamente invencible.

Se acercó a ella y le acarició el rostro.

—Te darás cuenta de que eres un ser poderoso en un abrir y cerrar de ojos. Esta noche, Zia, pasaste un límite que no todos son suficientemente fuertes para traspasar. Estabas destinada a esto.

—Sí... De alguna manera siempre lo supe.

—Muy buena chica.

X

Las calles de Dark City recibieron la buena nueva de que ahora había una señora que también dominaría el mundo de los vampiros junto a El Príncipe. Los seres de la noche estaban ansiosos por recibir a la nueva miembro, a la esclava de Raiden.

Antes de ello, Zia pidió unos días para poner sus cosas en orden. O al menos esa era la intención.

Fue a su piso después de mucho tiempo. De repente, le invadió un olor a humedad que le hizo pensar en lo desolado que estaba el lugar. Miró hacia el suelo y pilló un montón de recibos de renta, de luz y agua. Incluso del estado de sus tarjetas de crédito. Su cabeza daba vueltas porque todavía no estaba segura de lo que haría con esa vida que quedó en pendiente.

Aprovechó para caminar un poco por el piso. Fue hacia la cocina, abrió el refrigerador y miró los cartones de leche, el trozo de queso, el pan y hasta las sobras de comida en esas planchas frías. Tomó todo, lo tiró en una bolsa de basura y volvió a revisar que no se le hubiera olvidado nada. Suspiró porque recordó lo que le había dicho Raiden: “La comida no te sabrá igual”.

Miró con nostalgia su cama, las carpetas en donde solía guardar los documentos de la empresa y hasta la ropa que solía usar en la oficina. Era un pasado que lo veía tan remoto, tan lejano.

Suspiró un poco y se dejó caer sobre la cama. Miró todo a su alrededor y pensó que quizás no era mala idea mantener su piso después de todo. Tendría una larga vida para pensar mejor qué haría.

Así pues que se levantó, tomó un bolso y guardó parte de su ropa. Al terminar, fue al baño para tomar más cosas y terminó por ver su reflejo en el espejo. Se dio cuenta que todas aquellas tonterías que llegó a leer y a escuchar de los vampiros, al menos la gran mayoría, era producto de la estupidez. Sonrió y apagó la luz.

Revisó que no se le quedara nada más y cerró la puerta tras sí. La nueva vida estaba por delante, exigiéndole que tenía que vivirla.

Durante el tiempo de ausencia de Zia, Raiden hizo todos los preparativos para celebrar su ingreso ante la sociedad vampírica de Dark City y Londres. Le pareció que lo más conveniente era hacer una fiesta y que ella se percatara de las cosas que tenía por delante.

Dispuso de un gran salón en el medio de Dark City. Cuando llegó el momento de hacerlo, ella estaba terminando de prepararse frente al espejo.

—¿Cómo te sientes?

—Muy nerviosa.

—No te preocupes. Te ves hermosa, por cierto.

Ella estaba vestida de negro, con el cabello suelto y más salvaje que nunca, con los labios rojos y con el collar de oro que brillaba.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Se tomaron de la mano y bajaron por las escaleras. Zia, a pesar de su nerviosismo, estaba lista para dar ese gran paso. Ese último que le garantizaba que por fin pertenecería a una comunidad.

En poco tiempo, llegaron a las calles de Dark City. El tumulto estaba como siempre, tal y como ella recordó la primera vez que estuvo allí.

Raiden le dio un suave beso en los labios y la guió hasta el lugar. La gente, quienes iban y venían, los saludaban con respeto. Por fin, Zia pudo comprender lo que se sentía, por fin pudo entender un poco más a Raiden.

Le ayudó a subir la escalinata de un antiguo edificio, allí se celebraría la gran reunión en donde se haría formal la presentación de ella. Cuando se abrieron las puertas, Zia se encontró con una multitud de personas que la esperaban. Raiden, junto a ella, la guió hasta el centro del salón.

A medida que caminaba, ella sintió una especie de poder en su cuerpo. Se sintió importante, invencible. Al llegar al lugar, Raiden comenzó a decir unas palabras:

—Esta es una noche especial porque por fin se nos ha unido una mujer muy importante en nuestra comunidad. Un evento como este, debe recordarnos que debemos ser más fuertes y más unidos que nunca. Muchos de nosotros hemos pasado por episodios duros, por pérdidas que aún nos marcan el corazón pero que todavía estamos aquí, consolidando nuestra presencia sin importar el paso del tiempo. Ella es mi compañera y amiga, alguien con un papel vital para mí y que por ende, deseo también lo sea para ustedes. Estén para ella como ustedes lo han estado conmigo. Que este sea el inicio de un nuevo camino, de una nueva aventura.

Una voz en el fondo se escuchó:

—¡A por Zia! ¡Salud!

Alzaron sus copas llenas de sangre. Ese brindis que se celebró en su honor, le hizo sonreír tan ampliamente que incluso se le aparecieron los colmillos grandes y blancos.

Después del brindis, de estrechar lazos, de conocer gente y hasta hablar un rato con ese hombrecillo que les sirvió en ese extraño restaurante, Zia se sintió que por fin estaba como en casa.

Salieron del gran salón por solicitud de ella. Quiso aprovechar la luz de la luna y de las estrellas. Quiso deleitarse con el placer de la tranquilidad de la noche mientras miraba con detenimiento la gente que iba y venía.

—¿No quieres regresar? La fiesta es en tu honor.

—Por mí está bien. De verdad. Sólo quería tomar un momento para nosotros porque estos días han pasado con tan velozmente que no me ha dado oportunidad de pisar tierra y pensar si esto de verdad ha estado pasando.

—Todo esto es real. No lo dudes.

—Lo sé. Es que han pasado tantas cosas que no lo puedo creer.

—¿Te gusta?

—Muchísimo. Me gusta ser tu esclava, tu compañera, me gusta ser tuya y me gusta que me hayas dado la oportunidad de hacer algo más por mi vida. Si miro hacia atrás, se me hace imposible pensar que haya podido cambiar tanto. Parece que fue ayer que estaba en mi oficina, escribiendo y mirando la pantalla como si tuviera una pared blanca en frente.

—¿Sabías que te seguí después de conocernos?

—¿En serio?

—Oh sí. Dar contigo y con tu trabajo fue más sencillo de lo que podrías imaginar. Me encantó ver esa mirada asustada que pusiste cuando me viste. Pero, más allá de eso, me siento tremendamente afortunado de que hayas aceptado esa salida. Fue lo mejor que me ha pasado.

Él se acercó a ella y el sentimiento de felicidad le embargó el cuerpo. Después de tantos siglos y de tantas vidas, estaba con una mujer que pareció llenarle cada aspecto de su vida. A pesar de las dudas y reservas, estaba más que satisfecho.

Se miraron y volvieron a encontrarse en esa pasión que nos unió en un principio. Aunque los ojos de ella y su piel hubieran cambiado, la sensación fue igual para él. Ese magnetismo, ese misterio que pareció envolverla desde un principio.

Raiden le tomó el rostro entre sus manos y se besaron en medio de la gente. Sus bocas transmitieron la lujuria que albergaban sus cuerpos por lo que no tardaron demasiado tiempo en levantarse e irse.

Raiden se convirtió en bruma así como ella. Se entrelazaron y flotaron por los aires, entre las nubes del cielo y entre las estrellas.

Al poco tiempo llegaron a la casa de él, entraron y sus manos estaban explorándose mutuamente. A Raiden se le despertaron las ganas de dominarla, por lo que la llevó de nuevo a esa mazmorra en donde le hizo esclava.

La cargó entre sus brazos y la llevó contra la pared. La fuerza de los dos ahora pareció equipararse por lo cual retozaron por un rato hasta que él le sostuvo del cuello y le dijo al oído.

—¿Quién es tu Amo?

—Tú lo eres.

—¿Quién es tu Señor?

—Eres tú, mi Señor.

La dejó en el suelo por un momento y arrancó su ropa con facilidad. Ella también le ayudó a quitarse sus prendas hasta que la piel de los dos se unió inmediatamente después. Sus cuerpos desnudos se fundieron en el suelo de esa celda fría en el sexo intenso que tendrían.

Esa noche Dark City y Londres era tanto de él como de ella. El Príncipe tenía a su Princesa por la eternidad.

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —*

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin—tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin—tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está

algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo

su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin—tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene

marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win—win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—.  Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin—tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si ser a tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga.  Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso,  qu e más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin—tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va.  Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que ser a buena puntería. Yo, que he ganado todos los

títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)